



Diego de Torres Villarroel

Los desahuciados del mundo y de la gloria

Índice

Al eminentísimo señor D. Fr. Gaspar de Molina y Oviedo

Prólogo

A los lectores descontentos, ceñudos, presumidos, y fiscales de mis papeles

Sueño a un amigo

Primera parte

Los desahuciados del mundo y de la gloria

Desahuciado primero

El tísico profano

Desahuciado segundo

El apoplético

Desahuciado tercero

Del dolor de costado

Desahuciado cuarto

El gálico

Desahuciado quinto

Del cólera morbo

Segunda parte

Hospital de ambos sexos. Sala de hombres
Dedicado por mano de su doctor Don Juan Peralta a la excelentísima
señora Doña Francisca Pérez de Guzmán el Bueno, Duquesa de Osuna
A la Exc. ma señora Doña Francisca Bibiana Pérez de Guzmán el Bueno,
duquesa de Osuna, &C.

Prólogo

Sueño al mismo amigo

Cama primera

El frenético

Cama II

El disentérico o el flujo de vientre

Cama III

El cólico convulsivo

Cama IV

El calenturiento maligno y pestilente

Cama V

El nefrítico

Tercera parte

Sala de mujeres

Sueño médico, místico y moral a la Exc. ma señora Doña Teresa de
Silva, Ríos y Mendoza, mi señora condesa de Luna, etc.

Prólogo

Para el que venga a leer con buena o mala intención, y sea quien
fuere, que ya ha perdido el miedo y la vergüenza a los lectores

Sueño al mismo amigo

Cama primera

La histérica

Cama II

La hética

Cama III

La inflamada del hígado

Cama IV

La epiléptica

Cama V

El aborto

Al eminentísimo señor D. Fr. Gaspar de Molina y Oviedo
Comisario General de Cruzada, y Gobernador del Real y Supremo Consejo de
Castilla, Obispo de Málaga, etc.

Em..mo señor

El negro humor, que han producido en mis venas los temores, los
sustos, las miserias y otros petardos de mi mala ventura, no han dejado en
mi fantasía el más leve borrón de aquellas imágenes, que tal vez fueron
alegría del público, recreo de mi espíritu, apetito de mi edad, e

irremediable violencia de mi inclinación. Ya sólo tropiezan mis consideraciones (Em.mo Señor, y Venerable Dueño mío) con los asuntos pavorosos, los objetos tristes y los argumentos desesperados. De las abundancias de mi corazón empieza a hablar mi pluma y no sabe moverse si no es para copiar los horribles espectáculos que habitan su melancólico centro. Este disgusto me hace más molesto el trabajo; y cuando la fatiga y el horror pudieran dejarme algunos consuelos en el alma, soy tan infeliz que no acierto a aprovecharme de sus representaciones. Esta mudanza de temperamento me ha aumentado la confusión y la congoja, y aunque me bruman el ánimo y la fortaleza, padezco felizmente gustoso sus inquietudes, porque la seriedad y melancolía de este voto hace más recomendable el culto y más respetuoso el sacrificio. Esta angustia más tengo que ofrecer a los pies de V. Em. a quien suplico la reciba piadoso; pues ya que estos accidentes no valgan para engrandecer mi adoración, a lo menos no pueden hacer delincuente ni despreciable esta novedad de mi espíritu.

La libertad de mi lenguaje, la extravagancia de mi estudio, o la desgracia de mis invenciones despertaron alguna ojeriza contra mis papeles. Hablaban de ellos y de mi persona, unos con desprecio, otros con lástima, algunos con deleite, muchos con piedad, y me atrevo a decir que no pocos con envidia. No he logrado con las meditaciones de mi corto juicio disponer que mis argumentos y sistemas lograsen una regular aceptación. Lo místico, lo moral, lo facultativo, lo triste, lo alegre y lo medio, todo padeció las asechanzas y las injurias de la mordacidad. Con maldiciones he entretenido la vida, y no he tragado un migajón de pan que no haya sitio amasado con estas zarazas; pero gracias a Dios, no han herido las partes principales de mi resignación y mi paciencia sus espinosas y malignas puntas. Por intolerable reputaba esta desdicha en los primeros insultos de su condición; pero la experiencia y la variedad de dictámenes sobre mis escrituras y costumbres me hizo conocer que no estaba sólo la malicia en mi ingenio, pues la ignorancia de muchos, y la corrompida inteligencia de otros desfiguraron el buen semblante de mis intenciones.

Hasta hoy he sufrido con dulce resignación las fuertes burlas y pesadas griterías de la vulgaridad, porque su censura y mi pena sólo se quedaban en las judicaturas de un estrado, y en los castigos de cuatro maldiciones, que tal vez me arrullaban aún más que me ofendían. Después que creció el poder de los enemigos, y que padecí persecuciones de las que roban la estimación, el caudal y la patria, estoy tan medroso que me asustan aun los asuntos más dignos de la devoción y el respeto. En este papel he trasladado las últimas agonías y fines de los hombres: Muerte e Infierno son las terribles memorias que pinto en las tablas de estos desahuciados, y aunque entre nuestros católicos son tan venerables estos recuerdos, nunca me atrevería a arrojarlos a los ojos del público sin la poderosa protección de V. Em. Con su sagrado nombre, colocado en el frontispicio de esta breve obra, podré triunfar de todas las blasfemias de los críticos mal informados de mi vida y de mi alma. V. Em. sólo con su virtud y discreción podrá examinar y conocer la sanidad de mi juicio y la candidez de mi ánimo, y sacarme a paz y a salvo de las acusaciones que han hecho a mi persona y a mi numen los falsos testigos que han alquilado muchas veces sus bocas para morder mi aplicación, mi estudio y mi

comodidad. Todo lo logrará mi deseo si la piedad de V. Em. se compadece y se digna de admitir este segundo voto, que hace a sus aras el más humilde, agradecido y observante siervo.

Yo espero esta felicidad, y que nuestro Señor ponga a V. Em. en la más alta ventura, después de haber logrado en premio de sus virtudes y trabajos larga vida, singular adoración y dichosas abundancias. Madrid y Septiembre 2 de 1736.

Em.mo señor

A los pies de V. Em. su rendido y obligadísimo siervo, que le ama y venera
Diego de Torres

Prólogo

A los lectores descontentos, ceñudos, presumidos, y fiscales de mis papeles

En las tristes imágenes de los moribundos que te pinto en estas hojas, he trasladado las flaquezas, achaques, desconciertos y ruinas de nuestra humanidad. Fácilmente confieso que las copias no han salido fieles, porque su formación pide mucha virtud, largo estudio y feliz ingenio, y a mí me falta todo. No obstante, he procurado poner a tu vista todas las figuras exentas de las sombras facultativas de los ropajes retóricos y otras nieblas, que pudieran confundir la estructura de sus cuerpos. Desnuda planto a tus ojos la naturaleza, para que sin el menor estorbo reconozcas las debilidades y los primores de su milagrosa armazón.

No dudo que el argumento estará quejoso de mi doctrina, y a ti te sospecho ceñudo y enojado con la novedad y mudanza de mi locución; pero sé también que debes estar agradecido a mi deseo, porque éste se ordena a prevenirte la sujeción que tiene nuestra vida a los dolores y los vicios, para que te apercibas contra lo inevitable de los estragos y lo contagioso de la peste. Si logro algún recuerdo tuyo sobre este importantísimo cuidado, he conseguido todas las ansias de mi intención; y cuando tu desprecio o tu envidia se burlen de tu utilidad y mi trabajo, a lo menos, el consuelo que produce en mi espíritu el buen logro del tiempo, no lo podrán arrancar de mi corazón ni tu envidia ni mi ignorancia.

Ya me parece que te veo desde mi cuarto vagar por los corrillos de tus camaradas y confiscales, desandrajando la condición de mi inventiva, torciendo la rectitud de mis voces, graznando contra todas las cláusulas de mi idea, y repitiendo con rabiosa burla: ¿Quién le mete a Torres a místico? Aún tiene verdes y retozones los cascos: Escriba sus Pronósticos y déjese de calaveras e infiernos, y otras brutales expresiones, con que te parece que desahogas tu sofocada presunción. Créeme, que esos gritos sólo pueden producirte un catarro, o un dolor de cabeza, que en mi crédito ni en mi gusto nunca podrás introducir los desprecios y rencores que solicita tu rabia, porque mi opinión y mi deleite no están debajo del poder de tus maldiciones, pues aunque ellas me acrediten de necio entre tus oyentes, nunca podrán hacer culpable mi estudio ni delincuentes mis tareas.

Ser ignorante no es delito, es temperamento y es desgracia. No ser aplicado es culpa, y digna de todas las blasfemias. Ninguna ley me obliga

a ser inteligente, a ser trabajador todas, y cuando quieras negarme la sabiduría, a lo menos la aplicación y el deseo de aprovechar, no me la han de oscurecer, ni tu malicia, ni mi humildad. El modo de reprehenderme y confundirme es enmendarme. Aquí te queda mi argumento, prosigue la obra, o empieza de nuevo con su asunto, y si la mejoras puedes decir que hallaste el medio de quedar tú glorioso, yo confundido y el público aprovechado.

Si fueras dócil de alma, yo te aconsejaría que disimulases mis errores, respecto de que contra ti nunca se pueden revolver mis desaciertos; pero conozco muchos días ha tu obstinación, y sé que no has sabido detener a tu furia, tu vanidad ni tu ignorancia, y así aporréate, garla, grita y escupe las locuras que se te planten en los labios, que yo ha mucho tiempo que guardo la paciencia, que me importa para sufrir tus maldiciones; y aún retengo en mi rostro alguna risa con que esperar tus necesidades. Dios te ayude, y te ponga donde menos mal me haga, como los nublados.

Sueño a un amigo

Sobre los pajizos céspedes del sucio Zurguén, negro borrón del purísimo cristal del Tormes, me recosté una tarde bien deseoso de sorber algún viento que, agradablemente irritado, serenase el tumultoso círculo que produjo en mi sangre la imaginada fatiga de conducirme a su ribera. Empezó a derramar el aire con discretos soplos unas partículas de apacible configuración y delicadísima textura, que dispusieron en la vecina esfera un regalado desahogo a mi inquietud y un dulcísimo alimento a mi vitalidad. El silencio del sitio, la inmovilidad de mis miembros, las perezosas respiraciones del ambiente y los cariñosos esperezos del río, me dejaron tan sabrosamente templado, que no se percibía en todos mis órganos cuerda alguna que no respondiese con su tensión a una amorosa y saludable concordancia. En los sólidos y líquidos sonaba un concierto admirable, y una armonía estupenda. En la imaginación no se bullía imagen, ni se encaramaba especie, ni alentaba recuerdo que no concurriese a hacer feliz mi espíritu. Finalmente yo estaba tan pacífico de humores, tan olvidado de pesares, tan aborrecido de deseos, y tan parcial con mis posesiones, que pudiera ser el verbigracia de los dichosos y la última comparación de la bienaventuranza natural. En esta aventura me puso el primer acometimiento del insomnio, pero su duración fue tan pasajera como la que logran todos los placeres que no conocen sus fortunas dentro de la esfera de las eternidades. Media hora había dormido (a mi parecer) abrazado con el amable sosiego que he referido a Vm. y al fin de ella barrió de mi cerebro no sé qué maligno pavor todos los deleites, gozos y dulzuras con que hasta entonces estuve lisonjeado. Trocáronse mis felices imaginaciones en horriblas inquietudes, rigores espantosos, amargas congojas y tristísimos insultos, y más cuando repentinamente oigo un ruido tan formidable y un plañidero tan terrible, que pudiera atronar a todos los precitos. Yo me imaginé en lo más hondo del infierno, y que se me habían colgado de las orejas las inconsolables bramidos de sus eternos moradores. Incorporéme a examinar la causa de tan pavoroso estruendo, y pude ver que venía marchando con torpe celeridad hacia el sitio que ocupaba una horrorosa

muchedumbre de osos, dragones, tigres, caimanes, lobos, ballenas, escuerzos, sierpes y otros brutos terrestres y marinos, cuyos deformes aspectos jamás había visto, si no es en copias muertas, o relaciones diminutas. Considere Vm. por su alma, amigo mío, ¡qué precipitadas angustias! ¡Qué mortales trasudores padecería mi espíritu al verme en aquel páramo, sin más compañía que la abominable caterva de aquellos fieros y asquerosos espectáculos! En medio, pues, de las frecuentes congojas que tenían oprimido a mi corazón, alcancé un breve aliento, y puse mi figura en su natural rectitud, con la deliberación de precipitarme al Tormes, abrazando por muerte más segura y más pacífica la que me esperaba en sus mansas ondas, que la que ya me producían los desesperados sustos de tan cruelísimas visiones.

Abrí los brazos para que me sirviesen de remos, y al punto de arrojarme vi todas las costas del río pobladas de otro espeso, hediondo e innumerable ejército de monstruos, de formas más cerradas y cataduras más deformes que los que me habían cogido el paso por la tierra. Unos medio bestias y medio racionales, otros unos irregulares injertos de feroces brutos y sabandijas ponzoñosas. Sus cuerpos los traían arrastrando, torcidos y rellenos de gibas, corcovas, pedregales y otros rudísimos promontorios. Sus coberteras eran tan variadas como sus figuras. Unos espesamente peludos, otros chinos, y los más rodeados de escamas, conchas, púas, cerdas y otros vellones de basto tejido y rudo pelambrón. Traían todos en las garras, manos y zarpones tan extraños instrumentos, que atemorizaban a lo ojos con igual horror que el de sus feísimos semblantes: los unos llevaban garfios de hierro, tridentes, asadores, tenazas y zurriagos. Otros, leños encendidos, porras, ruedas, calderos y otras herramientas del freír y el ahijonear. Descollábase entre la sombría y abominable porcada un etíope desentonado de estatura, con un tinajón de carne por cabeza, emparchado de pegotes, lleno de perigallos, un pedregal de diviesos en las narices, una nebulosa caverna por boca, emboscada en montuoso pelambre y guarnecida de matorrales y zarzones, sin más dentadura que dos colmillos de jabato, que le hacían roscas sobre las orejas; resollaba por su horrible cóncavo el tufo del azufre, el humo de los condenados, y todo el hedor resinoso del infierno. Desde las clavículas le chorreaban dos pechugas como dos botijones que le cubrían las rodillas, flojas, blandujas, turradas y tan denegridas como la materia de su cuerpo. Todo su corambre parecía salpicado de vejigones, grietas y roturas, y por todas se le escurría la podre a cuartillos, la sangre a azumbres, y la hediondez a cántaros. Nunca vi en todos mis sueños visión más espantosa, pues en ella se me representaron todas las injusticias, las adulaciones, los testigos falsos, los ladrones, la horca, el verdugo, el destierro, la muerte, y todas las angustias y epidemias del mundo, y en fin, las viejas, los putos y los capones. Traía en sus rudas y cerdosas garras el maldito salvaje un basto porrón, sembrado de agujones de hierro, y blandiéndolo con coraje rabioso por toda la circunferencia de los brutos, se vino hacia mí vertiendo furias y brasas por los ojos. Aquí fue donde quedé inflexible, rígido, tenso y sin otra acción que la que pudiera contener una estatua artificiosa. Abrió los dos portones de sus inmundos y tenebrosos labios, y con tono menos desabrido que su gesto, me dijo:

-No temas, cobra los espíritus que te robó tu espanto y mi

deformidad. Demonio soy, que procuro con furiosos ardides la ruina y condenación de los mortales; pero con mis deseos y mis asechanzas puedes hacer feliz la vida, y mucho más dichosa tu muerte en la peligrosa salida del mundo: sígueme y estudia escarmientos en los desventurados delincuentes que vengo a conducir a los eternos calabozos.

Respiré con tan oportunas promesas, y cojeando con las voces le respondí:

-¿Cómo quieres que te crea si eres el padre de la mentira y el mortal enemigo de los hombres? ¿Cómo me puedes hacer bien siendo tú el actor de todos los males? Vete, déjame, y aparta de mis ojos la infernal chusma que nos rodea, que yo buscaré las seguridades y lecciones con que me vienes brindando, en los justos de mi religión. Vete, vete.

-Santísimos son (acudió el negro diablo) los ejemplos, doctrinas y advertencias que hallarás en sus obras y costumbres; pero tu relajado espíritu no se ablanda con las cariñosas dulzuras de su lección. ¿Cuánto tiempo ha que los estudias y no los imitas? ¿Cuánto tiempo ha que los oyes y los desprecias? Las imágenes hermosas y las consideraciones apacibles no han producido en tu alma un leve deseo de la reformación de tu vida. Yo te he de horrorizar con las congojas de los moribundos, te he de sujetar a los ojos los desahuciados de la vida y de la gloria, a ver si pueden más con tu rebeldía los rigores que las blanduras, los espantos que las serenidades, y los destrozos de la muerte eterna que las duraciones de la felicidad perdurable. Sígueme, y advierte que éste es el último aviso que lograrás, y desdichado de ti si no sientes este golpe, ya que has estado sordo a tantos llamamientos.

Dio un silbido con que atronó el tumultuoso enjambre de los ridículos figurones, y arremolinándose como una escuadra de perros rabiosos, repitiendo aullidos implacables se dispusieron a seguir nuestra derrota. Encadenó el etíope un brazo suyo con otro mío y, como alma que lleva el diablo, le seguí sin saber cuál sería mi paradero.

Primera parte

Los desahuciados del mundo y de la gloria

Desahuciado primero

El tísico profano

La acusación de mi conciencia, la ignorancia de mi destino, la compañía del horrendo conductor, y el iracundo rugido de los monstruos me llevaban tan horrorizado, ceñudo, furioso y poseído de horrores, insultos y detestable desesperación, que empecé a gemir sin consuelo la última de todas las desdichas. Por calles y espacios jamás vistos de mis ojos, ni sospechados de mi imaginación me condujo violentamente mi feísimo pedagogo hasta una casa de moderada grandeza y vistoso frontispicio. Cobréme entonces con algún contento, considerando que aún estaba en el mundo y en la vida, y más cuando llegamos a un salón asistido de algunas gentes de agradable ropa, dulce gesto y graciosa civilidad. Volvió a la tremenda piara de los asquerosos enjertos su obscuro semblante el atezado demonio, y con soberbia indignación y rabioso imperio les ordenó que se detuvieran allí y cumpliesen con su anterior mandato. Agarróme segunda vez, y me guió

hasta un dormitorio prolijamente limpio y más que moderadamente acomodado. Vi en un camión florido de costosos terciopelos a un moribundo, ya tan descarnado y cadavérico, que sólo una profunda tos y anhelosa fatiga eran tibios informes de su vitalidad. Asentóme sobre la cama mi diablo maestro, y me dijo:

-Párate aquí, y leerás en este hombre todas las señales y causas de su muerte temporal y eterna, que éste es el primer desahuciado de ambas vidas.

Estaba el infeliz moribundo mostrando el bozo de los cementerios en la palidez de su semblante, y la tez del otro mundo en la sombría sequedad de todos sus miembros, corrompido el candor de los ojos, retirados los espíritus a las honduras de la calavera, y ya inhábiles sus túnicas para recibir la luz, pálido el hermoso rosicler de la sangre; el cuello largo, rígido, rugoso, exprimido, y tan acecinados los músculos de la gorja, que me pareció tener sostenida la cabeza en un canal de pergamino; el pecho profundo y aplastado contra la espinal médula, alto de hombros; y en fin, tan árido, tenso, lánguido y pajizo, que presumí que podían ser vivientes los esqueletos. No daba más señas de animado que en una quebrada, imperceptible y hedionda respiración, desprendiéndose de sus ateridos y tenebrosos labios un hedor a sepulcros y mortajas tan penetrante, que pudieran corromper y sofocar a todos los vivos. Quise huir de aquel podrido osario, medroso de la infección, las bascas y la pestilencia; y deteniéndome el etíope, me dijo:

-Ese trémulo horror y necio susto es más poderosa causa para dar entrada al contagio que temes, que la agudeza y voracidad de los cuerpecillos que respira este desventurado agonizante. La turbación y la cobardía alteran, precipitan y desfiguran el natural tejido y el ordenado movimiento de la sangre, y la deja débil, espumosa e inútil para rechazar y sacudirse de los alientos y efluvios contagiosos; y rarefaciéndose, encuentran en sus porosidades fácil acogimiento y dificultosa salida los cuerpos pestilentes. Cuando goza este hermoso líquido sosegada circulación, feliz compage y natural textura, arroja valerosamente las partes extrañas, que pelean por introducirse con su bálsamo; y esta robustez y valentía la logra el sosiego del espíritu, y la dulce quietud del ánimo. Tenle tú, pues, serénate, y sacude de tu consideración la vanidad de ese susto, y burlarás las fuerzas de todos los contagios. Acuérdate de los asistentes de los hospicios, de los médicos, y de otros, que por tarea o por piedad viven tratando moribundos y manoseando cadáveres y todo el maligno material de las excreciones, y nunca los penetra la vigorosa mordacidad de la peste, ni el venenoso flujo de la corrupción, no siendo otra la causa que la serenidad adquirida en el continuo trabajo de su oficio o su misericordia. Anímate, vuelvo a decir, y óyeme las causas del afecto que sufre este desventurado.

Venció la filosofía del demonio a mi miedo y a mi ignorancia; y advirtiéndome más remisa la tribulación de mi espíritu, empezó a hacer la formal anatomía de aquel lastimoso deplorado de esta suerte:

-Ese hombre, que por momentos se va derribando a la oscuridad de la sepultura, vino al mundo rodeado de un cuerpo tan robusto, erguido y espirituoso, que pudiera haber estirado la vida más allá de los años centésimos; hasta los treinta y cinco de su edad gozó una paz dichosa y

tranquila quietud en sus humores, sin haber sentido en ellos el más breve motín, ni aun en aquellas crisis y regulares batallas que padecen las naturalezas en el tránsito de un temperamento a otro. En la región de su estómago hervía un ácido tan poderoso, que pudo desbatar el hierro; y un cálido tan vorazmente activo, que pudiera cocer tarazonas de peñascos. Resistía con bizarro aliento todas las injurias de las estaciones, sin que el calor ni el frío imprimiesen en sus órganos más destemplanza que la exterior, que comunican las durezas y austeridades del ambiente. En fin, fue su naturaleza tan bárbara, que aguantó muchos años las porfiadas embriagueces de su gula, los insolentes excesos de su lascivia, y los crecidos arrojos de su condición.

Tanto enfadó a su robustez que, irritada rigorosamente con sus vicios, ya no pudo sufrir ni las más inculpables moderaciones. Enojóse el estómago haciendo unos cocimientos impetuosos, acedos y regañones, dando por señales de su amotinada indigestión los regüeldos crudos y avinagrados. Tragóle la gula el ácido exurino, y no le permitía cumplir con sus funciones. El pecho se debilitó con el uso de las impurezas; flaqueó la sangre, y turbada empezó a admitir en sus poros sueros inútiles, que desfiguraron su color y entorpecieron su ordenada celeridad. Desgobornóse con tal desventura este membrudo artificio, que ya le eran contrarios aun los mismos favores del aire apacible. Entregó finalmente su mal tratada vida a los médicos, los que empezaron a consultar el pulso, a informarse del color de la piel, a oír las palabras del doliente, y a creer en las apariencias, cantidades y chismes de los excrementos; y después de todas sus observaciones, reparos y registros, dieron en una total confusión de la malicia y el seno del achaque. Para ocultar una ignorancia con un error, empezaron a administrarle píldoras, sanguijuelas, y algunas unturas y pegotes con que acallar las correrías de unos dolores vagos que le mortificaban varias partes del cuerpo, y de toda su sagacidad y diligencia se burlaba el humor oculto e ignorado. Los médicos continuaban sus recetas, y sólo servían sus aplicaciones de adelantar el destrozo a aquel cuerpo ya rebelde aun a los agasajos de su conservación. Paró finalmente en hipocondríaco y escorbútico, y habiendo gastado en remendar su naturaleza todos los aforismos viejos y recientes, se descartaron de él, capitulándolo de hechizado o diabólico.

Anduvo este miserable la vereda de los espirituados metido entre la cruz y el agua bendita, y rodeado de estolas, hisopos y reliquias; pero el duendecillo del humor no quiso obedecer a los conjuros y a las hisopadas. Fatigado de médicos, y aburrido de conjuradores, se entregó discretamente a los arbitrios de la dicta, con la que se cobró tanto que pudo presumir en las restauraciones de su sanidad. Gozó poco tiempo alguna mansedumbre en sus líquidos y bastante fortaleza en sus sólidos; y engañado del corazón, salía ya a ejercitarse en las diversiones y entretenimientos de alguna violencia, persuadido a que la resudación acabaría de expeler la maldad contenida en la sangre. Un día, pues, en que soplaban con arrojo un aire frigidísimo y lleno de particillas agudas, acedas y salitrosas, salió a divertirse a una ribera, y oprimiendo y cerrando la frialdad del ambiente las porosidades de su cuerpo, no pudo ventilar ni sacudir aquellas partes inútiles y excrementicias, las que, retrocediendo a la sangre, fermentaron con ella, reduciendo a su bálsamo a un suero copioso y

maligno. Derribóse éste a la substancia de los pulmones, y encharcados en la abundante humedad, padecen la sofocación, que lo va conduciendo a la muerte. Acudieron a deponer tan pernicioso humor con los vomitorios, sangrías y purgas y con los anti-héticos de Pedro Poterio, los succinos, la piedra hematitis, el cuarango, las flores del azufre, las leches de burra y de mujer, los caldos de víbora, galápagos, cangrejos y otros auxilios, de los cuales, unos miraban a arrojar las materias extrañas incluso en las primeras vías, en la sangre, y en la substancia pulmonar; otros a dulcificar y resolver los fermentos salados y acedos contenidos en la substancia quilosa, y otros a limpiar y fortificar, humedecer y nutrir la aridez y consunción de aquel cuerpo; y a todos estos conatos y golpes se hizo desentendido el desenfrenado y rebelde achaque.

Desembaraza ahora el juicio de este pensamiento, y considera la flojedad, desmayo y débil subsistencia de vuestros cuerpos, para los que buscáis con ansia irreducible los gritones ropajes, los ricos aplausos y las glorias desvanecidas, atropellando y pisando para su logro por las leyes de Dios, los estatutos de los superiores, la honra de los iguales, y la humildad de los que vosotros llamáis inferiores, como si en la especie racional hubiese diferencia de criaturas, o distinción de hombres con duplicados miembros, dobladas almas y distinta colocación de sentidos. Todos constáis de un género y una diferencia. Todos vivís sujetos a una súbita corrupción. Lo florido de la edad, la fortaleza de los miembros y la robusta organización de sus partes no detienen su ruina. Al fin vuela por momentos precipitados. Ni la vejez, ni la puerilidad, ni la pujanza, ni el abatimiento, ni la medicina, ni el desorden pueden entretener la vida en los cotos de permanencia sensible. Muchos siglos de mundo son fugitivos instantes considerados con lo indefectible de la eternidad. El tiempo pasado huyó para siempre; el futuro no sabemos si vendrá; el presente es un átomo minutísimo, y éste igualmente lo respira el viejo y el joven. La vida no se mide por duraciones determinadas. Es una locura creer que hay mocedad y decrepitud. Decrépito acaba el párvulo, que llega con su vida hasta el término que pudo llegar; viejo muere, aunque muere niño. El viejo no se distingue del mozo por la más o menos detención en el mundo, que esto es nada; sólo se diferencian en la más dura o blanda solidez de sus huesos, en lo más arrollado o extendido de la piel, en la celeridad o tardanza del movimiento, en el color más o menos blanco de la melena. ¡Qué locos! ¡Qué necios sois los mortales en desviaros de esta consideración! Todos conocéis estas verdades, y todos huís de su conocimiento, neciamente persuadidos a que os puede alargar la vida su fuga o su ignorancia. ¡Un soplo del aire fue capaz de abatir a ese desdichado que ves agonizar en esa cama! En medio de su lozanía se puso un vientecillo que le sofoca por velocidades la vida. Un soplo solamente lo tiene ya irremediable y desesperado de las confianzas y arbitrios de la ciencia, y de todos los consuelos, habilidades y milagros de la madre común. Tísico de los que vosotros llamáis confirmado, acaba la insensible carrera de su edad, sorbido de congojas, agonías, desmayos y temores terribles.

No es sólo la causa externa de esta invencible enfermedad el aire frío, harto de partes acedas, agudas y saladas; prodúcenla también otras muchas, como te pudiera mostrar en otros actuales moribundos; pero bastará

para tu instrucción y tu enseñanza que las oigas de mí. Escúchalas, y repásalas en tu memoria, mientras llega ese infeliz a las últimas señales de su muerte y su término, que quiero que veas uno y otro, para que (bien a mi pesar) te aproveches de su horror, y para que te sirva de escarmiento su eterna desventura.

Introducen también esta dolencia los alientos, átomos y respiraciones de los tísicos, especialmente en aquellas personas consanguíneas, que tienen comunicación de parentesco, o sus humores símbolos o semejantes a los espíritus y temperamento del doliente. Los humos metálicos, los vapores de la cal, del aceite, carbón y otros cuerpos rasinosos y virolentos, que exhalan los minerales y otros terrazos gredosos, ponen también a los cuerpos en las angustias de este achaque; porque todos vician la dulzura, movimiento y condición de la sangre, trocando en turbio suero su clarísima rubicundez, o derriten la flema salada del cerebro, que destilándose hasta los livianos, los hiere y roe con la continuación del gotear, de que se origina la llaga, que se manifiesta en los cadáveres que se sujetan al cuchillo anatómico. Éstas son las más sensibles y exteriores causas de la tísica. Advierte ahora en los engaños y falsas persuasiones con que os entretiene vuestra locura. Acompañada vuestra necesidad del distraimiento pecaminoso os abulta la carne valiente, maciza, hermosa y perdurable, sin que jamás os hayan convencido los ojos ni el juicio las frecuentes ruinas y desvanecimientos de todo lo criado. Vuestros padres, hijos, abuelos, vecinos y brutos de que os servíais, todos se han desaparecido; todo es polvo ya. Menos: todo está ya en el poder de su primer principio, que es la nada. Vosotros os imagináis las vidas mas allá de las eternidades. Raro es el que piensa en la primitiva de su aniquilación. Un soplo, un humo, un vapor, un aliento, la muerta respiración de un candil se burla de todas vuestras confianzas y fortalezas. En todas las estaciones de vuestra edad vive el peligro junto a la misma conservación. La salud y la enfermedad son dos inquilinos inseparables de vuestra naturaleza; y aunque pagan igualmente el hospedaje, la enfermedad tiene más familia que la salud. El mozo muere porque se le bulle con velocidad demasiada la sangre; y el viejo, porque le circula con torpe pereza. Unos morís y enfermáis porque tenéis mucho humor colérico, y otros porque os falta el necesario para conservar el equilibrio del temperamento. Muerte hay para todos, para el niño, el joven y el viejo, que la trae consigo desde el vientre el que nace; y es tan indefectible, que con menos escrúpulo podéis jurar que abrazáis muerte, que afirmar que tenéis vida. Verdades son éstas que las sabes tú y no las ignora el más necio del mundo. Desde los hospitales, los púlpitos, los libros y las sepulturas os hablan los vivos, los moribundos y los muertos; mas el rumor y algazara de vuestras codicias y locos deseos no os deja oír tan repetidos y frecuentes clamores y desengaños. Todo lo sabes tú, tú lo ves cada hora, y en ésta te lo grita el mismo demonio, para que no quede instrumento que no clame tu acusación y tu culpa en aquel día en que seas llamado a residencia. Brevemente llegará, aprovecha sus instantes en tu corrección, si no quieres morir rabiando eternamente en la irremediable cautividad de los infiernos.

En la angustiada información que te he hecho de las causas externas de la tísica, se manifiestan con más claridad las interiores; mas porque

no fatigues tu penetración en su solicitud, óyelas, y estudia en ellas. Las partículas acedas y saladas, contenidas en la sangre, turban y disuelven su compás, su movimiento y estructura, reduciéndola a una maligna acuosidad. Arroja, pues, de sus venas y arterias, como extrañas en su espíritu, estas partes serosas, las que por su viciosa naturaleza y corrompida constitución son ya resbaladizas y sutiles, y con facilidad se desguazan y cuelan hasta los bronquios y vejigas del pulmón; y como éste está formado de una entidad espumosa, blanda y dulce, chupa y abraza dichos sueros; y detenidos en él, lo roen, exulceran y destruyen toda su substancia. La gran copia de zumos y líquidos con que está regado el cuerpo humano es también causa regular de este achaque, porque siendo excesiva la abundancia, rebosa en sus vasos y conductos, y no pudiendo contenerse dentro de ellos, se extravasa y precipita hasta el pulmón; y estancados y sorbidos en su substancia, hacen una podrida y extraña fermentación, y con ella punzan y llagan todo el bofe hasta que se sigue la total desunión de su tejido.

Las reliquias de una enfermedad grave y espaciosa engendran frecuentemente este afecto; porque con la rara fermentación que tiene la sangre en las perezas del achaque agudo y remolón, se huye y vuela de ella gran copia del bálsamo y azufre nutritivo, y quedan ocupados sus conductos y canales de particillas térreas saladas e impropias para la buena crianza y nutrimento, y dispuestas y oportunas para herir la blandura, suavidad y buen orden de esta entraña. Es también causa conocida de esta dolencia el vicio particular y deforme organización de los pulmones; esto es, cuando están formados con regular dureza o blandura, o muy abiertos o cerrados, o muy fríos o calientes, o muy húmedos o secos, o muy flojos o arrugados; pues siempre que no estén compuestos de forma específica, así en magnitud como en condición, crían materiales abonados para la altura de este efecto. E inducen también la tísica los tubérculos supurados y rotos, engendrados en el pecho y sus partes vecinas; los fuertes y crudos, como no permiten supurarse, oprimen los livianos, y de esta estrechez se sigue la sofocación. Últimamente tiene su nacimiento la tísica del sarampión, viruelas, dolor de costado, toda pasión de pecho, y enfermedad perezosa y fuerte, y por lo regular es incurable este afecto cuando viene detrás de cualquiera dolencia de las que los médicos llaman agudas y exacte peragudas, por la poca fuerza del doliente; pues no queda con valor para sacudirse, ni admitir las medicinas poderosas para su alivio y restauración. Repara ahora en las señales últimas de la muerte de este hombre.

El conocimiento y estudio sobre las causas peculiares de la tísica -prosiguió mi Diablo- será el signo más demostrativo y verdadero de ella; y examinadas con cordura estudiosa, y unidas a las que pretendo avisarte, podrás hacer los discretos pronósticos sobre las confusiones de este mal. Padece el que ha de morir tísico en las primeras impresiones de este achaque una calentura lenta, tos pertinaz; despide salivas hediondas y materiosas, extenuación en la carne, dolor y gravedad penosa en el pecho y las costillas, sudores nocturnos y rigores espantosos y desordenados. Éstos son los primeros pasos que caminan los tísicos, y se conoce su paradero en la mayor altura, sensibilidad y percepción de estos mismos síntomas. La calentura lenta, como nace de los vapores y efluvios de la

llaga, y ésta va tomando incremento y extensión, pasa a ser más violenta hasta que da en el estado de podrida. La tos es más molesta, y los esputos más asquerosos y fétidos; porque el suero que está rebalsado en los bofes es más podrido y mordaz; despiden con la tos poca materia por la debilidad y desmayo de las facultades y fuerzas. La voz se vuelve ronca por la sequedad en las paredes del pecho; y así resuena como cualquier grito disparado cerca de las cavidades de las bóvedas. La respiración aparece dificultosa y quebrada, porque lo dilatado de la llaga estorba el ejercicio y movimiento de los livianos, y porque el montón de la podre agobia a los espíritus y les disminuye el valor para las excreciones. La gana del comer se pierde por estar sofocado el espíritu congenial del estómago, y abatidos los sucos acedos volátiles que inducen la picazón sensible en sus glándulas, que es lo que se llama hambre o apetito. Los cabellos se caen, porque se desfiguran los poros de la cabeza y las sales corrosivas de los líquidos desenfrenados comen las raíces del pelo. Los pies se hinchan por la poca viveza de espíritus que acude a aquellas partes remotas. Poco tiempo antes de morir padecen flujo inmoderado de vientre; porque todo el cúmulo de las materias irritantes encerradas en aquella cavidad y sus poros se precipitan, por razón de su pesadumbre, a los intestinos; y como las fibras están lacias, flojas y débiles, no pueden resistir a tanta cargazón. Las uñas se alargan y se encorvan; los músculos se estrechan y consumen; el pellejo se arruga y se deseca, y todo esto lo produce la total desolación de la carne.

Éstos son los gritos y señales más sensibles de la tisis en su principio y confirmación. En el estado sano es sospechoso en esta enfermedad cualquiera cuerpo que tuviese larga la gorja, el pecho hundido, los hombros empinados, la cabeza aguda, el color macilento. Y si a estas señas se le aplica alguna debilidad de estómago, puede llamarse tísico de la especie tercera y empezar a tratarse como tal, pues sólo milagrosamente es posible escaparse de esta casta de muerte el cuerpo circunstanciado con semejante disposición y señales. Atiende, pues, a los últimos desmayos de su vida.

Reparé con más cuidado y vi que ya se le había huido la tos; el aliento era imperceptible; el flujo del vientre y la murmuración aún subsistía; los extremos todos del cuerpo se estaban rígidos y escabrosos; la nariz abierta y aguzada, los ojos turbios, hondos y macilentos; las orejas transparentes y sumidas; las manos tensas, rugosas y sin espíritus para dilatar o encoger su movimiento. Palpaba perezosamente la ropa, escurríase con desmesurada fatiga, fijaba los quebrantados ojos en los circunstantes, dando con cada mirada y acción tristísimas señales de su angustia, zozobra, desconsuelo y fatiga.

¿Quién vive alegre y distraído -decía yo a mi corazón- sabiendo que ha de pasar por tales amarguras? ¿Quién no se prepara para padecer con menos fatigas las congojas de esta tribulación? ¿Quién no se horroriza, considerando que después de tan mortales rigores ha de oír los cargos de un Dios y padecer más horribles tormentos? Cuando oía yo decir «fulano murió», pensaba que la muerte era un breve pasadizo, en cuyo viaje no se padecían más desabrimientos que los que produce el veloz destrozo de cualquiera compuesto humano. ¡Mas ay! ¡Que son más horrorosas y más insufribles las imaginaciones, dudas y sustos sobre la esperanza de la

residencia, y lo ignorado del lugar, que todo el tropel de horrores, plagas, tiranías y sangrientos espectáculos del mundo! ¡Ciegos, locos e impíos contra Dios y contra nuestra felicidad, dejarnos que se deslicen los días, los meses y los años, sin hacer el recuerdo más leve, ni la consideración más abreviada sobre esta hora, y sobre este término indefectible! ¡Qué representaciones tan pavorosas! ¡Qué asombros tan terribles confunden y desesperan la imaginación de ese desdichado! ¡Y qué breve, pobre de mí, seré yo rodeado y confundido de más impetuosos asaltos y temores! ¡La fe y la religión, con qué aspereza le riñen los desvíos que tuvo en su observancia! ¡Con qué claridad, con qué rigor, con qué desconsuelo le abulta sus delitos la memoria y la conciencia! ¡Qué tristes, y qué amargas le descubre la antorcha del desengaño las verdades que le encubrieron sus ilusiones! A la luz de sus congojas, ¡con qué ojos mira cuanto le sirvió de cebo a su ambición, de objeto a su lascivia, y de indigno asunto a sus fantásticas y perversas inquietudes! Sus deseos, ideas, altanerías, posesiones, tesoros e imaginarias felicidades, una mortaja las espera para sofocarlas, un ataúd para podrir las y una sepultura para desvanecerlas. ¡Preciso es pasar por el universal despojo de todas nuestras ansias insaciables! ¡Precisa es esta jornada! ¡Forzoso es hacer tránsito a una de las dos eternidades! Pues prevengámonos con el arrepentimiento, abracémonos con la paciencia, y esperemos en la piedad infinita de Dios, que su misericordia hará dulces los martirios de la muerte temporal, y nos dará seguras esperanzas del eterno descanso.

Dichosamente confuso estaba yo en estos pensamientos, cuando repentinamente me turba el juicio y me roba la meditación un espantoso aullido, con que atronó todo el ámbito mi útil conductor. A la tremenda señal se asombró la pieza de un asqueroso enjambre de las sucias y abominables sabandijas que nos acompañaban; y apenas oyeron pronunciar a su horrible jefe la deplorable y tristísima palabra de «ya expiro» se desaparecieron todos, llevándose consigo el alma de este infeliz a padecer eternamente la inmortal desesperación y las crueles penas del infinito cautiverio. Aquí fue donde quedó confuso y nuevamente horrorizado mi corazón; aquí donde me inundaron tan nuevos asombros, que vi ya ahogado a mi espíritu en violentas melancolías, esforzadas angustias y escandalosas reflexiones. ¿Es posible -decía yo- que este hombre sea condenado y reo de muerte perdurable? ¿Un hombre que tuvo tanto tiempo oprimido el furor de sus pasiones con la pesadumbre de las dolencias? ¿Un hombre a quien luego le desengañó de las sutiles esperanzas de la vida lo irremediable de su mal? ¿Un hombre que bebió la eficacia de los sacramentos y otros antídotos espirituales? ¿Un hombre asistido de los Operarios Evangélicos, que son los ángeles de este mundo inferior? ¿Un hombre que tuvo sobradísimo tiempo para repartir con juiciosa prudencia sus fortunas? ¿Un hombre que gozó de la libertad y buena constitución de sus talentos, potencias y sentidos hasta la última hora? ¿Un hombre a quien cada momento visitaba la muerte, demostrándole la cercanía de su término con los terribles avisos de la continuación de las congojas, desmayos y desfallecimientos? ¿Éste se condena, Dios mío? Pues si éste es condenado, ¿qué será del infeliz desprevenido a quien sobrecoge la violencia de un rápido e impetuoso accidente? ¿Qué será del desdichado que sin pasar por las disposiciones católicas es asaltado de una apoplejía, o de otra de las innumerables

dolencias en que se turba la razón y se pierde el juicio a los primeros acometimientos de su furia? ¿Qué será del que muere en la agudeza del filo de una espada? ¿En el estruendo de un trabucazo? ¿Y en las ruinas de un golpe violento? ¿Qué dudas tan tremendas! ¿Qué horrores tan crueles! ¿Qué penas tan tumultuosas padecería yo con esta consideración! Piénselas el juicioso que va leyendo, que a mí me asusta sólo el intento de referirlas. La meditación de cada uno lo sabrá ponderar con locuciones más vivas que la pluma o los labios peregrinos, por peregrinos que sean. El pensamiento propio es el predicador más persuasivo. Él tiene una infusa retórica que convence con más prontitud que todas las frases, figuras, silogismos y artefactos poderosos. La lumbre divina que arde inextinguible en cada hombre ilustra con toda claridad estas imágenes. La luz ajena siempre las hace alguna sombra y las permite prolijas obscuridades. No necesita este camino otro director, ni más Mercurio que la propia recogitación. La senda es estrecha, pero clara, y sólo la podrá errar el que no mirare cómo asienta sus pasos. Sobrecogido y asombrado me advirtió mi conductor, y me dijo:

-Ya penetro las dudas que te alteran y te angustian el ánimo.

Sígueme, que ya nos llama otro más acelerado moribundo, y en el camino te desataré todas la confusiones que padeces.

Salimos de aquella tristísima mansión, y acompañados de la copiosa runfla de diablos y figuras que nos esperaban, empezamos el viaje. Ellos iban aumentando con sus gemidos el espantoso rumiadero, y el etíope informándome de la vida y causas de la condenación del irremediable precito en esta forma:

-Nació este hombre para la religión de los vivos en una ilustre cuna, y desde que se apeó en el mundo empezó a ser venerable su persona -fortuna que sólo tiene la desgracia de perecedera, y la condición de no saber disimular los defectos e incivildades comunes a otras gentes-. Criáronle con descuido, porque se arrastraba la atención de sus padres, y la servidumbre de sus criados, otro que se adelantó a nacer, que llaman primogénito en las casas de alguna distinción. A este feliz desamparo y libertad debió la famosa robustez y fortaleza de su primera salud, pues regularmente la prolijidad, adulación y hazañería con que atiende el mundo cortesano a los que destina para las sucesiones, produce unas humanidades ridículas, secas, débiles, flojas e inútiles para todos los fines del buen gobierno interior o exterior; pues para cualquiera ejercicio del ánimo o del cuerpo, es necesaria la fuerza, la erguida disposición y la sanidad.

La necia filosofía del mundo dirige con esta delicadeza y martirio a los que nacen distinguidos en él. Los años de niño los vive sediento, acosado de la hambre, siendo esclavo de sus mismos criados, pues ni respirar los permiten sin estos testigos y fiscales.

Tratan sólo con zalameros, mentirosos, aduladores y bufonzuelos, para que le entretengan en el hambre y los apetitos disculpables de aquella edad, y cuando habían de crecer, para deleite de los ojos, con su bizarría y lozana puerilidad, aparecen ateridos y aparrados, enfermos y defectuosos; pues en toda la casta de los racionales se ven figuras tan deformes ni tan abatidas como las de estas criaturas. Los niños necesitan mucho alimento y mucha libertad en su primera leche y crianza. El chocolate, el dulce, el vino y otros melindres los descaen y consumen. Del

sol y el viento, que son los padres universales de la vida, los retiran y esconden, y no los permiten beber más aire que el doméstico que regularmente está inficionado de pestíferas respiraciones. Los elementos no tienen más oficio que asistir a las crianzas de todos los entes de este mundo inferior. Sin ellos no pueden salir ni aumentarse las generaciones de los tres reinos, animal, mineral y vegetable. Adviertan los que crían a sus hijos con este preternatural y engañado método, la hermosura, robustez, altura, salud y avanzada edad adonde llegan los rústicos, y aprendan a ser hombres del desprecio y descuido en su crianza. Sobre una parva pone la labradora a su hijo desde que se levanta el sol hasta que se acuesta en el mes de agosto, y sin otro regalo que un cortezón de bollo de centeno y tal cual sorbo de la leche caldeada con el excesivo trabajo de la madre pasa todo el día. El cierzo, el regañón, el ábrego y todos los aires bebe el muchacho, y con todos adquiere admirable robustez y estupenda sanidad. Ni esta visible experiencia, ni la que ven en la debilidad y abreviada muerte de sus criaturas basta a desterrar de costumbres cortesanías esta dirección en los alimentos de los hijos. Tienen también mucha culpa en este desorden los médicos ignorantes, contemplativos y mentirosos, pues por rudos que sean los hombres en el estudio de la naturaleza, todos saben cuan perniciosos son estos aforismos a la crianza, altura y robustez de los racionales, y es raro el que se esfuerza a desengañar de estos errores a los padres, y el motivo es porque éstos procuran regularmente ponerse al lado de las extravagancias y deseos, porque en esta adulación suele estar escondido su patrimonio y su ventura. Creció, pues, este infeliz, sano, fuerte y hermoso -beneficio singular y fortuna tan recomendable que excede en glorias a todas las abundancias de la tierra-, y cuando debía gastar la vida en dar gracias a Dios por tan excesivos favores, derramó los años de la juventud en desordenados vicios y desvanecimientos. Tragóse lo más de su vida la gula, la lujuria y la ociosidad, que cualquiera de ellas tiene sobrados ardides y abundantes ponzoñas para arruinar a todos los justos, si se descuidan en dejarlas meter sus halagos en el corazón.

Solicitaron sus padres y parientes algunos beneficios y abundancias del patrimonio de Dios y tesorería de la Iglesia, para vengarle de la tardanza de la naturaleza, y dar pasto a las altanerías y disparates de su locura. Él, sin examinar otra vocación que la de sus apetitos y sin licencia de Dios, de sus inclinaciones, ni de su espíritu, aceptó los caudales. Conducíase no como depositario de ellos, sino como heredero forzoso, y empezó a derramarlos sin miedo de la cuenta, en profanidades escandalosas, juegos, convites, músicas y otros halagüeños espectáculos. Los pobres aullaban, el purgatorio gemía y los hospitales lloraban la desolación de esta hacienda, a la que son legítimos acreedores y primeros llamados; pero él, sordo a todos sus lamentos, sólo volvía la cara a sus huelgas, distracciones y faustos, sin la menor memoria, ni temor de la eternidad.

¡Cuántos viven sosegados en el mundo, que gozan los ricos patrimonios de la Iglesia sin haber sentido en su alma más vocación sobrenatural que el loco deseo de suplir con sus abundancias los defectos de otra hacienda! ¡Cuántos consumen las heredades de los pobres en sustentar sus ocios, sus vicios, sus ignorancias y sus locuras! ¡Cuántos roban y disfrutan estos

sagrados depósitos por mucho tiempo, sin la atención a otro fin que el de ostentar después una boda llena de desvanecimientos! ¡Cuántos cumplen superficialmente con las obligaciones y cargos de estos beneficios, sin estimarlos en más que porque sirven a sus fantásticas ideas! Muchos son, muchos son -repetía-, y ciertamente que está ahíto el infierno con la abominable cosecha de tantas almas.

En el supremo tribunal nada pasa sin un riguroso examen. Los gastos del juego, el coche, la gala y la profanidad no son partidas de recibo. Los que dan los pobres, las iglesias, y la moderación del alimento y el vestido son los que se abonan y nada más. La política, la razón de estado, las opiniones ni otros consejos, permisiones ni excusas pueden justificar el uso profano de unos bienes consagrados al altar de Dios, y al de la necesidad de los mendigos. Una renta grande, un beneficio poderoso, no se puede dar sin mucho cargo, y es preciso dar una cuenta muy exacta de su ingreso. ¿Piensa el gorrón sacristán que cumple todas las obligaciones en rezando con mucha prisa y poca devoción el oficio divino? ¿Se persuade el beneficiado que queda Dios gustoso y satisfecho porque entregó las almas que juró cuidar y dirigir para el ciclo a un asalariado? Mal piensan, mal se persuaden. El que come de la Iglesia, la ha de servir, y ha de ser ejemplo de los fieles, manifestándose prudente, estudioso, pobre, desinteresado y atento a todas las virtudes; y no viviendo con esta vigilancia, pone a riesgo la salvación de los que trata, juzga y gobierna, y deja en el mismo peligro la suya. En este infernal escollo hocican regularmente todos los hombres, y sin examen de su espíritu, que sin el conocimiento y ciencia de los delicados estatutos de la Iglesia abrazan sus ministerios y tesoros. Aborrecible y detestable es esta imprudencia e ignorancia y poco celo; pero aún es más sucia, infame y vil la pasión con que viven muchos en el vicio opuesto de la miseria y la avaricia. De los disparates del desordenado ya recogen algo los menesterosos, pues a violencia de su desperdicio arroja algunas migajas hacia los acreedores; pero los miserables y avarientos no sirven a Dios, al mundo, al demonio, ni a la carne. A Dios todo se lo niegan y se burlan de sus retribuciones; nada esperan de su poder, porque todas sus esperanzas las aseguran en sus talegos y en sus desdichados arbitrios. Ateístas exquisitamente infames, confiesan que hay Dios, y le dudan la liberalidad y la providencia, le niegan cuanto le deben, y confían más en su miseria que en sus indefectibles palabras y escrituras. Del mundo huyen y se esconden, afectando devoción, y reducen su carne a una vida hambrienta, ruin, penitente y asquerosa, siendo la irrisión, aborrecimiento y escándalo del vulgo. Rodeados de fatigas, temores, enfados y obscuridades viven escondidos de todos; y aun así les parece que no está seguro su dinero. Los demonios no podemos formar un espíritu tan aniquilado, un corazón tan estrecho y un alma tan pechera, como la que se forma a sí mismo el miserable y avariento. Él vende, niega y aborrece al Criador y a todas sus criaturas y a sí propio, por adorar las escorias del cobre y las migajas de los minerales. Tan asquerosa es esta pasión, que ella misma estudia en ocultar su nombre, vistiéndose el sayo de economía, austeridad, moderación, medio, providencia y otros mascarones, con que intenta cubrir su feísima casta y horrible semblante. Los jueces del mundo, ¡cómo no ahorcan a estos insolentes depositarios! Un rico avaro que no da limosna

es ladrón más escandaloso y tirano que los que se sustentan de las rapiñas; no hay forajido más cruel, ni más desventurado. No vale decir que lo guarda para hacer fundaciones, obras pías y fábricas. El que está en el mundo debe remediar las actuales carencias, los que no han nacido no están a su cargo. A ninguno le ha de faltar casa, ni hospedaje, que corre por cuenta de Dios su abrigo y su alimento. Las necesidades presentes no se socorren con esperanzas. ¿Salva su conciencia el que deja perecer al pobre, asido a los deseos de dejar una gran renta y una gran casa para los que han de venir? Para tratarse con vileza y hambre y hacer lo mismo con sus pobres el eclesiástico, ¿dan alguna libertad o permisión los Mandamientos? Estudie el avaro miserable todas las respuestas que quisiere, abrace todas las mecánicas opiniones que puedan escribirle los parciales a su indigno sistema, que cuando más discurran sólo conseguirán tenerse engañados a sí mismos; pero no podrán lograr ni el disimulo de la piedad de Dios, ni el crédito de los mundanos que viven con algún temor a la muerte y a la cuenta. El obispo, el párroco, el capellán, el beneficiado no son señores absolutos de los bienes de la Iglesia, son mayordomos y depositarios, a quien no se les permite más sueldo que un pobre y honestísimo gasto para su comida y su ropa. Los caudales que exceden la moderación eclesiástica son de los fieles de su Iglesia y territorio. El que los retiene o desparrama a otros usos con perjuicio de sus amos que son los pobres, los hospitales y los templos de Dios, se condena, y éste es un aforismo católico que no admite comentarios ni interpretaciones.

Concluamos la historia de este infeliz -prosiguió mi pedagogo-, que aunque soy diablo que me alimento de condenaciones, me irrita la memoria de tales monstruos.

Sin susto de que había enfermedades, ruinas y muerte para todos, vivió este condenado hasta los treinta y cuatro años de su edad, siguiendo siempre con derramamiento escandaloso el tema de sus profanidades y locuras. Cansóse su naturaleza de sufrir sus disparates, y empezó a dar señales de su enojo. El estómago se rebelaba contra el alimento y la medicina, sin querer purificar ni convertir en saludable quilo su substancia. Las entrañas de los hipocondrios, bazo y otros senos se le poblaron de obstrucciones y crudezas. La sangre se dejó inficionar de sueros y partecillas que le ahogaban el bálsamo y suspendían lo conforme y arreglado del movimiento, y fiado en su robustez, en el deseo de vivir, en los consuelos de los asistentes aduladores y en las promesas falsas y disimulo de los asistentes ignorantes, no quiso conocer ni dar crédito a los deliquios y desmayos de su naturaleza. Pasaba un día desazonado, porque la malignidad del humor tomaba más altura, y decíanle que aquella destemplanza era origen del desasosiego del temporal, que todo su mal lo remediaría el buen tiempo de la primavera y un leve purgante, y estos malditos discursos y expresiones lo apartaban de la consideración de su fin. Pasaba otro día menos mal y consolábase enteramente, prometiéndose una breve convalecencia y robustez, y empezaba a idear nuevos desórdenes de juegos, convites y bailes en que gastar la soñada vida. En esta alternación se le huyeron algunos meses, apartando cuanto era imaginable de su memoria los gritos que le daba la muerte por la boca de sus mismas dolencias. Llegó, pues, al deplorable estado de confirmarse tísico, y la

desgracia fue que aun en él le continuaban los consuelos frívolos, las esperanzas perniciosas y las medicinas inútiles, no ignorando el más rudo de aforismos lo perjudiciales que son para el alma y el cuerpo semejantes usos y consolatorias. En el estado de la confirmación, sólo se debe tratar en disponer el espíritu y la última cuenta. Los remedios sólo sirven de acelerar la vida y las esperanzas de inducir la condenación. Al enfermo que está preocupado de estas vanidades es preciso acudirle con los antídotos del desengaño. Al confesor, al amigo, al enemigo, al médico y a todos les pertenece la manifestación del peligro. Cualquier asomo de expresión en orden a esperanzarlo de la vida es injusta, impiadosa y tirana. Los domésticos le daban señales de su muerte en su sentimiento, su tristeza y su inquietud; pero él, desentendido a estas voces mudas, abrigaba en su corrompida imaginación con las ansias del vivir una incredulidad ciega de su término. Jamás quiso creer que podía desampararle la salud. Las ruinas que admiraba en su temperamento siempre le pareció que podía levantarlas con poca diligencia. Determinaron los médicos y los familiares decirle lo cercano de su fin, fiando a la venerable expresión de un religioso humilde las frases y avisos que pudieran producir una conformidad cristiana y un dichoso aparato para la última hora. Recibió el golpe con horrible sobresalto de su corazón, y alentado de las voces blandas y consolatorias benignas del ministro, de alguna escasa luz de paciencia católica, y de las perversas esperanzas de la vida, que no nos dejan ni aun en el último tránsito de la muerte, se sosegó, y dijo que quería recibir los sacramentos y disponer sus cuentas. Empezó a hacer cálculos y guarismos en su imaginación, y hallóse sumido en trampas y ahogado en deudas imposibles de satisfacer. Creció su angustia y aumentáronsele las congojas, amontonósele el juicio, no sabía por dónde partir, todo era horror, desorden, desconcierto y espantosos desvaríos que lo despeñaron hasta lo profundo de la desesperación. Oía los gritos de los pobres, las quejas de su conciencia, las acusaciones de sus sentidos y los irremediables lamentos de su alma. Miraba el tiempo perdido, el riguroso cargo que le habían de hacer de sus minutos, lo imposible de su cobranza, la estrecha cuenta que había de dar de todos sus pensamientos, obras y voces buenas y malas, y lo cercano de un infierno perdurable. ¡Qué confusiones! ¡Qué penas! ¡Qué rabias! ¡Qué zozobras! ¡Qué inquietudes padecería este miserable! Considérelas el que quisiere verse libre de tan furiosas angustias y tormentos, pues la memoria de ellos es el último preservativo de tan eterno mal.

En medio, pues, de la tropelía de tan extremos parasismos y tribulaciones, alcanzó un breve sosiego, el que le puso en la determinación de distribuir sus bienes y ordenar su alma. Hizo un testamento cuyas cláusulas fueron escándalo, confusión y pesadumbre de cuantos miran con seriedad católica el negocio de su salvación. Dejó por única heredera de sus muebles a una criada, con la prevención de que nadie la pidiese cuentas ni se le reconociesen sus cofres, sin haberse acordado este infeliz de haber hecho de aquellas abundancias inútiles alguna restitución de lo que en vida retuvo y usurpó a los pobres y a los templos. Infinitas son las últimas voluntades parecidas a la de éste; pero también son infinitos los que se abrasan eternamente por la mala conducta en tan sospechosas disposiciones. El ama, la criada, está satisfecha con

la cobranza de sus salarios, y cuando más, como a pobre distinguido, se le podrá hacer una moderada donación. Aunque tales testamentos no tuvieran la claridad de latrocinios les bastaba para ser insolentes y escandalosos los visos y sospechas que descubren de un mal trato, de una pasión impura o de una amistad escandalosa. Los tesoros de Dios y los depósitos de la necesidad no se pueden repartir, ni en vida ni en muerte, sino a sus dueños. El eclesiástico que desea salir del mundo con quietud y ventura debe estar desembarazado y libre de estos estorbos y particiones en el último lance. La que se hace entonces es distribución forzada, no es meritoria aun cuando sea discreta, pues él no lo da, que se lo arrebató la muerte. La restitución se ha de hacer en vida, y ha de ser justificada y distribuida con equidad y proporción a las pobrezas, y lo demás es negarle a su estado las obligaciones, a Dios la obediencia y a los pobres la justicia. Confesó después sus culpas con poca distinción de sus especies, con una incertidumbre notable en el número, con un atropellamiento en el examen, con un dolor tibio, con una atrición, que más paraba en el sentimiento de la perdición de la vida y la fuga de sus deleites, que en el horror al infierno y la desgraciada pérdida de la gloria. Frío en el dolor sobrenatural, dudoso en la legítima expresión de sus culpas, tenaz en que substituyese su testamento -aunque le arguyeron su injusticia-. Remiso en los propósitos, y confundido y desesperado de las infinitas piedades de Dios, acabó la vida, dando con su fin lastimoso principio a su eterna muerte. Considera ahora, ¿de qué le sirve al estragado y pertinaz en los vicios la enfermedad larga, los avisos y certidumbres de su muerte, la asistencia de las medicinas espirituales; de la integridad del juicio, si permite Dios para castigo de las obstinaciones suspender sus eficacias y virtudes? Dar entrada a nuestras astucias y tentaciones, hasta que hacemos que expiren en las manos de la execrable y ciega desesperación. Una costumbre envejecida, un deseo inmoderado y una pasión halagüeña no se vencen en una hora, en donde concurre tan innumerable tropel de deliquios, desmayos, angustias y confusiones.

Calló el demonio, y yo, ¡triste de mí!, mirándome lleno de culpas y deformidades, empecé a llorarme entre los condenados a vista de tan espantoso ejemplo. Pedía a Dios claridad en mi conciencia, luz en mi entendimiento, valor en mis propósitos, ardimiento en mi dolor, y altura en sus santos motivos. Acogíame a las repetidas promesas de su piedad, consolábanme los ejemplos de su misericordia, y acabó de llenarme de esperanzas felices el Sermón 36, que leí en San Pedro Crisólogo, en donde ponderando la largueza de Dios, concluye con estas equivalentes voces, antes y después de otras muchas que pueden serenar la turbación y desconfianza de los más relajados pecadores: Es tanta la misericordia de Dios, que nos perdona si dejamos el pecado, y nos admite aunque el pecado sea el que nos deje a nosotros. El juicio de una larga edad lo reserva para esta hora, y todos los días los concede para plazo y espera del dolor y el arrepentimiento. Haga el pecador de la necesidad virtud, y muera inocente quien gastó toda la vida en culpas y delitos. La piedad de Dios es infinita, nuestros pecados por muchos que sean, son numerables; lo que importa es no dejar en la esfera de propósito al arrepentimiento. El dolor y la enmienda nos harán bienaventurados. Rómpanse los lazos y la liga, que tenemos hecha con el mundo y con nuestras pasiones, y logrará nuestro

espíritu la valentía de corazón, que es necesaria para no dejarse despeñar eternamente como este desdichado. Este suceso es muy importante no dejarlo salir de nuestra memoria para susto de las alteraciones mundanas, horror de los vicios, escarmiento de nuestras culpas y terror de los perdurables castigos y miserias.

Desahuciado segundo

El apoplético

Asustado, atónito y dichosamente confundido con mis reflexiones y las desdichas del infeliz que fue a acreditar la justicia y la rectitud de Dios a los infiernos, caminaba yo con mi demonio, y de repente se puso en medio de mis discursos, diciéndome:

-Sube apriesa, que ya estás cerca de reconocer otro condenado a muerte y a infierno, y en su miseria puedes hallar escarmientos dichosos para la dirección de tu salud y de tu salvación.

Trepamos con alguna celeridad una escalera espaciosa, y haciendo en su último descanso una seña a los monstruos que nos seguían, pararon su movimiento y su rugido, y nosotros nos colamos hasta un gabinete claro, rico, curioso y simétricamente adornado. Estaba tirado en una silla -a quien hizo poltrona la pereza de su dueño- un hombre de bella disposición y contextura. Su edad tocaría en los cuarenta años, carnosos, fuerte, rollizo y membrudo; los ojos, aunque algo apagados y perezosos, eran grandes y de buen color; el semblante apacible, y tan encarnado, que me parecía que le brotaban carmines las mejillas; los labios floridos y hermosos; la dentadura blanca, cabal y unida; y en fin, su rostro y sus miembros gritaban una perfecta pintura de sanidad, fortaleza y alegría. Considerando yo que aquel hombre no era de los que procuraba anatomizar, le dije a mi diablo que en qué se detenía, habiéndome antes advertido que acelerase el paso.

-¡Qué necio, qué rudo y qué ignorante vives -me respondió- en la delicadeza de la humanidad y en las señales de su repentina desolación! Aquel encendimiento hermoso de mejillas es un indicio tan fatal como claro de la torpeza de la sangre, que circulando con rectitud impura, se va estancando en algunos de sus miembros. Aquella tardanza con que mueve los párpados es un testimonio de un sueño preternatural y malicioso, de una pesadez y ruido desagradable en el cerebro, y una y otra señal son correos de un arrebatado e impetuoso accidente.

Decir estas palabras y quedarse aquel hombre muerto en vida sobre el sillón que brumaba, todo fue uno. Acudieron los familiares atribulados y llorosos; unos daban voces a los médicos, otros al confesor; algunos buscaban los rincones de la pieza sin saber donde ocultarse; otros decían al primero que se hallare; y fue tal la confusión y el desorden que la casa parecía nave que se va a pique. Los vecinos y pasajeros de la calle entraban y salían, todos aumentaron el ruido, la revolución y los lamentos, quedándose sus consejos y disposiciones en un tropel inútil para remedio del accidentado y la consolación de los domésticos.

-Ni las aplicaciones estudiosas del médico, ni las diligencias eficaces del confesor podrán ya librar de la muerte y de la condenación a

este miserable -dijo mi demonio, y prosiguió- porque está sorprendido y cercado de una apoplejía tan rebelde que no cederá a todas las crueldades y tiranías que la práctica de los físicos tiene destinadas contra tales afectos. Llégate, pues, reconoce y examina ese cuerpo, y observa las señales primeras del insulto que le tiene destruidos los actos de sentir y mover.

El rostro se manifestaba en su color y estado natural sin conocersele en su aspecto mutación alguna sensible. El pulso casi nada distante de la armonía que llevaba en el estado de su sanidad, perceptible y claro. La respiración solamente se advertía anhelosa, difícil, intercadente y desigual. Los miembros laxos, inmóviles, insensibles y cadavéricos; de modo que habiéndole levantado la cabeza, los pies y los brazos, se le volvían a caer con la gravedad de su propio peso. Los sentidos y los movimientos todos sin uso, acto, ni sentimiento; me pareció estar cogido de un sueño profundo, o que podían estar juntas la vida y la muerte, pues de una y otra daba signos evidentes y claros. Suspenso y no poco admirado estudiaba yo al pie de este vivo cadáver las demostraciones de tan fatal y repentino accidente, cuando sus familiares me lo arrebataron de los ojos, recogiénolo a la cama adonde empezaron a dar providencias de su resurrección. Díjome el etíope:

-Por ahora bastan para tu instrucción las señas que has observado, después notarás las que siguen, acompañan y manifiestan su último deliquio; y entretanto que tratan en auxiliarle con las medicinas de la naturaleza y la religión, escucha la causa que puso a este infeliz en las garras de tan voraz accidente.

Debió este hombre a Dios y a la naturaleza un cuerpo gallardo, fuerte, y tan bien circunstanciado de líquidos, sólidos y entrañas, que pudo mantenerse en el mundo muchos años, sin más diligencia que la de un regimiento prudente sin escrúpulos. El alma era dócil y hábil para la inteligencia y penetración de los secretos más ocultos de las artes; y en lo que vulgarmente se dice razón natural, tan experto que se la podían apeteer los que la están esforzando a cada instante con el estudio y la aplicación. No destinó su famosa capacidad al copioso ejercicio de las ciencias; solamente trató en la solicitud de los medios, ardidés e introducciones que lo encaramasen en un empleo de los que producen salarios y utilidades excesivas con poca tarea de los dueños. Logró un cargo honroso, y contento con no apeteer mayor suerte se entregó a la poltronería y a la pereza, dejando a sus miembros y a su espíritu sin otra diversión ni cuidado que las fatigas de una torpe ociosidad. Comía mucho, y con deleite culpable. En el beber eran continuados los excesos, y los usos en la variedad de los vinos, mistelas y otros licores espirituosos. Cansada, pues, su robusta naturaleza de los repetidos porrazos de su glotonería, hoció a los veintisiete años de su edad en una fiebre ardiente maligna, que lo llevó hasta el borde del sepulcro. Libertóse de su veneno con el beneficio de su robustez, edad joven y favor de la medicina, pero le dejó la reliquia de un flujo hemorroidal, que es la causa total del repentino achaque que lo ha puesto en los brazos de la muerte. Vivió hasta hoy sin otra queja ni otro descontento en su salud que el impertinente asco de esta costumbre, con el que hubiera gozado el beneficio de la vida por más largo tiempo si hubiese intimado una

cristiana dieta a su impaciente gula. El hábito de este achaque lo parlaba lo rubicundo de sus mejillas; y cualquiera rostro que veas con esos planchones rubios y encendidos, puedes creer que el cuerpo padece y sufre indefectiblemente una de estas tres dolencias: o almorranas, o gota, o algún daño o tubérculo en los pulmones, especialmente cuando aparecen a los treinta y ocho años o cuarenta años. Descuidóse la naturaleza en acudir a la costumbre de este flujo; y la detención de aquellas partes inútiles y venenosas que arrojaba por aquel conducto fue causa de que retiradas a la sangre, le emporcasen su bálsamo y convirtiesen su dulzura en unas sales y sueros impuros y coagulantes. Extravasáronse estos bastardos y sucios líquidos a los sesos -o substancia medular, cortical o callosa, como dice la medicina-, y obstruyendo y cerrando su porosidades, no permitieron que se le colase y acudiese el influjo y radiación de los espíritus animales que vagan por la cabeza a los órganos del sentido y movimiento, y así quedó inmóvil, insensible y cuasi cadáver ese cuerpo. Siempre, pues, que por algún acaso, o interior o exterior, se pasme y se fije la sangre u otro líquido del cerebro, se seguirá la estagnación o interrupción de los espíritus; y estancados y detenidos en esta parte producen inmediatamente una repentina y general privación del sentido y movimiento, con profunda modorra, que es toda la esencia de la apoplejía.

Infinitos sujetos pudiera poner delante de tus ojos que en este mismo instante padecen la furiosa violencia de este insulto, siendo distintas las causas que le ocasionaron. Mas para tu enseñanza y tu cautela bastará que yo te la proponga, excusándote la pena de pasar por tan espantosas visiones. Óyelas atento y aprovéchate de su noticia, y vive preparado y cuidadoso de tu salvación, porque la contextura de tu temperamento, lo proporcionado de tu edad y lo corrompido de tu cabeza amenazan a tu vida con los profundos rigores de esta muerte.

-Digo, pues -prosiguió mi filósofo diablo-, que cualquiera supresión de sangre, ya sea la del flujo hemorroidal, la del mensal, o la que la naturaleza acostumbra despedir por las narices o por otros conductos, son causas regulares y producentes de esta formidable dolencia. El sumo calor del sol, adelgazando y exprimiendo, y el mucho frío coagulando y apretando, u otro cualquiera motivo o diligencia que produzca la licuación o la opresión de la sangre, y la obstrucción de los poros y agujerillos de la substancia del cerebro, gozan la esencia de causas de este achaque; es, a saber, el golpe o contusión fuerte, la herida que corta algunos vasos, el tumor, tubérculo o bulto que se cría en el cerebro; porque así éste, como la contusión y los demás producentes, impiden la distribución y tránsito de los espíritus animales a los demás miembros de la delicadísima fábrica del hombre. Son también causas muy patentes y conocidas el demasiado uso en el vino y en los demás licores volátiles y espirituosos. La gula y destemplanza en los manjares groseros, pingües y balsámicos; el uso de la Venus, especialmente en los viejos; los humos prontos del vino, cuando empieza su fermentación en las cubas; los vapores, alientos y efluvios del azogue, del carbón y otros minerales y medios minerales, cuyos cuerpos y entrañas despiden y vomitan exhalaciones y partecillas de naturaleza narcótica y mercurial; los vahos y respiraciones de algunas termas y baños, que repentinamente exhalan átomos vaporosos y partes soporosas; y todas aquellas substancias y cuerpos en cuya composición y

textura son abundantes las porciones del azufre, el mercurio y la sal, porque todos éstos pasman y sofocan con lo acedo de su naturaleza coagulante y narcótica la volatilidad, comunicación y partición de los espíritus que residen en la cabeza a las demás partes del cuerpo. Todos los humos y vapores que infunden sueño profundo, como son los que se divierten y corren por los nervios y membranas al tiempo de padecer el frío y rigor de las calenturas intermitentes, tercianas, cuartanas y quintanas son también poderosos para coagular la sangre y entorpecer la volatilidad de los espíritus, a cuyo movimiento está engendrado todo el acto del vivir, sentir y moverse. También aquel letargo o inclinación a dormir, que sobreviene en las fiebres malignas que tienen su origen del pasmo o coagulación de la sangre, es causa muy temible; pues estancándose dicho líquido en los vasos del cerebro, induce la sofocación de espíritus, y como éstos no pueden pasar a hacer su ilustración al sistema nervioso se sigue el universal eclipse de todas sus partes. La ira, el temor, el desasosiego, la pena y otros sobresaltos y alborotos del ánimo producen rigurosamente este achaque, especialmente en las mujeres y aquellos sujetos fáciles al enojo, al coraje y la venganza; pues estas pasiones furiosamente irritadas introducen en el cerebro una turbulencia, desorden y conmoción tan extraña, que des gobierna toda su simetría y buena textura de sus órganos, substancia y ejercicio. Fuertes y poderosas son las causas antecedentes; pero debes creer que el mayor número de estos horribles males son ocasionados del motín y desgobierno de estas desenfrenadas pasiones. Éstas son las más frecuentes y conocidas causas, de cuyo poder resulta el síntoma apoplético. Estudia en ellas, y reconoce los innumerables peligros a que tienes expuesta la vida, y la ninguna confianza ni seguridad que debes poner ni presumir de su erguimiento y su salud, cuando la robusta unión y fortaleza de sus partes es muchas veces desdichada ocasión de su pronta y violenta ruina.

Aseguro a Vmd., amigo de mi alma, que estas noticias y relación de causas que brevemente me expresó el etíope con aquellas persuasiones, viveza y fecundidad que Vmd. puede presumir de la filosofía y dialéctica de un demonio, confundieron profundamente mi espíritu con más espanto que todas las tribulaciones que padecí con la visión del antecedente precito. La inquietud de mi corazón y el horror a mis descuidos no me permitía asegurar en el estudio, inquisición y modos de proceder de estas dichas causas. Estas pocas especies pude encomendar a la memoria contra el gusto de mis cristianas consideraciones; pero imagino que son suficientes para comunicarnos dichosa utilidad en el conocimiento de nuestra miseria, y conocida ésta nos dará luz para acusar y aborrecer nuestros descuidos, desórdenes y derramamientos culpables. ¡Qué torpe seguridad! ¡Qué indiscreta confianza ha tenido burlada mi conciencia -decía yo a mi juicio-! ¡La corta edad, la crecida salud, la fuerte disposición del cuerpo tanto son demostraciones de su fortaleza, cuanto de su peligro! ¿Quién será el loco que confíe en robusteces a la vista de este derribado edificio? Horriblemente asombrado quedó mi espíritu, cuando consideré en la crueldad y duración de los dolores, pesada muerte y espantosas imaginaciones del tísico; pero ya me entretenía algún lisonjero alivio y engañoso consuelo, que me persuadió posibles las preparaciones católicas en la molesta tardanza de la dolencia. Neciamente juzgaba que la

pesadumbre de las aflicciones, la fatiga de los sentimientos y la angustia de un continuado dolor me concederían muchas horas para disponer con el juicio, quietud y fidelidad necesaria, la paz con Dios y las últimas cuentas que nos han de pedir en su justísimo tribunal. Locura fue, pero ya se fundaba en algunas apariencias, que hacían menos escandalosas las confianzas; mas en este arrebatamiento, en esta prontísima y feroz violencia, ¿qué esperanza, qué consuelo me puede volver a el engaño y entretener la penitencia? ¡Cuántas veces -oh piadoso Dios mío- sería yo condenado al fuego perdurable si me hubiera asaltado este accidente! Todas las disposiciones, motivos y causas que precipitaron a este infeliz, las tiene mi cuerpo, y algunas más, ¡pues cómo no temo ser sobrecogido! ¡Qué será de mí si me arrebatara tan repentino y furioso acaso! ¡Qué cuenta daré yo de mis talentos! Terrible es el discurso, ojalá que produzca algún provecho. El sol, el aire, el humo, el vapor, la comida, la bebida, el sueño, la quietud, el ejercicio, la angustia, la alegría, el miedo, la cólera, la flema y cuantos líquidos y sólidos encierra la máquina del orbe visible y el mundo pequeño del hombre, todos son productores ejecutivos de este insulto. No hay que fiar en el uso del buen regimiento en las cosas naturales y preternaturales, porque los motivos de nuestra conservación lo son también de la generación de éste y de todas las innumerables dolencias con que somos heridos y acosados. ¿Qué médico prudente podrá prescribir ni señalar una dieta que no deje algunos impuros conocimientos? ¿Podrá alguno, ni yo que estoy dentro de mí, determinar qué alimentos o qué porciones pueden servir para una sanidad tan perfecta que deje libre y asegurada la vida de estos porrazos? Y cuando se venza este imposible, el frío, el calor, el humo, el temor, las asechanzas y las temeridades con que nos acomete toda casta de criaturas, ¿las podremos huir o moderar? Cualquiera respuesta, cualquiera confianza o consolación sólo sirve de hacer más insolente nuestra temeridad y todas de añadir acusaciones a nuestra conciencia, y tormentos a nuestro espíritu. Vivamos como que podemos ahora padecer esta furiosa y subitánea muerte, que lo demás es ser locos, impíos y enemigos de nuestra salvación. Yo bien sé claramente que por dentro y por fuera estoy rodeado de impulsos que me pueden arrastrar a esta desventura. Pues ¿cómo no me asustan sus posibles exaltaciones y movimientos? ¿Cómo vivo con tranquilidad? ¿Qué engaño me entretiene? ¿Qué diabólica persuasión me engaña? ¿No lo veo? ¿No lo toco? ¿Pues a qué aguardo? Embarazado dichosamente sentía a mi espíritu con esta meditación, y el demonio que regularmente se pone en medio de los buenos pensamientos se atravesó en el que me estaba lisonjeando y me dijo:

-Entremos al inmediato dormitorio, que ya empieza el miserable enfermo a dar las últimas señales de su fin. Obsérvalas cuidadoso, que nunca puede dañarte su observación y conocimiento.

Llegamos a la cama, y estaba el miserable doliente tan martirizado que no se percibía en su cuerpo la más mínima partecilla que no estuviese bañada en sangre, y herida de los crueles martirios con que ayuda la piadosa medicina a todos los que arroja la naturaleza a las impiedades de este insulto. La cabeza entrapajada por las comisuras con un lienzo, que empapaba muy a menudo un asistente en el específico cocimiento de las bayas de laurel y enebro, raíz de imperatoria, lilio convalio, raíz de pelitre, simiente de mostaza y de cruz, y otros herbajes que tiene por

poderosos la docta práctica para resolver el material impactado y escondido en las porosidades del cerebro. Ministrábale otro asistente con alguna ejecución las ayudas irritantes de la salvia, ruda, poleo, sen, bayas de enebro, benedicta, laxativa y sal común, las que ya no podía retener; aplicábanle las calas y supositorios de la hiera de logadion y coluquintidas, simiente de alcaravea, sal gema, miel y polvos de castóreo, y todo lo volvía a arrojar. Las sienes y orejas tenía sembradas de sanguijuelas, el cogote y los hombros rodeados de ventosas, los muslos, brazos, piernas y pies rotos, desollados y heridos con las sangrías, friegas y vejigatorios del unguento fuerte de las cantáridas, vigorado con los polvos del euforbio, las narices embutidas de los molestos estornutatorios o errinos del eléboro y pimienta, castóreo y piretro y con los cocimientos y linimentos de la betónica, vinagre, neguilla, pimienta, mirra y los polvos de la raíz del cohombro silvestre. En fin, toda su humanidad tenía plagada de sajaduras, vejigatorios, cauterios, sinapismos, pegotes y otras perrerías que acostumbra ejecutar el arte médico con los infelices condenados al Argel de este achaque. No quedó en la botica espíritu, sal, tintura, agua, vomitorio, aceite, polvo, conserva, jarabe, ni confección de las decantadas para el vencimiento de este enemigo que no se le ministrase; pero de toda su actividad y diligencia del arte se burló el oculto y pegajoso material, sin haber conseguido más fin que el de cargar con muchas enfermedades a un cuerpo que lidiaba solamente con una. ¡Tirana crueldad parece el mandamiento y la ejecución de tales martirios, cuando el mal arguye con tan poderosas señales de su inobediencia y rebeldía! Yo no sé si sería menos rigor dejar a los dolientes desamparados de la medicina que sujetos a la terrible variedad de sus sacrificios. La distante esperanza de que puede volver a su capacidad juiciosa, y las raras experiencias de algunos que la han cobrado, puede redimir de impiedad tan sangrienta y dolorosa práctica. Mirando al católico fin de restituir al paciente a su juicio, para que con él pueda confesar sus culpas, es dulce cruz la terrible pesadez de tanto tormento; mas cuando sólo se ordena a la resurrección y cobranza de la vida, creo que es más piadosa la muerte que el remedio. Raro convalece de este furioso mal, que no viva más dolorido y atormentado con las injurias del socorro que con las impresiones tremendas del insulto. Ni acuso la práctica, ni condeno la suspensión. La prudencia de los sabios en el arte sabrá dirigir sus operaciones y auxilios al término más venturoso. Llegué finalmente más cerca del cruento paciente, y no sin horror de mi vista notó mi cuidado las últimas señales, que capitulan de irremediable y fatal esta dolencia en esta forma:

Ya el pulso se reconocía débil por esencia. La respiración más ofendida, el rostro más cadavérico, y lo rubicundo del semblante cuasi cárdeno. Nadaban sus labios en copiosa espuma. La modorra más fuerte y más profunda, el movimiento y la sensibilidad rematados, y toda su estructura y fisonomía muy diversa, y distante del estado natural.

-Entre las señales que has observado -acudió mi etíope- ninguna es tan demostrativa de muerte como ese espumarajo de su boca, porque ése manifiesta estar coagulada la sangre en el corazón y en los bofes, y la causa es la obstrucción de la substancia de los sesos y el principio de los nervios que residen en la cabeza, a quien la medicina llama par vago,

y como por éstos bajan los espíritus animales al corazón y los demás órganos que sirven al uso del respirar, faltando la comunicación, faltan también los movimientos y sentidos. Esa espuma se cuaja de la fricación y encuentro que el aire inspirado forma en los grumos extravasados de la sangre, y batida y agitada se ensancha y eleva en espuma del mismo modo que el vino meneado e impelido en la garrafa.

Este sudor que puedes tocar -prosiguió mi demonio- es otro signo de los que parlan la cercanía de la muerte, porque como ha faltado a las partes fibrosas la ilustración y fuerza de los espíritus, están los poros del cuerpo lacios y débiles, y por ellos se exhala el bálsamo y suco nutritivo. Lllaman a este sudor los médicos sincóptico, y así en este achaque, como en otro cualquiera que aparezca, se reputa por trágico y mortal. El no retener las ayudas es otro signo manifiesto de muerte, porque es un indicante cierto de estar paralizado el músculo esfínter del orificio, porque, con la ausencia y estagnación de los espíritus animales, no gozan la tensión debida y correspondiente los nervios y fibras de aquella parte. En el estado de la sanidad se puede presumir el acometimiento de esta mortal tragedia en todos los sujetos que padecen continuadas destilaciones, pues si éstas paran, por algún motivo interno o externo, puede retirarse al cerebro todo aquel material seroso, que acostumbraba despedir la naturaleza, y sofocar los espíritus, y tupir las porosidades del seso. La plenitud de vasos, y lo pletórico de las entrañas y cavidades, pueden inducir del mismo modo la estagnación. Los que sin causa manifiesta padecen tristezas, suspensiones y ansiedades, son proporcionados y sospechosos para este mal, y de la misma manera los que ostentan la rubicundidez de mejillas como dije antes; y últimamente la apoplejía que viene después de alguna de las enfermedades agudas, especialmente las calenturas malignas, venenosas o ardientes, y aunque sea de las ligeras y curables, como de sus resultas haga transmutación al cerebro es mortal, porque como deja destruidos y aniquilados los espíritus, es imposible la recuperación de ellos y la expurgación de las partes viciosas, que se retiraron a la substancia de la cabeza.

Así proseguía mi diablo en la manifestación de estos signos, y yo tratando de reponer en mi memoria sus novedades, cuando las lágrimas, voces y desconsuelos de la familia nos informaron de las últimas respiraciones del infeliz, que nos sirvió de demostrable plana a nuestro estudio. Obscurecióse el dormitorio con el nebuloso enjambre de los inmundos y monstruosos diablillos que nos seguían, y cargando con el alma la condujeron al reino de los espantos, las obscuridades, las penas y las infinitas desesperaciones.

-Vamos de aquí -dijo entonces el conductor infernal- que ya nos espera otro desahuciado, y en el camino hasta su casa te informaré de las causas de la condenación de este miserable, ya que quedas instruido en las de su muerte.

Incorporóse con los dos la espesa turba de los diablos irregulares que se quedaron en la escalera, y todos marchamos bajo las órdenes del deforme negro, el que empezó la historia de la condenación de este miserable de esta suerte:

-Vino este hombre al barrio de los vivientes, esforzado con las valerosas disposiciones que viste en su temperamento, hábito carnosos,

músculos dóciles y robustos, altura y latitud conveniente, y todas las proporciones escogidas para gozar una salud dichosa y edad felizmente dilatada. Acompañaba a su famosa contextura un espíritu alegre, sazonado y bullicioso, que puso en sus miembros una ligereza agradecida, y una prontitud dulcemente vistosa y agradable. La borrachera de la fortuna puso en este hombre un empleo venerable, copioso y de débil trabajo, sin haber hecho de su parte más diligencias, trabajos ni cavilaciones que las de una regular enseñanza y un ingenio nada sobresaliente. Acrecentó a esta útil y desocupada tarea un legado abundante, y lo juntó a una mujer rica de lustrosas costumbres, grueso patrimonio y santa educación. Hízole rico y lo hizo insolente, ocioso, soberbio, vano e intratable, pues de esta abundancia nació la pereza, la vanagloria y otros hijos de su eterna condenación.

-¿Es posible -decía yo a mi alma- que las riquezas, que son dádivas liberalísimas de Dios, pongan al hombre en la mayor altura de los vicios? ¿Una opulencia próspera de donde pueden nacer maravillosos efectos de virtud ha de abortar monstruos tan horribles? ¿Las riquezas que debían hacer a los hombres humildes y agradables los forman ingratos y soberbios? Ellas dan disolución a las costumbres, libertad al corazón, fomento a la vanagloria, gozo culpable a los sentidos y venenoso alimento a las torpes ideas de la fantasía. La condición y el estado de los poderosos tiene muchos peligros y abultados estorbos para la salvación, pero también tiene grandes ventajas. La prosperidad no ha condenado a alguno, el mal uso y repartición de sus bienes a todos. ¿Cuántos amigos se pueden comprar en el mismo cielo con las abundancias de la tierra? ¿De cuántas deudas se pueden desquitar los ricos con Dios por los medios de la limosna, el sacrificio y el socorro? Es cierto que los poderosos y grandes pueden labrar su salvación con fatigas más dulces que los que viven reducidos a la providencia de una medianía rigurosa. El tremendo abuso de los bienes, y la inversión de los mandamientos de la caridad, tiene aborrecibles y desacreditados los tesoros, en infame opinión a las abundancias, y reducidos a escoria despreciable y escandalosa los hermosos pedazos de las minas. Cuasi es preciso aconsejar su fuga y su aborrecimiento, quasi es oportuno decir que de estos bienes resultan nuestros mayores males. Yo afirmo que en el que los desea son perniciosos, y que le pagan sus ambiciosos deseos en las miserias y ruindades a que los reduce. Qué raro es el que las reparte con la discreción que nos manda Jesucristo. Sólo se lee de pocos; y hoy se verifica en muchos menos. El cargo de la distribución de los bienes es indispensable y común. Nadie los puede retener ni malgastar. Todos los deben repartir en las consignaciones determinadas por Jesucristo. Para la subsistencia de los desamparados se hace este depósito en los ricos. El mandamiento de dar limosna obliga a todos los que la pueden dar. Los ricos lo son para socorrer a los pobres, a Dios, a la fe y al prójimo; y así mismo se agravia y ofende el que guarda con ambición o destruye con desperdicio extraño estos tesoros. Todo lo que tenemos es de Dios. Cuanto nos ha repartido es con la obligación de acudir a los necesitados. Los hospitales, los templos, las familias desgraciadas, los dolientes y otros atribulados, todos corren por cuenta de los ricos, sean de la condición o estado que quisieren. El que huye de este cuidado y asistencia falta a la religión y le niega a Jesucristo sus

mismos bienes quitándoselos al pobre, debajo de cuyos desconsuelos y lacerias viene toda su majestad y soberanía. Infaliblemente será condenado el opulento que no socorra al menesteroso. Y esta venganza la debían tomar y aprender los jueces en el mundo a imitación del Juez y Criador de todos los cielos. ¿Por qué no ha de haber cárceles, reprehensiones y castigos para los poderosos que dejan perecer a sus hijos los pobres, cuando Dios los tiene determinados a un infierno perdurable? ¿Sabrán más de justicia los doctos de la tierra que el mismo Autor de la rectitud y de la gracia? Y si éste no dispensa, ¿por qué han de disimular los otros? Los crecidos abusos y suntuosas profanidades de la razón de estado, como son los coches, las mulas, las visitas, las comilonas, las galas, los espectáculos, ni otro alguno de los desórdenes civiles, son títulos para librar al poderoso, al grande, ni al acomodado de esta obligación. Preceptos son éstos de la justicia y de la caridad; Dios y los mendigos son los acreedores y no pueden perdonar estas deudas, porque no falte la armonía y concordancia católica. Deudas son irremisibles, y que a todos ejecutan en todo tiempo y lugar. Desdichado mil veces del que no paga tantas letras como cada día les remite Dios por las manos de la pobreza, la enfermedad, el culto y la conservación de las leyes.

Conoció mi conductor que me había distraído de su informe, y aparejándose para que le oyese, prosiguió la historia así:

-Bienaventurado en esta vida y eternamente dichoso en la otra pudo ser este hombre, si hubiera pensado un poco en las glorias con que le brindaban sus medios y sus disposiciones. Poseía una entera y alegre sanidad, gozaba los cariños de una mujer prudente y hermosa, y era dueño de unas riquezas que le pudieron producir provechosos deleites, y ejercicios muy agradables a su conservación y a su felicidad; pero en vez de dedicar a los eternos fines estos bienes, entregó su salud y sus caudales a una ociosidad inútil y fastidiosa. No trataba sino en regalar la poltronería y la pereza, cargando de manjares robustos y licores activos a su cuerpo. Después de haber perdido las primeras horas del sol en una flojedad culpable, y en un afeitte y compostura melindrosa e indigna del espíritu de un racional, marchaba a oír la última misa al templo más frecuentado, adonde regularmente llama más la lonja que la imagen, el concurso que la devoción, y la licencia desenfadada que el verdadero culto. Oía la misa a trompicones; ya hablaba con el que tenía a par de sí, ya derramaba la vista a los lustrosos objetos que acudían al mismo lugar y a todos los entrantes y salientes, de modo que más parecía estar en un convite cortesano y disoluto que en el lugar donde se deben hacer a Dios los humildes y venerables sacrificios. Acababa las horas de la mañana conversando inútil y licenciosamente con otros comensales vagamundos, jugando entre todos del donaire, la chanza, el equívoco y otras raterías, que más sirven de enojar la conciencia que de acreditar la capacidad. No pasaba señora, ministro, repúblico, soldado ni plebeyo a quien no le hiciesen una apología. A título de rico le refían las sandeces, celebrándole por agudezas las necedades, y por gracias las maldiciones. Al compás de estos aplausos crecían sus inutilidades y sus vanaglorias. Retirábase a casa con la deliberación de no volver a salir de ella hasta el otro día, afectando desengaños, desprecios y retiro del mundo; y esta abstracción, que podía tener algún sabor a virtud, era un vicio

detestable, engendrado de un odio mortal, envuelto en rabiosa envidia contra cuantos gozaban algún empleo, honor, aplauso o respeto, porque daba por mal empleado y mal aplaudido cuanto no se dirigía a su persona, y le eran molestos y aborrecibles a sus ojos y su soberbia estos objetos. Creyó -como creen infinitos- que no podía moverse bien el mundo no tomando a su cargo su educación, y como esto es imposible de lograr, contentaba y entretenía a su ambición y locura hablando con desprecio, burla y enojo de cuantos respiran el aire político y áulico. Desperdiciaba la tarde y la noche en los mismos devaneos y murmuraciones, encerrado en su casa con una congregación de parciales a sus deleites, vicios e ideas. Allí se hacían perniciosas reflexiones sobre el estado, el gobierno y la guerra, emporcando con sus críticas las personas de más lucida distinción que ocupan sus empleos. Referíanse algunas aventuras amorosas y cuentecillos vulgares del lugar. Sutilizábase sobre la ocupacion más seria y ajustada. Leíanse cuantos papelillos permite el gobierno para desviar de mayores males a los ociosos, y votaban en todas materias como profesores los que no habían saludado los rudimentos de la gramática latina. Y en fin, allí se censuraba la vida de todos, teniendo por inocente y bien ajustada la suya. En esta asamblea, en estas juntas revolcaba su espíritu sin cuidar de su familia y sus domésticos, sin pensar en la solicitud de su salvación, sin acordarse de que era cristiano ni de otro ejercicio honesto. El vulgo, que todo lo yerra y lo trabuca, alababa la abstracción y retiro de este hombre, siendo un poltrón, envidioso, soberbio y maldiciente.

-Rara vez -decía yo a mi corazón- es vida inculpable la que está rodeada de opulencias. La humildad, que es el fundamento de todas las virtudes, la arruinan las lisonjas y las adulaciones con que regularmente son perseguidos estos personajes. Para pasar la vida les dicen que no han menester el trabajo, que la diversión lícita tiene condiciones de virtud en su estado, y en este nombre de deleite lícito cuentan los juegos, las visitas, la comedia, los bailes, las conversaciones nocturnas y otros derramamientos que no tienen ni el más leve olor a vida cristiana. Toda virtud tibia reprueba la santidad de nuestras leyes; no sufre que se sirva a Dios a medias con el mundo; pues ¿cómo sufrirá una distracción habitualmente mundana? Un corazón todo encenegado de las vanaglorias, las exaltaciones y los abusos del siglo; el nacimiento de cuna gloriosa, el cargo respetable y suntuoso ni el tesoro más rico dispensa a ninguno de las obligaciones de católico. En una religión que condena hasta las palabras ociosas, ¿cómo se puede vivir sin escándalo, horror y delito, distribuyendo toda la vida en ocios y perezas? En ningún estado, en ninguna altura, en ninguna opulencia tiene título para estar ocioso el que nació para el trabajo. Cuanto mayores bienes hay, tanto más grave son las obligaciones e instan con más fuerza los preceptos de la ley y de la caridad. No trabajen a imitación de los mecánicos y jornaleros los señores, que no lo necesitan para sustentarse; pero trabajen en servir a su Criador, que a este fin los envió al mundo y les dio abundancias. Sean frecuentes en los templos, en los hospitales, en la recepción de la penitencia, en el socorro de las viudas y necesitados, en la consolación de los presos. Infórmense de las desgracias comunes, y acudan a remediarlas, que para estos fines los hizo Dios poderosos. Aunque no hagan

mal, no dejarán de condenarse si no hacen bien. Los pecados de ornición no son tan conocidos, pero son igualmente castigados.

Así discurría yo mientras el Diablo proseguía el final de la historia, que fue el que se sigue.

-El uso de estas torpezas, flojedades y repetidos desórdenes de su boca lo llenaron de humores crasos, sebosos, térreos y malignos, y poniéndole en las zozobras de una cardialgia vio el borde del sepulcro. Convaleció, pues, a beneficio de la medicina; pero quedó tan débil y arruinado que su estómago no le permitía más que una tasada y leve porción de alimento, y cuando lo cargaba alguna vez de las golosinas y bebistrajos de su brutal mesa, o las despedía con violencia enfadosa, o lo condenaba a los purgantes y clísteres, reduciéndolo a diez o doce días de angustias y de cama. Paró esta decompostura en una fiebre venenosa, la que se sacudió en un flujo hemorroidal, y a beneficio de esta actual evacuación vivió fuerte y bien acondicionado de salud. Con más confianza prosiguió sus vicios y sus ocios, hasta que agobiada la naturaleza con los vehementes porrazos de su destemplanza, dio de bruces en el afecto que le privó del sentido y movilidad, y después de la vida. Arrebatóle la muerte con la conciencia sucia y rellena de estos manchones y otras culpas de la lascivia, y fue a padecer sus descuidos eternamente a los calabozos infernales. Aunque a los gritos del confesor apretó la mano, e hizo algún movimiento, no eran ordenados a la penitencia, dolor ni caridad; fueron nacidos de la cruel porfía de los medicamentos y de la furia del accidente. Murió sin más sentido y discurso que el de un tronco, y los más que son asaltados de tal insulto acaban miserablemente privados de la razón, de la sensibilidad y de todas las esperanzas de la salvación y de la vida. ¡Qué espanto! ¡Qué horror tendrá este hombre al verse cuando menos lo imaginaba delante del rectísimo juez y supremo tribunal, vacío de buenas obras y cubierto de fealdades y pecados!

-Ya le desnudó la muerte -le decía yo a mi descuidado espíritu- de cuanto le lisonjeaba y servía en el mundo de dulce embeleso y sabroso engaño a sus sentidos. Ya perdió para toda la eternidad la honra, la opulencia, la reputación, los parientes, los siervos, los aduladores, los palacios y las grandezas. Ya sólo habita la región de los tormentos, los asombros, las rabias, las iras y las desesperaciones eternas. ¡Válgame Dios, qué salto tan mortal, tan posible y tan precipitado es el que se da desde el mundo al infierno! En la distancia intermedia de abrir y cerrar los ojos podemos ser condenados. No hay sujeto en el mundo más burlado de la corrupción que nuestra vida. No hay compuesto tan delicado como el del hombre; un aire lo arruina, un susto lo destruye, un enojo lo precipita, y todas las criaturas, aun las que se ordenan a su conservación, están conspirando e induciendo su muerte. Si esto es innegable, ¿cómo vivimos descuidados y perezosos? ¿Cómo tenemos tan bárbara osadía que nos echamos a dormir sobre nuestros delitos? Falta de fe y mucho favor al ateísmo tienen nuestras inclinaciones y costumbres; pues si creyéramos que había Dios, Muerte, Juicio e Infierno, era imposible vivir con tales relajaciones, era imposible vivir tan sosegados, desprevenidos e incrédulos. Nadie es tan loco desesperado que apetezca su condenación; pues ¿cómo la buscamos con infatigables medios? Según la frecuencia y priesa que nos damos a pecar, sospecho que presumimos que los pecados son

favores para la gloria, y no méritos para la condenación. Yo no sé cómo ajustamos el deseo de la salvación de las continuas ansias y cariño a las ofensas de la ley. Tan bárbaramente vivimos, que toda nuestra fatiga es querer juntar la gracia con la culpa, el infierno con la gloria, y la justicia con la iniquidad. Pecar y salvarse es imposible; huyamos del pecado si queremos el bien de la salvación.

Un gran espacio -según la representación de mi sueño- había yo caminado favorecido de estos discursos, cuando mi negro demonio me dijo:

-Ya estamos a la vista de un agonizante con otra especie de dolencia; sígueme, y estudia en sus desmayos las señales de su desolación, y teme por su vida los peligros de su eterna muerte.

Quedó la familia de los inmundos diablos que nos acompañaban quieta, rodeando los umbrales de un portalón, donde nos detuvimos, y, siguiendo a mi etíope, vi lo que verá usted si prosigue leyendo mi desabrida prosa.

Desahuciado tercero
Del dolor de costado

Es imposible, señor y amigo mío, que la duración y resistencia de mi sueño no fuese introducida de algún narcótico grave, profundo y activamente soporoso. Porque mi contextura no podía retener en la región del cerebro disposiciones que pudiesen rechazar los sustos, sobresaltos, congojas, pesadumbres e íncubos, que engendraban a cada momento en mi fantasía las visiones, espectáculos y fierezas del insomnio. Mil veces se hubieran despedazado las ligaduras de mis sentidos si las hubiera tejido la natural costumbre de mi sueño. Yo ignoro la causa y la fortaleza de tan torpe modorra. Usted la examine con los silogismos de su filosofía, o dejemos que la apuren los que aprehenden que saben conocer las habilidades y enredos de este duende que llamamos naturaleza. Yo aseguro a usted que juraría que después de haber atropellado por el promontorio de angustias que puso en mi imaginación el horrible aspecto de este último delincuente, me hallé, sin saber cómo, sereno, pacífico, gozando una paz dichosa con mis humores en un aposento espacioso, medianamente adornado, y asistido de algunas personas de venerable compostura. Había en él dos camas, más limpias que lo que permite una enfermedad aguda, que está gritando con ansia implacable la continuación de los remedios. Asentóse mi conductor maestro en una silla que estaba entre las dos cabeceras, y yo sobre una de las camas, y me dijo:

-Aquí tienes dos enfermos fatigados y sobrecogidos de una misma dolencia, y en el uno y otro puedes notar los signos de la vida y de la muerte, y hacerte sabio en el conocimiento del dolor pleurítico. Este que está a mi derecha es un sabio ennoblecido con todos los honores que tiene la república literaria para distinguir a los doctos. Es hombre de profunda penetración, admirable capacidad y doctrina. Vino, pues, a desenojarse de las circunspecciones literarias y a convalecer de las duras fatigas de su instituto a este pueblo y casa, que lo es de ese otro enfermo, hombre de mediana fortuna y feliz intención. Pulsa, pues, al uno y el otro, y actúate bien de sus señales, que después te diré cuál de los dos es el sentenciado a muerte temporal y condenación eterna.

Con cautela estudiosa y prolija atención reconocía el semblante, el pulso, la orina, la lengua, las salivas, el vómito y las demás excreciones que parlan lo moral o lo saludable de los afectos; y en uno y otro doliente encontré los principales síntomas de una misma altura y agudeza. En ambos la fiebre era aguda, la tos porfiada, la respiración difícil, el dolor pungitivo y molesto, el pulso parvo, duro y frecuente. Los semblantes no se apartaban del estado natural más que en aquella acedia o ceño originado de las congojas de la fiebre y de las quejas del dolor. En el rostro del maestro se le plantaron dos rosos sobradamente encendidos, la respiración se percibía algo más fatigada, la calentura no era más violenta que la del otro enfermo al parecer; pero en éste se notaba delirio, convulsión y una inquietud más vigorosa, los ojos más turbios, y el ánimo un poco más triste y abatido. Luego que el diablo conoció que ya estaba instruido en las señales con alguna prolijidad, me dijo:

-Los signos que has examinado son los regulares que manifiestan el dolor pleurítico. Éste no es otra cosa que una inflamación de la túnica que ciñe las costillas -a quien llaman los médicos pleura- y de sus músculos interiores, producida de la sangre espesa y hervorosa que suspende su círculo, y coagulada y estancada en los poros de esta túnica o membrana, forma en ella tumor, apostema y dolor. Los presagios y pronósticos en orden a la vida y muerte de los que son sobrecogidos de este achaque son muy dudosos, porque muchos enfermos se libran y convalecen a pesar de los signos perniciosos y letales, y otros mueren demostrando los indicativos más gritones de la victoria y la salud. Yo haré una distinta y clara separación de ellos, y para que no los confundas y equivoques, determino hablar primero de ese doliente, que ha de volver a su salud, y después pasaremos a examinar a ese infeliz sabio, que ha de residir eternamente en mi jurisdicción.

Ejecutivo y peligroso es este mal -prosiguió mi diablo-, y su pronóstico se funda con feliz esperanza en lo más ceñudo o suave de los accidentes. La señal más favorable de la buena crisis es lo remiso y blando de la calentura, el fuerte y menos perezoso movimiento en la respiración, el vómito colérico en las primeras expresiones o insultos de la inflamación, la humedad de la tos y fácil salida de las materias por la boca; el dolor más perceptible en la parte diestra del lado, porque no está tan vecina al ventrículo izquierdo del corazón; la lengua biliosa en los principios, que éste es un signo de libertad al séptimo día regularmente; los esputos cocidos y copiosos, y aunque salgan mezclados con sangre, no por eso pierden la cualidad de benignos y favorables; porque estas gotas y ramificaciones del líquido sanguíneo se introducen por la resudación y no por rotura de vasos o por corrosión de la parte que entonces es el esputo totalmente sanguíneo sin otro color; el pulso parvo, frecuente y duro es signo mortal; pero es preciso que consientan los demás accidentes de la misma reputación. Conque aunque en este enfermo permanece la dureza, parvidad y frecuencia del pulso, no se debe creer ni estimar por signo de muerte, por cuanto no sacan la cabeza las demás señales conocidas y sospechosas de la mala terminación. Las causas de estos signos te las diré con la claridad posible. La calentura continua y aguda nace de los alientos y humos, que exhala el flemón o apostema. Éstos se introducen y se mezclan con la sangre, y le turban el natural movimiento. Esta

fiebre se llama accidental, porque tiene su origen de esta inflamación. Suele también juntarse calentura esencial, y sucede siempre que a la inflamación se subsigue un hervor podrido y venenoso que haya precedido en la sangre, y en este caso se deben temer más los enfermos. Lo dificultoso de la respiración procede de lo convelido e hinchado de la pleura, y con su extensión no da lugar al pecho para que se dilate, y a esto se sigue que los pulmones, al tiempo de respirar, se llegan a la pleura, y como está herida y escaldada, huye y se retira, rompiendo el curso de la inspiración. El dolor se engendra de una materia espinosa que se exalta con fogoso impulso sobre los azufres de la sangre, y éstos con lo aguzado de su figura penetran y hieren lo más central de esta túnica, y de esta lancinación y picaduras resulta lo pungitivo del dolor. La tos es hija de aquella fuerza y conato con que la naturaleza trabaja para arrojar aquellas enemigas y extrañas materias que están cerradas en la pleura, y también de la parte humoral que resuda dicha túnica o membrana, y se embebe en lo esponjoso de los pulmones, y éstos irritados despiden la materia a los primeros impulsos de la tos. La dureza del pulso se origina de lo opreso y convelido de la arteria, porque su túnica exterior es participada de la pleura. La celeridad la toma para satisfacer a la ventilación, y la parvidad depende de la retracción de la arteria. Muy generosa y liberal se ha manifestado la naturaleza de este enfermo, pues en los principios del accidente se descargó por vomitos de muchoscrementos de la cólera, los que hubiera recibido con singular daño de sus partes la pleura apta ya por su escandescencia y figura para su retención. Ha arrojado en los esputos o salivas mucho material venenoso, y estas excreciones aparecen cocidas, laudables e inocentes. Las fuerzas son vigorosas y útiles para aguantar con el achaque y los remedios. Está evacuado con dos sangrías del tobillo correspondiente al lado del dolor -a las que llaman los médicos revulsivas-, y con otras dos de la vena basílica del brazo, que son oportunas y felices en semejante afecto, y miran a ordenar la estagnación y perdido círculo de la sangre. Le han socorrido con todos los descoagulantes y disolventes más famosos, como son la sangre de macho, la escorzonera en jarabe, el cocimiento de las raeduras del cuerno de ciervo, el ojo del cangrejo, diente de jabalí, tintura de azafrán y láudano opiato. Su temperamento agradecido ha satisfecho a todas las intenciones que previene la docta medicina en tales afectos. Con las sangrías se facilitó el círculo a la sangre, con los disolventes se absorbieron y desataron los ácidos silvestres, que produjeron la estagnación. Con los linimentos del esperma de ballena, tintura de azafrán y alcanfor, se mitigaron y adormecieron los dolores del costado. Con los expectorantes se le dio fácil salida a los esputos; y finalmente los sudoríficos han hecho tan feliz terminación, que a estas horas ya está libre de la calentura, como puedes ver. Este dichoso repúblico no es sujeto ya de nuestra inspección ni examen, pues su enfermedad no nos puede declarar las últimas señales que buscamos. Sus costumbres tampoco lo pueden hacer precito, porque es hombre de vida devota y arreglada, limosnero, observante a la religión y al rey, honesto, gracioso y ejemplar. Vuélvete, pues, a esta otra cama, que aquí verás cuanto pueda conducir a tu estudio y tu corrección.

Dejé al repúblico, eché los ojos y la atención sobre el maestro, y

viéndome ya mi diablo prevenido prosiguió enseñándome con las expresiones y doctrina del párrafo siguiente:

-Todas las indicaciones, que cuasi unas e iguales en extensión y gravedad percibiste en ese otro enfermo, están ya en éste más exacerbadas, furiosas y expresivas de su fatal término. Ya ha tomado la calentura esencial y accidental mayor incremento, manifestándose el pulso más duro, frecuente y serrátil. Las salivas se reconocen blancas, redondas, densas y glutinosas, señal evidente de la cercanía al fin, porque son indicativo de una suma crudeza con calor exurente, que consume y deseca todo el húmido, que es el que hace blandas, fluxibles y resbaladizas materias. También se estima por signo mortal el esputo verde, el negro y el totalmente sanguino; éste, porque indica rotura en los vasos o en lo sólido de la pleura; y el negro y verde, porque declaran corrupción y gangrena, originada de los ácidos corrosivos que muerden y dilaceran la parte. El dolor ya se le ha mitigado; el color bermejo del rostro ha huido y lo ha dejado triste, pajizo, macilento y pavoroso; la vista la tiene conturbada y llena de representaciones melancólicas y fúnebres; y éstos son los signos que con más evidencia están gritando su muerte, pues toda la materia contenida en el costado ha hecho mutación al cerebro, y de allí es imposible que la pueda desalojar ni lo valiente de la naturaleza ni lo poderoso del arte. Otra señal nos empieza a proponer de su mala crisis, y es la opresión y detención de los esputos en la presencia de todos los accidentes del dolor pleurítico; pues permaneciendo ellos y cesando la acción del escupir se presume que el material ha tomado otro rumbo, y éste no puede ser favorable, subsistiendo la calentura y los demás síntomas. A todos estos signos se le añade una melancolía interna, un horror y un asombro horrible, originado de las malas disposiciones que está mirando en su conciencia. Su espíritu le acusa; el retiro que tenía jurado le hace cargo de infinitas transgresiones; la pobreza se queja de sus comodidades; y en fin, su olvidado propósito le pone a los ojos los desprecios, olvidos y cautelas con que maltrató sus justísimas leyes, y este solo horror y remordimiento bastaba para sofocarle la vida sin el tropel de los accidentes que lo acosa.

-¿Es posible -dije yo a mi conductor-, que este hombre que parece entresacó Dios como para sí de entre los demás del mundo, dándole un entendimiento tan claro y una aplicación tan virtuosa ha de condenarse? ¿Un hombre que se entregó voluntariamente al estudio y al retiro llevado del desengaño de tantos ejemplos? ¿Un hombre que quiso abandonar todos los gustos del mundo por vivir quieto y aplicado, que pudiendo lograr las conveniencias y altanerías se sacrificó a la estrechez de un cuarto de un filósofo, en cuya breve capacidad sólo miraban sus ojos los libros de la moral cristiana, las obras de los Santos PP., las virtudes morales de los filósofos, y algunas imágenes penitentes que a toda hora le predicaban y confundían? ¿Cómo puede ser posible la condenación de un hombre que vivió retirado y estudioso, y al parecer ejercitado en la humildad, el retiro y la práctica de todas las virtudes? Yo estaba persuadido a que eran impenetrables los vicios en hombres tan resguardados y prevenidos, y que ni una culpa leve, favorecida de los tres enemigos del alma, no pudiese introducir su malicia en hombre tan prevenido. Yo creí que los sujetos de esta casta eran muros incontrastables a los vicios. Yo bien sé que es que

se dedican a esta vida, aunque se retiren del mundo, sus haciendas, sus deleites, parientes y amigos, no se dejan a sí mismo; bien sé que son acosados de más fuertes tentaciones; pero también sé que viven preparados con el escudo de mayores medios para las resistencias, y que el venenoso ambiente del mundo no tiene tan fácil la entrada como no le abran las puertas de sus corazones. El retiro es un bálsamo contra las ponzoñas del siglo.

Los que habitamos en medio de las pompas mundanas vivimos cuasi forzados a beber sus mortales confecciones, y no es maravilla que rodeados de objetos tan fuertes nuestros sentidos caiga oprimida una virtud tan frágil. Confundido me tiene este moribundo con más escándalo que el tísico y el apoplético. Aquéllos no hicieron divorcio con el mundo, antes se estrecharon con él, y olvidaron a Dios por reverenciar sus falsos ídolos. Contentáronse con una tintura y una superficie de religión, y gozaron todos los deleites, gustos, diversiones, abundancias y apetitos con que tiene locos y engañados a sus moradores. No tenían doctrina, retiro, consejo ni estudio que los hubiese retraído de sus derramados devaneos y altanerías; vivían con la imitación de otros, a quienes el mismo mundo capitula y adora de discretos; pero este infeliz que se hizo pobre y afectó ser un Catón, que rebatió con fuerza inexpugnable todos los atractivos del mundo, galas, estrados, bodas, espectáculos y riquezas, que se desgarró de sus amigos y parientes, que rehurtó el cuerpo a todos los tumultos que lo rodeaban, ¿por qué se condena? ¿Qué tentaciones, qué objetos, qué deseos pueden haberle arruinado sus propósitos?

-Presto lo sabrás -me respondió mi conductor-. Y pues se va llegando la hora de que salga su alma de su cuerpo, oye las causas de su enfermedad, e instrúyete en las últimas señales de su muerte que te faltan que ver.

Si no has dejado huir de tu memoria la difinición de esta enfermedad, por ella puedes educir la causa próxima, la cual no es otra que la sangre espesa y coagulada por un ácido peregrino que se incluyó en su substancia; y esta sangre detenida en los vasos capilares y poros de la membrana que rodea las costillas es la que produce el dolor y los demás accidentes que capitulan el afecto pleurítico. Los accidentes extraños y peregrinos que coagulan la sangre son muchos, y éstos provienen ya de una mala disposición interna, que turba el movimiento y dulzura del líquido sanguíneo, ya de otras causas remotas y externas que te diré... Estos dos hombres enfermaron por causa de una constitución epidémica, en la cual el aire se dejó impregnar de partes corrosivas y coagulantes, e introduciéndose éstas en su sangre, pararon el círculo y produjeron la estagnación y el coágulo o grumo en ella, y de aquí nació la apostema, inflamación, dolor y los demás síntomas pleuríticos. Y siempre que la constelación de aires sople estas partículas arsenicales corrosivas y agudas se puede temer esta epidemia. Éste fue el único causante que ha suscitado tan dolorida fermentación en uno y otro doliente. El repúblico se liberta, porque gozaba de mejor contextura, menos edad y más pacífica quietud en el espíritu. Nuestro sabio perece, porque ya ha sufrido otra vez este achaque, y porque tiene malos aparatos en el pecho y primera región, y la debilidad de la parte originada del insulto antecedente, y la perversa conformación de dos entrañas tan famosas como pecho y estómago,

son evidentes presagios del último término. Es también causa de este dolor agudo el aire frío cubierto de átomos acedos y coagulantes, como lo es el de invierno, especialmente en el diciembre y el marzo. El catarro o constipación, cuando aquellos hálitos que habían de transpirarse por sudor o por otro conducto hacen retroceso a la sangre, induce también este dolor. No es causa menos conocida el uso de las bebidas ardientes, porque éstas licúan y funden la buena contextura del líquido sanguíneo. El ejercicio violento es también principal autor de esta dolencia, especialmente cuando se sigue una infrigidación repentina ocasionada del aire frío o alguna bebida helada, que entonces se para con violencia el curso velocísimo de la sangre, oprimiéndose y coagulándose en grumos dentro de sus vasos. Las evacuaciones suprimidas por esta u la otra causa, los vapores crasos, mordaces y deletereosos, revueltos y conmovidos de las lombrices, y otros excrementos vivientes que engendra, cría y alimenta dentro de sus entrañas el mundo abreviado de la humanidad; y últimamente, cualquiera agente poderoso para turbar, engrumecer o estancar el líquido de la sangre, se debe huir y tener por causa productiva de este morbo agudo y peligroso.

Tumultuoso de espíritu, audaz de vista y poseído de un desesperado desasosiego noté yo al doliente entretanto que mi demonio proseguía con sus instrucciones. Rompió repentinamente nuestra conversación con un alarido tan espantoso que puso en horror y escándalo toda la casa. Maldecía con voces delicias y eficaces su presente estado; volvíase contra sí mismo con rabiosas demostraciones; quejábale con inconsolable dolor de su mala conducta.

-¡De qué me han servido, infeliz de mí -decía tan copiosos y oportunos medios para mi salvación-, si todos los desprecié desatento a Dios y a las leyes del evangelio! La parsimonia, el retiro, la lección, la pobreza, que son las llaves que ponen patentes las puertas de la gloria, son para mí crueles cerrojos que me han dificultado la entrada. ¡Todo lo perdí!

Mis huesos se estremecían y bregaban por meterse los unos dentro de los otros, cuando escuché sus impacientes y desesperadas quejas. Revolcábase furioso en la cama y pedía, ya que le mudasen la cabecera al lugar de los pies, ya que lo pusiesen en otro cuarto de la casa, ya que le diesen su ropa. Diligencias y conatos que regularmente se ven en los moribundos, persuadidos de su imaginación corrompida, que pueden huir con estas mudanzas de su mal y de su muerte.

-Ya has advertido que esta inquietud es un signo fúnebre demostrativo del fin -dijo mi conductor, y prosiguió-; repara ahora en los que no has notado, pues ya tiene sobre sí todas las marcas y sellos de la muerte.

La tos le proseguía continua, intolerable y seca; bañábase en un sudor particular de cabeza, cerviz y pecho, pegajoso y fétido; los extremos aparecían fríos; las fuerzas en un sumo abatimiento; los ojos profundos y audaces; la nariz aguzada y abierta; los labios lívidos, áridos y extenuados; la lengua negra, escabrosa y consumida; la respiración fétida, acelerada y anhelosa; los brazos y las piernas tensas, y sin espíritu ni aptitud para poderlas elevar ni mover. En el examen de estos signos caminaba mi observación, cuando revolcando el medio cuerpo hacia la pared, soltó un bramido inconsolable, y con él el alma, la que

aprisionó un tropel de los feísimos espíritus que nos seguían en nuestro viaje.

-Ya hemos concluido con las observaciones del afecto pleurítico. Sígueme -dijo mi diablo-, verás otro achacoso con otra idea de enfermedad, y en el camino te informaré de algunas causas de la condenación de este infeliz.

Cogióme por la mano, incorporóse con los dos la maralla de los infernales enjertos, y el conductor de todos empezó la breve historia de esta suerte sobre poco más o menos.

-Organizado de dócil y agradable cuerpo y excelente espíritu vivió este hombre en el mundo los años de su infancia y puerilidad, sin haber padecido más desaires, sustos ni dolencias que aquellos precisos llantos, golpes y desabrimientos comunes a la primera crianza, educación y doctrina. Cuando más risueño y engañoso el mundo lo lisonjeaba con mil esperanzas de deleites, posesiones y halagos, antes de darle a conocer los pesares, conjuraciones y otros tormentos con que aflige a los que tiene bajo de su jurisdicción, se resolvió a dejar cuanto esperaba y cuanto tenía, y a aburrir sus encantos, entretenimientos y poderosos hechizos. Atropelló por medio de sus pompas y fortunas; dejó a sus padres, amigos, parientes y damas; burlóse de sus promesas y dulzuras, y se escondió en una estrechez en cuyo hueco prometió morir y abjurar cuanto pudiese entretener o entibiar los propósitos de su retiro y de su salvación. Ensayóse a vivir estrecho, comer pobremente y seguir una ejemplar vida con dichosa puntualidad, fervoroso aliento y conciencia delicada; seguía los ratos de oración, el ayuno y otras virtudes, a quien entregó su libertad y su alma; peleaba valerosamente contra los apetitos -que éstos no los pudo dejar-; resistíase a todas las máximas, apariencias y glorias con que le volvía a llamar el mundo a cada momento; venció, en fin, todas las astucias, tentaciones y engaños de los tres enemigos de las almas. Y aprobado su dictamen en el virtuoso retiro y valerosa resistencia, revalidó los propósitos de acabar su vida luchando contra los ardides, favorecido de su abstracción, las oraciones, el ayuno, y muchas veces con la lección de los Santos PP. y los demás fuegos con que visiblemente se ahuyentan todo género de demonios. Dedicóse a las hermandades que tiene establecidas la piedad, a la asistencia de los hospitales para entretener el tiempo con provecho y sin desperdicio; hizo propósito de votar obediencia, castidad y pobreza, los que ofreció a Dios y a su confesor muy de veras. Duró este fervor algún tiempo hasta que empezó a empalagarse del ejercicio cotidiano. El natural estaba violento; el espíritu del mundo tuvo entrada en su corazón; cobró el amor propio sus fuerzas; sus ansias perdieron la hidalguía del fervor; las pasiones empezaron a desquitarse de los progresos de las virtudes; y toda la reforma de propósitos y desvelos de su alma dio en la tibieza, omisión y desidia, y quedó aparatado para todos los males.

-Pasmado estoy, dije a mi demonio, de considerar que haya defectuosos y pecadores en el perfectísimo estado de la religión. ¿Cómo se introducen y lastirnan los apetitos desordenados en una vida compuesta de las más excelentes virtudes y prodigiosas acciones? ¿Cómo a la vista de una sabia disciplina y otros generosos sacrificios, pueden hacer no sólo guerra, sino también estrago las pasiones? A este hombre rodeado de perfectos

documentos, santas memorias y continuos ejercicios, leyendo aun en las diversiones las felices historias y dichosas vidas de los héroes más virtuosos y sabios de la cristiandad, ¿por dónde le entraron los venenos del mundo? La boca la tuvo ocupada con la varia lección y las morales oraciones; el oído atento a las vidas edificantes; los ojos ocupados en los modelos e imágenes de penitencia. ¿Pues por qué sentido, por qué puerta pudo entrar tan pestífera corrupción? ¡Válgame Dios, dónde estaremos libres de nosotros mismos! A la verdad no hay retiro que nos esconda de nuestros contrarios; guerra es nuestra vida; en el retiro y en el mundo, en todo lugar somos acometidos, y en todo tiempo y lugar no nos importa el defendernos más que la salvación.

-No te admires -me respondió mi demonio- que a los escondidos les son indispensables las amistades estrechas con los mundanos, y con los mismos de su carácter se entran los estragos con título de piedades, las distracciones con disfraz de vigilancia, y muchos vicios rebozados con el pretexto dichoso de acudir a la piedad y cultura de las virtudes. Óyeme, e irás desatando tú propio las dudas que con razón sobresaltan tu juicio.

-Desde el mismo punto que hizo este infeliz el solemne voto de morir pobre, casto y retirado, a pocos años empezó a estudiar en los medios de huir la observancia de lo mismo que acababa de jurar, y a buscar apoyos, capítulos y opiniones para hacer plausibles, o a lo menos disimulables, los retiros de su obligación. Ya el rezo le era molesto y desabrido, y estaba en él con enfado, violencia y ojeriza. Las breves meditaciones sobre los Salmos las reputaba por impertinentes; el rato de oración fue para él un tiempo infructuoso y culpable, interrumpido y quebrado, porque en su consideración admitía ideas, deseos y máquinas forasteras del punto de las meditaciones; y aunque alguna vez procuró sacudirlas de su juicio era con tanta tibieza que sus desvíos más parecían agasajos. Todo le enojaba, sólo los recuerdos del espíritu del mundo le entretenían, y le causaba notable tristeza la memoria del divorcio que había hecho con él, dando señales con su acedía de su injusto arrepentimiento. Trató de negarle algunas horas a la lección de los libros morales y Santos PP. Su espíritu estaba ya tan estragado, que tenía por más suave la conversación de los enfadosos, torpes y mundanos que la sabrosa lección de los que escribieron para nuestra enseñanza, teniendo más gusto en aguantar a éstos que acudir adonde sonaban las alabanzas de Dios. No contento con este extravío interior, con máquinas infusas del espíritu del mundo que estaba ya apoderado de su corazón, dispuso irse a divertir al pueblo donde vivían sus padres y parientes, y con título de diversión se hizo sordo a los gritos de la ley; empezó a desempalagarse del hastío que le causaba el recogimiento; y finalmente se volvió contra Dios, contra sí mismo y sus promesas. Asistía a los estrados de la mujeres, persuadiendo que la buena disciplina no abominaba de las visitas de las parientas, aunque entre ellas se mezclasen todas las damas del pueblo, pareciéndole bien sus movimientos, sus bailes, espectáculos y todo género de distracciones; tanto, que lloraba este relajado la imposibilidad del frecuente comercio con el mundo; ya jugaba en las conversaciones con el equívoco, el chiste, el gesto, la copia blanda y otras armas prohibidas a cualquiera católico; ya sólo se acordaba que era discípulo de Cristo cuando volvía descuidado los ojos a la mortaja en que vivía envuelto; y sólo su hábito y el

cuaderno en que rezaba, tragándose la mitad de las sílabas, eran todas las señales, extremos y demostraciones que le habían quedado de devoto.

-Yo soy un lego rodeado de vicios -dije yo a mi demonio-; pero conozco lo perjudicial que le es a una alma religiosa la conversación con los mundanos. Si los que viven escondidos en la cueva de un desierto, en la melancolía de un claustro, temen y tiemblan de sus encantos y hechizos, ¿cómo podrá salir libre de sus venenos el que gustosamente se entrega a sus contagios? Los religiosos que frecuentan el trato con el mundo regularmente malogran los privilegios y gracias de sus leyes y su reputación. El silencio, el recogimiento interior y exterior y la modestia son las prendas que roban la veneración, la honra y el respeto de los seglares. Y el que las desprecia por vivir al estilo del mundo, de él y de sus moradores más relajados experimenta los desprecios. El verdadero religioso murió enteramente para el siglo; es un difunto, y sus apariciones entre los mundanos son espantosas, y causan horror siendo muchas y repetidas. Las asistencias a los necesitados de los privilegios y gracias de sus leyes y su reputación. El silencio, el recogimiento interior y exterior y la modestia son las prendas que roban la veneración, la el horror a las descomodidades y trabajos, o porque tal que los arrastre de sus claustros; así se gana el tiempo, y con los demás motivos se malogra.

-Oye -me dijo mi diablo cortando el hilo de mi moralidad- que nos grita ya el cuarto moribundo, y faltan algunos pasajes en que instruirte de la condenación y vida de este hombre.

Callé yo, y él dijo:

-Volvió este desdichado a su retiro enteramente distraído, enojado y aun rabioso contra su carácter; el cerebro lo traía rebutido de especies extranjeras e ideas totalmente contrarias a la ocupación de los santos ejercicios; turbóse todo luego que se vio segunda vez en la sepultura de su casa; a la turbación se siguió el disgusto, a éste el horror, y finalmente el tedio y la desesperación. Las desgracias de la apostasía mil veces las hubiera abrazado a no haber tenido presentes las injurias y castigos de esta desventura. No dejó este camino porque era culpable, sino porque estaba cercado de barrancos dificultosos y crueles. No lo aburrió de miedo a Dios ni a su conciencia, sino por el horror a las descomodidades y trabajos, o porque tal vez son precisos los medios y las compañías. Lo imposible y lo irremediable de la fuga de su estado le comunicó una infeliz conformidad, con la que serenó algún poco su espíritu, y pudo aplicarse con vehemencia a los estudios. Trató en este tiempo intimidad estrecha con otros estudiantes de su imaginación y de su curso. Y los ratos que vacaban de sus conferencias los entretenían murmurando de la rigidez de los superiores, de la mala conducta de los ascensos, de la inhabilidad de sus condiscípulos, y en otros reparos y asechanzas hijas de su displicencia y apestando interior.

-¡Qué ruinas, qué escándalos, qué disturbios nacen en las religiones -dije yo- de estas amistades tan estrechas! Yo no he vivido en los claustros, pero he leído en San Basilio que estas juntas apretadas son sementera de la envidia, del rencor y de la desconfianza; porque la mucha intimidad con unos manifiesta poco amor a los otros, y éste, no siendo igual, injuria generalmente a todos. Origen son de todas las

parcialidades, bandos y desuniones, pero en ellas sólo se logra aumentar el disgusto y la amargura contra las leyes, la aversión contra los superiores, y dar más bulto al tedio contra el blando yugo de Jesucristo. Allí se continúa el tormento, y la discordia consigo propio, y con cuantos se desagradan de sus invenciones y conatos. Estos secretos concilios destruyen la quietud y el buen orden de la religiosidad.

-Así lo hizo este malaventurado -prosiguió mi étiope-, pues con sus parciales, su perspicacia, su libertad y su poco temor introdujo el veneno de la discordia no sólo en una casa, sino en muchas provincias, en donde los ejercicios de la virtud se continúan sólo por costumbre, miedo humano o ceremonia. Tan pestífera ponzoña puso en los corazones que no han podido sanar con los antídotos de las saludables advertencias, con el uso de los sacramentos, ni con la repetición de los más ejemplares sacrificios. Salió, pues, muy docto en las especulaciones de la teología, elegante en el estilo de la predicación; y debió a sus parciales y a su ingenio colocarse en un empleo que le ocasionó muchas visitas con seglares, que era todo su cuidadoso afán y desdichada tarea.

-Creen algunos religiosos que sepultan sus talentos -dije yo- si no los manifiestan al mundo; piensan que las locuciones floridas y galanas pertenecen a las austeridades de su retórica; se engañan: el fin del verdadero imitador de Cristo es reducir las almas a su amor con estilo blando, persuasivo y severo. El que predica por manifestar su ingenio contra sí predica. Éste no es religioso, es un seglar vano, disfrazado con hábito pobre y humilde. El que con este fin y el de coger las voluntades para sí, y no para Dios, predica no honra la cátedra, antes la maldice. El orador cristiano ha de hablar en el lenguaje que habló nuestro Maestro el Hijo de Dios vivo. No ha de aspirar a otro interés, aplauso ni ganancia que al bien del prójimo; y de esta suerte hará fruto para Dios, para sí y para todos. Lo demás es escandalizar al que oye, ofender al que enseña, y malquistar a su alma. Los evangelios de Jesucristo están enseñando el modo de predicar. El que pensare que puede adelantarlos, ya con las persuasiones de la retórica profana, ya con el gesto, ya con otros desentonos, no se escapa de temerario y de blasfemo. En imitando las obras y palabras de Jesucristo con los medios poderosos a nuestra miseria, tenemos cuanto es imaginable para ser sabios, felices y eternamente gloriosos.

-Todo eso es cierto -dijo con gesto desabrido mi demonio-; pero sígueme y oye los últimos pasos que dio en el mundo ese ignorante sabio, que no se aprovechó de su sabiduría ni en la última hora.

Trepó con los desvelos de su perversa eficacia a una subida estimación y concepto de sabio, graduóse en una universidad, y acabó de llenar de soberbia, ambición y vanagloria su espíritu. Arruinó enteramente sus buenos propósitos, daba en las conversaciones malditos ensanches, y escandalosos pareceres con su perniciosa teología. Puso un cuarto capaz, limpio, perfumado de subidos bálsamos y graciosas juncieras, que podía ser habitación de una familia suntuosa, el estudio abrigado, florido y lleno de ricas láminas y preciosas papeleras. En botes de tabaco, tareas de chocolate, bizcochos exquisitos, perniles, pastas dulces, licores rancios y espirituosos, tenía para hartar y embobecer un ejército de soldados hambreones. El hombre más acomodado del siglo no vivió con más abundancia,

comodidades y delicadeza. Servíanle hasta los pensamientos los discípulos, unos por temor a la terribilidad de su ingeniosa malicia, otros por el interés de sus elevaciones, y muchos por vivir y darse a la libertad y poltronería que él gozaba.

-A mí me parece -le dije a mi diablo-, que este desventurado no tuvo más designio -según tu informe- que burlarse del retiro y el evangelio. Dígolo porque, ¿qué voto ni qué especie de pobreza es vivir con esa superfluidad? ¿Es acaso cumplir el juramento de ser pobres solicitar que no falte nada a los antojos y los apetitos? ¿Y no sólo que falte, sino que sobre mucho? Buscar el regalo, la abundancia y la delicia en una vida pobre, humilde y penitente, es hacer burla del instituto, es querer arruinar sus soberanos votos. El que se desnuda por amor de Dios de los bienes del mundo siempre que los desea los hurta, y siempre que los posee es con la maldición de sus leyes y la carga de la restitución. En las donaciones que hacemos por acá los mundanos unos a otros, no nos queda acción y recurso para volver a pedir ni tomar los bienes una vez donados; ¿pues con cuánta más razón se debe abstener el religioso de desear los bienes que cedió a Jesucristo? Yo creo que el más avariento de los mundanos escogería una pobreza de esta condición para saciar sus ansias codiciosas. Tener un religioso cuanto es de su gusto y apetito, y quedar cargada la religión de darle lo necesario para el vestido y el alimento, no es pobreza, es una suprema abundancia que no la pueden encontrar más exquisita los mismos reyes de la tierra. Alhajas, provisiones, cuidados de lo futuro, rentas disimuladas, ricos presentes y otros regalos, que acarrear la industria y la reputación, no sirven más que de tener inquietos, solícitos y revueltos los ánimos religiosos. Si este hombre se hubiera quedado entre nosotros, y la fortuna lo hubiese empujado a consejero, coronel, mariscal o primer ministro, no viviría con tanto regalo, superfluidad, ocio y prevención. Más pobres y más brumados acaban la carrera del mundo los ricos y poderosos que viven en él, que muchos religiosos que juraron ser pobres mendigos y entregados únicamente a la providencia. ¡Infelices de ellos, de sus conformidades, interpretaciones y pretextos!

-En fin -prosiguió mi étiope-, pisando todos los clamores sagrados de su ley, burlándose de los que se ajustaban a ellos, menospreciando los avisos y amonestaciones que Dios le daba, ya por las penitencias, ejemplos y muertes de sus súbditos, superiores y hermanos, ya por algunas enfermedades, golpes y otros insultos, ya cariñosos, ya severos, acabó la vida desesperado y confundido de sus culpas y transgresiones, permitiendo Dios que muriese apartado de su religión, el que vivió tan violento y delincuente en ella. Ésta es la infeliz historia de esta desventurada vida; ven, pues, y te informaré de otra, si no tan culpable, a lo menos más derramada y lastimosa.

Desahuciado cuarto

El gálico

A tocar los umbrales de una habitación hermosa, capaz y distinguida con algunos escudos y tarjetas, llegamos mi demonio y yo con las últimas

palabras de la antecedente historia, y previniendo a los espíritus asquerosos que nos seguían que guardasen la puerta, subimos atravesando preciosos gabinetes hasta un dormitorio obscuro, recogido y cálido en fuerza del artificio, la situación y la necesidad. Rodeaban algunas gentes cuidadosas, tristes y admiradas un camión guarnecido, con foso, contrafoso y cortinas de burdos bayetones y delicados tafetanes, dispuestos con tal orden que resistían a los átomos más sutiles y agudos del ambiente. Acercóse mi diablo y yo con él, y levantando un trozo de cortina y asomando yo por la abertura un tarazón de cara, vi el más feo, melancólico y asqueroso espectáculo de cuantos me han fingido las horribles tristezas de mis sueños. Estaba anegado en pegajoso y fétido sudor, revuelto en congojas, y tragado de agonías y sofocaciones un mozo, que su edad tocaría en los veinte y seis años. La cabeza monda de cabello, y plagada a trechos de costras, verrugas, postillas, tubérculos y otros promontorios y chichones. La boca cubierta de vejigas, encharcada en babas, y turrada de las voraces chispas que arrojaba a su circunferencia el infernal fuego de sus humores. Los labios negros, duros y arremangados, como el borde de un barreño; la nariz llena de mordiscones, y tan arañada y comida, que enseñaba por sus roturas los huesos de los lacrimales y las órbitas de los ojos, ladraba en vez de articular voces, y ya tan débil de facultades que era necesario acercarse bien para percibir sus tristísimos y fatigados aúllos. Llegué a pulsar las venas de las sienas, por no estorbarle la evacuación sudorífica con el aire que podía introducirse descubriéndole el brazo, y al leve contacto de mis dedos respondió con un alarido dilatado e iracundo, manifestando padecer acerbísimos dolores.

-Tócale con suavidad -me dijo mi diablo-, que ese infeliz no tiene porción en su cuerpo que no esté envenenada y terriblemente dolorida. La cabeza, las sienas, los hombros, las gorjas, el pecho, las clavículas y las partes más sólidas de su tronco, todas las tiene migadas, heridas y rellenas de tan maligno veneno, que en cualquiera lado que le oprimas, brotará a puchos la materia y la hediondez. Pulsa con blandura prolíja su arteria, infórmate de la maligna lentitud de la fiebre, y mientras se acaba de consumir su vida entre tan asquerosos accidentes te instruiré en la cualidad de este contagioso achaque, si no te lo ha hecho distinguir y conocer con sus impresiones la fortaleza del mercurio.

Después de haber reconocido la calentura, salí de entre las cortinas sudado, afligido y lleno de congojas, cobré algunos espíritus, y advirtiéndome reparado mi demonio, me dijo:

-Por los estupendos, extraños y peculiares síntomas y accidentes que has observado en este infelicísimo mancebo, habrás conocido la cruel e irremediable pasión venérea, que lo va atropellando con lastimosa celeridad a la muerte. Las singulares gracias y famosas recomendaciones que le dio la naturaleza son las que le han puesto en tan atroz y abominable desventura; por ellas fue felizmente venerado del mundo poco tiempo, porque siempre que se ostente sin humildad y discreción, no pueden ser durables ni estimadas las más graciosas y deseadas prendas. Gozó salud robusta, gallardos, dóciles y hermosos miembros, semblante apacible, genio dulce y exquisitas abundancias de fortuna -bienes que conducen al peligro de todos los males, cuando no los distribuye la dieta cristiana y la piadosa filosofía-. Estudió todas las artes, secretos y magias de enamorar

y rendir a los corazones más avisados de la devoción y de la honra. No perdonó inocencia, a quien no acometiese con sus ardidés y fuertes máquinas. Las educaciones cortesanás de su nobleza, los blandos afectos de la música, las agradables delicadezas del numen, las parlerías airoas de la danza y otras penetrantes agudezas de su habilidad, donaire e ingenio, todas las aplicó al fin de agradecer, vencer y deleitar a las mujeres. Hiciéronle apetecido estas graciosas prendas; pero el mal modo de conducirse lo precipitó al aborrecimiento de las mismas que estudiaron en amarle. Heredó con sus peligrosos cuidados y ejercicios una insaciable y torpísima lujuria, que a pocos días lo despojó de la estimación y la salud, haciéndole hocicar en otros sucios y descorteses vicios. Sin más diligencia ni medicinas que haber templado su derramada inclinación cuando se reparó sobrecojido de los primeros insultos de este mal, hubiera libertado a su cuerpo de las rabiosas dolencias que padece. Por todos los grados y diferencias de este feroz afecto fue atropellando este infeliz, dándose por desentendido a las voces, consejos, amenazas y advertencias del médico y del mismo achaque, que por los signos y los dolores pronosticaba su lamentable término, y le reñía su precipitado desorden. Empezó el mal a avisarle la entrada en sus humores por unas suaves, evidentes y comedidas señales, manifestadas en algunos blandos tirones que le dio en los cabellos de la cabeza y de la barba, y sordo a esta amonestación, prosiguió dando rienda a su desbocada lascivia. Dióle segundo aviso con demostraciones más vivas y sensibles, rociándole toda la piel de manchas menudas a manera de lentejuelas versicolores, y tan inquietas que no las pudo acallar con las uñas, las sangrías, las unturas, las horchatas, las aguas de malvas y otros absorbentes y dulcificantes. Quedó por algunos días el humor sigilado en la sangre, ya por la virtud de los medicamentos, y lo más seguro por las vacaciones que tuvo su perverso vicio. Volvió a él como el perro al vómito, y despertando con sus desórdenes al afecto que estaba medio dormido en sus venas, dio nuevos signos de su indignación, abriendo todas las bocas de las máculas y vomitando postillas, tubérculos y costras en la frente, orejas, boca, cabeza y otras partes vergonzosas de su cuerpo. Acudió la docta medicina a atajar estos daños con las píldoras del leño guiaco, el de saxafrás, la zarzaparrilla, la raíz de china, la soponaria y los más exquisitos alexifármacos, como el antídoto, el agua cardíaca y los polvos de Palmario, el agua teriacal de Rondeleto y otros apropiados, con los que consiguió alguna mejoría y robustez. Finalmente despreciando a Dios, a su salud y a cuantos le aconsejaban el peligro de su muerte, cayó cuarta vez en las brutalidades de su costumbre, y enconado y rabioso su gálico humor, le corrompió las partes sólidas de sus huesos, tendones, membranas y nervios, desgarrando y royendo toda su textura y conformidad. Plagóle de llagas, fístulas, cavernas, cáncros y topos, arrancóle todo el cabello de la barba y la cabeza, comióle las narices, tragóle las gorjas, tapióle los oídos, y finalmente lo introdujo la calentura héctica, que es la que rapidísimamente le está sorbiendo el húmido vital, y sofocando el calor nativo, elementos indefectibles y polos únicos en que afianza sus seguridades de la pesadumbre de la vida.

-Mira, pues, el mancebo más gallardo -prosiguió mi demonio- que vio su edad, reducido a la figura más abominable y espantosa. Él, que fue

adoración de muchas voluntades por su lozanía, sus bienes, su docilidad y bizarro espíritu, ya es el desprecio, el asco y el horror de cuantos lo miran y contemplan. Desde que cumplió los veinte y un años de su edad empezó a avisarle y requerirle esta dolencia con los precedentes avisos de que ya te he informado, y a amonestarle con los repetidos ejemplos de otros coetáneos, que dejaron sus cuerpos apestados y podridos en los primeros hervores de la vida. A todo se hizo sordo, a todo volvió el semblante. Tan poderosa es la persuasión de este vicio en los jóvenes, que les borra de su conocimiento los peligros, los dolores y aun todo el horror del Infierno. El que no corta su furia en sus primeros insultos con las reflexiones del tormento temporal, la eternidad y la muerte, acaba precipitado y lastimoso. Muchos que viven engañados de su ignorancia y del poder dilatado de este vicio dicen que sus efectos y sus ansias se acaban breve, y que sólo dura mientras la sangre conserva su orgullo, su bizarría y su bálsamo, y que después que se desmayan sus azufres, fallece la vehemencia de las pasiones. Poco estudio les ha debido a los tales la filosofía y menos la experiencia. Yo veo morir muchos viejos desengañados, pero no corregidos. Las canas y las arrugas dan alguna vergüenza, pero muy poca moderación. La frialdad de sus órganos suele abatir un poco la potencia, pero la ansia y el deseo les acompaña hasta el sepulcro. Esta duración es cualidad de los actos viciosos, pues su asiento lo tienen en el alma, y esta nunca se envejece. Carne es la del viejo, y carne habituada a los deleites, y cuando éstos le faltan, los codicia y los extraña como la penuria del alimento. Menos fuerte, menos vigoroso y más raros serán los apetitos en la vejez; pero poco sabe quien espera su frialdad. No serán tantos como los que rodean los cuerpos e imaginaciones de los mozos; pero son los suficientes para padecer la esclavitud de su lujuria y la desdicha de la condenación. Consulta a los viejos, espía sus acciones, y hallarás esta verdad, aunque dicha por boca de diablo.

Con estas y otras razones fortísimas, que ya huyeron de mi memoria, estaba arguyendo mi etíope contra los que viven acogidos a esta necia y delincuente esperanza, cuando el desventurado enfermo repitió sus pavorosos aullidos, ya tan flacos que apenas llegaban a percibirlos las fibras del oído. Volví a la sazón a levantar las cortinas de la cama, y lo vi sumergido en más abundante y hediondo sudor, descompuesta toda la armonía del semblante, furioso de miraduras, y lidiando con tan rigurosos accidentes y congojas que sospeché que aquéllas eran las que daban el último término a su vida.

-No muere todavía -me dijo mi diablo maestro-, que la fortaleza del argento vivo, y la rebeldía del pegajoso humor producen esa batalla tan furiosa. Repara con reflexión estudiosa sus crueles síntomas y considera los terribles ahogos, ansias y dolores, y procura poner en tu memoria esas señales para que te sirvan al conocimiento de otros enfermos de esta idea de achaque, que después que quedas asegurado en sus condiciones te diré las causas que producen tan venenoso contagio.

Yo me detuve mirando a este infeliz, y el invencible horror de mi espíritu no me permitía estudiar con aquel cuidado que pide una enfermedad tan dilatada y extravagante. Yo no consideré especiales providencias ni avisos para la práctica y penetración de su malicia, porque no pude desalojar de mi alma las especies que me proponía mi deseo en orden a

solicitar la enmienda de tan frecuente y abominable obscenidad.

-Yo quisiera -le decía yo a mi deseo-, que esta tristísima imagen, horrible representación y pavoroso espectáculo, lo tuviesen vivo a sus ojos, o a lo menos presente a su memoria los que corren desbocados por las anchuras de este vicio. Yo creo que la consideración de verse reducido a tan lastimosa y posible miseria los atajaría todos sus pasos y deseos.

Soñada fue, amigo de mi alma, esta imagen; pero aún están sus especies residiendo en mi fantasía, y copiándome cada instante la fealdad de su bulto, la viveza de los dolores, lo espantoso de las congojas, tormentos y rabias, en que me la representó sofocada mi sueño. Yo, si tratase con algún mozo mal acondicionado de humores, no le curaría sus apetitos y achaques con otros antigálicos que con este ejemplo. No le pusiera delante de sus vicios otro predicador, que el miserable estado de este hombre. Yo le aconsejaría que llevase consigo -en el lugar del retrato de su dama- esta copia, que ella sería sin duda el antiveneno de todas sus ansias, y no permitiría que llegasen a inficionar sus pensamientos ni los más penetrantes y agudos espinos de la lascivia. ¡Espantosos y terribles son los achaques a que está expuesta la debilidad de nuestro temperamento! Acérrimos son los dolores, las fatigas y las penas que imprime en nuestra carne y espíritu la más suave destemplanza o improporción de los humores. Todas las dolencias son insufribles, pero ninguna de las innumerables a que estamos sujetos nos pone en tanta congoja y consternación como ésta. Apenas es creíble la tenacidad y la agudeza de los martirios que padecen los apestados, que alojan dentro de sí tan tirano huésped. No deja parte en su cuerpo sin herida, sin mácula o sentimiento. Es el más lastimoso de todos los males, y el más despreciado de cuantos lo admiran en los ajenos miembros. Nunca produce la más leve lástima, ni la más breve señal de piadoso cuidado. Todos los que se ven libres de su impresión se ríen y mofan del que la padece. El padre, la madre, el amigo y aun el cómplice más se dedican a explicar rencores y dar zumbas que remedios. Si se trata de su curación es con risa, con desprecio y con descuido. Cada vez que se habla en el achaque, es con la expresión de las carcajadas y las voces de «bien empleado te está», «con esto veremos si escarmienta», «si se estuviera recogido en casa o empleado con las gentes de honra, no le sucedería esto»; «no hay que tener lástima de él, que se busca y se toma por su mano los males, y si se lo quiso menga que se lo tenga», y con otras frases que todas se dirigen a explicar el desprecio, el enfado y aun la alegría de verle morir. Aunque no tuviese este voluntario y asqueroso insulto otros enemigos ni aflicciones que el enojo, el asco, el desprecio y olvido con que es tratado el que le sufre, habían de huir los hombres cien leguas de su contagio. Contemple el joven entregado a estos deleites la irreparable perdición de todos sus dotes y bienes, que puede ser que esta meditación lo temple o le enfríe sus irritados ardores. Su salud y su gusto perecen, su agilidad queda baldada y tullida, su hermosura vuelta en hedionda fiereza, y el caudal, el tiempo, la vida y el alma, todo en poder del sepulcro y el infierno.

-Poco tiempo -acudió mi diablo- le queda ya a ese infeliz para acabar con su vida, porque los accidentes y congojas lo van poniendo en la angustia de la sofocación. Ya puedes estar informado de las señales últimas con que terminan las enfermedades de semejante casta, y así oye

ahora las causas que la producen, que después nos queda lugar para imponerte en algunas circunstancias y reflexiones que declaren las evidencias de su malicia.

Cuál fue el primer origen de este oculto y maligno accidente se está disputando con porfía e ignorancia en las escuelas y colegios físicos. A ti sólo te importa saber que su primera impresión fue epidémica y contagiosa, y esta noticia es sobradamente cierta, y tiene toda la utilidad necesaria para el conocimiento de sus causas y producciones. Introdúcese este contagio de varios modos, unas veces viene envuelto en la sangre y el semen de los padres infectos, y esto no sólo es transcendental a los hijos, sino también a otros sucesores más remotos, o viene en la leche apestada de las amas; y lo más regular y evidente por los actos lascivos con los que padecen dicho fermento o contagio. Pégase también en los cuerpos sanos por la saliva, el sudor, la comida, bebida, vestido y otros contactos y fricciones con dichos infectos. Aquella parte del cuerpo que recibe el veneno es la que primeramente se daña, luego se comunica y corre por las venas, y de éstas al hígado, en donde adquiere una depravada disposición, con la que destruye la bondad de la sangre y de todos los demás líquidos. Desbarata la armonía de la nutrición y concordancia de los humores. Este fermento es tan enemigo de la naturaleza, que su estudio y conato sólo se emplea en desecharlo de sí, y como no puede arrojarlo todo, envía desde las partes más nobles de su composición al ámbito y circunferencia del cuerpo las manchas, tumores, llagas y los demás males de que has visto cuajado a ese moribundo. La repetición de muchos actos lascivos, y alguno de ellos con sujeto que padecía este oculto y extremadamente maligno contagio, es la causa de la muerte de este hombre. Por el movimiento, fricción y concurso de espíritus que se excitan en el acto carnal, se acaloran demasiado aquellas partes vergonzosas de los cuerpos, y por este calor se elevan los vapores del humor gálico, los que recibe la parte sana, y desde allí se comunica inmediatamente con la sangre, y enfermo este líquido, queda venenosa toda la masa de la humanidad. Yo te pintaría -si tuviese tiempo- el modo de contraerse este mal del hombre a la mujer y de la mujer al hombre; pero basta que sepas que la parte dañada es la que remite los venenosos vapores, y éstos se retiran a la que está sana, y el uno y el otro quedan inficionados del veneno, y éste como poderoso no se queda en la parte que lo recibió, sino es que penetra las partes más poderosas, defendidas y retiradas de los cuerpos. Prodúcese esta infección venérea no solamente por el contacto carnal de los dos cuerpos sano y enfermo, pues también a los niños incapaces de la malicia les toca la ponzoña, y aun los pone en el estado de incurables. De dos modos reciben los niños este contagio en la generación: cuando alguno de los padres o ambos están infectos; pues entonces aquella sangre materna o semen impuro no puede dejar de comunicar su veneno como materia primera de toda la obra. Cogen también este achaque en la leche de las amas que los crían; porque como este nutrimento lo va convirtiendo en sangre su naturaleza, estando éste inficionado, necesariamente se sigue una perversa fermentación que se esparrama por todo el cuerpo, y produce una enferma y apestada criatura, la que es imposible reducir a sanidad, pues rara vez se consigue apurar o extraer toda la ponzoña tan generalmente divertida. La ropa, el sudor, los

excretos y toda la comunicación próxima con los gálicos es productiva causa de esta enfermedad, porque se mezclan con la sangre del cuerpo sano aquellos vapores, efluvios y partículas ya arrojadas por los excrementos y por la llagas, o que quedan pegadas en la ropa, en la cama o en otros trastos del que se halla sobrecogido de esta peste. Finalmente, aunque niegan algunos que por el aliento no se puede recibir este daño, puedes creer que es uno de los caminos que tiene para entrarse por los cuerpos, porque si la tisis y otros afectos se introducen, mucho mejor se podrán colar hasta la sangre los átomos del veneno más poderoso de los males que es el venéreo como confiesa todo el mundo.

Los modos de demostrarse exteriormente este humor son muy varios, pero todos fácilmente conocidos y descubiertos. Esta variedad nace, o de la mucha o poca copia de humor, o de la malicia de su cualidad, o de la condición del temperamento del paciente. En unos se manifiesta en postillas, tubérculos y dolores en los miembros de la generación, en la cabeza, frente, cuello, mamilas y otras partes del cuerpo. Estas pústulas suelen aparecer de color subrubio, y crían costras y escamas, las que después de rebatidas -o porque se cura o se sigila el achaque- descubren la carne dura, negra y callosa; en otros se manifiesta por la sarna y otros manchones virolosos de mal olor; en otros por llagas malignas que les roen la boca, les pacen los labios y les tragan las narices, fauces y paladar, y de aquí les viene la ronquera que regularmente padecen; en otros se declara induciendo el caries, y agujereándoles el cráneo y otros huesos. En otros se explica por destilaciones parvas, las que después producen dolores y se hinchan por todo el cuerpo en gomas gruesas y extendidas, las cuales abiertas despiden de sí una mucosidad blanca, fétida y glutinosa; y finalmente grita todo su mal con infinitos y extraños dolores de cabeza, frente, omoplatos, tibias, hueso esternón, músculos y nervios. Cuando este achaque es producido por el concúbito se descubre regularmente por la gonorrea, las llagas, úlceras y postillas en las partes vergonzosas. Sienten también los que se hallan con este veneno laxitud y gravedad en todo el cuerpo, dolores vagos y molestos que se exacerbaban por la noche; el color rosado de la cara se les vuelve en pajizo; debajo de los ojos se les aparece un círculo morado semejante al que se descubre en las mujeres menstruadas. Padecen temor, tristeza, horror y otros afectos molestísimos. Las señales de la vejez de este achaque son más claras, pues son las úlceras cancerosas, fistulosas y callosas; los topos en varias partes del cuerpo, el caries de los huesos en las tibias, brazos, cráneo, paladar y narices; la tisis, la caquexia, la epilepsia, el tabes, sordera, ceguera, caída de los dientes, y casi todas las demás enfermedades y plagas a que está sujeta la humanidad, y estos signos bastan para que con alguna certeza puedas distinguir este afecto oculto y especialmente maligno y contagioso. Oye ahora los pronósticos, que en éstos te acabarás de instruir de su naturaleza.

Es regularmente el morbo gálico enfermedad perezosa y diuturna, y los que la padecen andan arrastrando con la vida muchos años; porque las acciones naturales, que son las dañadas, próximamente resisten más tiempo que los achaques de corazón y de cabeza. No hay duda en que se cuenta entre los venenos esta peste gálica; pero su actividad mata con menos prontitud que la de los demás venenos. La brevedad mayor o menor de su

malicia consiste en la debilidad o fortaleza de los cuerpos, y según son de buenas o de malas sus disposiciones, así opera su actividad y duración. Esto supuesto, digo que si este veneno es contraído por intemperie manifiesta, maligna y contagiosa, que haya inficionado los humores y partes similares del cuerpo, es rebelde a las medicinas y dificultosísimo de curar. Aquellos sujetos que fueron curados una vez, si vuelven a dejarse inficionar del humor, sanan dificultosamente, y en especial los que gozan la temperatura caliente y seca. Si la virtud y fuerza del enfermo está abatida de tal manera que no puede sufrir las medicinas fuertes, también es incurable del mismo modo que cuando aparece calentura, tabes u otro grave accidente junto con la enfermedad gálica. La razón es porque todos los medicamentos de que se puede usar contra el gálico son sumamente calientes, y éstos aumentan la calentura y los demás síntomas, especialmente en todos los que son ardientes y secos de complexión. Si aparecen en las articulaciones del cuerpo tumores callosos, escirrosos y duros, también es mala señal, porque los dichos tumores y gomas son demostraciones de estar envejecido y haber echado muchas raíces el mal, las cuales están cosidas a los mismos huesos; los bubones en las ingles duros y pertinaces a la supuración, que unas veces se quitan, y otras se ponen, son difíciles de curar, porque denotan la debilidad de la naturaleza y la suma pertinacia del humor. La obscuridad de la voz, la ronquera y aspereza de las fauces es más imposible a la curación, porque son signos de rebeldía y vejez en el humor. Del mismo modo, y por la misma causa, son incurables las llagas y úlceras que pasan de un año, especialmente las que aparecen en las articulaciones. Las que se asientan en la boca o las fauces son irreducibles a la medicina, así por la causa dicha, como porque no consienten medicamento alguno; pues todos los humedecen y pudren los excrementos que bajan del cerebro, y les derriban y destrozan su virtud, no dejándola tomar asiento en la parte. Los vértigos y epilepsias arguyen ocupado el cerebro de este achaque, y por esta razón se hacen imposibles a la curación. Las destilaciones por lo regular indican también estar el daño en la cabeza, y éstas son mortales cuando toman su curso al pecho, pulmones u otra parte principal, porque las llagan y corroen, de donde se sigue la tisis y otros males incurables. Últimamente, todos los sujetos galicados, a quienes acomete la calentura hética y podrida o lenta, mueren presto. Los que tienen dañada la sanguificación acaban hidrónicos, y los que padecen destilaciones, que caen a las fauces, pulmones o a cualquiera de los conductos de la respiración, empiezan escupiendo sangre, y acaban en tísicos, y otros con vómitos de sangre, cámaras y semejantes deyecciones. Éstas son las señales más exquisitas y verdaderas que parlan la malicia y cantidad de esta común dolencia. Ven, pues, ahora y verás el desdichado fallecimiento de este mozo.

Levantéme de una silla, en que me hizo creer el sueño que estaba asentado, y apenas puse recta mi figura vi anublado el retrete del revoltoso nubarrón de los demonios que nos seguían, que con rabiosa algazara se llevaron el espíritu de aquella asquerosa carne a padecer eternamente mayores castigos.

-Vámonos de aquí -dijo mi conductor, mirándome con el gesto ceñudo-, que ningún enfermo de los que hemos examinado me ha movido tanto la rabia

como ése. Y si puedo moderar mi enojo te informaré en el camino que hemos de tomar para ver el último agonizante de la mala ventura y mala vida de ése, que ya es negro tizón de mi eterna lumbre.

Seguile medroso y confuso, y al tocar los umbrales de la puerta rompió en estas palabras:

-Los discursos, las voces y las frases con que procuran disculpar, y aun bendecir este vicio las gentes del mundo, bastaban para hacerle irremisible, aun cuando su malicia no fuese de tan abominable condición. Toda la suma paciencia del que lo permite es necesaria para tolerar tan insolentes desacatos. Dicen -saboreándose con su veneno- que éste es pecado de hombres de bien; que su malicia no tiene más circunstancias que las de la pura fragilidad; que si por esta imperfección han de ser excluidos de la gloria, que bien puede el cielo dejarse rellenar de costales de paja, y en romper con otras locuras irreverentes, con las que debilitan su conciencia, engañan a su alma, y enojan a la suma tolerancia, que hasta cierto tiempo solamente permite las injurias. ¡Ningún vicio de los que abraza la flaqueza de la humanidad arrastra tan perversas condiciones! ¡Ninguno pone en las vidas, las honras y las almas tan horribles manchas! ¡Ninguno precipita con más brevedad a la muerte y al infierno! ¡Ninguno es más indigno a la lástima y el perdón! Todo lo puedes contemplar y ver sin permitir que salga tu consideración y examen de la infeliz historia de ese malaventurado, que está ya gozando la rigurosa paga de sus delitos y desconciertos. Las dolencias que nacen de la destemplanza de las estaciones, de las injurias del aire, de la mala conformación de los miembros, de los tránsitos de un temperamento a otro, de las carestías, del ceño de los aspectos celestiales, de las guerras, y otros infortunios y acasos, todas son dignas de la lástima. Éstas acometen a la humanidad, y no hay arbitrio para huir de sus asaltos e impresiones; son como accidentes inseparables del mismo hombre; ellas lo buscan, ellas lo arruinan, porque así está ordenado por el Autor de la naturaleza. Las que los hombres solicitan por no discontentar a su gula, y por agasajar a su lascivia, no merecen la compasión ni el disimulo. Éstos son galanes de sus vicios, y aun viven enojados con todos los medios que se resisten a sus delincuentes ansias. Éstos se entregan de todo corazón a los achaques, y no perdonan trabajo ni dificultad, como no se oponga a sus deseos. Estudian con todo cuidado en la brevedad de morir y condenarse, y es raro el que no logra este desventurado término. Para la vejez aguardan todos la corrección, y esta rara vez la tocan, porque es singular el vicioso en esta casta de delitos que llega a ver las canas ni la consistencia de su edad. Una salud que podía aspirar hasta lo más dilatado de la vejez, un cuerpo hermoso, que pudo conservar lo ágil y lo florido más allá de lo arrugado y lo decrepito, un temperamento que pudo resistir a las comunes decadencias, una condición amable y graciosa, y una alma dócil y venerable, todo lo desfiguró y destrozó este desventurado con su asqueroso y detestable vicio. Desde los diez y seis años de su juventud empezaron a ser inquilinos de su cuerpo los dolores, las fatigas y las amargas y escandalosas solicitudes, a los veinte y uno ya estaba podrida y descuadrada la solidez de sus gustos y la armonía de su organización, e implacablemente tumultuosos sus líquidos. No se bullía arteria, miembro, tendón, ni hueso en toda su armazón, que no fuese para producirle acerbos

dolores e intolerables congojas, y desde esta edad hasta el último período de su vida, no ha pasado instante sin tristeza, tormento, temor y otras insoportables aflicciones. Corrompió al mismo tiempo que a su naturaleza, con la insaciable porfía de su lujuria, las buenas partes de su apacible, piadosa y felicísima condición, porque le hizo insolente, deshonorador, jactancioso, mal hablado y sucio en las obras, las palabras y los pensamientos. No vio mujer a quien no procurase rendir, sin reparar en lo maldito de los medios. No consiguió favor de quien no fuese pregonero, desarrebujando en sus conversaciones hasta las circunstancias de la debilidad de su cómplice -que hay hombres tan malvados que no creen que han conseguido sus deleites si no los publican-. Derramó en sus torpezas un copioso caudal, que puso en su arbitrio el Dador de todas las cosas para fines santos y piadosos, y fue ladrón de este depósito, de las honras, las famas y la salud de cuantas por su deleite o fragilidad se sujetaron a sus torpes ruegos. ¿Vean ahora los que consienten y aseguran la facilidad del perdón de este vicio, si éstos son pecados de hombres de bien? ¿Vean, pues, los que lo disculpan, si hay ponzoña que traiga de reata más abominables pestes e insolencias? ¿Vean si han conocido algún lujurioso que no haya abominado de la modestia, de la honra, de la piedad, de la salud y de la vida? ¿Vean si se ha librado alguno de la jactancia, la vanagloria y la soberbia? ¿Y examinen si caben más torpezas en todos los demás vicios juntos? No quiero hablarte más en las causas de la condenación de este ajusticiado, que aunque soy demonio, me avergüenzo de que salga por mis negros labios la relación de sus feos delitos. Quiero callarte otras horribles torpezas en que se despeñó este infeliz; bastan para tu confusión y tu advertencia las que te he expresado, y bastan para inducir miedo y horror a los que quieren disminuir la malicia de esta peste. Sígueme ahora, que nos falta que reconocer otro moribundo, cuya visita será más breve, porque la prontitud de su muerte no nos dará tiempo para hacer larga detención.

Desahuciado quinto Del cólera morbo

Rodeado de horribles imaginaciones y escandalosas dudas seguía yo a mi demonio, sin atreverme a preguntar la causa del descuido de este miserable en orden a su arrepentimiento, habiendo logrado tantos años de continuada enfermedad. Muchas veces quise salir de estas confusiones, pero su ceño me helaba las palabras en la boca. Bregando con tan pertinaces pensamientos, llegué a otra casa más reducida y menos grave y aparejada que las antecedentes, y requiriendo mi diablo a los inmundos compañeros que se quedasen al umbral, nos subimos hasta un aposento limpio, curioso y aderezado de pocas, pero riquísimas alhajas. Pasamos sin detener los ojos en la curiosidad que se los llevaba detras de sí, y nos entramos a una alcoba, en cuyo breve hueco estaba un hombre de moderada edad lidiando con los furiosos accidentes y desmayos de un cólera morbo, achaque violentísimo, desesperado, riguroso y mortal por todas sus causas. Quería arrojar de la cama el miserable paciente, no le permitía la furia rabiosa del mal tener un instante de sosiego, no sabía donde guarecerse ni

ocultarse de las penas, temores y agonías que lo tenían rodeado. Miraba con los ojos rectos, eficaces y agudos a todos lados pensando descubrir algún alivio; clavábalos en los entrantes y salientes, como si fueran dos puñales, y a todos los quería asesinar y tragar con las miraduras. No le concedían un momento de quietud en la cama las mortales excreciones, ya por vómitos, ya por cámaras. Las náuseas, las inquietudes congojosas, el incendio interno, el hipo, los impetuosos regüeldos, lo tenían en un infierno finito de crueldades, martirios y penas. Yo llegué a tocarle el pulso, y éste correspondía a los trágicos síntomas y desasosiegos, que claramente se manifestaban, porque era parvo, desigual y acelerado, los extremos todos aparecían fríos y el sudor de la misma suerte, el vientre hinchado y dolorido, y el rostro desencajado y bien distante del estado natural.

-No tienes ya más que observar en ese enfermo -me dijo mi demonio-, porque el afecto que padece es tan violento y precipitado, que con las señales que empieza, suele acabar, y su mayor duración rara vez llega al tercero día del insulto, y cuando los síntomas que le acompañan son perniciosos y malignos, a las veinte y cuatro horas da con los hombres más robustos en la tierra. Este miserable concluirá presto con la vida, porque los accidentes que le acosan son tan malignos, como la principal dolencia. Todos los signos que has notado son mortales, y confirman la tragedia la mala condición de los excrementos, pues siempre que éstos salen lívidos, negros, verdes, eruginosos y corrosivos, se supone la malignidad y lo irremediable de la ruina.

-Cada enfermo de los que voy examinando confunde nuevamente mi espíritu -decía yo-, y me acusa con terrible enojo el culpable sosiego y la delincuente ignorancia con que he vivido. ¿Qué utilidad me han dado los días que gasté en consultar a la filosofía, si hasta ahora no había conocido los violentos, graves y notorios peligros a que está pronta nuestra vida? ¡Qué hinchados, qué pomposos y qué vanos se pasean los maestros de las universidades con el nombre de filósofos, ignorando totalmente los más los deliquios, fuerzas y disposiciones del cuerpo que los bruma! A los maestros de la universidad en que nací, y a los de otras escuelas en que fui pasajero, a todos consulté, y a ninguno debí el más leve desengaño o lección que me pudiese hacer prevenido. ¡Qué saben de filosofía si totalmente ignoran la composición, armonía, destroz y duración de sus mismos cuerpos! ¿Sobre qué recaen estas hinchazones, si cuando están enfermos suelen preguntar a un criado tonto, o a un médico que sólo sabe lo que ha menester para vivir él, por su estómago, por su cabeza, y de qué procederá su dolor? Si como está a mi cargo dar cuenta de las cantidades y los movimientos de los cuerpos celestiales, estuviera explicar el orden de lo que se llama entre ellos naturaleza, sólo trataría en persuadir la fragilidad y el peligro a que están expuestos continuamente nuestros cuerpos, sólo estudiaría en demostrar la poca distancia que hay entre nuestra vida y nuestra muerte, el mucho dolor y desconsuelo que produce la más mínima alteración de nuestros órganos. Y en fin, trataría de enseñarle al hombre lo que es el hombre, que por aquí debe empezar todas sus lecciones el filósofo cristiano. Unas veces me río y otras rabio, de ver cuán inútilmente le roban el tiempo a los pobres mancebos que vienen a nuestros estudios con la deliberación de salir

filósofos de las aulas. Puedo decir que rara vez he escuchado un sistema puramente filosófico.

Si mi demonio no me hubiera cortado las oraciones de mi discurso, me hubiera parado más en esta meditación; pero me atropelló el juicio diciéndome que le escuchase brevemente las causas que producen la violenta convulsiva irritación en lo fibroso del estómago e intestinos o cólera morbo, que todo es uno, que actualmente estábamos manoseando en el vivo ejemplo del miserable doliente.

-La causa generalísima de esta enfermedad -prosiguió mi demonio maestro- es una horrible irritación convulsiva, con vehemente, impetuoso y desordenado movimiento de los espíritus, nacida de sucos corrosivos en las primeras vías, o de un fermento o levadura peregrina, gangrenosa, sulfúrea y arsenical que corrompe, deslíe y desfigura la sangre. Tienen regularmente su principio de los alimentos corrompidos y perversos en el estómago, en este o en otro extraño licuamen, de modo que de esta podrición y licuamen, lo más sutil vuela hasta los líquidos y los turba, corrompe y disuelve y como estos átomos o materias sutiles se filtran y cuelan al hígado, al páncreas y a las glándulas intestinales, procuran exonerarse de esta carga, y al arrojarla nacen las violentas crispaturas y espasmódicas contracciones de estas entrañas o vísceras. La parte gruesa de esta podrición o licuamen, que queda en el estómago y en los intestinos o tripas, corroen los sucos del intestino que llaman duodeno, y entonces se mueven sus fibras con vehemencia y producen las contracciones, y de aquí las fatigas, congojas, sudores y los demás síntomas que has tocado. Suele ser causa también productiva de este achaque el veneno, ya criado en los cuerpos humanos, ya recibido en alguna confección. Los efluvios de las minas metálicas, exhalados e inspirados de sus cavernas y fosas, son también causas conocidas y poderosas para inducir esta horrible dolencia. Puede también tener su origen este fermento ácido, corrosivo y disolvente, de aquellas partículas sulfúreas, acres y corrosivas, que son esencia de los más de los medicamentos purgantes, como el eléboro, la coloquintida y otros, cuya fuerza, o se corrige con otros simples blandos, o la deja con menos vigor la diminuta cantidad en que se reciben y recetan dichos purgantes. Producen también esta enfermedad las frutas del estío o del otoño, porque las más constan de partes volátiles, azufrosas y corrosivas, y todas son fáciles a la fermentación, como se experimenta en los que las usan demasiado, pues los tales padecen cámaras, vómitos o algunas calenturas intermitentes. Lo mismo producen los pepinos, rábanos, cebollas y otras raíces y porretas de esta casta, que son por su naturaleza acres, picantes, corrosivas y fermentativas demasiado. Todas estas son las causas más manifiestas de este achaque, y lo son también todas las que puedan corromper y desleír la sangre y el buen cocimiento de los alimentos en el estómago. El solimán, el agua fuerte y todos los compuestos arsenicales producen violentamente esta irritación, y es cuasi imposible atemperar ni fijar la acritud cáustica de su naturaleza, por lo cual se numera entre los venenos más ejecutivos y mortales. La causa poderosa que despertó en este hombre la cruel enfermedad, que brevemente lo ha de desvanecer la vida, fue un fermento ácido, originado de perversas cocciones, lo que manifiesta el color porráceo de los excrementos, y la constitución hipocondríaca y escorbútica del sujeto. Acudieron los médicos con sus

auxilios, permitiendo su curso a la evacuación para ver si la naturaleza lograba su desahogo; ayudaron con unos vomitivos suaves y purgantes benignos, ministraron los caldos en copiosa cantidad; pero como la más robusta porción del fermento estaba ya reconcentrado en la sangre fue imposible desalojarlo de su líquido, antes bien produjo un movimiento más hervoroso y conturbado. Procuraron dulcificar y suprimir el flujo colérico con la opiata del diascordio, conserva de rosas rubras, coral rubro, azafrán de Marte, las margaritas preparadas, el jarabe de la granada, el de la yerbabuena y otros dulcificantes y obtundentes, y de todos se burló la malévola peste del fermento. Para la sangría lo han hallado sin fuerzas, y le van continuando las bebidas apropiadas para estos fines del agua de las verdolagas y llantén, el suco de la yerbabuena, los polvos de la quina, el azúcar de Saturno, la confección de jacintos y de alquermes, la tierra sellada, el láudano opiato, el diascordio de Fracastorio y otras medicinas, ya todas vanas y débiles, porque no pueden fijar el flujo de tan desbocado accidente.

-Mira, pues -prosiguió mi diablo-, una enfermedad en cuya formación no han tenido parte las glotonerías ni los desconciertos. Poco a poco se ha criado su ponzoña de la unión de las malas cocciones del estómago, y sin otro exceso ni causa impulsiva que la mala constitución del tiempo llegó a la infelicidad de irremediable. Compasión llorosa merece el pronto mal de este infeliz la que no merece por ningún modo el descuido y desprecio con que trató su conciencia. ¿Quién no vive cuidadoso, sabiendo que la muerte le aparece cuando menos se piensa? ¿Quién se atreve a vivir un minuto descuidado, debiendo temer que en aquel minuto puede ser sobrecogido de su guadaña? Este miserable fue en el mundo un hombre de abundante fortuna, buena crianza y regular proceder. Cumplió con la política y civilidad a gusto de cuantos le trataban, de modo que estaba reputado entre los civiles por hombre de bien, de buenas palabras, justos tratos y razonables costumbres. Con los estatutos de su religión fue sumamente perezoso, y siempre conservó en su espíritu una acedía delincuente en orden a cumplir con las obligaciones de católico. En los pecados de omisión, en todos los más está culpado. No tuvo en su vida devoción particular ni se le conociera la religión, si no la hubiera insinuado con la entrada en los templos, las confesiones anuales y el trato con los católicos. Cuantos movimientos tuvo en la vida ordenados a corregir su acedía y su pereza, todos los despreció, y ahora es tal su desgracia que no ha sabido hacer un acto de contrición, porque en vida no tuvo ejercicio en repetir siquiera sus palabras. El que quisiere morir bien es preciso que estudie en vida las reglas de este arte. Constan sus máximas de muchas especulaciones y mucha práctica, y el que no se aplica no puede salir con victoria del mundo. Es necesario morir muchas veces en vida para disponer con conformidad y discreción la una vez que se ha de morir. ¿Cómo quiere acertar a bien morir el que nunca se ejercitó en el modo de morir bien? La primera y última de las ciencias que han venido a estudiar los hombres al mundo es la de la muerte feliz. Pues, ¿cómo la quieren lograr si huyen de los preceptos del bien morir? Ésta es la mayor locura de los hombres, querer ser sabios en la ciencia que menos estudian y practican. Fiaba su salvación este infeliz ignorante a algunas limosnas y a algunas deprecaciones a los beatos del siglo, creyendo que se podía

salvar por poderes, y con sólo el trabajo de mandar que lo encomendasen a Dios. Estos ruegos son bellísimos, son muy cristianos, ayudan mucho; pero no libran al hombre católico de su obligación. Si estas buenas obras hechas por otro, y las que se hacen sin resistencia de los apetitos y sin el cuidado de las observancias de la ley pudieran servir a la salvación del hombre, estaría el cielo lleno de moros, judíos y de toda la casta de ateístas y heresiarcas que cubren el mundo, porque en éstos también asisten las virtudes morales, el deseo de la salvación, y los actos de caridad con el prójimo; fáltales la fe a nuestros misterios, y a este hombre, aunque no le faltó, la tuvo muerta y sin ejercicio, y ésta no ha salvado a ninguno. La fe viva, esto es, acompañada de las obras personales, pone en salvo todas las almas. Doctrina es esta que no parece inspirada por la boca de un demonio; pero yo sé que es santa, y sé que no debía promulgarla, pero cuando a mi pesar la arrojé de mis labios, te convendrá para tu confusión o tu enmienda.

Así concluyó el diablo etíope, encarándose a mí con un ceño tan cruel que creí que me tragaba con la vista. Y prosiguió diciendo:

-Dejemos, pues, que acabe de morir solo ese pobre hombre, respecto de que no hay en su última respiración señal de que ya no estés informado: sígueme.

Bajamos a la calle y previno a los demonios deformes que se fuesen luego que expirase el moribundo. Él y yo tomamos el camino contrario, y fuimos a parar donde verá usted si quiere acabar de oír o de leer mi soñada aventura.

Poco distante de la habitación de este moribundo alcancé a ver un hospital de hermosa arquitectura, grande extensión y proporcionada latitud. Entramos adentro hasta una sala espaciosa, cuyas líneas de longitud contenían cincuenta camas con varios enfermos de todas ideas de achaques, agudos, exacte peragudos, crónicos, y tal cual valetudinario. Rodeado nuevamente de amargos temores y desabridas sospechas me vi en la nueva situación de tan pavoroso teatro. A cualquiera parte que arrastraba los ojos, sólo encontraban imágenes, sombras y espectáculos que producían el horror, el susto, la tristeza y otras inquietudes y melancólicos movimientos en mi espíritu. En un lado miraban a un afligido moribundo lidiando con la muerte y asistido de un piadoso fraile, que le estaba haciendo más sufribles las tristísimas congojas con la presencia de un Cristo crucificado y las persuasivas voces de «piedad, Dios mío, misericordia, pequé, Señor», y otras expresiones ordenadas al arrepentimiento de las culpas. En otro lado descubrían a otro enfermo sobrecogido de un afecto de corazón, a quien la violencia de la congoja tenía medio derribado de la cama, arrebuñado el rostro entre sus cabellos, y bañada su boca en denegrida espuma. Aquí se distinguía debajo de la sábana un difunto, cubierta la cabeza y desplegada la ropa, y marcado ya para las sepulturas del camposanto. Allá, en otra cama se estaba haciendo pedazos un delirante furioso y desesperado con las violencias de la fiebre. En esta parte estaban sangrando a un enfermo, en aquélla ejercitando con otros los pediluvios, las ayudas, los purgantes, las unciones y otras medicinas. En fin, los sollozos, las quejas y los suspiros de los agonizantes, la confusión, solicitud y algazara de los platicantes, enfermeros, portajeringas y otros ministriles formaban un

purgatorio de poquito, y un teatro más triste y pavoroso que la muerte.

-Aquí te he conducido -acudió mi diablo- para que veas al pie de los enfermos los signos, diagnósticos y pronósticos de las enfermedades, que este estudio sólo y la acusación que hará el enfermo de sus dolores, males y excesos descubren la malicia interior de todas las dolencias, y en el conocimiento práctico de estos signos está fundada toda la ciencia y felicidad de la medicina. Sin examinar el color, olor, sabor y cantidad de los excrementos es imposible conocer la esencia, condiciones ni duración de la enfermedad, y es imposible recetar con acierto las medicinas ignorando la esencia y condiciones. El vómito, la cámara, el sudor, la saliva, la orina y todas las demás excreciones has de sujetar a tus sentidos, y de otro modo no puedes ser sabio en el conocimiento, curación y pronóstico de las dolencias internas del cuerpo humano. Ni el profesor práctico de la medicina puede sin grave peligro de su alma despreñar este prolijo examen. Es necesario que entregue todos sus cinco sentidos al reconocimiento de los materiales asquerosos, so pena de quedar ignorante en la ciencia y delincuente en la ley de Dios y en su ejercicio. Es cierto que es rigurosa y cruel para el médico esta continuada inspección, pero es precisa. En la naturaleza no tiene otros oráculos a quien consultar, sino a los excrementos de todas castas. El color de ellos lo ha de reconocer sus ojos, su olor las narices, su sabor la lengua, su cantidad, dureza y sonido su tacto, y cualquiera excusa que dé para librarse de este molesto cuanto utilísimo examen es vana, peligrosa y delincuente. Consulta con tu estómago y con tu robustez, y examina si podrá sufrir el asco que le puede ocasionar en la anatomía de estas operaciones, y mientras te resuelves y acaban la administración de medicamentos en esta sala, entremos en ésta inmediata que es la de cirugía, en donde has de admirar otros dolientes más lastimosos, y en la frecuencia posible y variedad rara de sus achaques acabarás de conocer la suma fragilidad de vuestros cuerpos, pues cada hombre no es otra cosa que una portátil enfermería y un hospital horrible de dolencias, pues cuantas has visto divertidas en esos cuerpos, de todas es capaz cualquiera de los que pueden presumir de bien acondicionados de salud.

Entramos, pues, al pavoroso salón, donde hace sus crueles maniobras la tremenda cirugía, y la confusión de su aparato y el lamentable rumor de los suspiros y quejas de los miserables que la ocupaban acabó de poner a mi espíritu en el último desasosiego. Creció la angustia cuando iban examinando mis ojos las terribles y singulares figuras que componían aquel tristísimo teatro. Aquí estaba un gran brasero de lumbre, ocupado todo su borde de varias herramientas para cauterizar la carne, botones y planchas ardiendo, y otros espantosos instrumentos. Allá se reconocía un taller de sierras, verdugos, tenazas, lancetas, gatillos, descarnadores y reparos, y otros hierros de horribles figuras para segar miembros, arrancar huesos y cortar carne. En este lado había un asqueroso y hediondo montón de vendas, hilas, cabezales y otros rebujones y trapajos embebidos en sangre y pasados de costrosa materia. En el otro estaba un cesto atestado de vasijas de unguentos, aguas, aceites, polvos y otros medicamentos locales. Vagaban ya por entre las camas, ya por los espacios de la vasta pieza muchos ministriles y ayudantes arremangados, officiosos y solícitos, repartiendo sajaduras, emplastros y gritos a los desdichados enfermos.

Éste llevaba enarbolado un jeringón, aquél un cazo rebutido de brebajes, uno una sierra, otro un pegote. Tanta era la confusión, el horror y la novedad que sospeché, no que estaba en el infierno del mundo, sino que había bajado a los abismos perdurables. Acerquéme a una cama, en donde estaba un infeliz a quien aquellos piadosos verdugos tenían condenado al martirio de serrarle una pierna. Empezaron los aprendices de descuartizar humanidades a atizar el brasero para introducir calor más activo en las planchas, a destrozarse hilas, cabezales y vendas, a humedecer paños y a predicar valor y paciencia al sentenciado. Al injerir el cruel serrucho en la pierna, rompió el aire el infeliz enfermo con tan penetrantes aullidos y tan melancólicas voces que persuadida mi imaginación a que eran verdaderas, me desató todas las ligaduras que tuvieron amodorrados y oprimidos mis sentidos. Halléme en mi cama asustado, confuso y por un gran rato cubierto de sudor, reflexiones y susto. Poco a poco fui desasiéndome del temor y la cobardía. Logré una breve serenidad en mi espíritu, y me acometió nuevamente el nuevo dolor de no haber examinado particularmente a los enfermos de este imaginario hospicio, para quedar aleccionado en el conocimiento, causas, signos y pronósticos de las demás dolencias a que vivimos sujetos los mortales. Pero me consolé con la esperanza de volver a dormir y a soñar si la muerte no se pone en medio de mis ideas.

Vd. señor Don Juan, si ha tenido valor para leer mi sueño, me hará la honra de avisarme de su parecer, para que yo quede o satisfecho con su aceptación o escarmentado con sus advertencias, y Vd. me mande cuanto sea de su voluntad, pues cada día estoy deseando ocasiones en que hacerle más creíble mi afecto. Dé Dios a Vd. buena salud, larga vida y gratas felicidades. Madrid y agosto 30 de 1736.

El Dr. D. Diego de Torres

Segunda parte

Hospital de ambos sexos. Sala de hombres

Dedicado por mano de su doctor Don Juan Peralta a la excelentísima señora Doña Francisca Pérez de Guzmán el Bueno, Duquesa de Osuna

Amigo y Señor.

Dedicar enfermedades, muertes y condenaciones a una Señora, más es darle sustos y pesadumbres desesperadas que cortejos apacibles. Mi veneración bien quisiera poner a los de la Duquesa mi Señora argumentos tan festivos como respetuosos, que sólo llenasen su admirable espíritu de alegrías y quietudes venturosas; pero estoy muchos días ha tan agarrado del humor negro, que no acierta mi alma a producir expresión que no sea terrible y formidable. Por esta razón, y porque estoy precisado a no poner en la prensa papel alguno sin honrar su primera plana con su gloriosísimo nombre, me valgo del favor de Vd., para que signifique a su Exc. mi obligación y mi respeto, expresando con su fecundidad que Torres ha dedicado a sus pies un tratadito de Medicina, ocultando a su presencia su horrible y desusada idea, que de este modo espero (encaminando Vd., delante mis venerables servidumbres) que su piedad conozca la buena ley de mis cultos, y no se detenga en mirar un argumento tan extraño a sus entretenimientos, diversiones y lectura.

Advierto a Vd. que podrá decirle algún malicioso que esta confianza

amigable es treta para zumbiar su profesión con el desenfadado estilo que pongo en el tratado de este Hospital, cuando escribo de la parte médica; suplico a Vd. que no lo crea, y para esto acuérdesese de lo que nos amamos, y de nada más. Adiós amigo.
De Vd. siempre, Torres.

A la Exc.ma señora Doña Francisca Bibiana Pérez de Guzmán el Bueno,
duquesa de Osuna, &C.

Exc.ma Señora

No puede haber inclinación, por rebelde que sea, que no doble la rodilla a la majestuosa afabilidad de V. E. Las presunciones más entonadas y las vanidades más presuntuosas, todas se rinden al escuchar su sagrado nombre. Generalmente es venerada su soberanía no sólo de los dichosos que lograron ver su grandeza, sino de los desventurados que la ignoran. El glorioso nombre de V. E. y su feliz memoria produce las alegrías, los respetos y los cultos, aun entre los que vivimos desgraciadamente distantes y apartados de su vista. Una librea de las que sirven de adorno, honra y distinción a los siervos de V. E., mueve el gusto y el afecto en todos los corazones de la corte, y a pesar de las tristezas de su color infunde altísimos gozos en los espíritus cortesanos, porque su gala les pone presente en su memoria la amada vida de V. E., y sus adorados lucimientos. Cuando V. E. se permite algunas veces a los deliciosos paseos, o a las floridas calles del mundo político de Madrid, todos sus moradores se desatan en respetuosos aplausos, amorosas bendiciones y dulces contentos. Y es porque lleva V. E. en su afabilísimo semblante muy patentes sus apacibles piedades, su graciosa discreción, su generoso genio, y todas las preciosas riquezas de su alma.

De justicia se le deben a V. E. tantas y tan exquisitas aclamaciones, gracias y holocaustos. Y advertido de esta obligación y de la dichosa servidumbre que postré a V. E. desde el primer punto que se ennoblecí mi espíritu con la noticia de su grandeza, llevo ahora a sacrificar a sus pies este corto volumen, que por hijo de mi fatiga es todo de V. E. Mi respeto, mi trabajo, mi aplicación y las infelices remuneraciones de mi infructuoso y despreciable estudio, todo está sujeto y esclavizado a su poderoso dominio. Nada doy, nada ofrezco, porque ni la altura de mi veneración, ni lo ansioso de mis deseos pueden tributar un don propio, ni un voto libre, porque todo es deuda forzosa y sacrificio indispensable al soberano altar de V. E. Sólo ruego a su piedad que reconozca y reciba este desvelo de mi espíritu, y esta ingenuidad de mi miserable filosofía, que en uno y en otra hallará venerables ansias, recuerdos felices y agradecida esclavitud a sus honras y a su superior grandeza.

Nuestro Señor guarde la deseada vida de V. E., en la que hoy goza dilatados siglos para alegría del reino y honor del mundo. Salamanca, hoy 10 de abril de 1737.

Exc.ma señora

B.L.P. de V. E. su rendidísimo Siervo
El Dr. D. Diego de Torres

Prólogo

Contra los vanos, colmilludos y rabiosos lectores, que todo lo muerden, lo bueno y lo malo, lo sabroso y lo desabrido, lo flaco o lo gordo, lo rudo o lo tierno. Tan cortés como su poca atención, y más blando que lo que merece su dentadura.

Ya que no encontraste vicios que quitar o que poner en la primera parte de esta obra, saliste regañando los dientes contra la elección, y mordiendo el asunto por extraño a mi juicio, impropio a mi genio y repugnante a mis costumbres. «¿Quién le mete a Torres -dijiste- en escribir medicina? ¿Quién le ha puesto en los delirios de predicar, cuando sabemos que aún tiene los cascos tan vagamundos como sus pies, tan verdes como su corazón, tan libres como su genio, y tan defectuosos como su conciencia?» Y detrás de estas copias vomitaste otro millar de sátiras tan abominables como tu rencor, tan sucias como tu boca, tan malvadas como tu envidia, tan viejas como tu murmuración y tan insolentes como tu ociosidad. Hombre o diablo, ¿quién te persuade a que están escondidos para mis ojos y encubiertos a mi penetración los sistemas de la medicina? Esta ciencia, patarata o lo que es, se busca en los libros, se coge en los maestros, se bebe en las aulas y se actúa en los hospitales, y los tomos, los doctores y los enfermos están patentes para el que quisiera leerlos, consultarlos e inquirirlos. Habla, escribe, receta y te enjuaga un monigote que salió a puntapiés y pescozadas de la sopa de Osuna, Irache o Gandía, ¿y te asusta ver que escriba un doctor de Salamanca, que en sus escuelas está oyendo y conferenciando cada día con los maestros más temidos y más consultados de la Europa? Mírame bien, regístrame todo, que para médico no me falta más que la mula y la codicia. Si te parece que por no haberme visto montado en un coche o metido en un rocín desempedrando calles y recogiendo propinas no puedo ser doctor, te engañas, que no es del caso ir haciendo ruido, ni quitarle al enfermo el dinero, o la caja de plata para curarlo. Yo soy, para que me acabes de conocer, físico por el amor de Dios, médico de gracia, y doctor por caridad, y doy de balde mis palabras y mis recetarios a cuantos por curiosos o por enfermos los quieren probar. Búscame, examíname y ponme entre los médicos más enemigos de mis verdades, que sin desembolsar el doblón, el tabaco ni el chocolate, tendrás -además de los que pagares- otro doctor, si la enfermedad te estrecha a las desdichas de la junta. Yo leo libros, trato hombres, hablo esqueletos, visito hospitales, tengo grados, licencia y permisión de Dios, del papa y del rey, para argüir contra médicos, examinarlos, aprobarlos, o reprobarlos en los Claustros de mi Universidad y fuera de ellos, ¡con que mira ahora si podré escribir medicina! Esta murmuración te ha salido tan vana como otras, y tu envidia se ha visto tan al primer folio, que sin haberle arremangado más que la primera túnica de tu intención, he descubierto la podre y la gusanera de tu incorregible y hedionda manía.

Tan engañado estás en el pensamiento de mi vida como en el de mi

estudio, y pudieras entretenerme despacio en la tuya, sin correr tan ligeramente por la mía. Ven acá, bruto, dime, ¿qué estorbos, que inhabilidad, qué repugnancia consideras en mi espíritu para persuadirte que ignoro, o que puedo vivir olvidado de Dios, de sus santas leyes y de la eternidad de los tormentos y las glorias? ¡Yo no sé quién ofende más a Dios, si yo con mis vicios, o tú con tales imaginaciones! ¡Tan mal te parece -aunque yo sea peor que Mahoma- que escriba los medios y las lecciones para ser bueno! ¿Es culpa que empiece a dar señales de bien aplicado y cuerdamente arrepentido? ¿Aumenta la malicia mis costumbres ser bueno en las horas que estoy entretenido en escribir bien, aunque sea malo en todas las demás del día? ¡Horroroso pecado que Torres empieza a parecer bueno! ¡Grande mal que Torres escribe de las debilidades de la vida, de la miseria de la humanidad, de las prevenciones para morir y de los medios para salvarse! ¡Aunque fuera yo un turco no pudieras explicar contradicción tan bárbara, ni reparo tan escandaloso! Anda enhoramala, que eres un necio, maldiciente, envidioso, que sólo tratas en deshonar la aplicación y perseguir la bondad.

Gracias a Dios que te conocí desde el primer prólogo, y gracias a Dios que me mantiene el desprecio con que tratarte y conformidad para sufrirme. El poco caso que he hecho de tus locuras se conoce en mi poca obediencia. Tú no quieres que escriba, y yo he de escribir hasta matarte o hasta morirme. Allá va la segunda parte de los Desahuciados, no quiero que la leas, ni que la oigas, ni que te acuerdes de mí, ni que la compres, que ya no necesito tu dinero; sólo quiero mortificarte y volverte a decir que mi premio y mi gusto no está en tus ojos, en tus manos, en tu lengua, en tu dinero ni tu vanidad; yo me lo tengo todo en mi paciencia, en mi retiro y en mi trabajo, y yo me lo guiso, y yo me lo como, y yo me voy a reír de ti como he hecho siempre. Quédate contigo, que es lo mismo que con un perro cocoso, que yo me voy con Dios, y ladra y gruñe lo que tú quisieres.

Sueño al mismo amigo

Yo me vi recostado en una espaciosa ribera, patria de la obscuridad, habitación de las sombras, estupendo albergue de la noche, y confusa esfera del asombro. Estaba el aire, a pesar de su denegrida tintura, mezclado desagradablemente con un linaje de luz como de azufre, de suerte que se causaba en él una palidez tan sombría y una sombra tan pálida, que atemorizados los ojos de tan mortal imagen, suspendían lo curioso por no encontrarse con lo deforme. La soledad era extrema, pues voz de hombre, ni seña de humana compañía, daba información a la vista para darle consuelo al corazón. Jamás vi a mi pecho tan cruelmente asustado de la confusión y el susto. Por acá en el amable reino de la luz y de la vida, he visto muchas veces disparar el poderoso Neptuno los formidables rayos de su cristalina indignación. He visto a su robusto poder conmovirse los mares y arrancarse con una violencia prodigiosa de su profundo centro las aguas. He visto amenazado el honor del sol de ser extinguido y temerosos los luceros más ardientes, los más ricos depósitos del fuego inmortal de sofocar en el piélago sus eternas lumbres. Destrozarse la hermosa máquina de un bajel en la obstinada dureza de un escollo, y gritar horriblemente

los peñascos heridos con extraordinaria crueldad del verdinegro látigo de las olas. He visto desatarse los vientos sacudiendo las severas leyes de Eolo, romper las horrorosas cárceles, y salir todos desenfrenados a turbar el vasto espacio de la tierra. Correr las campañas violentamente en impetuosos torbellinos, abatir la soberbia de los membrudos árboles, que porfiaban a ser sempiternos en fe de la tenacidad de sus raíces.

Desgajarse a sus feroces soplos los más famosos chapiteles, que sobre la incansable solidez de sus fundamentos desafiaban a duración a las mismas eternidades. Finalmente he visto la furia colérica de los rayos amagando ruina universal a todo el orbe, y temblando todo el universo de la terrible artillería de Júpiter omnipotente; pero jamás estos objetos que ponen en terror a los hombres, y que parece que conspiran a la postrimera desolación de la naturaleza indujeron en mi ánimo tanto horror como la intratable condición de aquel páramo, donde sólo rompía el silencio fúnebre, en vez de tiernas tórtolas, blandos ruiseñores, suaves jilguerillos y juguetones arroyuelos, la triste caterva de tenebrosos pájaros y nocturnas aves, búhos, mochuelos, lechuzas y otros innumerables, cuyo funesto canto y voz desapacible pudiera hacer aborrecida la misma felicidad del Elisio. Parecíame que escuchaba en sus espantosos aullidos y acentos roncocos celebrar las exequias de todo el mundo. ¡Quién sabrá imaginar las angustias en que puso a mi espíritu el melancólico desconcierto de tan ruidosos llantos! ¡Quién sabrá el extraño desorden que se produjo en mis sentidos con representación tan pavorosa! ¡Quién mi desmayo! ¡Quién mi turbación! ¡Quién finalmente las amargas congojas de mi alma!

Tejía en el aire la numerosa volátil turba con ceñudo artificio medrosos capuces, espesas e impenetrables selvas, y escarapelados pabellones de infausta pluma, y batiendo perezosamente las alas causaban un fragor semejante al que ocasionan en obscuro y populoso pinar las copas de los árboles, barnboneadas de las violentas ráfagas del aquilón. Todo era escuchar sus bárbaras endechas, sus desentonadas alegrías, sus luctuosos gritos y desagradables lamentaciones. Volaban sobre un río en cuyas atezadas ondas tiende indubitablemente la noche las prolijas y funerales bayetas con que viene -después de las agonías del sol- a enlutar las tierras, los aires y los cielos. Juzgué sin duda por anchuroso vaso en que depositó la enemiga moral de las luces toda la tinta con que borra los colores de los cuerpos, y desaparece la hermosura de los orbes. Ceñíase por una y otra orilla de agudos cipreses, árboles consagrados al negro monarca del averno. Movíanse en rápidas circulaciones sus inmundas corrientes, procediendo de sus arrebatados movimientos un estruendo descomunal y formidable. No había en él más que remolinos, por cuyas pantanosas gargantas amenazaban sorberse a cuantos temerosamente lo veían. ¡Qué horror! ¡Qué miedo! ¡Qué espanto! Erizáronseme los cabellos, pegóseme la voz a las fauces, casi se me encarceló el aliento, palpitóme el corazón a vuelcos tan grandes que juzgué arrancármese del pecho. Huyeron a esta oficina de la vitalidad toda la volátil copia de espíritus, quedaron desembarazados los miembros exteriores, cubrióme un hielo extraordinario, caducó mi arquitectura, y no tuve, en fin, más facultades para moverme, que las que bastaron a continuar un rígido temblor de toda la máquina.

Cobré algún aliento, y levantando los ojos descubrí en el río ya

cerca de la tierra un inmenso barco que arreaba un viejarrón, tan cigüeño de zancas y tan desentonado de estatura, que pudiera confundirse con uno de los cipreses de la ribera. Era este fariseo muy plegado de pergamino, escabroso de pellejo, turrado de colambre, chicharrón de costras, vejigas, arrugas, chirlos y costurones, más puerco que el uso del tabaco, más feo que la carántula de la herejía. Nunca vi tan maldito pelaje, ni tan endemoniada catadura; usted crea que era preciso rebajarle lo feo para encontrarle con lo diablo. Si éste es de casta de demonios -decía yo a mi sayo- no saben lo que se endemonian, ni entienden de diablos los pintores de allá arriba; pues los que representan en algunos cuadros de San Antón, y a los pies del soberano arcángel, son cotejados con este horrible sayonazo unas lisonjeras hermosuras. Si es de la calaña de los hombres, sin duda erró el amasijo la naturaleza, lo fabricó sin moldes, o lo hizo de priesa. Era el salvaje una de las borracheras de la generación. Su cabello, ni bien blanco, ni bien negro, sino entre cal y arena, repartido en pelotones de estopa y grasa, y alfombrada la cabeza a ratos de lana burda y mantecosa. Descubríansele en ella de cuando en cuando las manchas de una piel más curtida que un cordobán, entre pobreza de calvo y remanentes de tiñoso. Los ojos desmesuradamente grandes reventaban por escapársele del casco, teñidos en una diáfana amarillez, y tan deshermanados que miraba a un tiempo a distintas líneas horizontales, desprendiéndose de ellos un pálido y horroroso esplendor. Las cejas eran dos manojos de retorcidas cerdas que asombraban su rugosa frente; en fin, guarnecía los párpados de una sucia y asquerosa carniza, de manera que me pareció tener por ojos dos mataduras. Levantábase en la mitad de su cara un escollo de carne, en amago de canelón que nunca pudo aprender a ser nariz, sino un abultado caballete, que fuera caballo y aun frisón entre escribas y fariseos, asegurábase en ella un sombrero de un púlpito y un gancho para colgar siete varas de paño. Partíase por la parte inferior en dos inmundos mechinales, por donde podía Esgueva embocar su hedionda corriente. Respondía la boca a la deformidad de las demás facciones, espaciosa y obscura sima, infame puerta de aquel infierno de carne y hueso, y horrenda gruta, cuya entrada se hacía fragosa con el enmarañado bosque de sus barbas, que se descolgaban hasta el pecho en ademán de escoba de algarabía; pero tan puercas, que me pareció que las había bañado en vertederos y marcas. Bastaba para ser condenado la visión perpetua de su errada forma, y sólo la vista de tan desproporcionado objeto era azotes y galeras de los ojos. En él se me representaron todas las madrastras, cuñadas y suegras habidas y por haber, el hambre canina, la sed, el frío, el fuego, las viruelas, la sarna, la tiña, la peste, los tres enemigos del alma, los siete pecados mortales y en fin las dueñas y los comadrones, y juzgué que encima de su cuerpo habían hecho los tiempos todas sus necesidades. Ayudaba a este parecer con una impertinente, feroz, desabrida e intratable condición, de forma que enviaba enhoramala con el gesto, y pudiera con la presencia avinagrar todos los placeres del mundo y de la vida. No se percibía más ropaje en sus miembros que un fardel de arpillera, sin otra costura que un nudo sobre el hombro. Atendiendo a la tristeza del lugar, a las circunstancias del río y del barquero, pude colegir que aquél era el Infierno, y el barquero Carón, por la copia que hizo el Virgilio cuando escribió *terribilis squalore Charon*. A par de sí,

como dormido en un travesaño de la barca, venía un muchachuelo con las carnes de par en par, de color más tostado que el abulense, fondo en alzáñ obscuro, y tinto en grajo, tan costroso y mechado, como si acabara de salir del asador, corriendo mugre, chorreando pringue y desatando sebo por sus poros y coyunturas. Él era cortado por la misma tijera que Rinconete y Cortadillo, maltés de feria, tunante de matadero, y aprendiz de galeote.

Apenas el hervido viejo ató la barca a un estacón que estaba cercano de la orilla, veo que de repente empezó la tierra a brotar una muchedumbre infinita de cabezas, parecióme hasta entonces degollados de corral de comedias. Continuó luego vomitando cuerpos humanos de ambos sexos, todos en carnes, pero con una variedad de defectos y figuras tan admirables como horribles. Uno se veía metido a difunto chato, habiéndose dejado por las costas las narices, muy escombrado de cara y mocho de facciones. Otro venía tan capón de cabello que presentaba un calvinismo, más desnudo que las verdades que había dicho. A éste se le había olvidado un brazo, y descubriendo sólo un zoquete, hacía del muerto estropeado en Ceuta. Aquél era tuerto de gambas, y andaba en un pie muy a lo grullo. Unos a medio podrir eran aún figones de los gusanos. Otros ya descarnados marchaban con la armazón de la osatura en pelo. Unos tan denegridos como el alma de un descomulgado. Otros tan secos que eran difuntos pasas. Otros extremadamente delgados venían significando su flaqueza muertos agujas. Y en fin, todos tan defectuosos que no puede la imaginación copiar tan diversos e irregulares aspectos. Fueron entrando en la barca, y ya llena se volvieron a sumir los que no pudo abarcar el vaso a la manera de diablos cómicos por escotillones. Iba a soltar la barca el fantasmón podrido, cuando el bachiller del muchacho que parecía peón de ladrón, ayudante de alcahuete y drope de colegio, le dijo al vejestorio del barquero:

-Tío, allí se queda otra mala alma que se está haciendo remolona.

A esta maldita advertencia se llegó a mí el despiadado viejarrón (juzgué entonces que tenía el corazón debajo de una piedra de molino), y tirándome dos coces garrafales a lo más redondo de la trasera, tronó estas voces con que me aporreó las orejas.

-Levántate, malvado, que tu pereza maliciosa no ha de tener esperando tantas almas.

Yo con un traspiés en cada palabra, y un lapsus linguae en cada movimiento, balbuciente, asustado y sin poder levantarme le respondí con medias razones a lo perlático.

-Yo no puedo ir en esa barca, porque ya sé que eres arriero del infierno, y ninguno puede ir con la vida a ese lugar. Yo, por la misericordia de Dios, aún soy viviente.

-Mírate bien -me dijo el inexorable conductor-, que ya eres finado y has concluido con el mundo, aunque no lo sientas así, que vosotros sois tales, que nunca creéis que habéis de morir, ni que sois muertos, y aún estáis en los últimos calabozos infernales y os parece que habéis de sanar de la enfermedad, y que aún tenéis tiempo para hacer buena vida.

-Yo no puedo haber muerto -volví a responder-, pues no me acuerdo haber padecido dolencia alguna, ni haberme dispuesto con las diligencias de cristiano, que son la aguada y el bizcocho, para hacer la navegación desde el tiempo a la eternidad. Vete, Catón, déjame.

No se dobló a mi ruego el horrible salvaje, antes cogiéndome de un zangarrón iba a arrojarme de un voleo encima de los demás podridos. Llegó a este tiempo como escupido de las entrañas de la tierra a estorbar su coraje el obscuro etíope, que fue mi maestro y compañero en las visitas de los primeros Desahuciados, y encarándose con espantosa furia al barquero, le dijo:

-Suelta a este infeliz, que aún es viviente, y sólo es sujeto de mis tentaciones, pero no de tu jurisdicción.

Medroso el horrible barquero al desenfrenado ceño del etíope, se volvió a su barca y sorbiéndose entre los forzados, empezó a remar camino del infierno.

Cuál estaría mi alma viéndome andar desde demonios a demonios, como de Herodes a Pilatos, considérelo Vd., amigo mío, porque yo no hallo en mi juicio expresiones con que declarar mi pasmo, mi miedo y mis angustias. Confuso, suspenso y horrorizado quedé en la melancólica ribera, y tan dudoso de la determinación de mi diablo etíope, como de mi paradero. Consolábame a ratos la consideración de saber que era demonio de paz, y más habiéndome redimido de las infernales garras del condenado viejarrón. Repasaba su tenebroso semblante y se me ofrecía menos cruel, o porque era menos horrible que el del ceñudo barquero, o porque ya era más familiar a mis ojos su atezada figura. Desgarrábanme las orejas y el corazón los inconsolables bramidos, la rabiosa algazara y la ronca desesperación con que gemían su viaje los malditos galeotes y malaventurados pasajeros de la barca. Cubriendo, pues, de horrores, blasfemias y quejidos el viento, iban desgarrando la impura madre de aquel río, con tan precipitada violencia que a breves instantes se desaparecieron de nuestros ojos. Miróme el etíope con alguna atención, y entre serio y furioso me dijo:

-Sígueme, y verás los desahuciados de las dos vidas, mortal y eterna, que te faltan de examinar, y estudia en sus cuerpos y en sus agonías su miserable desolación y tu provecho.

Atronó el páramo con un imperioso aullido, y a su tristísima señal se cubrió el horizonte de los irregulares monstruos que nos acompañaron en las primeras visitas, los que me parecieron o distintos en las cataduras, o que habían vestido nuevo horror y deformidad a su fiereza. Rodeado de la infernal muchedumbre, y cosido a mi turrado pedagogo, marchamos juntos hasta las puertas de aquel hospital, en donde fui conducido por mi antecedente sueño. Previno a sus umbrales con airada resolución el negro jefe a sus monstruosos súbditos el pillaje de las almas, y entrando todos a las crujías del melancólico hospicio, me manifestó los incurables en la forma que podrá ver el que guste de mis pinturas, o el que desee ser sabio en lo más útil de la medicina del cuerpo y el alma.

Cama primera

El frenético

Fajado de un escabroso jubón tejido de rudo cáñamo y ligado con duras cuerdas y estudioso artificio a los bastos mástiles de una breve, pobre y desgredada cama, vi a un hombre tan iracundo de miraduras que vomitaba sangre por los ojos, tan voraz y furioso de ceño, que amenazaba a tragarse

a cuantos lo veían, y tan rabioso y precipitado de acciones y movimientos, que me pareció estar poseído de una legión de demonios. Los cabellos mal repartidos en lacios mechones, y empapados en hediondo sudor, ya le cubrían los ojos, ya le burrajeaban la boca, ya le ceñían el cuello, deslizándose su enmarañado pelambre a los impetuosos movimientos de su desordenada cabeza. Los ojos inflamados y atrevidos miraban con furia, audacia y desasosiego a todas partes. Las fibras de su cuerpo se percibían hinchadas y rebeldes al tacto, las venas y arterias túrgidas, gruesas y elevadas, y todo su aspecto voraz, proceloso y sin intermisión enardecido. Era su respiración grande, desigual, ansiosa, rara, interrumpida, triste y frecuente. Movía su torpe, temerosa y convulsa lengua con desordenado rigor. Estregaba con violencia espantosa los dientes unos con otros, y de su soberbia fricación resultaba un terrible rechinadero tan enfadoso como el ruido de una matraca. Todos sus movimientos eran extraños, horribles, deformes, y tan distantes del estado natural, que sin otra demostración que la de este receso se acreditaba lo mortal del achaque. Aporreábase contra los rudos balaustres de su cama, y prorrumpía sin desahogar su inquietud y continua agitación en turbadas voces, disparatados gritos y truncadas especies, sin prevalecer su anublado juicio en objeto seguro ni apacible, porque en todas sus quejas, gemidos y palabras sólo resonaba un confuso tropel de varios y desagradables lamentos, confusas cláusulas y funestas y deliriosas voces. Iba a apartarme de la cama, y a preguntar a mi demonio por el nombre y las causas de tan obstinada y horrorosa dolencia, y penetrándome el deseo me dijo:

-Aún te faltan signos que reconocer y examinar, infórmate de ellos, que después sabrás cuanto ahora te tiene ignorante y cuidadoso.

Llegué con algún temor a pulsar al infeliz y lastimoso enfermo, y percibí en sus pulsaciones una maliciosa celeridad, frecuencia y magnitud. Las manos, pies y otros miembros tenía dominados de movimientos trémulos y convulsivos, y todo su cuerpo poseído de la inquietud, el rigor y el horror, discretos indicantes del abatimiento de sus espíritus. Tomé el orinal y vi los orines tenues, blancos y pocos. Sobrecogióle en medio de su turbación y de su furia una nubecilla soporosa, pero tan leve, floja y delicada que apenas pude percibir si soñaba, o si yacía brumado de la continuación de las congojas y porrazos. Volvió del brevísimo sueño más desconcertado y delirioso. Empezó a palpar y recoger la ropa, a pellizcar las motas de la manta, y finalmente a repetir actos, voces y gestos tan rematados, que en ellos dio los últimos signos de la pérdida de su razón y de la irremediable malicia de su mal.

-Ya has visto los precipitados y locos movimientos de este accidente -dijo mi diablo-, oye ahora lo que tiene desasosegada tu curiosidad.

Padece este infeliz hombre una venenosa inflamación y un incendio activo y desenfrenado en lo espirituoso del cerebro, a quien los médicos llaman frenesí. Producen esta hoguera y fogosa hinchazón unos átomos o cuerpecillos sulfúreos, que se implican e introducen en los túbulos de la cabeza; allí, pues, se agitan y dilatan con violento desorden, y encendidos y tumultuados con la dilatación y el movimiento revoltoso que tienen entre sí, turban, confunden y deslumbran con horror y desigualdad todas las especies de la imaginativa y la memoria. De este incendio, tumulto y turbación nace no sólo la perversión de especies, la locura o

continuado delirio, sino también la fiebre, lo desigual de la respiración y los demás síntomas que acabas de reconocer. El pábulo que mantiene esta llama frenética no es otro que el quemado azufre, que escupe el hervor de la sangre de vuestros cuerpos, y siempre que lo arroje a los túbulos o alvéolos del cerebro y cerebelo adonde reside lo espirituoso, se seguirá el delirio, la calentura continua y todos los demás actos del frenesí. En parándote un poco a reflexionar sobre la textura, armazón y substancia de la cabeza, y sobre la naturaleza y pacífico movimiento a que deben proporcionarse los espíritus, conocerás con toda distinción y claridad las causas productivas de este achaque. De modo que todos los sujetos cuya constitución de cabeza o cerebro es caliente y seca están más amenazados de la furia del frenesí, porque tienen toda la disposición en su mismo temperamento. La razón es porque la substancia caliente y seca es muy porosa, y por estos poros (como son más y más abiertos que los de las substancias frías y secas) encuentran fácil entrada los exaltados azufres. La laxitud y debilidad de dicho cerebro es también causa muy poderosa para la generación de esta dolencia; y la razón es porque la blandura y flaqueza de esta parte cede con facilidad a lo duro y fuerte del extraño azogue, agente activo de este lastimoso mal. El aparato y disposición salina sulfúrea de la sangre es otra de las causas que facilitan el frenesí, porque la acritud y mordacidad de dicho azufre es pábulo muy dispuesto para encenderse, penetrar y producir la inflamación y el fuego de los espíritus animales. Los sujetos adustos, áridos, secos, iracundos y sanguíneos son materia muy dispuesta para las repentinas invasiones de esta enfermedad, no siendo otra la causa que el mucho azufre, ustiún y volatilidad que crían en su sangre, y el calor y sequedad de su cerebro, pues éste recibe en su fácil y débil textura la malicia que sacude de sí el líquido sanguino. Nota, pues, que todos los sujetos que están rodeados de este temperamento árido, caliente y retostado, así en la sangre como en las membranas y substancias del cerebro, padecen aun en las calenturas catarrales y leves esta calda y fogosidad en los espíritus, y su inflamación y desorden regularmente se observa en el crecimiento de la fiebre, y entonces batallan con furia, vocean sin discreción, y hacen gestos y acciones locas e irrisibles. El uso inmoderado del vino, rosoli, aguardiente y otras bebidas espirituosas producen también la inflamación de los espíritus y la sangre, del mismo modo que los alimentos de esta misma naturaleza. Concurren también como causas y motivos no menos notorios las pasiones del ánimo, especialmente la ira, la venganza, la desesperación y los demás afectos revoltosos, furibundos y desordenados.

-Ya sabes el nombre y los productores de este feroz achaque -dijo mi demonio-, oye otras advertencias, que te harán sabio en sus especulaciones y aprovechado en su práctica.

Es el frenesí -prosiguió el maestro- un mal tan ejecutivo y pronto, que termina en la muerte, sin pasar el séptimo día de su insulto, principalmente cuando en el sujeto acosado de su rabia concurren las señales que tiene sobre sí este miserable doliente. Cuando se inclina este mal a la naturaleza de letargo o sueño profundo, y cuando rompe en movimientos convulsivos y furiosos, rigores inordinados, fregaduras apretadas de dientes, y otros aparatos y acciones de esta casta, no deja confianza alguna del remedio, porque todos estos signos espantosos gritan

un confuso y desordenado abatimiento en los espíritus, una arraigada posesión del venenoso material en la substancia y túbulos del cerebro, una cantidad maligna, perversa espumación y vortiginoso círculo en la sangre, un desorden irregular en los demás líquidos, y finalmente una suma distancia e imposible acceso al estado sano y natural. Los orines tenues, albos y pocos que reconociste son también signo funesto, porque son indicantes infalibles de que todo el maligno azufre espumado de la sangre está contenido y encarcerado en el cerebro, y por esta misma causa se reconocen los ojos del frenético sangrientos, tumorosos y feroces, volcado el juicio, la potencia regente sin discernimiento, e invertidos y sofocados todos los medios, modos y disposiciones del discurso y el raciocinio. Esas crujías contienen otros enfermos delirantes, cuyos actos, gestos y expresiones son muy parecidas a los de los frenéticos, pero se diferencian en los grados y en la causa. En los grados, porque nunca suben tanto, ni tienen continuado el delirio como en los puros frenéticos; en la causa, porque en aquéllos nace la locura y privación del juicio de un recalentamiento sólo en los espíritus, mas en los que padecen el verdadero frenesí, se origina -como ya sabes- de un hinchado huracán e implacable fuego en lo membranoso y espirituoso. Esto pasa por lo regular en las calenturas ardientes, pues en su crecimiento se hinchan y escandescen un poco los espíritus, y de esta escandescencia se sigue el desorden de especies, y los demás actos deliriosos semejantes al frenesí. Tienen por lo regular feliz término estos escaldones, especialmente cuando el delirio se explica con risas, jocosidades, gracias y ridículos juguetes. Si el azufre exaltado es blanco y benigno, como sucede en las calenturas dichas, hace menos impresión y destrozo en el cerebro, y conforme declina la fiebre se van desvaneciendo y apagando los humos que exhaló el leve fuego de estos azufres. A estos enfermos, cuyo delirio es más dócil, más pacato y más agradecido a la medicina, llaman los médicos en su vocabulario parafrenéticos. Y pues no nos toca examinar con discreción sus achaques, recibe para tu enseñanza esta breve noticia, la que sobra para dejarte instruido en la diferencia de los unos a los otros. Los desahuciados del mundo y del cielo han de ser sólo los que he de poner a tu vista, y pues este miserable lo está ya de ambas felicidades, atiende a su funesta y desgraciada historia.

-Al punto que ocupó este moribundo esa piadosa cama -prosiguió mi conductor-, le socorrieron los platicantes, médicos y enfermeros de este hospicio con puntualidad piadosa y conocimiento seguro, con todos los auxilios que tiene la práctica médica observados como conducentes y poderosos para vencer este horrible y desenfrenado enemigo de la naturaleza. Pero de todos se está burlando con tal desprecio que los ha hecho servir en su banda, como auxiliares a la brevísima muerte de este desdichado. Abriéronle las venas de los tobillos, las cefálicas y las temporales con el deseo y la intención de minorar el hervor y rarefacción del material sanguino, para que aflojando los vasos venenosos se siguiese un círculo más pacífico, y la espumación de los azufres no se revertisese fuera de los vasos. Pero el fuego de los corpúsculos y el hervor era tan obstinado y tumultuoso, que se sacudió contra los túbulos y substancia cerebral, sin querer ceder a las oportunas evacuaciones. Apelaron al cruento sacrificio de la ventosa sajada en la parte anterior de la sutura

coronal, y aunque abrieron esta puerta más para la expulsión del rebelde azufre, no bastó esta fuerza para desalojarlo del cerebro, y sólo conseguían con la frecuencia de las evacuaciones adelgazar los esfuerzos del paciente. Desconsolados del poco útil de las sangrías, pasaron a los remedios interiores para reunir con ellos el rarefacto compage del líquido sanguino, para fijar su volátil azufre, y para precipitar con cuidadosa lentitud al ámbito del cuerpo los átomos espumados. Ordenáronle los alcalinos fijos con el fin de absorber los fermentos sulfúreos, los nitrosos, ácidos y salinos, para reunir el destrozado genio de la sangre. Los cefálicos y opiados, para aplacar el tumulto de los líquidos. Los diaforéticos o sudoríficos, para arrojar a la circunferencia del cuerpo los átomos espumados y estorbar su exaltación a lo membranoso y espirituoso del cerebro. Mirando a todos estos fines le repitieron con prudente sagacidad una celebrada mixtura, en que van introducidos los más específicos simples antifrenéticos, como es agua de anágalis y verdolaga, el cinabrio nativo, el alcanfor, el azúcar de saturno, la sal volátil de sucino, la sal prunela, el zumo de la cidra, el láudano opiato, el coral, el nitro depurado y otras conocidas y famosas drogas, de quienes se burlan continuamente los cuerpos sobreecogidos de este achaque. No se olvidaron de los apósitos exteriores para templar con ellos el encendido azufre que causa el frenesí. Eligieron algunos vegetables de virtud narcótica, como la tintura de los sándalos rubros, la verbena, la anágalis, el opio, el vinagre rosado, el zumo del cangrejo, la leche de adormideras y otros cocimientos. Rodeáronle la cabeza de pichones abiertos, palomas, golondrinas y otras aves, cuyo calor es virtuoso para aplacar el fuego frenético. La carne de la calabaza, los baños del agua de verdolagas, la lechuga y otros atemperantes sólo han servido de confusión al médico, y de acelerar la muerte a ese infeliz.

Miré hacia la cama y, apenas puse los ojos en el miserable enfermo, cerró él los suyos para la eternidad, quedando su asqueroso cuerpo denegrido, ensangrentado y horriblemente fiero y espantoso.

Agarrado todo mi espíritu del asombro y el susto, y rodeada mi imaginación de negras memorias y tristísimos pensamientos, quedé cuasi difunto al pie del aterido cadáver, meditando en la facilidad con que se arruina este breve mundo del hombre. Un poco de azufre desechado de las venas confunde el discurso, nubla el juicio y destruye la memoria. La breve dilatación de unas partículas, cuya conforme textura es el pábulo de la vida, destroza toda la máquina y obstruye todos los conductos de la racionalidad, y siendo por ella compañeros de los serafines, nos deja semejantes a los brutos más feroces y de más rudo e indisciplinable instinto. Unos átomos tan mínimos que apenas son perceptibles a la vista desordenan con daño irreparable la armazón, armonía, movimiento y nobilísima estructura del milagroso mundo racional. De nada sirve el admirable método de la medicina. Nada valen las prevenciones de la dieta. No hay poder en el discurso, en la naturaleza, ni en el arte para esconderse de la perspicaz tiranía de este mal. La edad más robusta es la más aparejada para sus invasiones. El temperamento más vigoroso es el que pone más patentes las puertas a esta mortal furia. Una soflamada del sol, un desabrimiento de aire, un hervor del espíritu, un enojo, un temor desesperado, una taza de vino, un sorbo del mismo ambiente que nos

vivifica, destuerce el natural tejido de la sangre y, desunida su trabazón, produce tan lastimosos e irremediables desconciertos. En todo tiempo, edad y situación somos sujetos y esclavos de esta terrible dolencia. El fuego de la juventud, el carámbano de la vejez, el ardor del estío, la crudeza del invierno, lo cálido o lo gélido del país que nos sostiene, todo concurre a la malicia y exaltación de este veneno; de modo que el calor licuando y espumando, y el frío oprimiendo y revertiendo, arrancan los azufres de la sangre, los que recibidos y fermentados en el cerebro engendran el frenesí. Los medios, modos o causas de la desunión y el destrozo son contrarias, porque unas desatan y otras aprietan, pero el efecto es uno mismo. El que se repare un poco en contemplar las amenazas, los peligros y las contingencias de este voraz incendio que no sabe respetar estaciones, edades ni naturalezas, hallará sabrosas prevenciones y dulces doctrinas para su alma. La salud y la vida está expuesta a éste y a otros innumerables atropellamientos. Es imposible guardarla de tan domésticos y vigilantes enemigos. Para moderar los ímpetus de las leves dolencias se puede tener alguna confianza. Para vivir sin peligro, no hay medicina ni defensa. La corrupción se burla de todos los conatos, prevenciones y deseos, y ésta tiene tantos aliados como substancias nacen en este mundo y lucen en el superior. Al cuerpo se le debe tratar con desesperación y con descuido, alimentarlo moderadamente y reírse de las promesas de su robustez, de las seguridades de su juventud, y derrenegar de los ofrecimientos que para su recuperación juran los que vanamente presumen de redentores de su flaqueza, de su peligro y de su desconcierto.

Desde este discurso fue a parar mi alma en otra meditación muy símbola y consiguiente a las verdades del pensamiento pasado. Halléme dudando sobre el poder, aplicación, uso, ciencia y confianza de las medicinas. Acordábame de las repetidas burlas que a cada instante están haciendo las enfermedades de sus cacareadas virtudes. Yo no puedo negar la eficacia de los simples, la fuerza de las composiciones y mixturas, ni la actividad de los apósitos locales; lo que dudo y aun niego es que sea conocido su especial carácter. Niego que puedan ser examinadas sus naturalezas, con tal certidumbre que se les decrete sin contradicción ni engaño la propiedad de su temperamento. Los purgantes son absolutamente los remedios más examinados, más creídos y más pronto que usa la práctica médica para el destierro y desolación de los achaques, y cada día los están desacreditando los dolientes. A cada hora padecen la infamia de verse suspensa, destruida y burlada la condición y poder de sus imaginarios efectos, ya porque se entorpeció su virtud en las abundancias del humor pecante, ya porque se convirtió en substancia, ya porque era añeja o reciente su decocción; y en fin, sea por lo que fuere -que eso se ignora-, ellos o no son purgativos absolutos, o hay tantas causas para que no lo sean que es preciso capitular de necia y temeraria la credulidad que se sostiene en tantas dudas, ignorancias y engaños. En el uso de este medicamento aún se padecen mayores y más continuas angustias en orden a la rectitud de su aplicación. El cuándo, el a quién, el cómo, el por dónde, todo es dudoso, disputable e ignorado. En todas y cada una de las enfermedades crónicas o agudas, chicas o grandes del cuerpo humano decreta y aborrece la práctica médica la purga. Léanse sus libros, y en los capítulos de la curación verá el que se quiere desengañar mandado por unos

y aborrecido por otros el purgante en toda casta y malicia de dolencias. Lo que es seguro es que el médico cuando condena a sus delincuentes a los purgantes se queda con el temor de si sentenció con justicia o sin ella, y siempre que firma ignora el paradero y el fin que ha de tener su dudoso decreto. Además que todavía no se sabe si la purga es buena o mala, aun para los fines que la aplican, porque cuando sirva para barrer las abundancias impuras del cuerpo, no es tan discreta ni tan contenida su condición que se entretiene en escoger y separar lo impuro de lo puro; porque al mismo tiempo sacude con arrojo y ceguedad lo bueno como lo malo, lo útil como lo superfluo, sin pararse a rebatir lo crudo o lo cocido, sino en lidiar con lo primero que tropieza. Los pegados, los unguentos, los bálsamos y otros cerotes es delirio crearlos y usarlos, porque sólo sirven por lo regular de entretener la impaciencia de los enfermos tontos y poco sufridos, de ocupar la ociosidad de los asistentes, y de ensuciar las camisas y los paños de manos. Desamparar a los miserables dolientes de los auxilios del médico y la medicina es temeridad y cruelísimo rigor. Conocer la fuerza de los entes simples y el genio de las composiciones es imposible. Aplicar medicinas ignoradas es peligrosa locura. Distinguir las causas, signos y diferencias de las enfermedades es difícil empresa y precipitada vanidad. Todo se sospecha, todo se duda; y -por escribir con más verdad- todo se ignora. Lo que es indubitable es la muerte, y que las recetas de morir bien son más seguras y más importantes que las que se practican para vivir y curar. Permítanse éstas para que coman unos y se consuelen otros; pero apelemos a las que por fe católica tienen la marca de seguras, poderosas, infalibles e innegables.

Aquí llegaba yo con mis discurso, cuando mi demonio -quizá por desviarme de la utilidad que sentía en mi espíritu con tan oportunas hilaciones- me dijo:

-Recoge tu atención y oye la breve historia de este condenado frenético, porque ya nos llama otro infeliz, cuya triste vida se va acercando a la muerte con sobrada celeridad.

Nació este hombre -prosiguió el diablo cronista-, treinta años ha a ser alegría, quietud y apacible entretenimiento de sus padres. Habíales dado a éstos la fortuna, la diligencia o la adulación un sueldo honrado y poderoso para festejar los ídolos de su soberbia y altanería con galas, mulas, cortejantes, y los demás triunfos que distinguían en otro tiempo las ganancias de la honra, la sabiduría y el valor. Permitiéndoles el desprecio político representar en la farsa del mundo el papel de duques, y ellos creyeron que con su fausto y la ajena permisión habían enriquecido a su locura con todas las esencias y propiedades de esta soberanía. Con el hallazgo de este precito primogénito, la osadía de algunos doblones y la fuerza de sus cavilosas ansias, empezaron en su imaginación a labrar torres de viento, palacios de humo, vasallos ideados y otras fantásticas corporaturas con que se sueñan los camaleones de autoridad, aprendices de hidalguía y novicios del tesoro. Criaban este infeliz difunto para primer potentado de su generación con todos los melindres, delicadezas, feligranas, gaiterías, adulaciones y entretenimientos que regularmente se llevan de reata la irrisión y la malaventura. Hasta los doce años comió mal, porque se consideran por hechuras ordinarias, y cuerpos de tomo y lomo, los que son alimentados sin los dulces, las pasas y la miseria. Pero

vistió rumbosas sedas, débiles linos, suavísimas lanas, preciosos dijes, cintajos y galanuras. Rompió criados, destrozó coches, mató mulas, y finalmente atravesó a instancias de sus locos padres por todos los derrumbaderos y descaminos por donde se extravían los que se quieren desfigurar de hombres para que los veneren ídolos, teniendo en su imaginación achacosa por bastos, groseros y serviles a todo el demás resto de los racionales. En medio de estas locuras, faustos e imaginaciones le asaltó a su padre un cólera-morbo, con un delirio profundo, y en veinte y cuatro horas lo puso desde la región de los vivos en la eterna muerte del infierno. Entró la justicia haciendo inventarios, la viuda pidiendo sus dotaciones, los acreedores embargando trastos, y lo más copioso y florido del caudal se obscureció entre alguaciles, acreedores y otros precisos agarrantes. Apartóse este condenado para vivir sin sujeción, ni sobrestante a otra casa, dejando a la miserable viuda, que lo había parido, sola, huérfana y expuesta a los descuidos de una breve e interesada familia. En pocos días le engulleron las dos tarascas de la gula y la sensualidad los pocos muebles que le repartió la distributiva de los legados. Perdió el respeto a su primer Criador, el miedo y la vergüenza a las gentes, y paró en tunante, petardista, bufón y pordiosero. Dio finalmente en borracho, anduvo el camino de alcahuete, y lo peor fue que se metió a poeta, y andaba rebuznando en boliches y tabernas bestiales copiones y sucias salvajadas para arrancar la risa de los concurrentes, y con ella los cuartillos de vino y los mendrugos. La piedad de algunas personas que le conocieron en su abundante fortuna lo apartaron varias veces de tan abominables vicios e insolencias, reduciéndolo a la quietud y buen ejemplo de sus casas. Conocían brevemente la reliquia de Mahoma, y la arrojaban de sí llenas de horror de ver tan asquerosa y apestada criatura. Sorbido en estas torpezas, y encenagado en tan sucios vicios, le acometió el insulto frenético, y conducido sobre los pasos de una escalera a este piadoso hospital, acabó su vida desdichadamente sin haber podido sacudir a su alma de los borrones, tiznes y suciedades de su perversísima conciencia.

Calló un brevísimo rato mi pedagogo, y yo quedé nuevamente acometido de horriblos discursos. Pensaba que el frenético, loco y delirante, era solamente aquel que conociendo los fáciles peligros de la ruina de la humanidad, la perversión de su juicio y la precisa condenación de su alma, duerme a pierna tendida encima de sus vicios, y se revuelca sobre sus obscenidades y derramamientos. Éste es el culpable y escandaloso frenético, a quien sólo la misericordia de Dios puede perdonar y reducir a la eterna salud. Ésta es la pestilente manía que padecen los desventurados que buscan los deleites, las diversiones y los brindis del mundo; que gustando su dulcísima ponzoña pasan la vida borrachos y locos, sin conocer su mal, y por eso se hace más dificultosa la curación. Por la especulativa, por la práctica, por los experimentos y por los infinitos ejemplares conocemos ya la delicadeza y debilidad de nuestra estructura; lo que importa es vivir con el temor de que en este momento podemos ser asaltados de este furioso enemigo, que vale mucho para despojarnos de la vida, de la razón y de la gloria.

Hizo una seña mi diablo para que visitásemos el segundo moribundo, y es el que pintaré con la fidelidad que debo seguir.

Cama II

El disentérico o el flujo de vientre

En la cama vecina a la de este infeliz -que por el orden que hemos de suponer en esta soñada historia, era la segunda-, estaba un viejo pilongo y aterido, a quien los días arrepelaron de tan buena gana, que no le quedó en su cabeza más rastro de pelambre que un matorralillo ceniciento hacia la sutura coronal. El rostro era largo, piltrafoso y obscuro. Los ojos quebrantados, llorones y guarnecidos de una tristísima amarillez; los labios negros, rajados y podridos; y la boca profunda, hedionda y vacía de dientes, y sólo se percibía en ella la lengua, pero ya tan secarrona que me pareció que cuando hablaba resonaba en su centro el badajo de una cencerro. Cruzaba con sus brazos la región umbilical; revolcábase con lastimosa pereza a uno y otro lado de la cama y rompía el aire con tristísimos gemidos, agudas voces y delitosos actos. Todas estas disposiciones eran indicantes de padecer unos dolores convulsivos, torminosos y mordaces, producidos de unas sales extrañas, acres y rígidas que le desgarraban toda la textura de los intestinos. Aliviábale mantenido por los sobacos un piadoso enfermero para moderar las tremorosas angustias, náuseas y fatigas, en que le ponían unas deyecciones negras, cárdenas y sanguinas que arrojaba con frecuencia por la boca. Brumaba todo su cuerpo un hipo tan fuerte que le unía las túnicas del estómago con los gañones. El abatimiento de fuerzas, el delirio y pesadez del cuerpo era extremado, universal y deplorable; de modo que ya le era imposible, aun con la asistencia del ayudante, disponerse para hacer en el vaso las necesarias excreciones. Asentéme sobre la cama, y aprovechándome de un breve vacío que le permitieron los vómitos, las cámaras y el delirio, le pregunté si padecía sed. Respondió el doloroso moribundo que era intensísima y rabiosa, y que a esta insufrible angustia le acompañaba un hastío e inapetencia tan asquerosa que aborrecía aun a los más líquidos y delicados alimentos; y que la memoria de ellos solamente le destroncaba todos los órganos del gusto. Añadió que las vigiliadas eran tan perspicaces que no había alcanzado el más leve y benigno agasajo del sueño. Bañábase en un sudor frío, fétido y pegajoso; y tocándole las manos, los pies y otras extremidades las encontré rígidas y heladas. Los movimientos del calor y los impulsos contractivos del corazón aparecían en el pulso débiles, pero moderados; mas según la relación del doliente, su desasosiego e inquietud ardían en sus interiores cavidades una lumbre preternatural y febril que le consumía las entrañas. El poco estudio que me quedaba que hacer en la observación de las señales de la disentería, y el intolerable hedor de los materiales lívidos y porráceos -que ya por la fuga de las facultades y las fuerzas- arrojaba dentro de la cama me hizo levantar de ella con la deliberación de buscar distancia donde pudiese respirar un ambiente menos ingrato y ponzonoso. Agarróme el diablo a esta sazón, y conduciéndome hacia la cabecera, me dijo:

-Aún te faltan que ver y examinar estos tubérculos y negros manchones formados de la sangre extravasada y podrida que tiene detrás de las orejas; míralos, que ellos, y los vómitos coléricos en las primeras

instancias y apariencias de este achaque son los signos más demostrativos e infalibles de la muerte.

Reconocílos, pues, y apartándose de la cama prosiguió el demonio cronista historiando las causas, pronósticos, cura, vicios y condenación del viejo en la manera que podrá ver Vm. si no le enojan los imperfectos períodos de mi locución.

-La enfermedad que está empujando a este hombre a la sepultura con insuperable arrojo -prosiguió el diablo etíope- se llama en el idioma de los médicos disentería. No es otra cosa que un continuado flujo del vientre, movido del desenfreno de unas partículas acres y corrosivas que oprimen, arrugan, roen y llagan la región de tripas o intestinos; y esta exulceración, rascaduras y opresiones producen los tormentos torminosos, los deliquios, desmayos, inflamación y gangrena, y otros invencibles y mortales accidentes. Las causas de este flujo son unos fermentos o átomos silvestres, salinos, roedores y exulcerantes, que mezclados con la sangre pasan a arrugar y a herir a lo poroso y glanduloso de los intestinos; y otras veces se incluyen con los sucos crudos y alimentos corrompidos de primeras vías, y de un modo y otro, y en una y otra parte, son ocasionales de la disentería. Cuando dicho flujo tiene su centro y manantial en primeras vías, originado regularmente de la corrupción del alimento, entonces son sufribles, laudables y aun provechosas las disenterías, porque se cura y se sacude la naturaleza, sin las congojas y molestias del arte, de las escorias y excrementos impuros, y así por lo suave de los síntomas, como por lo conveniente de la evacuación, se llama a esta disentería en la práctica médica benigna. Cuando dicho flujo tiene su mineral en la sangre, y se deriva del asiento y apretada unión que han hecho en ella algunos miasmas, fermentos o partículas arsenicales, eleborinos, antimoniales y otros entes, cuya textura es un agregado de sales y azufres opuestos a la condición y equilibrio de los intestinos, entonces causan los dolores, desmayos, dilaceraciones, llagas y los demás síntomas que acabas de notar en ese moribundo. Ésta es la disentería que tenemos presente, y la que el vulgo de los médicos llama maligna o contagiosa. El eléboro, las coloquintidas, el arsénico, el mercurio, el antimonio y otros sujetos y mixtos de naturaleza acre y corrosiva son también causas muy notorias y frecuentes para producir las prepurgaciones, disenterías y llagas; y cada día son asustados los médicos con semejantes flujos, nacidos de la demasiada dosis que usaron en estos medicamentos, o de haberlos recetado a sujetos biliosos y fáciles a la fermentación de dichos mixtos. Del mismo modo son temidas causas otros cualesquiera fermentos o sales que contengan acritud fuerte, o un ácido específico contrario a la virtud y textura del espíritu ínsito de los intestinos, pues esta contrariedad de partes es la que desgarrar, corroe y exulcera la dicha región intestinal. En los estíos ardientes y secos son agarrados los hombres de este achaque con más frecuencia y motivos que en las demás estaciones, porque en este tiempo predomina en la sangre el azufre alcalino, acre y mordaz, y en fuerza del calor se mueve con más celeridad y dilatación. Las frutas de esta estación y de la del otoño, como son los pepinos, cohombros y melones, ocasionan este flujo de vientre, porque la naturaleza de estos frutos es muy fácil de fermentarse y se convierte en unos zumos acres y corrosivos, que lancinando en las tripas hacen nacer el

flujo o disentería. Los humos deletereosos o arsenicales levantados de la tierra recibidos por la boca, con el ambiente que sirve a la respiración, introducen en la sangre sus puntas, y éstas cavan hasta encontrar con lo fibroso y glanduloso de los intestinos; y como estos humos, átomos o partículas tienen especial disonancia y enemistad con su espíritu desordenan la trabazón conexas de los canales, y los hieren, arrugan y desgarran con el destrozo mortal que estás observando en ese infeliz. Éstas, pues, son las causas más conocidas, examinadas y regulares que inducen esta dolencia horrorosa, tu juicio podrá inferir otras, arreglándote al examen de los entes; pues en todos los que encuentres estas partículas, humos, sales, fermentos o átomos mordaces, corrosivos y roedores, cuya composición es enemiga al espíritu ínsito intestinal o al sistema membranoso, puedes capitularlos y temerlos como motores de este flujo.

Con la brevedad que dejo expresada me informó mi maestro de los motivos y productores de este achaque, y prosiguió manifestándome los sucesos de este modo:

-Todas las disenterías acompañadas de los accidentes que está padeciendo este desventurado regularmente son mortales o, por lo general, se debe temer un peligro muy próximo de la vida. Lo primero, porque en la cámara y vómitos se arrojan muchas partículas de bálamo vital, del suco nutricio y otros líquidos muy importantes a la conservación de la salud y de la vida. Lo segundo, porque los azufres rígidos y sales peregrinas mezclados con la sangre corroe y fabrican úlceras y llagas en la parte membranosa. Lo tercero, porque en la práctica médica es dificultosísima la separación de estos azufres, sales y fermentos, y rara vez aprovechan los conatos y mixturas que se ordenan a este fin. Los viejos y los niños están más expuestos a la muerte, cuando son insultados de este flujo, que los que gozan de la edad consistente y robusta por la ruina de facultades y de fuerzas que asiste a la niñez y a la decrepitud. Cuando a los achacosos de la disentería les falta el dolor al tiempo de obrar no está lejos la muerte, porque la ausencia del dolor es signo evidente de estar gangrenada y muerta alguna porción de la parte intestinal. Todas las deyecciones de sangre sola, balsámica y sencilla, y las negras, moradas y verdes pueden sospecharse y temerse por funestas; y la razón es porque manifiestan la rotura y corrosión de las membranas, y la depravada mezcla de los azufres malignos de la sangre. Cuando la disentería asalta a los enfermos después de haber padecido alguna enfermedad maligna, aguda o pestilente, se pueden tener pocas esperanzas de sus vidas. Los sudores y extremos fríos, el vómito continuado, el hastío, la sed, el delirio, la convulsión, el desmayo y el abatimiento de las fuerzas todas son señales de la cercanía de la muerte, porque cuando asoman la cabeza estos síntomas ya está la naturaleza a la banda de la enfermedad y en el estado de irremediable e invencible. Por estatuto general se ha de temer rebelde y peligroso el flujo que tiene su origen y nacimiento de la sangre, y por dócil y curable el que se desguaza del estómago o de primeras vías.

Estos pronósticos, hijos de la consideración y la experiencia de la malignidad, y accidentes del flujo disentérico me manifestó mi sabio pedagogo, los que puse cuidadosamente en mi memoria para que me sirvan con utilidad y cautela el poco tiempo que Dios me haga parar en este mundo.

Volví -después de esta lección- con los ojos al viejo agonizante, y reparé que todos los accidentes iban tomando mayor altura. La convulsión se movía con intrepidez rigurosa; el delirio era más desordenado y audaz; la sed, inextinguible; la inapetencia, insoportable; el hipo, tremendo y pertinaz; las fuerzas, abatidas; y todas las facultades tan arruinadas que más se le podía contar por esqueleto que por viviente.

-Nada te queda que observar; déjalo morir -me dijo el historiador diabólico-, y mientras lo conducen mis ministros a la eterna región de los tormentos, oye las providencias con que le asistió a este hombre la misericordia y cuidado de este hospital, y después la historia de su condenación.

Preparéme para oír y retener; y prosiguió mi diablo de este modo:

-Para cumplir con las tres indicaciones que parlan por la boca de los accidentes la mordacidad y movimientos de la disentería maligna, acudió el estudio de los platicantes con prontísima diligencia. Primeramente solicitaron evacuar y corregir los materiales disentéricos; y, no obstante de estar persuadidos por la relación del paciente y por la naturaleza de los síntomas, a que las escorias de dicho material estaban radicadas en la sangre, eligieron el vomitivo más decantado para este fin, y que abunda -según sus opiniones- de partes estípticas, adstringentes y corroborantes, que es escrúpulo y medio de la hipepacona en tres onzas del cocimiento de almástiga. Creyeron también malos aparatos y alguna corrupción de alimentos en estómago y primeras vías, y se determinaron a darle la tintura de las rosas rubras, extraída en el suero clarificado, y la infusión del ruibarbo, la sal de tártaro, los mirabolanos cetrinos y jarabe de achicorias en una purga; pero la rebeldía del humor no quiso ceder a lo uno ni a lo otro. Apelaron con prontitud a los diaforéticos y anti o contra disentéricos, con la celebrada mixtura del cocimiento de rasuras, la tintura de amapolas, la piedra hematitis, la triaca, la piedra bezar, el príapo de ciervo, el bezoárdico animal, la confección de jacintos, el alcanfor, el agua de canela, azúcar de Saturno, láudano opiato; pero el humor se daba por desentendido a su virtud y a su aplicación. Cargaron a la débil naturaleza de este achacoso con nuevos antidisentéricos entretejidos con los diaforéticos insignes del antimonio, contrayerbas, sal volátil de víboras, discordio de Fracastorio, y algunos adstringentes, como la tierra sellada, bol arménico y sangre de drago; pero les sucedió la misma burla que a los antecedentes. Hechas estas evacuaciones, porque las previene así el arte médica, no se atrevieron a sangrar sospechosos de las pocas fuerzas y facultades del doliente, y adelantaron la curación, ocurriendo a los polvos del cristal preparado, los de cuarango; los de sangre de liebre, el hígado de víboras y de uña de caballo, y finalmente los polvos del príapo de ciervo, de ballena y piedras hematitis, y en la presencia de estos poderosos remedios se enardecían con más desahogo los achaques. Cuando estudiaban los prevenidos asistentes en satisfacer la segunda indicación, intentando absorber y dulcificar el miasma disentérico, acérrimo y corrosivo, con los dulcificantes y adstringentes del cocimiento del llantén, arrayán, el azafrán de Marte adstringente, confección de jacintos, agua de canela, el láudano opiato, el extracto de la tormentila, el zumo de hortigas y otras mixturas murió el infeliz ahogado entre vómitos y cámaras, dejando

burladas sus aplicaciones, sus conjeturas, sus seguridades y sus adelantados deseos. Tampoco tuvo lugar de prevenirse la práctica de la tercera intención que mira a confrontar el espíritu ínsito de la parte, limpiar y consolidar la úlcera de los intestinos. Los más preciosos consolidantes -si los deseas conocer- son las leches aceradas, la tormentila, el llantén, rosas rubras, trociscos de cárabe, goma arábica, sebo de macho, yema de huevo y el bálsamo peruviano, los que regularmente se dan en ayudas para obtundir y dulcificar el ácido disentérico. Socórrase también con sumifigios o vapores, y entre ellos deben tener la primera elección el gordolobo, trementina, las rasuras de cuerno de ciervo y de gengibre. Aplicaránse también auxilios exteriores en la región del abdomen -esto es, en la barriga-, y los más oportunos son los aceites de arrayán, nueces moscadas, yerbabuena, ajenjos, el de manzanilla, de hipericón y bálsamo peruviano; y dispuestos en forma de untura se planta sobre la barriga del que se ha de morir, y luego el redaño de carnero, según la vulgar práctica y disposición, y hechas estas diligencias, y arreglando una dicta dulce y adulatora, cualquiera sabrá curar, pero no sabrá sanar.

Concluyó el diablo con la historia médica, y yo nuevamente asombrado reprehendía en mi imaginación tanto la vanidad de los que se presumen doctos en el conocimiento y curación de las enfermedades, como la reprehensible ignorancia de los que rebosando ciencia y ociosidad viven tan olvidados de sí, que no saben de su cuerpo más de que está en el mundo porque lo tientan, lo engalanan y rebuten. Sufrible es en el que va a expirar este descuido, porque su inclinación, su pobreza o su desventura, cuando más alto lo haya puesto, lo habrá rempujado al oficio de sastre, albañil u otro de esta casta; y estos infelices saben mucho en aprendiendo el breve catecismo católico, y el arte que los ha de sustentar en esta vida. ¿Pero qué disculpa dará a Dios y al mundo de la ignorancia de su estructura el soberbio jurista, el teólogo presumido, el hidalgo ocioso, el clérigo desocupado y otras semejantes gentes? Éstos temen el morir y las enfermedades con más horror y susto, y son los que menos se aplican a la reparación, conocimiento y examen de las ruinas y peligros de sus cuerpos. ¿Por qué tales hombres, que todo lo mandan, gobiernan y trabucan, y en su imaginación todo se lo saben, han de ser tan brutos en la penetración y ciencia de su animalidad como los mismos brutos? ¿No es vergüenza que sujete su estudio, su borla y su presunción a las conjeturas mal prevenidas, y a las resoluciones imprudentes y atropelladas de un codicioso que se tiznó de médico, no para beneficio de los otros, sino para provecho suyo? ¿Por qué han de vivir los maestreros, doctores y sopalandas soberbias esclavas de la necesidad de un bachiller que sólo sabe lo que necesita para vivir él, y que se mueran los que le buscan? ¿Por qué no han de aprender su vocabulario para hablarles en su jerigonza, siquiera porque les puede valer la vida la relación? Es cierto que en el estudio de la medicina no han de encontrar evidencias innegables, pero se hallan conjeturas provechosas y consuelos felices. En los sistemas en que se crucifican los demás profesores, teólogos, letrados y filósofos tampoco se topa con la evidencia, y porque tienen alguna utilidad sus juicios se siguen; pues no es de menor provecho el cuidado de la vida que los demás negocios en que se confunde el jurisconsulto. Nada se sabe, algo se

sospecha, y con estas sospechas logramos algunas veces nuestras importancias y consuelos. La ciencia no es más que un acecho al país de las verdades; el más atrevido y dichoso de los hombres no ha llegado a penetrar este sitio; desde lejos distinguen algún bulto. Para saber esta incertidumbre es necesario arrimarse, y lo demás es argüir con temeridad, y sin conocimiento aun del mismo engaño. Las causas de las enfermedades no son evidentes, pero son temerosas; algunas hay ciertas, y es necesario examinarlas para hacerlas. Los que nos vendemos por estudiantes, ¿por qué no hemos de saber de nuestra composición algo más que los rústicos? Poco más sabremos que ellos; pero este poco nos puede servir de prevención, utilidad y alivio. En las partes, movimiento, ruina y exaltación de los cuerpos, y especialmente del racional, hay muchas cosas ciertas que saber y que se pueden alcanzar, pues es locura y necedad no inquirirlas; y mayor locura fiarlo todo a la torpeza o al poco cuidado de un hombre, que sin saber de sí, se mete a curar los otros, y a presumir lo que se oculta en las entrañas ajenas, cuando él no conoce lo que tiene en las suyas.

Apartóme mi maestro de este discurso, diciéndome que escuchase la historia de la condenación de este infeliz, porque estaba ya en las cercanías de agonizar otro precito, a quien era oportuno examinar con todo cuidado. Yo me previne para oír, y él dijo:

-Este muerto, cuyo desventurado espíritu está ya esclavo en el perdurable Argel de los infiernos, vivió en el arrabal del mundo en la baja esfera de remendón y sastre de viejo; tan idiota y asqueroso en su oficio, que no aprendió más curiosidades que injerir pegotes y ensartar remiendos en bragas sucias, ungarinas roñosas y jubones podridos. Lo criaron sus pobres padres con limpieza, libertad y algún disimulo en las travesuras de la niñez. Con su fatiga cariñosa y los azotes del maestro de las primeras letras pudo salir educado en leer y escribir, e instruido, en lo que es posible a la poca reflexión de los primeros años, en las oraciones y en los artículos del catecismo católico. Por ahogar en los principios de sus hervores la fogosa inclinación que manifestaba en sus pueriles orgullos, lo sujetaron sus padres al obrador de un vecino, hombre de buena vida y de famosa habilidad y aplicación en su ejercicio. No pudo el rigor, el ejemplo, la paciencia, ni el repetido aviso del maestro detener su inquietud, ni jamás se dejó instruir en las lecciones y tareas de su oficio; porque lo bullicioso y extraviado del genio lo retraía de su obligación, y sólo pensaba en hurtar el cuerpo al trabajo, y en los medios de quedarse holgazán y vagamundo. Desesperó el maestro de su corrección, y cansado de su inobediencia y de su revoltoso espíritu, lo arrojó de su casa, y quedó ocioso, inútil y sin otro manejo, experiencia, ni penetración en su oficio, que hilvanar cuatro puntadas tuertas, sucias, flojas y perversamente injeridas. Libre, pues, de padres y maestro, acabó de aburrir las agujas y las tijeras, y se injirió con la gente de la jifa, aprendices de galeotes, tunantes de plazas y mullidores del matadero. Acudía a las novilladas de los lugares, a los herraderos y otras fiestas de toros, y con el ejercicio de pocos días y muchos golpes salió diestro para poderse vender a las cornadas, alquilarse a los porrazos, y ser estantigua en las plazas y tabernas. Plagóse con la compañía de la infernal chusma de los vicios de truhán, bufón, blasfemo, borracho, fumante y deshonesto, los que retuvo en su fuerza hasta la última

enfermedad, y aún conservaría hasta la muerte, a no haberle derribado los espíritus el horrendo achaque que le quitó la vida. Desnudóle la vejez de la agilidad, la fortaleza y el valor, pero no del deseo de torear; y desde un rincón o tablado, en donde lo encaramaban los demás compatriotas y comensales, gritaba como un loco, dando silbidos, acompañados de juramentos, blasfemias y maldiciones. Entre pordiosero, petardista, trabajador y charlatán apuró los últimos trozos de su tiempo. En los veranos fue perdurable estafermo en las romerías, las aldeas y santuarios de alguna celebridad, adonde lo llevaban atravesado en un burro o tendido en un carro para oír sus bufonadas, disparates y desvergüenzas. Los inviernos se reducía a vivir en un pueblo numeroso, en donde comía mal y se emborrachaba bien a costa de sus amigos, concoleas, y de otras gentes que gustan y aun apadrinan esta casta de bribones. Remendaba de cuando en cuando las ropillas, calzones y botargas de muchos frailes, cuyos conventos tenía por cofrades y parroquianos para remediar su borracho apetito, y en sus bodegas cobraba hasta caer sus perversas hechuras. En este relajamiento de vida escandalosa al mundo le cogió el flujo disentérico, que lo ha enviado a las mazmorras de Lucifer, y aunque el párroco de este hospital lo redujo a que hiciese una confesión de sus culpas, no supo por dónde tomar su conciencia. Él había olvidado la ley de Dios, no acertó a encomendar su alma al arrepentimiento; ofuscóse entre la multitud de pecados, e hizo una confesión llena de disparates y sacrilegios, que sólo le ha servido para añadir dolores a su inagotable pena.

Calló el diablo, y yo empecé a hablar conmigo asombrado nuevamente con el lastimoso fin de este infelicísimo condenado, y a su vista conversaba con mi corazón en esta forma:

¡Oh misericordiosísimo Señor, a ser agotable el atributo de vuestra piedad cuántas veces se lo hubieran sorbido nuestras culpas! ¡Oh pacífico inmensamente Padre nuestro, que nos sufres toda una vida de injurias, y nos aguarda -aun en los últimos términos- vuestra bondad y misericordia para darnos el perdón a raíz del arrepentimiento! ¡Oh Soberano Maestro, que continuamente nos estás llevando con tus inspiraciones al camino de nuestra salvación! ¡En medio de la furia de los vicios introduces tus llamamientos! ¡Pero qué dificultoso es descarnar de las almas podridas los hábitos perversos, pues su corrupción se resiste y vuelve el rostro aun a vuestros ordinarios influjos! Hasta la muerte nos persiguen las malas costumbres. Muchos son los medios para destruirlas, pero ¡qué raro es el que los solicita para limpiarse de esta peste! Los actos repetidos de virtud contrarios a los desórdenes apoderados del espíritu son los singulares contravenenos para conseguir la sanidad; pero ¿quién es el dichoso que se determina a comenzarlos y a proseguirlos? Como queda el alma estragada con la pestilencia de los males, se reciben con asco, con tedio y con desconfianza las medicinas. Persuadidos de un flaco propósito y una engañosa esperanza llegamos hasta la muerte cargados con nuestras corrupciones. ¡Cuántos llorarán en el infierno este engaño, esta pereza y esta dilatación! ¡Cuántos compañeros en las inspiraciones, promesas y tardanzas tendrá este malaventurado difunto! Yo sospecho que si no son tantos como los precitos, faltarán pocos para igualar su número; porque los que se dejan sobrecoger del contagio y fortaleza de las pasiones se

hacen cuasi incurables, porque lo primero que aborrecen es la dicta y la medicina, y sin estos auxilios ninguno puede sanar.

Lastimosamente compadecido de mi alma y de las que se me representaron a mi memoria, sumergidas en el pestilente lodo de las pasiones, discurría yo, cuando me arrancó de en medio de mis consideraciones mi etíope, diciéndome que le siguiese a examinar otro moribundo, que fue el que se sigue.

Cama III

El cólico convulsivo

Salvando por unas camas, en que yacían algunos tísicos, apopléticos y otros dolientes, de cuyos achaques hablé en los primeros Desahuciados, llegué a otra -que por esta lista ha de ser la tercera- en donde estaba revolcándose rabiosamente un hombre de basta carnadura y robusto; pero tan acosado de congojas, ansías, conturbaciones y agonías, que llamaba con escandalosa desesperación a la muerte, para que lo librase de tan crecidas penas. Oprimía con medrosa suavidad los lomos, el vientre y la región del estómago, buscando algún consuelo para hacer más tolerable un dolor terrible, que ya vago, ya fijo le atormentaba toda la capacidad del abdomen. Volteaba unas veces sobre la cama, acosado de un universal ardor, cuyo fuego sentía con mayor vehemencia en la redondez de los hipocondrios. Devanaba otras veces todos sus miembros haciéndose un ovillo, por esconderse de las horripilaciones, escalofríos y ansiedades que lo cercaban. Poníanle en los brazos de la muerte a cada instante las congojas repetidas, los sudores fríos, las turbaciones del corazón y otras terribles angustias, de las que no podía huir con las varias figuras en que ponía su lastimoso cuerpo. La respiración era escasa, torpe, anhelosa y llena de fatigas; y todos sus movimientos ardorosos, trémulos y desesperados, provocándole ya su impaciencia, ya la contracción convulsiva de los intestinos tenues a lanzar algunos vómitos y regüeldos pestíferos; pero de ningún descanso, ni templanza a la pertinaz fortaleza de los dolores. Poseído de la lástima que producía en mi espíritu el deplorable y angustiado enfermo, me acerqué más hacia la cama a reconocer el pulso, el semblante, los excrementos y otros signos poco examinados de los médicos, que tienen su alimento fundado en la brevedad de sus visitas. Reconocí con estudioso cuidado la lengua, y la percibí árida, túrgida y escabrosa. La sed era correspondiente a la sequedad que manifestaba en toda la boca. La calentura sobrada para tenerle ansioso, fatigado e impaciente. Quise examinar los orines y la cámara, y el tristísimo moribundo me advirtió que era excusada mi diligencia, porque todos sus dolores y angustias insufribles se originaban de la retención de excrementos en uno y otro conducto. Díjome que le afligía una gran pesadumbre y lastimosa opresión en el vientre, la vejiga y región de los lomos. Toquéle, pues, estas partes, las que percibió mi tacto duras, cálidas y elevadas; y descendiendo a las otras extremidades de su cuerpo, las encontré frías, rígidas y cubiertas de un helado sudor. Preguntéle si había sentido algún consuelo, o si se había logrado alguna evacuación con las medicinas. Y respondió que la continuación de los purgantes y otras cosas que le habían

rectado habían hecho más pertinaz, más vivo y más durable el dolor, y que aunque se había explicado a los principios el vientre con alguna escasa evacuación, no conoció nunca el más pequeño alivio. Estando en este informe fue agarrado el rabioso moribundo de un movimiento convulsivo de todas las partes de su cuerpo, especialmente de pies, manos y cabeza, con daño de todos los sentidos internos y externos. Empezó a hacer gestos ridículos, extraordinarios y temerosos; unas veces lloraba y otras reía, y siempre con la locura y desasosiego tan extraño, que creí que de repente se le había introducido una manada de demonios en el cuerpo.

-Este hombre, acudió mi etíope, acabará brevemente su vida en los rigores de ese insulto, a quien llama la medicina epiléptico, que es la regular terminación del prinier accidente que le arrastró a esa cama. Retírate de ella, y déjale morir, y pues estás informado de las señales de este mal, óyerne a mí las causas y los demás notables de este asunto.

Los signos de la enfermedad que has examinado en ese hombre -prosiguió- son propios y distintivos de una de las cuatro diferencias en que dividen los médicos al dolor cólico. A ésta, que se declara por las señales que has percibido, la llaman cólica convulsiva. De modo que el dolor cólico en general no es otra cosa que un tristísimo sentimiento originado de la picazón de sucos extraños, ácidos, salinos y otras heces podridas y requemadas que desgarran y arrugan los intestinos, mesenterio, peritoneo y omento, que es lo que vulgarmente se llama barriga, vacíos, lomos o riñones. Según las cavidades que son ocupadas y afligidas en las regiones de vientre, y según es la naturaleza de los sucos, humores, o materias que producen el dolor, han distinguido los médicos -más por galanura especulativa que por verdad práctica- las cuatro diferencias del cólico, es a saber, estercoroso, flatulento, convulsivo y humoroso. Cuando el material está duro, espeso y reunido contra los ángulos de las tripas, o en las cavidades o anfractos del intestino colon o tripa del cagalar, entonces dicen que es cólica estercorosa la que padece el enfermo. Cuando las tripas o intestinos se extienden con violencia por porciones de aire o de flatos que están reclusos en sus huecos o en las porosidades de sus túnicas, entonces llaman a ésta cólica flatulenta. Cuando dichas materias están detenidas y agarradas a las túnicas de los intestinos, o en las glándulas del mesenterio, entonces entienden que es cólica humorosa. Y finalmente, cuando dichas tripas y mesenterias se contraen, encrespan y arrugan por particillas y cuerpos sutiles, espasmódicos, doloríficos y corrosivos se sigue la cólica convulsiva, que es la más peligrosa, y la que tiene ya en los brazos de la muerte a ese hombre que acabas de examinar y conocer. Estas partículas sutiles, o hálitos peregrinos, encárcense y se estancan entre las túnicas de dichas partes, y con la violencia que hacen para querer soltar la prisión, corroen y oprimen las fibras y nervios -que son los ramos más delicados y sentidos de los cuerpos-, y compelen los espíritus a desordenados movimientos, producen los dolores, la convulsión, y los demás síntomas insufribles y mortales con que acaban los cólicos de esta cuarta especie. La vehemencia del dolor en los cólicos convulsivos se explica más hacia la región de los lomos, porque como está el mineral doloroso en el mesenterio, y éste está atado a la primera y tercera vértebra de los lomos, con mucha facilidad se pasa y se comunican con ellos estas partículas sutilísimas convulsivas; y

oprimiendo también y lancinando los nerviecillos y fibras membranosas de la espinal médula, que está vecina, ocasionan los accidentes epilépticos, la perlesía, y otros extraños y dolorosos síntomas. La rebeldía del vientre y supresión de orina nacen de lo estreñido y arrugado de las fibras de los intestinos gordos, y como la vejiga tiene trabazón y consentimiento con ellos, de aquí procede la ceguedad del uno y otro conducto. Los vómitos resultan de las contracciones convulsivas de los intestinos tenues, vejiga de la hiel y estómago. Y finalmente la calentura es hija de la violenta conmoción de los espíritus y los líquidos, que hacen acelerar el círculo a la sangre. Es el dolor cólico convulsivo, pertinaz, agudo, vehemente y de implacable duración. En ningún achaque se ve tan burlada y desvanecida la virtud de los medicamentos como en éste, pues rara vez cede a las medicinas, y cuando en fuerza de su actividad se sigue alguna evacuación, no sirve de alivio, ni de mejoría alguna a los enfermos. Los médicos más prácticos y advertidos suelen equivocar esta especie de cólica con el dolor nefrítico, y para que tú no padezcas este yerro -si acaso te hallares con algún doliente de esta casta-, sabe que el dolor nefrítico se mantiene permanente en los riñones, y sólo se dilata por los espacios de las ingles y uréteras, y el cólico rodea la región lumbar. En el cólico se experimenta o total o mayor rebeldía y opresión de vientre, y cuando se logra alguna evacuación natural siente consuelo y alivio el cólico, lo que no le sucede al nefrítico. El dolor cólico se aumenta regularmente después de haber tomado cualquier alimento, mas el nefrítico siempre se explica con el mismo rigor a unas horas que a otras. Los orines son también distintivos verdaderos de estos dos achaques, porque los del nefrítico descubren arenillas o sábulos y son de color de agua; pero los del cólico son gruesos, sin arenas, y rubros por lo regular. Basta de signos, y escúchame las causas que inducen tan lastimosa pasión en los cuerpos.

La general, frecuente y conocida causa de este dolor implacable es cualquiera suco o cuerpo recrementoso, y reunido en la región de tripas, lomos y partes vecinas, porque en dichos cuerpos están encarceradas, incluso y esparcidas muchas partes pequeñas, hálitos y vapores corrosivos, austeros y salino-ácidos, y según es su suerte o remisa exaltación, así es lo grave, lo pertinaz y lo rabioso de los accidentes y dolores. Prodúcese también el dolor cólico de las heces y reliquias quillosas mal trabajadas en el estómago, y como en estas reliquias e indigestiones es propio el predominio del ácido, se engruesan y aplastan en los intestinos y en sus tunicas, y, fermentando en ellas, explican su acedía y acritud, royendo y lancinando, y produciendo vapores que ensanchan y extienden con dolor terrible las tripas. Cuando se unen o se encuentran el zumo bilioso con el pancreático y los ácidos de éste son corrosivos, engendran también el dolor cólico, porque al tiempo de la remezcla del azufre balsámico del humor bilioso o colérico con el pancreático, se forma una efervescencia tumultuosa, y como no puede el bálsamo de la cólera detener, ni aplacar los ácidos corrosivos del suco pancreático, rompen, comprimen y punzan en las fibras intestinales, y de esta rotura y compresión resulta el efecto dolorífico del cólico. El fermento de las tercianas, o el de otras enfermedades largas, mal asistidas, o mal adietadas, o suprimido y ahogado por algún remedio como

la quina, no precediendo inmediatamente la evacuación por los purgantes, es también causa muy temible y conocida, porque al resucitar estos escondidos fermentos, suelen caerse al mesenterio o a los intestinos, y ocasionan invencibles dolores. La razón es porque estos fermentos estancados son por lo regular de naturaleza ácida y mordaz, como se declara en su curación, pues suelen ceder los dolores y los accidentes con las medicinas antiácidas. Atendiendo a la naturaleza de los alimentos y las bebidas, y al destemplado modo de usarlos, son infinitas las causas que pueden producir este efecto. Los frutos y carnes gruesas, sulfúreas y mucilaginosas, especialmente mezcladas con las ácidas austeras, pueden con gran facilidad inducir este dolor, porque la rara fermentación de dichas materias hace un suco o pasta impura, muy regular y propia para estancarse en el mesenterio e intestinos, y corroer y arrugar sus túnicas. Las bebidas espirituosas, especialmente el mal uso de los rosolis, aguardientes y otras mistelas, y composiciones heladas, es experimentado el daño tan poderoso que han hecho en la España, adonde apenas era conocido este efecto, y hoy es más frecuente que el fermento de la terciana. Cualquiera tumor, inflamación o acceso que pueda comprimir a los intestinos, se debe temer como causa, y asimismo las piedras, las lombrices u otro cualquiera sólido o denso que pueda distender las tripas. Últimamente los actos venéreos después de comer o cenar, la demasiada repetición de ellos en todo tiempo, las comidas y bebidas a deshoras, u otro cualquiera desorden que pueda turbar el cocimiento de los alimentos, y reducirlo a sucos crudos y mal trabajados en el estómago, son motivos y causas poderosas para producir este dolor, y éstas son las más conocidas, experimentadas y de las que se debe huir para no caer en tan desesperada e importuna molestia. Los sujetos tristes, hipocondríacos, escorbúticos, gálicos y caquéticos viven más amenazados de este mal que los otros que tienen distinta constitución, porque los tales esconden en sus líquidos y recrementos muchas partículas ácidas de varias naturalezas, que son las que ofenden y turban toda la concordancia y armonía de los sólidos de las regiones ya expresadas. En las mujeres es más frecuente, peligroso, pertinaz y pungitivo este dolor por la mala compañía del útero, de cuyo seno se levantan apestados y pestilentes vapores y hálitos, que unidos con los productores del cólico, son causa de otros crueles síntomas. Además de que en ellas es más porfiada toda casta de desórdenes y desconciertos, y la poca resistencia que saben hacer a sus apetitos las arrastra a este y otros desventurados e invencibles afectos.

De las cuatro especies o diferencias en que han dividido los médicos al afecto cólico, la que se puede temer por mortal es la que padece ese desdichado que acabas de ver -prosiguió mi demonio-. Es, pues, la cólica convulsiva, en la que se experimentan dolores vehementes continuos y de mucha duración, congojas, calentura, dificultosa respiración, convulsiones, extremos fríos, sudores de la misma temperatura, retoques en la cabeza, turbaciones del corazón y últimamente vómitos grandes, porque éstos manifiestan una total descomposición y tumulto en el movimiento peristáltico de los intestinos. Acaban regularmente la vida los cólicos convulsivos, lidiando con los temerosos acometimientos de epilepsia y perlesía, por las razones que te dije poco ha, y aunque algunos han sanado de dichos accidentes, los más mueren poseídos de su insulto. Atendiendo a

las partes o regiones dañadas y heridas, se puede también conjeturar con fundamento la buena o mala terminación, porque si el material espinoso y mordaz se explica con más acritud hacia el ombligo, es señal de que el daño reside en el intestino illion, y es dificultosísimo el desalojarlo de dicha parte, y lo mismo debes entender y temer, cuando la vehemencia del dolor se fija en el mesenterio. Todo afecto cólico que acomete sin estos aparatos, y recae en persona de buena textura y organización, no se ha de temer por mortal, y especialmente cuando los dolores afligen sin continuación, ni vehemencia, y menos cuando dejan libre la parte del ombligo, lomos y mesenterio. El cólico estercoroso suele también ser peligrosísimo cuando las heces o recrementos de la substancia quillosa son abundantes, duros y demasadamente arrimados a las células del intestino colon, o a los ángulos de las demás tripas, y no habiendo cumplido el estómago y el vientre con los trabajos y evacuaciones útiles algunos días antes del acometimiento del cólico, se puede temer la eyección de los excrementos por la boca. En la cólica flatulenta también se reputa por signo mortal la distensión del vientre, cuando es semejante a la que padecen los hidrópicos timpaníticos, y si arroja muchos pedos, cructaciones y rugidos, manteniéndose la tensión sin alivio alguno del enfermo, se considerará en el estado deplorable. Cuando en los eructos, cámaras, orines y continuación del ventosear se conoce alivio, y se va bajando la tensión del vientre, es buen signo en todas las especies y diferencias de este achaque, y especialmente si duermen y mantienen el apetito a la comida dichos pacientes. Por fin, de la estabilidad de los dolores, de la parte que ocupan, de los accidentes con que vienen acompañados, y de los aparatos, disposiciones, fuerzas, obediencia y agradecimiento o ingratitud del humor a las medicinas, podrás con más satisfacción y juicio inferir las felices, o desgraciadas terminaciones de este achaque. Y pues ya estás instruido en causas, especies, signos y pronósticos, óyeme ahora la curación, con que se ha socorrido al condenado que está padeciendo, que es la regular con que se auxilian y curan todos los que son asaltados de semejante dolor.

La primera instancia y principal cuidado con que acudieron los platicantes a este enfermo fue mirar a suspender los dolores -y este intento y vigilantísima aplicación se debe seguir ante todas advertencias en este achaque-, echaron la mano a los medicamentos narcóticos y balsámicos anodinos, que de éstos se dice que se enderezan a corregir y detener los ímpetus desordenados de los espíritus, y que fijan, embotan y quebrantan las puntas espinosas de los ácidos acres, convulsivos y flatulentos, y que reducen lo corrugado de las fibras a su tono y anterior disposición; y finalmente que laxa los canales de los intestinos, y así quedan aptos y proporcionados para arrojar las materias pecantes, y si toda esta virtud es cierta en los narcóticos, no hay duda que quedarán sanos los que padezcan este dolor. A todos estos fines dichos quieren asegurar los médicos que miran sus mixturas anticólicas, y la más celebrada en su práctica es la que se compone del cocimiento de la manzanilla, de la tintura del opio, la esperma de ballena, cristal montano, aceite de almendras dulces sacada sin fuego, tintura de azafrán, espíritu de terebentina, tintura del castóreo, y los polvos de la tripa del lobo. Esta mixtura se le repitió a este hombre tres veces, de dos en

dos horas, que es el regular modo de usar de ella en los cólicos pertinaces, y aunque es cierto que suele ceder el dolor a la tercera toma, en este infeliz no pudo causar este consuelo. Continuaron los piadosos platicantes su curación con las ayudas compuestas de los simples tejidos con partículas balsámicas, blandas, anodinas y narcóticas, mirando a absorber la acritud y extrañeza del ácido, a reblandecer lo estercoroso, a ordenar el motín de los espíritus, y a reducir las fibras intestinales a su equilibrio natural, y no quiso la cargada naturaleza obedecer, ni arrojar de sí el enemigo y la espina que ocasionaba tan funesto daño. La violeta, la malva y la manzanilla, que constan de partes balsámicas, fueron aceptadas para las ayudas; juntaron a éstas la trementina por lo balsámico que incluye, la leche para dulcificar los ácidos, y el láudano para fijar el concurso de los espíritus, y dispuesta una ayuda con estos herbajes, la repitieron sobre el doliente muchas veces, y todas sin provecho ni alivio de sus dolores. Apelaron finalmente a los remedios externos, proporcionados para restablecer a su primer tono las fibras y los nervios, y para remediar la contracción y crispatura del abdomen; eligieron, pues, los más escogidos y examinados de amigables absorbentes, dulcificantes y balsámico anodinos, como son el aceite de succino, la tintura de azafrán y de castóreo, el bálsamo del Perú, el aceite de las cortezas de naranja, paños de leche recocidos en manzanilla, estiércol de caballo, vaca o mula, el redaño del carnero, la tacamaca, la esperma de ballena y el bálsamo de galbaneto; pero toda su aplicación y virtud salió vana, porque después de muchas repeticiones en vez de lograr algún alivio, vino a parar el desdichado enfermo en los accidentes epilépticos y otros mortales que ya le han quitado la vida, y su espíritu va caminando a las Alhucemas de Lucifer, rodeado de otra porción de los que dejamos a la puerta. No logró el cuidado de los enfermeros, ni el deseo del paciente la más pequeña suspensión de sus dolores, para continuar la curación con los purgantes benignos del maná, aceite de almendras dulces sacada sin fuego, tintura de azafrán, esperma de ballena y un grano del opio, o con las celebradas píldoras del acíbar, el láudano, el diagridio, mercurio dulce. Tampoco tuvieron lugar las ayudas suaves y cariñosas de la cabeza de carnero, agua de Rulando, las de la sal gema y otras, porque el miserable hombre dejó la vida antes que pasase por él la ocasión y oportunidad de aplicarle estos más singulares específicos. Yo te los he querido declarar -prosiguió mi diablo- para que los conozcas y los uses cuando te sobrecoja alguna casualidad, y aun te advierto que no te olvides en cualquiera especie de dolor cólico de las aguas acídulas, que éstas sin duda templan los recrementos acres, y resuelven y precipitan por la orina cualquiera viscido-ácido, que son los minerales de todo lo flatulento.

Concluyó mi sabio etíope con la narración morbosa médica de este hombre, y viéndose libre mi atención del objeto, las palabras y el estudio que la tenían útilmente prisionera -y en el brevísimo espacio de un corto silencio en que quedó mi demonio-, empezó mi melancólico pensamiento a saltar desde los horrores a los sustos, desde las tristezas a los asombros, sin haber parado un minuto en algún sujeto amigable o apacible que le consolara con alguna señal de quietud o algún índice de serenidad. Ya se aporreaba con las memorias de los peligros, asechanzas, insultos, enemistades y otros invencibles contrarios de la vida. Ya con la

incertidumbre, ignorancia, confusión y variedad de sentimiento, pareceres y doctrinas, que se encuentran en los libros fabricados para remedio de nuestra destemplanza, golpes involuntarios y adquiridos achaques. Ya se brumaba con la meditación del ciego uso, el ignorante ejercicio, la culpable desidia, la lastimosa necesidad, la indigna asistencia, y la poca misericordia y la ninguna confianza que podemos tener en los ministros, que se determinan a cuidar de nuestra quebrantada salud. Desde estos discursos era arrebatado mi espíritu a la pavorosa consideración de las agonías, las turbaciones, los espantos, la desesperación, las fatigas y las dolencias, con que había visto fenecer en las pobres camas a los desdichados moribundos. Producíame este recuerdo un temor horrible, y más cuando me persuadía lo irremediable de estas congojas. Para volver la sangre a su tono, a su textura y a su movimiento, ya se descubren algunas medicinas. Para aliviar o desvanecer la porfía y mordacidad de un dolor, ya puede encontrarse en alguno de los reinos entre cuya virtud sepa inducirnos el alivio; mas para huir, suspender o estorbar los quebrantos, desconciertos y angustias de la última hora no hay nada en el mundo. Los remedios, los amigos y las consolatorias de nada sirven, sólo en nuestro espíritu están las disposiciones para hacer menos sensibles las dolencias y las ansias. La elevación de nuestra alma a su criador es la que ha hecho suaves, dulces, felices y deseadas las calamidades, las desdichas y desconsuelos de aquel tránsito.

Tan fuera de mi acuerdo me habían sacado estas varias meditaciones, que aunque me gritó por dos veces mi etíope, estuve desentendido a su voz. Recogí finalmente mi vago espíritu, y pude atender que me instaba a que oyese la historia de la vida y reprobación de este muerto.

-Déjame asentar un breve rato -le dije a mi conductor-, porque ya sea la demasiada atención con que escucho tus lecciones y advertencias, ya el pestilente vapor que exhalan estos cuerpos achacosos y difuntos, o ya el tropel de varias y funestas melancolías que me han asaltado, me tienen el cerebro aturdido, confuso y vertiginoso, de modo que se me estampan trabucados los objetos.

-Todo lo que dices es causa de ese impropio vértigo -dijo mi gran médico-, no te asustes, que brevemente pasará a otro seno ese humor que te ha entrapado la vista. Asíéntate, pues, que logrando de esa comodidad, te referiré brevemente la condenación de este último precito.

Tomé para asiento la esquina de la cama del recién difunto, y el relator diabólico dijo lo que Vd. puede leer si tiene valor para proseguir tragando el desabrimiento de mi prosa.

-Ese hombre que ya está reducido a su primer origen de la nada -prosiguió mi diablo- entró en la ciudad de los vivientes con medianas alhajas de fortuna, regular nacimiento, y sobradas abundancias para ser querido, acomodado y provechoso. Huyéronsele los años de su primera crianza sin haber demostrado más vicios, ni más presunciones de su inclinación, que un diferente deseo y una inquietud en sus apetitos muy equívoca, con los antojos y juguetes de la puerilidad. Quebrantó los rudos principios e impenetrables fenómenos de la gramática latina, con brevedad y aplicación, dándole al maestro y a sus padres felicísimas esperanzas de su capacidad, ingenio y buena vida. Entretúvose en percibir los modos de formar los silogismos lógicos con la dialéctica, y siendo zagal de quince

a diez y seis años, lo condujeron a una universidad, para que se mezclase en la recua de Vinio y se injiriese en los códigos y digestos, pensando sus padres tener en pocos días un letrado que desde lo consejero o lo presidente los dorase la alcurnia, y los levantase seis estados en alta la generación. Luego que se vio sin guardián ni sobrestante, libre, con dinero y en una ciudad muy apacible y ocasionada, propuso en su imaginación gozar de sus deleites. Desde dos primeros días que se dedicó a ver las curiosidades y embelesos de sus fábricas, le acometió una ociosidad y un aborrecimiento notable a los libros y los trabajos. Esta libertad y la alianza con unos alborotados y viciosos mancebos, que vivían en una misma posada, lo atollaron en medio de la lujuria, la disolución, el ocio y otros derramamientos perjudiciales a su salud, a su alma y a su instituto. Plagado de estos vicios, cubierto de su pereza, y tiznado con algunos borrones de la jurisprudencia, recibió a patadas y gritos el grado de bachiller, y con él alguna vanidad, que le hizo menos escandaloso, más retirado y menos desabrido con la sotana. Entró con los arrapiezos de estos párrafos mal vestidos en la bataola de las oposiciones, y sin dejar sus antiguas costumbres, dio de hocicos en lo de hipocritón y maldiciente. No perdonó fatiga, ni excusó maldad, ni se le propuso diablura que no ejecutase a fin de adelantarse a los más sabios e instruidos en la ciencia y en la virtud. Fue galán de culpas, corredor de delitos, fuelle de pecados, y pregonero público de los descuidos de sus coopositores y maestros. Condenóse este hipócrita a vivir en el mundo, siendo diciplinante del infierno y penitente de los diablos. Vivió tragado en una saya de bayeta funeral, sombrero tan grande como una teja maestra, zapatos a lo rústico, que en el calepino de los embusteros se llaman ramplones, emboscado en barbas y lodos, comido de la envidia y la laceria, y estudiando desaliños y porquerías. Era gomía de jubileos, duende de congregaciones y fantasmón de osarios y vía crucis. Su cuerpo, su espíritu y sus inclinaciones siempre estuvieron quejosas y mortificadas de su soberbia y de su codicioso deseo. Su rigor aparente, austeridad y nefanda modestia, sólo se ordenaba a persuadir merecimientos y coger parciales para embustear y traer inquietos, alterados e impacientes a sus compañeros y coopositores. Pasó este hombre algunos años con los créditos de virtuoso y retraído, hasta que una mujer con quien estuvo en la torpe alianza del amancebamiento le descubrió la gusanera de sus costumbres y la corrupción de su mala conciencia. Hízole casar a puñadas de peticiones y en fuerza de un papel que le tenía dado de matrimonio con ella, y viéndose en la angustia de perecer en la cárcel, apechugó con el casamiento y huyó avergonzado a otro pueblo de vecindad más reducido. La consideración de haber malogrado su carrera, y la vanidad de parecerle que no merecía ser mujer propia la que se expuso a serlo de otros, le engendró un aborrecimiento tan horrible, que toda la vida lo mantuvo rabioso, y ya en el infierno antes de haber soltado el espíritu de la carne. Metióse finalmente a comisionista, lechuzo y sacramantas, y ganó en este empleo una inclinación al vino y a las corrobilas que a pocos días se graduó de borracho público, con aplauso universal de todos los que por su desgracia lo veían. Roto, pobre, aborrecido, borracho, vagamundo y descontento, lo agarró el cólico convulsivo que lo acaba de quitar la vida, la que hubiera dejado sobre unas pajas o en el árido suelo, a no haberlo recogido la

piadosa diligencia de este hospital. Desesperado de su mala vida y de su pobreza, furioso contra sus vicios y contra su Criador y suelto de su mano, no quiso hacer confesión de sus culpas, y ha muerto impenitente, condenado y desposeído de la sepultura eclesiástica, por haber sido tan pública y rabiosa su desesperación e impenitencia. Éste es el fin de este hombre que pudo ser dichoso en el mundo y en el cielo. Considera a cuántas desventuras está expuesto el que no quiere vivir arreglado a la justicia, al temor y al precepto del universal dueño de ambos mundos.

¡Con qué paso tan callado se vienen los castigos a pagar a los delincuentes sus desórdenes! ¡Con qué silencio se introducen los vicios y los tormentos en las almas! ¡Entre los delitos y las penas no hay instante medio! ¡El estrago es consecuencia del castigo! En las iniquidades van revueltos los dolores, y cuando más inadvertido e ignorante está el ánimo, se desarrugan sus sensibilísimos efectos. Antes que el infierno se cobra el mundo de los pecados. Aquí tienen las vidas un purgatorio que lo termina la muerte, pero allá empieza el alma los cruelísimos tormentos que nunca se pueden terminar. En las que el mundo gradúa como felicidades, están escondidas las venganzas de Dios. Con las exaltaciones y las abundancias sabe dar su justicia los abatimientos, y las miserias con los aplausos y las robusteces, las enfermedades y los desprecios con las libertades y las alegrías, las esclavitudes y los llantos. Todo se castiga, todo se paga. No hay lugar que nos pueda esconder ni excusar de la satisfacción por nuestras maldades. Aun cuando no me desengañara la historia de este condenado, que pagó en esta vida con desprecio, desesperación, laceria y afrentoso fin sus delitos, me bastaban para acreditar estos pensamientos las frecuentes desventuras que he visto pasar por mis ojos en los espacios de mi breve vida. Cada hombre es un testigo de mi meditación verdadera, y yo -sin salir de mí a buscar los desengaños en otros- he notado que detrás de mis maldades se han venido prontos los azotes, y a raíz de los descuidos se me han encajado encima las advertencias rigurosas, y que Dios nuestro Señor ha tomado por instrumento las enfermedades, las persecuciones, el destierro, la cárcel, la justicia y otros instrumentos y ministros para que no cuente pecado sin infierno. Su Majestad quiera que yo deje pagadas por acá las deudas, porque he de ser ejecutado en el momento que acabe con la vida, que así serán felices las tribulaciones y los trabajos.

En esta fructuosísima consideración tenía yo atollado mi discurso, y la hubiera seguido felizmente a no haberse puesto en el medio de mis dichas cavilaciones los sollozos y lamentables gemidos de un moribundo que estaba bien cerca de nosotros. Suspendióme todo el espíritu la atención con que quise percibir las articulaciones del doliente, y no pudo todo mi cuidado conocer la expresión de sus quejas, bien que no dudaba la causa de sus lamentos y quebrantos. Levantéme, pues, de la esquina de la cama en donde había oído los desdichados sucesos del cólico, y agarrándome por la mano mi docilísimo maestro, me condujo al lugar en donde se estaba ahogando el miserable paciente, que estorbó con sus suspiros y congojas mis meditaciones, cuya enfermedad y condenación voy a escribir con el gusto de que pueda ser útil mi doctrina para proceder con temor, vigilancia y seguridad en los lances de la salud y de la muerte.

Cama IV

El calenturiento maligno y pestilente

Agarrado de un desmadejamiento delirioso, cuasi inmóvil y poseído de una suma torpeza y universal pesadez de todo el cuerpo, estaba extendido en su cama el agonizante, cuyos lamentos me apartaron el discurso de las cristianas reflexiones con que estaba dichosamente conturbado. Tenía el rostro seco, excarne, temeroso y apagado. El color pálido y batido con una mezcla entre azul y aplomada. Los ojos soñolientos, soporosos y derribados. Las miradas humildes, torpes, dificultosas y abatidas. La respiración tarda, penosa y difícil. La locución confusa, gruesa, arrastrada, y todo su cuerpo destruido de espíritus, y rodeado de convulsiones, temores y fatigas universales. Llegué a pulsarle y percibí alguna desigualdad, tardanza, intermisión y parvidad en el pulso. El calor de la fiebre era remitido, suave, blando, y poco o nada distante del estado natural. Descubríle un poco, cuanto pude verle desde la cintura arriba, y estaba su cuerpo sembrado de infinitas manchas y excreciones cutáneas y versicolores. Preguntéle por las ganas de comer, y me respondió con ansia dolorosa que padecía una inapetencia extremada. Tenté hacia el hígado y percibí alguna inflamación. Volví a echar la ropa sobre sus hombros, y apartándome a un lado, le dije a mi demonio:

-Malo está este infeliz, éste no escapa de esta enfermedad.

-Es cierto que se muere -me respondió-, pero no te sirva de seguridad la muerte de este hombre para fundar confianza en los signos que está manifestando, porque en estas calenturas pestilentes y malignas son sumamente equívocas las señales de la muerte y de la salud, y aun de las que manifiestan la coagulación o disolución de la sangre, que es toda la esencia de esta fiebre. Esos signos que has observado son los más claros y significativos de la coagulación, después verás los que se inclinan con alguna certeza a la rarefacción y disolución. Ya me parece que te he dado a entender que este hombre padece una calentura maligna y para que quedes actuado escucha su definición. Consiste, pues, esta fiebre en un extraño movimiento de la sangre, el que es introducido por un fermento violentísimo, y poderoso para coagular o disolver dicha sangre, el cual fermento desordena y pervierte su bálsamo, armonía y textura con innegable extinción de los espíritus.

Oímos a esta sazón los tristes sollozos de otro enfermo, que estaba en una de las camas de la línea de enfrente, y mi diablo me dijo:

-Antes que te informe de las causas de esta enfermedad, quiero que veas aquel doliente que está lidiando con los síntomas de esta misma malignidad y pestilencia. Las señales que veas en él son peculiares y manifestativas de la disolución y, vistas y contempladas unas y otras, podrás distinguir con probable juicio las equivocaciones y dudas en que coinciden los signos de la coagulación y disolución.

Llegué, pues, y estaba este otro enfermo más vigoroso y atrevido de semblante, el color más claro y sanguinolento, los ojos más vivos y con más soltura, las miradas rectas, eficaces y agudas, la respiración grande, atropellada y balbuciente. Padecía, según me informó, un gravísimo dolor de cabeza, una vigilia suma y un delirio quebrantado. Quemábase

interiormente, y en las partes externas cuasi se manifestaba más calor que el natural, el pulso era parvo, débil y desigual. Cuando estaba reconociendo y examinando estas señales, le acometió un flujo de vientre, con vómitos pertinaces, sudores y hemorragias, y reconocidos los orines estaban como el pulso, poco apartados del estado de la sanidad.

-Ya has visto en ese hombre -acudió mi diablo- las señales distintivas de lo disoluto de la sangre, como en el antecedente las de lo coagulado. Vuélvete a su cama, y junto a ella te informaré las causas de su achaque y de su muerte, y dejemos a éste, que aunque está moribundo no cae en nuestra jurisdicción.

Apartámonos a la línea primera, y prosiguió mi diablo en esta forma:

-La esencia, o el ser superior de la causa inmediata en las fiebres pestíferas malignas, ha sido siempre dudoso y desconocido en la práctica médica. Unos piensan que consiste en una putrefacción hedionda e intensa de la sangre. Otros discurren que es la reproducción de innumerables gusanillos, que circulando con la sangre por el cuerpo, lo comen y roen, y con esta corrosión y mordeduras explican todos los accidentes que ocurren con dicha fiebre. Otros apelan a las cualidades ocultas, que es lo mismo que decir su ignorancia, con alguna soberbia y un modo de engañarse a sí mismos y a los que sin reflexión los escuchan y se tragan su informe. Algunos fundándose en la copia de sangre que arrojan los cadáveres por ojos, narices y boca, y la coagulación del dicho líquido en diversos vasos del cuerpo observado en las anatomías, pensaron que la causa inmediata es un fermento acre, corrosivo, volátil, que desfigura y aniquila el bálsamo de la sangre y su ácido sulfúreo, que es en el que consiste su armonía, la vital unión y tejido de sus partes. Omitidos estos pensamientos que sólo sirven para hablar en una junta, o para argüir en una universidad, de donde ningún enfermo sale curado, debes saber que la causa inmediata que produce esta fiebre es una substancia venenosa, cuya textura consta de muchísimas sales rígidas y agudas, las que introducidas en la sangre destrozan y deshacen su bálsamo, y al mismo tiempo con la agudeza y acrimonia de sus puntas, causan la universal velicación y mordeduras en la naturaleza, apagando sus espíritus y encendiendo la torpeza y pesadez de todo el cuerpo. Acreditarán este sentimiento muchos animales y yerbas ponzoñosas, en los que los puedes haber observado en los modos de comunicar su veneno, y en los síntomas y accidentes que producen en los cuerpos humanos. Cuando la víbora, el eslabón u otras sabandijas de este linaje de ponzoña, muerden o pican, despiden de sus entrañas unas sales ácidas, las que luego se ponen en movimiento, ayudadas del calor nativo del hombre, introducidas y calientes en los vasos capilares penetran hasta los mayores, y allí coagulan y destruyen el ser balsámico de la sangre; espárcense después por todos los líquidos y sólidos, y allí también muerden, lancinan y corroen, y al mismo tiempo producen las convulsiones, los temores, la calentura, el sopor, la torpeza, la ruina de los espíritus y los demás mortales accidentes. De esta naturaleza semejante al ser ponzoñoso de la víbora son las sales que producen la calentura maligna. Y este veneno lo cría la naturaleza, como capaz de otras infinitas generaciones. Los diversos efluvios o miasmas que arrojan de sus cuerpos muchos minerales, vegetales y sitios pantanosos, valen mucho, y tienen poder para producir dicha fiebre, por las sales volátiles y

venenosas de que abundan sus substancias. Los vapores de los cadáveres y los enfermos que padecen ya esta especie de calentura y otra cualquiera de las enfermedades contagiosas, son causa conocidísima para fabricar este veneno y levantar esta fiebre. La varia colocación y maligno aspecto de las estrellas, cuando hallan en el aire disposición para que reciba sus impresiones, induce el contagio de este achaque, como es visible en los años epidémicos, que dura esta malicia hasta que mudan su situación y aspecto los planetas. Finalmente cualquiera viento, vapor o humo inspirado de los animales, las mineras, las aguas y las plantas, que conste de estas sales ácidas, venenosas y volátiles, es causa legítima para levantar en los cuerpos esta calentura pestilente, maliciosa y difícil al conocimiento de sus señales y su curación. Paréceme que te he dado noticia más clara que la que pudieras encontrar en los libros para el conocimiento de los productores de este achaque. Oye ahora otras expresiones dirigidas al asunto que vamos tratando.

-Aunque es tan dificultoso saber las causas y conocer los signos peculiares y manifestativos de este achaque -prosiguió mi sabio maestro-, aún son más escondidos a la penetración y estudio médico aquellos fundamentos sobre que se fabrican los pronósticos. Porque las noticias teóricas apenas descubren más que una perplejidad, o suspensión en que dejan muy dudosa la buena o mala terminación de los enfermos. En las orinas, pulso y otras señales que se perciben, así en la clase animal, como en la vital, se suelen reconocer unas aparentes bondades que prometen con seguridad un feliz suceso, y al cabo son gritos de la muerte los que se oían como voces de la salud. Sucede también al contrario, porque en un enfermo que está rebosando por todas sus coyunturas y excreciones síntomas mortales y signos funestos salta con increíble prontitud toda la felicidad, burlándose de los aforismos, experiencias y especulaciones con que procede el arte de los pronósticos. En los primeros insultos antes que empiece la enfermedad a su estado, se pueden conjeturar los términos con juicios y experiencias menos falibles que las que acostumbran manifestar los regulares y engañosos signos del pulso, la lengua, la orina, la cámara y otras excreciones; y así cuando acomete como contagio, y se supone infección venenosa en el ambiente, se sospecha mortal con miedo justo, porque se continúa en el aire que sirve para vivir la ponzoña que fue causa de la fiebre, y las medicinas, por cardíacas y eficaces que sean, no valen para embotar las sales malignas, ni pueden reducir a su tejido lo destrozado de la sangre; además de que la virtud de los medicamentos va también puerca e inficionada del ambiente, del mismo modo que los alimentos que han de servir para la conservación y pura crianza de los cuerpos racionales. Si los sujetos acometidos de esta fiebre están mal aparatados, como los que son poseídos de la constitución caquética, hipocondríaca, escorbútica o gálica, se puede con alguna certidumbre presumir una fúnebre determinación. Del mismo modo se conceptuará por mortal el suceso de las malignas, cuando se presume o se manifiesta inflamación en alguna de las vísceras o miembros principales. También contarás entre los muertos al que le sigue gangrena en parte príncipe interior, y teme mucho la exterior sea donde fuere. Los carbuncos, bubones, pintas y otros tubérculos cutáneos se reputarán por signos mortales, aunque muchos han escapado la vida cubiertos de semejantes

manchas y ronchones. La inapetencia continuada basta sola para quitar la vida, porque ella por sí es mortal, aunque no precedan, antecedan o acompañen otros accidentes y señales. Estos avisos y las observaciones que se le puede añadir tu discurso, tu filosofía, y, lo principal, tu asistencia a la cama del enfermo, te harán cautelosamente sabio en el pronóstico de este achaque, y ruégote que no te olvides de consultar a las constelaciones, que aunque esta observación está aborrecida es solamente de los médicos ignorantes que no atienden ni a los gritos de su conciencia, ni a los lamentos de los miserables pacientes. El ciclo es el que gobierna todos los inferiores, el ciclo es el que imprime en el aire, en el agua y en la tierra sus influjos. El día y la noche tienen contrarias cualidades, que el uno es cálido y la otra fría, y el día y la noche nadie los hace sino el sol y la luna. La ausencia y presencia de estos dos astros es la que dispone la variedad de cualidades que se experimenta en los cuerpos, ya de frío, ya de calor, ya de sequedad, o ya de humedad, y el exceso o disminución de ellas es la que debilita, postra y destruye la salud, y así te vuelvo a prevenir que los mires, los atiendas y consultes, porque la oportunidad de los remedios, la certidumbre de las causas, y la rectitud de los pronósticos de las más de las enfermedades, todo estriba en el conocimiento de sus mudanzas, de su curso, de su actividad y de su situación. Oye ahora el proceso de la inútil cura con que fue asistido ese hombre que acaba de entregar su alma a los infiernos.

Volví el rostro hacía la cama, y ya era cadáver el que había visto viviente el instante pasado. El horror de su espantoso semblante me echó los ojos a la tierra, y avisándome mi conductor que le atendiese, habló de este modo:

-Todo es difícil al estudio humano en esta enfermedad, la causa, la conjetura, la esencia y aun más que todo la curación, porque en decretar y establecer las medicinas se padece notable confusión, y en determinar el tiempo oportuno para aplicarlas, se congojan los más resueltos y sabios platicantes. De la poca luz que dan los signos distintivos de la coagulación o rarefacción, nace el susto, la perplejidad y la ignorancia del método que se debe elegir en la cura, y verdaderamente es pavoroso y justo este temor para el médico que desea triunfar del accidente. La purga y la sangría, que son los auxilios que han de aplicarse en los primeros hervores de esta calentura, son sumamente dudosos, y cualquiera de ellos más perjudicial que la mortífera ponzoña de la fiebre, cuando se administran con error, y con ignorante medida, y fidelidad de los grados, del rigor y fuerza del fermento. En la licuación regularmente se sangra -cuando no es extrema la pérdida de espíritu- aunque aparezca la calentura con vómitos y fatigas dolorosas en el estómago, porque estas ansias y excreciones se reputan por unas chispas arrojadas de la violenta fricción y desordenado tumulto de las partículas desunidas de la sangre; pero si engañado el médico receta el purgante, se seguirá mayor destrozo, licuación o rarefacción en el líquido sanguíneo y más ruina en el espírituoso, y por consiguiente una imposible restitución a la sanidad. En los principios de esta calentura pestilente producida de la licuación de sangre y abatimiento de espíritus, es muy peligrosa, así la sangría como la purga, sea por arriba o sea por abajo. La sangría es mala porque deja

más vacíos los vasos, y comunicándose con más amplitud por ellos la ponzoña, extiende su malignidad rarefaciendo y segregando con más violencia las partes y bálsamos de la sangre. La purga es peor, porque los purgantes constan regularmente de unas sales muy compañeras y semejantes al fermento de las calenturas pestilentes; y puestas unas y otras en más tumultuoso curso, aumentan la acritud y la mordacidad, y se sigue infaliblemente una superpurgación irremediable. El auxilio seguro en estas licuaciones, que proceden de maligna fermentación, es aplicar al enfermo los mixtos que tienen virtud dulcificante y fijante contra las puntas volátiles del pestífero fermento, y mirar a reunir y volver a su sitio y proporción a las partes prófugas y confusas de la sangre. Una y otra intención suele lograrse mezclando los medicamentos alcalinos fijos con los ácidos, y entre la silva dilatada de unos y otros, son los seguros el coral, la perla, las raeduras del cuerno de ciervo y unicornio, el bolo arménico, los ojos de cangrejo, el espíritu de vitriolo, el nitro dulce, el zumo de cidra y de limón, y otros de esta clase.

-He dicho esta doctrina -prosiguió el etíope- por entretener tu curiosidad, que ya sé que sólo me importa hablarte en la calentura pestífera maligna que procede de la coagulación, que es la que ha quitado la vida a ese precito. Oye, pues. Conocido el denso coágulo de su sangre, conjeturado por el universal abatimiento de lo vital y animal, le acudieron discretamente con los bezoárdicos, los aromáticos teriacales y otros mixtos espirituosos y volátiles, para que su fuerza, su impulso y su virtud aliquidara y animara el bálsamo ahogado de la sangre, y al mismo tiempo destruyese la pestilencia del fermento; pero no valió su agudeza para penetrar la densidad oprimida del coágulo, ni para resolver la peste de las malignas sales. Eligió la práctica de sus estudiosos asistentes la más circunstanciada y famosa mixtión en que funda la medicina sus aciertos, que es el agua cocida con las rasuras del cuerno de ciervo, la raíz de la serpentaria y virginaria, las perlas, el antimonio diaforético marcial, los ojos de cangrejo, los polvos de víboras, el coral, el espíritu de sal armoniaco, el alcanfor, la confección de jacintos y de alquermes, y el jarabe de la escorzonera; y repetida cuatro veces al día, no lograron más señales de su virtud que un sacudimiento que hizo la naturaleza al ámbito del cuerpo de este hombre de algún material sutil, por lo que creyeron haber conseguido alguna extensión en la sangre. Con este signo no dudaron en la sangría, pero luego que fue ejecutada se siguió por ella más vacío en los vasos, y mayor pérdida en las fuerzas y los espíritus, y retrocediendo a las partes internas el material maligno que ya habían asomado la cabeza al ámbito del cuerpo, puso al miserable enfermo en el estado de incurable. Apelaron a los parches de cantáridas, a las ventosas sajadadas, a las epítimas al corazón, a los redaños del carnero y de lechón; pero todo fue en vano, como lo está hablando ese difunto, que más acredita lo infalible de la muerte que los milagros, las confianzas, las vanidades, los triunfos y los aforismos de la medicina.

Dio fin a la historia médica mi desgraciado maestro, y cuando mi discurso empezaba a tirar las primeras líneas de la meditación sobre el plan del mísero cadáver, se agarraron de mis orejas unos gritos tan crueles, que no sólo destruyeron mis consideraciones, sino que su espantosa consonancia produjo en mi espíritu un horror y un miedo más

abominable que el que había padecido en la aparición del etíope, y en el examen de los tristísimos moribundos y condenados. Entraron por la sala berreando y repitiendo con horrible algazara las mortales voces de «¡la visita, la visita!», hasta seis u ocho galopines de galeno y probostes de la naturaleza, rodeados de un doctor de horca y cuchillo, que venía dando órdenes de plantar mataduras, injerir lancetas, envasar jeringas, entrometer ventosas y arruinar humanidades. Venía detrás de esta turba el maestro de las fármacas, el cocinero de las ponzoñas, abrazado de un tablón, en ademán de esqueleto en el que suelen escribir las muertes o las recetas. Empezó el Nerón graduado a pulsar al enfermo de la cama primera, y le soltó tan brevemente la mano, como si hubiera encontrado alguna ascua en el pulso. Así fue tocando a todos los enfermos sin actuarse siquiera de la tercera pulsación, y corrió las dos líneas de la sala con tanta velocidad como el soldado que pasa por las baquetas. Desaparecióse la visita, y yo quedé tan pasmado como si se me hubiera aparecido algún difunto. Cobréme un poco y revolviéndome a mi diablo, le dije:

-Si me has asegurado que cualquiera desconcierto de los que turban la armonía de nuestra humanidad necesita de larga meditación para conocer el motivo de su destemplanza; si me has dicho que es necesario mucho tiempo para imponerse en las señales propias y distintivas de tal y tal achaque y, finalmente, si dices que importa un medroso y prolijo estudio para determinarse a curar y volver a su concordancia y salud el cuerpo, ¿cómo este doctor, que naturalmente sabrá menos medicina que el diablo, se actúa tan presto, no solamente en la enfermedad de uno sino en la de tantos hombres como ocupan estas líneas? Tú me has engañado, bien te llaman padre de la mentira. Yo creo que no hay cosa más fácil en el mundo que ser médico, porque teniendo presente las voces de purga y sangría, cualquiera bruto podrá curar, como ha hecho este médico que se acaba de desaparecer de aquí. A mí me parece que basta para ser médico tener una tablilla en donde estén escritas estas dos palabras de sangría y purga, como la que ponen los astrólogos al principio de los calendarios, que dice mala, buena, indiferente, pues en algo de esto han de parar los purgantes y los lancetazos que se recetan. A ningún médico se le pide cuenta de si recetó bien o mal la purga y la sangría; con que no teniendo guardián ni juez que residencie sus decretos, no hay peligro en disparar lo primero que se viene a la boca.

-Mucho extraño -me replicó mi etíope- que te asustes de ver un hombre que no cumple con su obligación y con su oficio. ¿No sabes que hay malos oficiales en el mundo? ¿Malos trabajadores? ¿No penetras que los más de los sujetos que llenan la vida, comen y triunfan con el oficio que ignoran? Hazte cargo de que este médico y otros infinitos no tienen más caudal que el que le producen sus visitas; si hace pocas, cumple con los preceptos de su profesión, pero deja quejosos a su mujer y a sus hijos, que desean ser poderosos a costa de las vidas de muchos y de la condenación de su padre. El mismo tiempo que ha gastado este doctor en visitar estos dolientes, gastan los más de los médicos aun en aquellas visitas de las gentes acomodadas y distinguidas de los pueblos. Pulsan por costumbre, y luego se parla entre los asistentes y otros visitantes de las novedades que ocurren, y si el triste paciente da algún grito o suspira forzado de la opresión y los dolores, le dice con magisterio.

«Calle, señor, que no es nada; yo volveré por acá, purgaremos un poquito mañana, y esta noche una ayuda y cene poco.» Y se despide a dejar la misma receta en todas partes en donde está prevenido. Y ha llegado el estudio de su flojedad y de su malicia a tal persuasión, que tienen asegurado y hecho creer que esta poca detención con los enfermos es medicina, porque no juzgue el doliente que es peligroso su achaque, pues tal vez su aprehensión movida de la detención del médico, podría ocasionarle la congoja de discurrir que era grave su mal, cuando le obligaba a asistir con más observación. También ocultan su ignorancia cuando se les pregunta por el nombre, la causa y la duración de la dolencia, diciendo que a los enfermos no se les puede responder en forma, ni hacerles muchas preguntas de las que se ordenan a conocer el enemigo del achaque, porque de estas preguntas y formales respuestas les resulta una aprehensión mortal y una melancolía espantosa, que pone en mayor altura los accidentes y los síntomas. Lleno está el mundo de indignos profesores, pero no hay gremio tan desalmado como el de los que se alistan en la tropa de Galeno.

-Yo bien sé algo de eso, -le dije a mi diablo-; pero no puedo hablar sin peligro en esta materia. Vamos a otro asunto que a mí por ahora sólo me toca dar muchas gracias a Dios, porque me dio medios para haber restituido a los pobres cincuenta doblones, que hurté con esa ganzúa en Portugal en una temporada en que me acosó la hambre. Y aunque me dieron algunas opiniones los teólogos para retenerlos, me pareció que me aseguraba más volviéndoselos a quien los quité con mentira y con engaño, porque yo sabía tanta medicina como muchos de los que la venden, y ésta creo que no basta para vivir con la gracia de Dios. Hablo aquí de infinitos faranduleros, que sin haber pasado por examen alguno, ni haber cumplido con las leyes del reino, que previenen lo que ha de estudiar el médico, y sin tener licencia de Dios, del rey ni de sus ministros, andan vagos hurtando y matando, sin más dolor de su conciencia que el que tienen de los infelices que pillan en sus manos.

-Asunto es el que teníamos comenzado -acudió mi etíope-, que pedía más tiempo que el que nos resta, y así oye brevemente la historia de la condenación de este hombre, que ya nos está dando prisa otro moribundo.

Ese malaventurado precito pudo hacer en la comunidad de los vivientes la figura más venerable y el papel más apreciado de su farsa, porque el nacimiento, las fortunas, el espíritu y la alianza fue de las que respeta por glorias el mundo; pero sus vicios lo arrojaron a ser la abominación de los hombres y los diablos. Pasó los años de niño con una crianza voluntariosa, delicada y adulatora, la que empezó a burlarse de su alma luego que llegó a los verdores de la juventud. Ya había cumplido diez y seis años y no sabía persignarse en el rostro, porque solamente dedicaba su atención a engreír el cuerpo para venderle a las deshonestidades y a las desenvolturas. Fue en el mundo un botequín de perfumes, una tienda de melindres, y una joyería de cintajos y galanuras, y todo su estudio y su ansia la aplicó a envolver el costal de los gusanos de su cuerpo en cambrayes sutiles, telas blandas, sedas vistosas y todos los cascabelillos y catacaldos que componen un tonto petimetre. Detrás de esta ociosa y viciada inclinación se siguieron otras distracciones más culpables, porque él fue una despensa de gula, un matadero de la lascivia, la repostería de la soberbia, y un bodegón de los siete pecados mortales, pues vivió

entregado a las golosinas, a las vanaglorias, a las carnes y a las cubas. Derramó este hombre brutal un crecido tesoro, que juntó su padre para la condenación suya y la del hijo, en estos desórdenes y en contentar una tropa de músicos, un cabañil de poetas y una porcada de danzantes, y otros perdularios que no tienen más atención ni más ídolos que la estafa, el petardo, la desenvoltura y la ociosidad. Embutido en esta piara de locos y rebuznando con ellos pasaba todas las tardes y noches, siendo su desventurada tarea desasosegar maridos, inquietar padres y desvelar barrios, corrompiendo con escandalosos gritos el honor de las casadas, desarrebujando la vergüenza de las vírgenes y haciendo brincar el encogimiento de las viudas. Hízose esclavo de estos vicios y de un sirviente suyo adulador, lisonjero y codicioso, tenido por inteligente y era un mulo con traje cortesano. Quedóse en el Mequinez de este moro mucha parte de los doblones heredados, y los demás se repartieron entre mercaderes, arrendadores, pobretas, músicos y otros gomias y tragaldabas, y quedó raspado de bolsa, desnudo y precisado a valerse de los petardos y los hurtos. Mirábale ya con ceño y cautela la justicia, los amigos lo desampararon, y el infeliz hedía en todas partes tanto, que se vio precisado a huir a un vecindario corto. Arrebujado en un capisayo de burdos berrendos, cubierta la cabeza de costras, tiña y una gorra de sayal, tunó algunos años por las cocinas, las tabernas y los pajares, asustando a los pasajeros y los moradores con su laceria y su necesidad. En esta desventurada vida le agarró la fiebre pestilente, y conducido en un burro de lugar en lugar, paró en este hospicio, adonde acabó sus días impenitente y rabioso, y por no horrorizarte no te refiero las circunstancias de sus sacrilegios y su condenación.

Puso fin a la historia de este infeliz difunto mi desgraciado maestro, y sin concederme una brevísima reflexión sobre los infortunios de su vida y de su muerte, me llevó a la vista del siguiente moribundo.

Cama V

El nefrítico

En los torpes brazos de un afecto tan soporoso que se las apostaba en modorra y desfallecimiento a la fuerte opresión de los letargos, yacía un moribundo con la marca y el sayo de la muerte sobre su lánguida y descaecida humanidad. Tenía la cabeza descolgada por el un extremo de la cama, pero tan pendiente como si estuviera desprendida de los hombros. Los cabellos arremolinados, los unos revueltos contra los ojos; los otros tendidos contra los pies de la cama, y algunos mechones rodeados al pescuezo en ademán de soga de ahorcado. La nuez de la gorja era tan erguida y sobresaliente que le podía servir de escuadra a un carpintero. Las narices, con horrible desproporción abiertas, mostraban dos boquerones capaces para esconder dos pelotas. Llegué a tocar su cuerpo, y lo percibí frío, pegajoso, cuasi exánime, y enroscado de modo que tenía cosidos al estómago los muslos. Después de haber repasado con mi vista su horrible y pajizo semblante, dio señas de viviente en un suspiro más melancólico que su misma figura. Suspenso estaba yo, e ignorante de la enfermedad de este infeliz, porque los signos que demostraba eran casi comunes a otras

dolencias; pero mi etíope me liberó de mis confusiones diciéndome:

-Antes que camines con el discurso y la vista a informarte de los signos peculiares de este morbo, quiero que sepas que padece este hombre una contracción o crispatura en las fibras de los riñones o uréteres inducida de alguna piedra o material jaletinoso, salino-ácido, o de otro cualquiera cuerpo duro, rígido o de notable aspereza, engendrado y endurecido en los riñones o uréteres. A esta dolorosa enfermedad, sensibilísima e invencible angustia, llaman los médicos dolor nefrítico, y sus señales son muy equívocas con el dolor cólico y el afecto histérico. Atiéndeme, pues, que yo te separaré con claridad los signos de este achaque, no confundamos los unos con los otros. El que padece el afecto nefrítico con la violencia que este moribundo no puede tener extendido el cuerpo con rectitud, y cuando desea ponerse recto se exacerba terriblemente el dolor, y percibe en la región de lomos una gravedad que no le permite la extensión; pero en el cólico no sucede así, porque a éste le queda libre el movimiento de la rectitud. Siente también el nefrítico un estupor en la pierna donde hace asiento la piedra; porque con su gravedad causa retractación en el testículo, lo que no sufre el cólico. Es señal distintiva de este afecto la orina tenue de color de agua, y muy poca a los principios, y en este hombre, no solamente es poca la orina, sino que ha llegado al extremo de una supresión total, porque tiene el uno y otro urete tapados con piedras y algunas materias pegajosas, que han hecho un cal y canto en la vías y ductos de la orina, que es signo el más distintivo en los otros achaques, y mortal en unos y otros. Algunos afligidos de este dolor arrojan la orina sanguinolenta, porque la piedra suele romper con sus ángulos los vasos capilares, y originarse la micción sanguina. También ponen rubicundas las orinas las sales tartáreas que se disuelven en ellas. Los vómitos, aunque son equívocos con otros males, no se deben extrañar en éste, porque los nervios de los riñones y el estómago tienen una notable unión y comercio entre sí, y precipitados los unos se sigue la revolución de los otros. Finalmente se distingue este dolor del cólico y el histérico, que son los más equívocos y semejantes, en que en éste se ven asientos, arenas o piedras en el orinal, y dichas arenas son signos de la abundancia de las sales tartáreas coagulables y ásperas. Distínguese en el estupor de la pierna y retractación del testículo, en lo sanguinolento de la orina, y en la curvatura del cuerpo. Padecen los nefríticos otros síntomas, como es la inflamación interna, los sudores fríos, los movimientos convulsivos y otros; pero éstos son comunes a muchas enfermedades, y por ellos solos no se debe capitular por nefrítico el dolor. Éstas son las señales más evidentes que distinguen esta sensación dolorosa de las demás; oye ahora las causas que la engendran.

La causa más conocida e innegable que produce la violenta y dolorosa contracción en los riñones o uréteres -prosiguió mi diablo- es la piedra criada en ellos. Lo que resta saber es la generación de este mixto, y el modo de su crianza y formación. Cría y endurece esta piedra un ácido exaltado de las primeras vías, el cual encontrándose con las partículas alcalinas volátiles de la orina, y puestas en movimiento por la putrefacción, forman su competencia, y ésta termina en la coagulación de unas y otras partes, a las que se arriman algunas sales térreas y otros átomos, y de la unión de todos resulta la piedra o cuerpo

duro, sabuloso, áspero o rígido. Hallándose disposición putrefactiva en los riñones, ya sea ínsita en la parte, ya adquirida de principios extraños que destruyen e invierten su espíritu, equilibrio o natural fermento, se sigue inmediatamente también la putrefacción de la orina, y exaltadas sus partículas sulfúreas y salino-alcálicas se dejan inficionar de algunas térreas, que son las que dan principio y formación a la dureza de la parte; para lo cual no es de menos importancia el calor preternatural de los riñones. Las impurezas del estómago por las malas cociones, u otro vicio de esta oficina, es la frecuente causa de la generación de esta piedra. Asimismo cuando llegan a estragarse los sucos pancreático y colidoco: porque éstos introducen en la sangre un quilo recrementoso y tartáreo que destruye el bálsamo sulfúreo del líquido sanguíneo. Las aguas gruesas, saladas y gredosas, los vinos tartáreos, crasos e indigestos, y los alimentos en quienes dominan estos principios glutinosos y víscidos son agentes que van poco a poco labrando dicha piedra. Y finalmente puede producir este dolor cualquiera material de sangre grumosa, extravasada, o cualquiera impureza sabulosa o flatulenta, u otro cualquiera cuerpo que pueda extender, herir o tapar las uréteres o ductos de la orina.

Aquí llegaba mi demonio con su explicación, cuando el mísero doliente despidió el alma entre gemidos, dolores, rabias y desconsuelos; y volviendo a atar el hilo de su informe me dijo:

-Era preciso que acabase presto con su vida ese desdichado, porque la violencia y ejecución del achaque lo estaban atropellando con invencible desesperación. Todos los signos mortales de este afecto tenía sobre sí esa mil veces desdichada criatura. Y siempre que veas la opresión total de la orina, o presumas la inflamación interna, o la llaga en los miembros principales de riñones o uréteres, y que a éstos se siguen los movimientos convulsivos, el letargo, los extremos y sudores fríos, puedes echar el fallo de muerte al reo que los padezca. Basta la doctrina que te ha dado para que quedes instruido en la esencia, las causas, señales y pronósticos de este terrible dolor; escucha ahora, y examina los socorros con que se suele entretener y ayudar a los enfermos heridos de esta piedra, y los que se aplicaron sin provecho a ese infeliz.

La primera solicitud de los médicos en esta dolencia es dulcificar las materias salino-ácidas, estorbar el dolor y la convulsión, y ensanchar las vías para que se pueda deslizar la piedra. El segundo objeto de su cuidado debe ser sosegar y precaver la inflamación, continuando con prudencia las sangrías, y desalojar las impurezas de las primeras vías para que no se pasen a los ductos de las uréteres. La tercera intención será buscar los específicos oportunos para demoler o arrojar la piedra. Y la cuarta, restituir a su genio y textura natural el espíritu y fermento de los riñones. Lo ejecutivo del dolor y la dulcificación del material salino se suele lograr con una mixtura en que se revuelven las simientes de malvas y malvaviscos, las otras simientes frías mayores, y el alquequenje. Detrás de esta bebida se manda tomar otra, que se compone del jarabe de altea, aceite de almendras dulces, bálsamo oriental y tintura de azafrán, polvos de cortezas de huevos quemadas, ojos de cangrejo, esperma de ballena y láudano de opiato. Esta última mixtura es más celebrada, y su virtud es suspender o quitar el dolor convulsivo, laxar las vías y

dulcificar la acritud de las materias, pero ni uno ni otro fin logró ese desdichado muerto. Acudieronle con sangrías para aplacar la inflamación, y con ayudas, cuyos hálitos y vapores laxasen lo encrespado de las fibras; pero aunque se dispuso la ayuda de leche, yema de huevo y azafrán, y de la de altea, malva, violeta, parietaria, etc. y otros simples, en cuya textura se incluyen partículas blandas, dulces y vaporosas, ni unos ni otros auxilios pudieron suspender sus dolores, ni su muerte, porque lo arrebató la cruel opresión de orina por la copia de material pegajoso tartáreo y lapidoso que cargó sobre los riñones y ductos de la orina. Ya tenían los platicantes elegidos los más especiales diuréticos y disolventes de la piedra, si hubiese cedido la crispatura y el dolor; pero como no llegó el enfermo a sujetarse a la tercera, ni cuarta intención, no tuvo lugar su experiencia. No obstante te diré las mixturas que son apropiadas para este fin por si acaso se te ofrece usar de ellas. Dos son las más especiales. La primera se compone de la raíz de altea y eringio, bayas de laurel, flor de retama, betónica y fragaria. La segunda se adereza de zumo de limón, piedra judaica, sangre de macho, goma de cerezo, aceite destilado de bayas de enebro y aceite de almendras dulces. Otra bebida además de las dos usa la práctica médica, que ha hecho poderosísimos efectos y es la siguiente: el zumo de acelgas, sal volátil de succino, polvos de corteza de avellanas, jabón de piedra, polvos de la túnica interior del estómago de la gallina, espíritu de orina de macho y espíritu de terebintina. Para estorbar la nueva formación de la piedra habían discurrido en auxiliar el estómago, deponiendo primeramente los surcos impuros y extraños de primeras vías, dulcificando y precipitando todos los recrementos salinos que corrompen y destruyen los líquidos, y para conseguir estos fines y el de arrojar los sábulos restantes, tenían escogidas las píldoras con el mercurio dulce, ruibarbo, polvos de nísperos, jabón de piedra, orozuz y láudano, y finalmente para confortar los riñones, y volver a su espíritu el fermento trabucado y pervertido, estaban en la lista de su imaginación los ojos de cangrejo, y muchas de las sales vegetales conocidas para dulcificar y hebetar, pero la rebeldía, prontitud y mordacidad del dolor no permitió examinar con la práctica lo decantado de las virtudes de estas mixturas y remedios.

Repasando estaba mi memoria las útiles lecciones que le había encomendado el docto etíope, y discurriendo mi imaginación por los fecundos y breves espacios de su doctrina, cuando inquieto mi espíritu o cansado de la detención en un solo asunto, empezó a saltar de objeto en objeto, hasta que nuevamente rendido, descansó sobre la consideración de las admirables substancias que cada hombre lleva en el prodigioso mundo de su cuerpo. ¿Qué reino es éste del hombre -decía yo- tan universalmente compendiado, que en su brevísima capacidad contiene todas las substancias, producciones, vidas y muertes de ambas esferas? ¿Qué separatoria tan discreta? ¿Qué química tan milagrosa es la que abarca en sus cavidades para congregar, cocer y depurar con excelente distinción, ya las piedras, ya los líquidos, ya los vivientes y todo el género y diferencia de habitantes, que se dilatan en las oficinas inferiores del mundo? ¿Qué cualidades tan activas son las suyas, con las cuales cría, aumenta y disminuye tan estupendos entes y tan increíbles criaturas? ¿Qué fuego es el que se mueve en su capacidad tan poderoso que por sí circula, prepara,

mantiene y vivifica su todo, sus partes y sus innumerables contenidos? ¿Qué tierra, qué humedad, qué masa, qué agregados incluye en sus líquidos y en sus sólidos tan peregrinamente circunstanciados, que en ellos encuentra cuantas disposiciones pueden valer y ser útiles para la generación de tantos vivientes específicos y piedras, como hemos visto producir, retener y arrojar a su naturaleza? Sin salir el hombre de sí mismo hallará argumentos y asuntos, que el más mínimo de ellos le pueda ser estudio de muchos años. ¡Válgame Dios! Con qué poco se contentaron los filósofos aristotélicos que, preguntándoles por el hombre, sólo responden, y con mucha hinchazón, que era animal racional. A brevísima definición quisieron reducir un mundo tan maravilloso. En una cláusula encerraron la prodigiosa máquina que hizo Dios a su similitud. No repruebo su definición, sólo condeno la poca contemplación que han hecho en el sujeto más admirable de la naturaleza. La filosofía puede decir que la sabe el que tiene una mediana noticia del hombre y del mundo, que son los entes sujetos a sus contemplaciones. ¿Quién de los que hoy se llaman filósofos en las escuelas y universidades se ha entretenido en conocer y examinar la formación, estructura, economía, oficios, usos y pasos de la vida del hombre? ¿Quién -sino que sea alguno que por el mecanismo del interés- ha contemplado en las causas, los modos, los motivos y los tiempos de sus enfermedades? ¿Quién se ha detenido en estudiar y examinar los medios para su restitución? Infinito tiene que hacer el hombre consigo y dentro de sí. Estudio es que pasa más allá de su vida el del conocimiento solamente de su animalidad. Su fábrica tiene mucho que ver y que admirar. Innumerables y estupendos son sus secretos y maravillas, y pide mucha atención y largo estudio una noticia breve de su movimiento y formación.

Raramente asombrado discurría mi pensamiento por la portentosa fábrica del hombre, y cuando empezaba a contemplar sus maravillas me arrebató del estudioso examen un suceso muy casual y posible en las melancólicas mansiones en que me persuadía habitador el sueño, pero tan espantoso que aun soñado pudo quitarme la vida. Yo me vi repentinamente oprimido entre los excarnes y musculosos brazos de un frenético moribundo, que saltó con precipitado coraje de una de aquellas camas, sin traer sobre su curtida humanidad más cobertera que unos mechones y rapacejos de lino, que pudo ser camisa en otro tiempo. Echó su negra boca a mis carrillos con fuerza invencible, y yo tirando mi cabeza hacia mis costillares pude huir de sus primeras tarascadas. Abalanzóse más rabioso el moribundo, y apresándome el pescuezo me imaginé tan ahogado como si me hubiera cogido las orejas la trapa de una bodega. Empecé a gritar, y ya fuese al ruido de mis voces, o a la fatiga de imaginarme ahorcado entre sus dientes, yo desperté en mi cama revuelto en sudor y en congojas tan pesadas, que en mucho tiempo no pude desarrebujarme ni sacudirme del susto y de la fatiga que imprimieron en mi espíritu.

Éste es, amigo y Señor mío, el sueño, el que podrá ceder en mucha utilidad del público si Vd. lo corrige, ya que yo no he acertado a trasladarle al papel con la viveza que pasó por mi fantasía. Suplico a Vd. le dé lugar entre sus papeles, para que le divierta algún rato, o su lección, o la memoria de mi voluntad, la que enteramente aspira a obedecer sus órdenes. Nuestro Señor haga a Vd. feliz y lo libre de todo mal.

Acabé este discurso en Salamanca a últimos del año de 1736.

El Dr. D. Diego de Torres

Tercera parte

Sala de mujeres

Sueño médico, místico y moral a la Exc.ma señora Doña Teresa de Silva, Ríos y Mendoza, mi señora condesa de Luna, etc.

Exc.ma señora.

Luego que el encogido temor de mi venerable respeto se determinó a estampar en el primer tomo de mis desvalidas obras los preciosos caracteres del sagrado nombre de V. E., conseguí todo el honor, la defensa, la hermosura y felicísimo premio de mis ingratos estudios y fatigas. Lo perezoso de la prensa me ha retardado la gloria de sacrificar a los pies de V. E. los humildes rendimientos de mi veneración, dejándome en las estrecheces de su angustia sofocados los apacibles motivos de mis respetuosas expresiones. Ya no me puedo valer con las reverentes ansias de mi espíritu, y mi deseo no me deja esperar a sus molestísimas dilaciones, y aunque mi consideración me persuade menos desgraciado aquel culto, quiero echar la mano de este más pronto sacrificio, porque con la brevedad del obsequio se anticipan mis venturas, y se acallan los impacientes gritos de mi dichosa servidumbre.

Al sagrado de V. E. dedico el último proyecto de mis delirios en esta tercera parte de los Desahuciados del Mundo y de la Gloria, con el que he dado fin -quiera Dios que con utilidad del público- a los más preciosos sistemas y fenómenos de la medicina y la moral. Hasta aquí todo ha sido soñar, y mis tareas han salido como hechas a ojos cerrados; pero ahora que los abro tan dichosamente, espero que mis vigiliass y mis desvelos me venguen de los disparates de mis modorras. Desde hoy empezará mi despabilado juicio a poner distintas luces a mis nebulosas tareas, y no dudo que estando en mi acuerdo salgan más lúcidos al teatro del público los negros rasgos de mi embotada pluma, y más cuando imagino en la benignidad de V. E. y su soberana protección, cuyos caudalosos resplandores ilustrarán las moribundas luces de mi tenebroso y descaído ingenio.

El celestial influjo que me inspiró la solicitud del patrocinio de V. E. me prometió todas las venturas que puede apetecer el noble delirio de una ambiciosa fama. La presunción sola de su imaginada afabilidad me tiene ya en la banda de las felicidades, y fuera de los dominios de la inconstancia de mi mala fortuna. Yo creo que no es posible ser más dichoso; y así no he pensado en más prosperidades, pretensiones, ni honras que en la de suplicar a V. E. que no me deseche de su amparo, y que se digne de admitir este breve culto, mientras que la ingratitude de la prensa me vuelve el que ha días que consagré a sus pies, y que reciba las humildes, respetuosas y festivas abundancias de mi corazón, el que estará continuamente rebosando gozos, adoraciones e infinitas gracias por la suma piedad con que espero que ha de engrandecer mi anterior abatimiento.

Nuestro Señor guarde la deseada vida de V. E. para honra, consuelo y alegría del mundo. Salamanca hoy último de abril de este año de 1737.

Exc.ma señora

B.L.P. de V. E. su humildísimo Siervo

El Dr. D. Diego de Torres

Prólogo

Para el que venga a leer con buena o mala intención, y sea quien fuere,
que ya ha perdido
el miedo y la vergüenza a los lectores

Ya es éste el último de mis sueños. Aquí dan fin mis modorras y mis disparates. Desde mañana empiezo a velar y a escribir con mis cinco sentidos libres y desembarazados del polvo y la paja de los vapores. Si he sido molesto con esta idea, yo me lo pierdo y yo me lo perdono; contra ti no va nada, porque ni has puesto tiempo para escribirla, ni pierdes caudal alguno en su impresión. Si no la lees, no sé si haces bien; si la compras, haces mal, que no te faltará quien te la preste y te ahorras esos cuartos. Si te das el chasco de leerla, más he trabajado yo en escribirla; con que de todos modos soy el perdido y déjame en paz, pues no gasto de tu patrimonio. Para vivir, sanar y hacer felizmente el último viaje, te he propuesto en estas obras lazarillo que te adiestre y luz que te guíe. Síguelos, que no te perderás, aunque te parezca que te encamina un ciego. En el proyecto de estas tres partes te he pintado los enfermos como están en las camas, no como los ponen en las escuelas, donde fácilmente se curan todos sin sanar alguno. Me persuado a que es más demostrativo el modo de conocer la enfermedad a la cabecera del enfermo, que en la cátedra del doctor, porque éste desde su púlpito habla solamente, y el otro desde su cama informa no sólo con la lengua, sino con todos sus miembros y sentidos. Las especulaciones y parlerías de las aulas sólo sirven para engañar a los inocentes o los ignorantes en el legicón de la medicina. Las observaciones al pie del postrado son las que desengañan y aprovechan aun a los que no están instruidos en las definiciones medicinales. El medio útil de la muerte también se hace más sensible, y más venerable a las almas en las angustias de los moribundos. Los arrepentimientos del pecado mejor los introduce un agonizante o un difunto que un predicador. Materia te doy bastante en estos desahuciados para la enmienda de tus vicios y de tu salud corporal; si la quieres coger, buen provecho te haga, y si no, déjala, que a mí todo me sirve. Dios sabe que mi intención es la de que caminemos con rectitud el uno y el otro, tú con los resplandores de mi escritura, y yo con las luces de la meditación que me producen mis trabajos. Nunca tuve vanidad ni presunción de maestro, sólo me ha rodeado la buena condición de estudioso; acuérdate de ella para saberme perdonar los defectos que encuentres, que yo de mi parte estoy pronto para disimular tus tortuosas inteligencias, que las más veces está el pecado en el que lee y no en el que escribe, aunque sea el pobre escritor el que siempre lleva los azotes. Si nos disimuláramos los unos a los otros, viviría más pacífico el mundo, y esta correspondencia es imposible en ti y en mí. Habla y murmura, que yo te juro defenderme a prólogos, siempre que te vengas a poner faltas o sobras a mis papeles. Dios nos guarde al uno del otro, y viviremos en paz.

Sueño al mismo amigo

Torpe, abutardado, perezoso y sacudiendo con lánguidos esperezos una remolona laxitud, que se estregaba por toda mi humanidad, me levanté ayer tarde de la mesa, dejándola rodeada de algunos alegres comilones, que habían servido de mucha honra, de gran gusto y de buen provecho. Con unos palominos -que por descuido de la templanza o por atropellamiento de la economía se entraron en mi olla-, un trozo más de vaca y algunas zurrapas del clarete se dilató el apetito, se atropelló la dieta y se puso la racionalidad al peligro de dar de bruces sobre las brutalidades de la borrachera. Los hidrónicos vapores, hinchados de la copia extraordinaria de la comida y de los sorbos, desmoronaron de mi cerebro algunos zumos, que colándose por las fibras de los nervios, me continuaban los estirones de brazos, las aberturas de boca, y otros preternaturales corcovos, con que en una misma coyuntura se saboreaba y se rendía mi cargado cuerpo. Arrastrado de los pies sin que lo supiese la cabeza, me descuaderné de los amigos, y di con mis costillas sobre un escaño, que sirve de rústico adorno a mi aposento y de suavísimo regodeo a mi pereza. Dulcemente cariñosa empezó a agasajarme, y yo recibía sus amores con tal desprecio y olvido de las comodidades, que me estaba burlando, y haciéndole dos higas al mordaz frío del enero, que con el índice de un vendaval furioso me las estaba jurando de tiritonas y moquitas. Aporreábanse unos con otros los irritados átomos del aire con tan horrible estruendo que me pareció que rugían en la estrechez de mi habitación una caterva de alguaciles hambreones, o una tropa de comisionistas poseídos de la rabia y la miseria. Los bramidos de su cólera rodeaban por todas partes mis orejas, y por un ventanillo que permitía una escasa luz a mi breve aposento, me arrojaba vómitos y espadañadas tan injuriosas y desapacibles que a dar en otros hocicos más delicados, los hubiera mordido la carnadura y la tolerancia. Pero como yo gracias a Dios tengo hecha la paciencia a mayores porrazos y los oídos a más revoltosas tormentas, me hice sordo y desentendido a sus bocanadas. Dejé, no obstante, el escaño con gran paz, y agarrando un manajo de trapajos, tapié la gatera y dije entre mí: «Como yo cierre mis ventanas poco cuidado me dan todos los troneras del mundo.» Escondido el cuerpo entre dos mantas, y rodeada la cabeza de un gorrete de felpa de Santiago, me volví a tumbar sobre mi basto catre. Con la nueva obscuridad y los más sordos zumbidos del viento, pues ya me sonaban a arrullos sus voraces soplos, me quedé como dormido, y entregado a las correrías, juguetes y disparates del sueño. No quedó pensamiento triste, bulto fúnebre, memoria funesta ni tabla horrible que no saliese a ser melancólico objeto de mis aprehensiones. Los diablos, los precitos, los difuntos, los agonizantes y otras tristísimas visiones eran las alegres imágenes que se presentaron a los turbados ojos de mi medrosa imaginación. Danzaban por las mansiones de mi cerebro tan deformes y endemoniadas figuras, que muchas veces he creído en mis vigiliadas que algún diablo íncubo se acuesta con mi fantasía, pues la hace parir tamañas monstruosidades. ¡Mágico prodigioso es el sueño! ¡Qué bien que transforma, pinta y abulta en los espacios imaginarios las aéreas y fabulosas imágenes para engañar nuestros sentidos y potencias! Pero ninguna vez de cuantas me

ha burlado el alma con sus mentirosas perspectivas ha dado más viveza a las fantásticas figuras. En sus cantidades y máquinas me persuadía tan de bulto los abominables accidentes de la fealdad y la fiereza, que se dejaban tocar de los ojos, del susto y del pavor. Rodeado de congojas, angustias y rigores estaba mi espíritu, cuando apareciéndose en medio del tropel mi viejo etíope blandiendo su rudo porrón, puso en quietud su revoltosa y descuadrada cuadrilla, y yo respiré y me sacudí de los temores que oprimían mi pecho con el oportuno socorro de mi diablo, porque la frecuencia de sus apariencias me ha hecho tan familiar con su diablura, que muchas veces me arguyen los desvaríos del insomnio, o a que ya soy tan diablo como él, o a que él es tan hombre como yo. Hallábame muy contento con sus lecciones y su civilidad; y su compañía me era tan apetecible como la de otros diablos que en figura de gentes andan alrededor de mí, tentándome para los peligros con la lisonja, o persuadiéndome para las maldades con la cautela.

Con una blandura increíble en su rabiosa desesperación, y con la ciencia innegable a su malogrado espíritu, empezó a divertirme de tal modo, que yo estaba por entonces haciendo juicio de irme con él hasta el cabo del mundo. ¡Tal es el poder del agasajo y la sabiduría, que saben hacer bienquisto aun al mismo demonio! No obstante su civilidad, yo padecía mis temores y mis desconfianzas, e interiormente me prevenía contra sus cautelas con los reparos de la fe y de la religión, porque es mula falsa, y cuando menos se recata un cristiano le suele apretar los coces tan furiosos que lo puede poner en los infiernos. Díjome que su tercera venida al mundo se ordenaba a mostrarme los últimos Desahuciados del Mundo y del Cielo; y que era preciso que reconociese los vicios y defectos de las hermosas y delicadas máquinas de los cuerpos femeninos, porque en la diversa conformación de alguno de sus órganos resonaban muchos achaques de diferente armonía que en los de los hombres, y para notar sus desconciertos era forzoso oír y ver en el práctico examen sus alteraciones y mudanzas. Asustóme mucho su noticia y su determinación, porque el conocimiento de mi fragilidad y lo fuerte de la ocasión pusieron delante de mi conciencia tan evidentes los peligros, que ya lloraba a mi antojadiza voluntad en el poder de los consentimientos. Alenté, pues, a mi temeroso espíritu con los propósitos de mi resistencia, y fortalecido con la esperanza en Dios le respondí que estaba pronto a seguir todos los pasos que se dirigiesen a tan útil y sabio fin. Dio sus órdenes secretas a la runfla de los otros diablos, y tomando éstos el lugar posterior a nosotros fuimos caminando al melancólico teatro de las dolencias, adonde sólo cubren el aire suspiros profundos, quejas lastimosas, ayes tristísimos, hedor contagioso e insufribles inquietudes y agonías. Tocamos, pues, el umbral del antiguo hospicio, mansión de las piedades y las angustias, centro de los desengaños, las zozobras y los alivios; adonde se burlan los achaques y las miserias de las confianzas y altanerías de la robustez; adonde se descubren y castigan las cobardías, debilidades y baladronadas de la juventud; y últimamente donde acaban de ver nuestros ciegos sentidos la ruina y la muerte, y el desvanecimiento de la soberbia humanidad. Quedáronse a la puerta en acecho de las almas que habían de salir los horribles demonios que nos seguían, y yo me entré con el mío atravesando varias piezas de enfermos, hasta llegar a la que

contenía a las mujeres. Detuve a la vista, y paré a la atención sobre la primera cama, y vi en ella lo que sabrá el que quisiere leer u oír.

Cama primera

La histérica

Estorbando a los arrojos de una involuntaria indecencia, y rebatiendo las furias y los daños que pudiera inducir un loco afecto que tenía arruinado el juicio y la razón de la enferma de esta primera cama, estaban dos piadosísimas mujeres, a quienes el frecuente ejercicio de su caridad y de su amor había puesto el cariñoso sobrenombre de madres. Sostenían y aliviaban con las débiles facultades de sus brazos a la robusta enferma, la que porfiadamente se aporreaba con violentísimos saltos, golpes, corcovos y otros irregulares rehurtos de todo su cuerpo. El aspecto, aunque desfigurado con la violencia y los extraños movimientos de las convulsiones y otros síntomas, se manifestaba agradable, hermoso y delicado. La piel del rostro, y aun de todo el cuerpo, había adquirido alguna tintura más rosa que la que aparece en el estado natural con tal cual remezcla de lo cárdeno. Las facciones y miembros, el rato que les consentía alguna quietud lo revoltoso del accidente, guardaban una apacibilidad, compostura y agrado tan poderoso que pudiera alterar a la carne más difunta y traer hacia sí al apetito más retirado del mundo y del demonio. Repetíanle con lastimosa porfía los insultos y síntomas con tal voracidad y desorden, que a cada instante la llevaban a las puertas de la muerte. Las ansias, las aflicciones y vuelcos del corazón eran frecuentes; pero tan ignorada la causa y efecto de la angustia, que no sabía la triste enferma, en los breves ratos que se volvía a su juicio, dar razón de su naturaleza, de su congoja, ni de la variedad y poder de sus quejas e invasiones. Las inquietudes y provocaciones al vómito la brumaban toda la humanidad. Quedábanse todos los acometimientos vomitivos en terribles náuseas, regüeldos continuados y arqueadas violentas, sin poder arrojar materia alguna. La región vital consentía horrorosas opresiones, angustias y acometimientos, ya en el pecho, ya en las costillas, diafragma, fauces, región de ombligo y abdomen; y todas estas partes eran acosadas de fuertes y molestísimas dolencias, y la contracción de sus músculos y nervios tan rigurosa y opresiva, que le apagaba la respiración por mucho tiempo. En el pulso -que lo toqué cuidadosamente- advertí un extraño y notable desorden y retracción; discurrí que se producía su alterada deficiencia de la coagulación de la sangre y de lo perezoso de su círculo curso, por la convulsión que suelen padecer las vísceras de la vitalidad, o por la altura del sospechoso fermento histérico, cuya malicia austera ácida arruga lo filamentoso y coagula lo líquido, dejando a las tristísimas dolientes entre los aparatos de síncope, las angustias, saltos y opresiones del corazón, y otros funestos accidentes. Paréme un poco observando los movimientos de esta región vital, y de repente veo conturbada y poseída la animal de las locuras del delirio y de los insultos de la epilepsia, con raras y particulares contracciones en lo musculoso. La postura del cuerpo y las facciones era extraordinaria, los gestos de la boca y de los ojos ya ridículos, ya tremendos. Las risas, los

llantos, los golpes y las locuciones eran tan raras, espantosas y preternaturales, que parecía estar poseída de otras mujeres o de alguna legión de diablos. Últimamente paró la furia de la agitación y atropellamiento de los síntomas histéricos en una total privación del sentido y movimiento, en cuyo riguroso y mortal achaque acabó la vida la miserable enferma.

-Estas señales -acudió mi etíope- son las frecuentes que descubren y distinguen los afectos uterinos; y aunque has visto morir a esta desdichada mujer, no deberás capitular por mortales estos síntomas, especialmente cuando no demuestra la interna y externa convulsión la gran dificultad de respirar, o los rigores de los síncope ideopáticos o esenciales, inducidos por estrechez y compresión de vasos, y el hielo o coagulación de la sangre y los líquidos, que en estos casos son mortales o muy peligrosos los acometimientos del útero. Si estos signos no se manifiestan, no te asusten los aporreamientos, los vértigos, los dolores, los actos deliriosos, los desmayos, los gestos epilépticos, las locuciones que parecen diabólicas, ni otros aparatos furiosos, que éstos todos ceden regularmente a los primeros auxilios de la medicina y la paciencia. Estos signos que has observado son los más distintivos de este achaque; y pues yo tampoco advierto cosa singular en que instruirte, atiende y te explicaré las causas más conocidas que lo producen.

Esto dijo mi etíope, y prosiguió así.

-La causa formal de este espantoso accidente son los espíritus animales exaltados, revueltos y conmovidos con irregular e implacable turbulencia y desorden. La causa material que los irrita es un zumo ácido, mordaz, restostado y melancólico, fermentado y escondido en alguna de las principales entrañas de los cuerpos del uno y otro sexo. Este suco o acre fermento se cría y estanca en el estómago, en los rodeos y escondites de las tripas, en las glándulas del mesenterio o páncreas, y en el útero o partes de la generación. Alborótase y exáltase dicho suco, ya por el azufre interno, ya por otra causa material externa, y corroe con sus mordicantes puntas las partes filamentosas y nerviosas de dichas vísceras o entrañas. Introduce también en lo animal espirituosos efluvios y vapores acres, ácidos e hipocondríacos, y mezclados los unos con los otros producen la turbación, pelea, alboroto desordenando, arruinando los espíritus incluso en lo filamentosos y nerviosos del abdomen. Introdúcense también estos sucos agitados y revueltos en los vasos, y retardan el círculo de los líquidos, disponen la coagulación y los demás accidentes de la clase y orden convulsivo. Por el consentimiento del abdomen parece también todo el sistema y orden de lo espirituoso animal, principalmente los contenidos en los pares de nervios, pues éstos distribuyen varias ramificaciones a estas vísceras, como son el par vago y el intercostal. Todos los síntomas histéricos e hipocondríacos de la región del abdomen, y los que se manifiestan en la región vital cuando es molestado el corazón, los pulmones, músculos del pecho, esófago y dichos pares vago e intercostal, todos nacen de estos principios, es a saber: la conmoción, conturbación y mezcla de los espíritus, sucos y fermentos, y la pelea de los unos con los otros. En las mujeres es más frecuente y regular este afecto por muchas causas. La primera, porque el útero es una oficina en donde con más facilidad se fabrican y cuajan estos sucos ácidos, acres y

corrosivos. La segunda, porque su organización, temperatura, calor y cualidades trabajan con más pereza los alimentos, y quedan más sucios y tartáreos los sucos de las primeras vías, y por consiguiente le toca a la sangre salir menos depurada, y aun llena de excrementos y recrementos; pues por purificada que salga de sus cocciones, nunca llega al ser acrisolado de la sangre de los varones. La tercera es por la mayor blandura y flaqueza de los nervios, y la suma tenuidad y raridad de los espíritus; pues éstos se les exaltan con facilidad, y encontrando dulzura en el género nervioso, lo penetran y disponen para todos los síntomas locos y arrebatados que se experimentan en las acometidas del afecto histérico. Los olores suaves, subidos y apacibles son causas, aunque remotas, que suelen ocasionar este achaque. La razón es porque ámbar, almizcle y flores olorosas despiden por sus poros unos efluvios cálidos, y éstos encienden, dilatan y rarefacen los espíritus, y agitados y conmovidos corren por extraños y violentos rumbos, y plantándose en alguna de las vísceras o entrañas dichas, las alborotan, conmueven y producen la fermentación penosa de este afecto. Lo mismo sucede con los alimentos dulces; porque éstos se fermentan con mucha facilidad, y si al tiempo de la fermentación se tropieza con algunos zumos puercos de las primeras vías, se ponen en movimiento, y causan entonces estos síntomas. Las mujeres son regularmente golosas, y por esta razón también son más acometidas de este accidente; y porque tienen el ánimo más pronto a las alteraciones y pasiones, y éstas también son causas muy frecuentes y poderosas, y entre ellas tienen el primer lugar la ira, el terror, la venganza, los celos y otras rabias, antojos y locuras, que son como condiciones inseparables de este sexo. La razón de ser las pasiones del ánimo causa de este achaque es porque la continuada consideración de la especie aborrecida conmueve, desbarata y turba los espíritus animales, y si encuentran algún suco ácido, víscido, acre, dormido o aplastado en el útero u otra cualquiera entraña, lo impacientan y ponen en movimiento; y arrojando en la refermentación los vapores y efluvios ácidos austeros, causan los dolores y los accidentes que habrás visto y acabas de reconocer en esa difunta. Éstas son las causas más conocidas y examinadas de este afecto, oye la historia médica, y guarda en tu memoria los específicos de que se valió el arte, que aunque en esta ocasión ha sido burlada su actividad, son sin duda útiles, poderosos y eficaces para detener los arrojos de la furia histérica.

Calló por un brevísimo rato mi demonio maestro, y yo sin poder apartar los ojos y la consideración del melancólico cadáver estaba contemplando la debilidad, la flaqueza y la más blanda estructura de sus órganos. Y siendo sin duda más delicada y más suave que la fábrica de los varones, está rodeada de infinitos, implacables y fuertes contrarios. Seiscientas enfermedades de diversas ideas dicen los médicos que consiente la sentina impurísima del útero, pero yo afirmo que son innumerables e incognoscibles sus alborotos, invasiones y escándalos. En su inmundo charco están rebalsadas y estancadas infinitas corrupciones, crudezas e inmundicias, las que se alteran y enojan por cualquiera de las causas interiores o exteriores, y trepan, se agarran y lastiman todos los órganos del cuerpo poniéndolo en evidentes consternaciones de la vida. Las manías, los furores, las lágrimas congojosas, los duendes hipocondríacos y

escorbúticos, la héctica y otras especies de calenturas, todas tienen su nido, su fermentación y su raíz en esta perniciosísima cavidad. Ella es el refugio de todos los delincuentes, y de todos los pecados y descuidos del estómago y primeras vías, pues las materias que escapan sin cocerse y purgarse en las primeras digestiones, luego encuentran su resguardo en el útero. Todo lo consiente, todo lo abraza, y todo lo malicia con su refermentación; de modo que el útero en las mujeres y su apetito no se distinguen en el consentimiento, porque tan antojadizo es el uno como el otro. Su apetito regularmente a nada sabe resistir, nada desecha, y como sea malo, lleva más favorable recomendación para su voluntad; de la misma manera procede el útero, todo lo abarca, todo lo recoge, y todo lo destruye. No hay entraña, cavidad, órgano ni parte, por remota que sea, que no tenga trabazón, comercio y alianza con este venenoso vaso, y por eso cuando se revuelve su piscina sienten los efectos de su ponzoña todos los conductos sólidos y líquidos de la fábrica de este delicadísimo sexo.

Admirábame muchas veces considerando la sujeción y la ruina que padecen las mujeres de nuestro siglo bajo del poder de estas tiranas pasiones. La osadía de estos insultos es tan frecuente en todas edades y temperamentos, como lo acredita la experiencia; el que volviese un poco atrás la memoria verá una notabilísima diferencia entre las mujeres de nuestro tiempo, y las del siglo que acaba de fenecer. Las que hoy viven, viven tan esclavas, y tan debajo de los pies de estos afectos que no pueden percibir los olores de una rosa sin temor, sin peligro y sin el estrago de estos accidentes. Para sus adornos ya sólo echan la mano a las flores y ramos artificiales, y están privadas de tocar cuantas produce la hermosura y la robustez de la naturaleza. Los manjares dulces, y aun los agrios, no pueden llegar a su boca sin el susto a los alborotos histéricos. Las niñas, las mozas y las viejas, todas están plagadas de este maligno achaque. Nuestras madres y nuestras abuelas en el siglo pasado apenas conocieron los enojos de este afecto. Los olores gratos de las flores, las resinas olorosas, los leños, los almizcles y los ámbares eran en aquel tiempo sus ídolos, sus deleites y sus recreaciones. Las ropas interiores y exteriores las bañaban en aguas odoríferas. Los aceites hediondos del succino y el castóreo de aquel siglo eran los perfumes más subidos, y con éstos ahumaban las habitaciones, regaban las casas, y empapaban los vestidos. En el estado del puerperio y la preñez recataban menos el olfato de los penetrantes vapores de los compuestos y simples olorosos. Los hombres también, por contemplarlas algunos, otros por imitarlas, y los más por conseguirlas derramaban la atención, el olfato y el dinero en la solicitud y en las varias composiciones y mezclas de cuantos olores agradables, blandos y apacibles puede brotar la esfera, y disponer el fuego y el arte. No dejo de conocer que muchas afectan y fingen, para lograr sus intentos particulares, los desmayos, los furores, los visajes y otros accidentes con que se aporrean y hacen aporrear a los médicos, pero regularmente son verdaderos estos achaques e invasiones. ¿Quién examinará los motivos y productores de esta mudanza y total inversión? No ha veinte años que vivían las mujeres zabullidas entre los zahumerios olorosos, y hoy no pueden sufrir a larga distancia los efluvios de un clavel. En tan pocos días no puede haber decaído tanto la organización de este sexo, que creamos que las señales del día del juicio

final han de empezar por las mujeres. Yo creo, sería, cristiana y filosóficamente, que el escandaloso uso de la lascivia, y los varios juguetes, bocados y golosinas que ha traído la gula a nuestros países son las poderosas baterías que van demoliendo cada día más sus naturalezas. Las bebidas, las frutas heladas, los ramilletes fingidos, los licores espirituosos, los rosolies, y la frecuente detención que hacen en las mesas nuestras españolas, llenando sus estómagos de la variedad de manjares peregrinos, son la única causa de tales accidentes. Los inmoderados extremos de la música, el baile y las comilonas producen visiblemente los arrojados histéricos y sus continuadas repeticiones; porque en estos congresos -que quieren llamar políticos- se caldean, se friegan y se desentonan las pasiones del ánimo y los apetitos que suelen danzar con esta música.

De esta consideración me apartó mi diablo, y mandándome que atendiese la historia médica, recogí mi discurso y mis oídos a su informe, que fue el siguiente.

-Entró esta infeliz mujer -decía mi maestro- en este hospital acosada de algunas calenturillas y extraños movimientos en la sangre, que se exacerbaban irregularmente, ya dejándola algunos días libre, ya recargando en otros el calor más intenso de la fiebre. Convaleció de este afecto con el oportuno remedio de alguna sangría asociada de los absorbentes y dulcificantes, y cuando se sentía enteramente fortificada y con alientos para restituirse a su casa, le agarró este insulto uterino, que es el que le ha quitado la vida. Volviéronla a la cama las piadosas madres, y ocurrió el médico a remediar la actual invasión, que éste debe ser su primer cuidado en estos violentísimos achaques. No sólo a este fin estuvo atento el cauteloso físico, sino que acudió a exterminar completamente toda la malicia, obedeciendo a los preceptos y práctica médica en esta forma: lo primero, trató de dulcificar, obtundir y resolver lo ácido, acre y austero de la perversa fermentación histérica; lo segundo, miró a comprimir y fijar la rarefacción tumultuosa de lo espirituoso animal; lo tercero, a descoagular, y dar ánimo y movimiento al perezoso círculo de la sangre; y lo cuarto, pensó en atender y cautelarse de la varia malicia de los síntomas. A todos estos fines y cuidados procuró satisfacer con los medicamentos alcalinos, macres, oleosos, salinovolátiles acompañados con los diaforéticos y los opiatos; y atendiendo a rebatir todo el rigor que indicaban los síntomas, mezcló con estos medicamentos algunos alcalinos fríos, de los que contienen la mayor virtud de la estipticidad. Mandó, pues, hacer una tintura, que es famosa y de pronta ejecución compuesta de la goma del gálbano, de la asa fétida, mirra, castóreo, succino preparado, polvos de cuarango, de las raíces de díctamo blanco, genciana, peonía y brionia, bayas y suco de enebro, cinabrio nativo, polvos de la uña de la gran bestia, alcanfor, simiente de peonía y ruda, el espíritu del vino rectificado, el de la sal amoníaco y sal de tártaro. Esta tintura consta de los más selectos y nobles específicos para apagar y absorber los ácidos austeros fermentos histéricos. Añadió a dicha tintura el agua de toronjil y yerbabuena, el aceite destilado de succino, el láudano líquido de Sydenham, la piedra bezoar, la confección de alquermes y jarabe de yerbabuena, y habiéndola repetido por dos veces no consiguió señales de obediencia en la naturaleza, ni debilidad en las fuerzas del achaque.

Acudió a templar la región del abdomen con emplastos, y entre los que están escogidos por la práctica más bien ordenada, eligió el más famoso, que es el del gálbano disuelto con proporcionada terebentina, y amasado con la aceite destilada de succino. No se le olvidaron las ayudas celebradas de los carminantes y aromáticos, disponiendo la más efectiva del cocimiento de la ruda, manzanilla, té, matricaria, anís y bayas de laurel, agua de canela, terebentina desatada, y las dos aceites de ruda y de succino; pero de todo se burlaba la poderosa fuerza del achaque. Siguióse la sangría, y aunque le pasó por la memoria el vomitorio antimonial, felizmente usado por Juan Pedro Fabro, no se atrevió a disponerlo horrorizado de su furiosa actividad. Finalmente, como la coagulación de la sangre y líquidos era extremada -según declararon la retractación o deficiencia de los pulsos-, como la cabeza estaba poseída de algunos actos deliriosos, y como las tinturas y medicamentos incluían partes opiatas y soporosas, hízose apopléctica; y mudando propósito el médico aplicóse a curarla como tal, y acabó de quitarla la vida cruelmente con las sajas, vejigatorios y los demás tormentos que tiene la medicina para los infelices que sorprende esta irremediable pasión. No llegó el caso -porque la muerte se puso en medio de sus ideas- de atenuar y poner en movimiento a los sucos ácidos, para precipitarlos y deponerlos con las mismas píldoras que usa hoy la práctica, cuyos ingredientes son: el diascordio de Fracastorio, extracto de Marte aperitivo, polvos de cuarango, asafétida, mirra y gálbano, cinabrio nativo, y uña de la gran bestia, castóreo, sal amoníaco, y sal de genciana y ajenjos, aceite destilado de succino, láudano líquido de Sydenham, jarabe de matricaria y yerbabuena, alcanfor, y elixir de Paracelso. Éstas se dan por tarde y por mañana, y pasados seis u ocho días se administra un leve purgante, como las tinturas del sen y ruibarbo, y dos oncitas de maná, formando unas aguas clarificaditas y apacibles, que si aún se retarda la salud de la enferma, se vuelve a repetir, y se le aplica cuatro emplastos, y especialmente el matriarcal Meynsich y se cumple con el arte, con la enferma, con el mundo, y con el fin principal de las visitas del médico.

-Ya he concluido con esta historia, atiende a la de su condenación -dijo mi etíope.

Y yo prometiéndole ser atento, le rogué que me oyese antes, y satisfaciese a la siguiente duda.

Hasta ahora que me veo más desahogado de aquel espantoso susto que mi espíritu tu primera aparición -le dije- he sufrido las picazones de esta duda, que me está royendo la curiosidad: y es que instruyéndome tú con la presteza y claridad posible en las definiciones, causas, signos y pronósticos de las enfermedades de los cuerpos humanos, para hacerme sabio en el conocimiento de las ruinas de su fábrica, luego que tocas el punto histórico de la curación, solamente me descubres los simples y compuestos, cuya actividad suele fortalecer las quiebras de la caída salud, pero me ocultas la dosis de los medicamentos, su manufactura, y los medios de su aplicación. El cuidado, oficio y carácter principal que acredita al médico es la receta, y sin esta circunstancia no se puede graduar de físico aun el mismo Hipócrates. Conocer las enfermedades, prevenirlas y examinarlas por sus producentes y sus signos es un famoso y delicado entretenimiento; es un feliz estudio y una especulación curiosa, que sólo me puede servir

para hablar entre los paisanos de la medicina, y entender sus máximas, sus procederes, su economía, sus vicios y su lenguaje; y éste es un provecho que sólo puede inducir algunos grados de soberbia a mi vanidad, o quizá a mi insolencia. Lo que yo deseo es una utilidad práctica que me enseñe a remediar los desgarrones de mi salud, o la de mi amigo; y no has hecho nada en amontonarme las piezas, si no me instruyes en los cortes que he de darlas, y los sitios y modos en donde las he de colocar.

-Yo no he venido -acudió mi diablo- a hacerte médico de los que venden los traslados que encuentran en los libros. No he venido a darte facultades para enriquecerte, pues éstas cualquiera necio se las toma en el potosí de esta profesión, sin más ayuda que la de su codicia. Yo he venido a ponerte delante de los ojos la proximidad de la muerte, mostrándote las varias señales y cometas que aparecen en la esfera de la humanidad, para que te sirvan de aviso y prevención. Que no hay más que un momento entre la vida y la muerte te lo han dicho desde los púlpitos; pero yo te lo predico con esos cadáveres y esos desahuciados. Desde el púlpito te arguyen con la noticia, y yo te convenzo con la experiencia. Todos saben que los hombres se mueren, pero no todos se paran en examinar cómo se mueren, ni en la facilidad y brevedad de su desolación. He venido a probarte los falibles y engañosos consuelos de la medicina y de los medicamentos, pues es brutal o loca cualquiera confianza que espera seguridades o alivios en sus incertidumbres. He venido a descubrirete las fragilidades de la máquina humana, cuya robustez la burla un soplo, un susto, o cualquiera desazón en los humores. Y finalmente he venido a recordarte lo cercano y lo irremediable de tu muerte, y a reprehender las confianzas de tu vida y los descuidos de tu alma. Cautelosamente he escondido de tu advertencia y de tu memoria las cantidades, distribuciones y uso de los medicamentos y recetas, porque suele ser mayor el daño que procede de su noticia que de su ignorancia. Sin el menor respeto a las vidas ajenas y a las almas propias reparten mixturas, desparraman purgantes y arrojan venenos sobre los miserables enfermos muchos físicos, cirujanos, y otros que lo quieren parecer, y votar sobre los achaques y sin más examen, diligencia, ni prevención que, hacer copias de los recetarios que encuentran en los libros, se las hacen tragar a los dolientes. Los médicos de España trasladan los recetores de las fármacas francesas, inglesas e italianas, y envían a las boticas sin atender que los que escribieron allí procedían con la consideración a su cielo, a su aire nativo, a sus alimentos, temperamentos y costumbres. Las quintas esencias, espíritus, elixires y otros extractos de la química que usan para los cuerpos fríos, flemosos, obesos y acostumbrados a las comidas y bebidas ardientes, los encajan en vuestros cuerpos, que son más áridos, más sueltos, más vivos y más espirituosos, sin quitar ni poner una gota ni un grano de sus composiciones. Los físicos franceses, italianos y otros hacen lo mismo con las recetas que han sido invento, uso y desempeño de los españoles. Quieren que la moneda de un reino sirva en otro. La gran dificultad de la medicina es que para cada enfermo es necesario pensar en nueva receta, o a lo menos en alterar su composición, arreglándose a las novedades que se encuentran precisamente en los individuos, porque entre todos los hombres del mundo no hay dos que se parecen en un todo. Siempre ha de encontrar el médico alguna variedad en los sujetos, ya en la edad,

el tiempo, el temperamento, la costumbre, la crianza, los vicios y la complicación de accidentes y achaques. Al cuerpo a quien altera una onza de maná es locura hacerle beber las tres y media que regularmente se administran en el purgante angélico. Por esta principal razón no he querido determinar las dosis y cantidades de los medicamentos. La experiencia y el estudio ha de conocer su virtud y su actividad; pero la prudencia y detención sobre las circunstancias y accidentes de los signos es la que sola ha de elegir, determinar y preparar las cantidades y el tiempo oportuno de su administración.

Quedé satisfecho con las resoluciones de mi diablo, y conociendo en mi semblante más quietudes de mi anterior duda, pasó a informarme de la condenación de la infeliz enferma, y empezó de este modo:

-Fue esta pobre mujer hija de unos buenos y honrados padres, que se mantenían con estimación y conveniencia, favorecidos y arrimados a un arte que aunque se cuenta entre los mecánicos, es de los que no excluyen los empleos honrosos de las poblaciones civiles. Llegó hasta los doce años dichosamente adoctrinada en la religión, en la honestidad y en las virtudes posibles a la terneza de sus años y de su razón. Crecía la muchacha hermosa, robusta y apacible, mostrando en su semblante todos los atractivos para ser querida y amada aun del ánimo más rebelde a las tentaciones y cariños de la belleza y el sexo. Los ociosos del lugar, los de buen gusto, y aun los de sana inclinación, empezaron a mirar y aun a asistir con ansia, con deseo, con curiosidad y aun con mala intención a sus puertas, y siempre que la precisión o la casualidad la sacaba al campo, a la iglesia, a la calle, o a los desahogos de un balcón, la cubrían de ojeadas, de guiñaduras, de meneos, de señas y otras plagas y ronchones con que la impacientaron la quietud, la conciencia y la serenidad de su primera crianza. Cuando su desgracia la ponía en proporción de oír, uno le soltaba un requiebro, otro una expresión patética, aquél una deshonestidad, el otro una bendición, y los más un «bien haya tu cara y quien la parió», y finalmente unos por la mística, otros por la política, muchos por la disolución y algunos con un malicioso y cortés silencio -que éste es uno de los más agudos garfios de la sensualidad-, la galanteaban y perseguían sin temor a las leyes, sin respeto a su honra, y con desprecio de sus almas y conciencias. El poco conocimiento de los peligros, lo apacible de la edad, lo nuevo y lo agradable de las voces, la prontitud, curiosidad y malicia de la naturaleza, la hicieron oír, detenerse, responder y gustar de los aplausos, los rendimientos y las admiraciones. Barrió el bellísimo pudor de su rostro el mal ejemplo y la libertad de los cortejantes, y la licencia escandalosa de algunas vecinas, que en sus conversaciones, o maliciosas, o inadvertidas, la hablaban de las finezas, cuidados, esperanzas y desvelos de los que seguían y enamoraban a ella y a cuantas les pone delante el mundo o el demonio. Empezó a arrullar los ojos, a añadir afectaciones a los miembros. Lavábase con más estudio el rostro, y dio en preguntarle al espejo por su cara muchas veces. Engreíase con prolijidad y melindre, cuidaba de informarse de los últimos cortes, figuras y figuradas de los trajes, y finalmente estudió chistes desenfadados y gracejos con que acabó de atropellar el recato, el encogimiento y el retiro. Perdió la modestia, y acabó de plagar de esperanzas, pecados y

desvelos a los que por vicio, por inclinación y por costumbre tenía ya por parciales de su hermosura. Sus padres por sacudirse de los sustos y los desórdenes, que pronosticaban en su inmoderación y altanería, y por detener el raudal de su apetito, que se revertía ya por todas sus coyunturas trataron de sujetarla a la esclavitud del matrimonio, para sosegar a un mismo tiempo la variedad de su deseo y la exaltación de sus ardores. Parecióle indigno para compañero de su belleza un mozo bien criado, honesto y trabajador, hijo de unos venerables vecinos aliados de su padre en el comercio, que a unos y a otros les daba estimación y comodidad. Decía que era tonto, encogido, atacado y de mala traza, quizá porque la trató con respeto, con temor y con pureza -que hay muchas mujeres que creen que sólo las ama el que las deshonra, y que sólo las quiere el que las persigue con las públicas demostraciones de la incontinencia y la libertad escandalosa-. Desechó a este hombre y espantáronse otros que vivían con los mismos deseos, medrosos al desaire y a la soberbia de esta niña. Entró en su casa por raros medios un oficialito de guerra, muy relamido de facciones, relleno de bucles, polvos y cintas, cuajado de plumas y galones, medias encarnadinas matizadas de oro, camisola muy delgada, bastoncillo vareta con su cintajo al aire, y en fin, tan lleno de arreos y adornos delicados que más parecía puto napolitano que soldado español. Ceceaba un poco, hablaba de la libertad de las extranjeras, llamando madamas a todas las mujeres; traía buen tabaco, rica caja y bailaba minuets, que son todas las trampas de que usan los ociosos bribones para enganchar boquirrubias y carirredondas. Embobóse la moza con el vestido, y pareciéndole más deleitable a sus ideas lo extraño de la ropa, lo erguido del traje, y lo desenfadado de su profesión y parola, prometió entregarse hasta el corazón a su arbitrio. Descubriéronse uno a otro las imaginaciones, y se juraron fe, lealtad y cariño, y sin más seguridades que una cuartilla de papel, en cuyos caracteres iban pintados unos falsos prometimientos de marido, le entregó el honor, la vida y todas las demostraciones de su fragilidad. Arrancóla de la casa de sus padres, y a pocos días le empezó a pesar la ofensa, y la mujer. Mirábala con hastío, con pesadumbre y como estorbo para todas sus aventuras y ascensos, y desesperado y aburrido la dejó, sin más socorro ni más medios que su afrenta, su perdición, su soledad, y su desesperada furia, celos y coraje. Pensó esta infeliz mujer en los medios de recobrar su fama y volver a la compañía de sus padres, y proponiéndoselos imposibles su delito, se obstinó enteramente, y se dio al mundo, jurando vivir entre sus desórdenes, obscenidades y locuras. Empezó el vicio a pagarle su servidumbre y sus brevísimos deleites en sustos, enfermedades, desconsuelos y miserias y a pocos meses dio con todo el andamio fuerte de su salud en tierra. Paró en este hospital, y no dándole tiempo la tropelía de la pasión histérica para arrepentirse de sus culpas y confesarlas, murió como has visto, pobre, sola, desdichada e impenitente.

Concluyó mi demonio la historia de esta desventurada mujer, y yo nuevamente confuso empecé a reflexionar sobre lo resbaladizo, lo frágil y lo poco resistente de este sexo. ¡Válgarne Dios -decía entre mí-, que siendo la organización femenil tan delicada, tan débil y tan expuesta a los inclementes enernigos de la vida, vivan las mujeres más ciegas, más obstinadas y menos medrosas a los peligros! Si la fábrica de los varones

es tan frágil y quebradiza, que la atropella un soplo del ambiente, ¡cómo será la de las hembras, que tiene contra su delicadísima textura más de seiscientos enfermedades, además de las comunes a las dos naturalezas! Los desórdenes de la gula, las omisiones de la pereza y las prontitudes de la sensualidad son más frecuentes a sus antojos, y no se previenen contra los achaques que inducen su desconcierto. No temen ni las asustan las dolencias, hasta que están encima de sus humores. Su espíritu, como habitador de casa más flaca, se conturba y padece los vendavales de la ruina con mayor ligereza. ¡Extremadas son sus pasiones y sus afectos! ¡Con qué tenacidad siguen una mala costumbre! ¡Es dificultosísimo curarlas aun la más leve enfermedad del ánimo! ¡Válgame Dios y qué rara es la que no pasa por los más de los sucesos de esta historia! Puedo decir que las más mujeres que han echado en la calle su vergüenza dan de bruces en los mismos destinos, desgracias y burlas que ha padecido esta infeliz. Nosotros somos los más culpados en su perdición. Los que parecen juguetes, diversiones y entretenimientos de la sociedad y la política son los poderosos grillos en que se aprisiona este incauto e inadvertido sexo. Es necesario un cauteloso escrúpulo y una discretísima moderación en la lengua, en los afectos y en las cortesánías, para tratarlas sin peligro de ambas partes. Ellas se convierten en adoraciones las lisonjas y las parlerías del vicio o de la ociosidad, y a nosotros nos suena demasadamente bien la música de sus donaires, de sus descuidos y de sus expresiones. Unos a otros nos engañamos con insensible facilidad. Cuando volvemos a preguntar a la alma por su quietud y por su tranquilidad, ya responde poseída de los engaños, y con la imposibilidad de restituirse a su sosiego. Las razones de estado, los empeños de la naturaleza y otros fantasmones mundanos que asustan a la corrección de la vida, nos hacen seguir y detener en los contratos que empezaron por una palabra, que sacó de la boca o la cortesanía o la diversión. Peligroso es el mundo por todos sus caminos; pero éste está sembrado de ruinas, es preciso tener debajo de los pies sus pasiones el que haya de pasar por esta senda, y entre los que andamos en la farándula de las visitas, los concursos, los empleos y las sociedades del siglo, es raro o ninguno el que tiene en sujeción a las altanerías del genio y de la naturaleza.

Estos juicios y discursos me hizo formar la historia de la miserable difunta, y los hubiera proseguido con notable gusto y provecho de mi alma a no haberse opuesto a mis consideraciones el etíope, el que agarrándome por un brazo me guió a la cama segunda, en donde vi otra mujer en la forma y figura siguiente.

Cama II

La héctica

Erguida la cabeza contra las almohadas, abatidos los brazos, y sentada sobre la cama segunda, yacía una mujer joven, pero tan tábida, excarne, inmóvil y enjuta, que creí que se me había aparecido la muerte en la seca y espantosa figura que nos la pintan en los osarios, porterías de conventos, tumbas, panteones y otros melancólicos teatros de la religión. Todo el cabello se le había huido de su cabeza. Tenía los ojos muy

abiertos, pero ya mustios, pálidos y sin resplandor, y entrapadas y nebulosas sus túnicas, tanto que ya no recibían las luces. Las narices arremangadas, agudas y tan transparentes, que sin respeto a la solidez de las ternillas se percolaban los rayos visuales por una y otra ventana, de modo que se distinguían los objetos del lado contrario. Los labios sorbidos, frágiles, zurcidos de pliegues y tan agachados contra la dentadura, que no se podía mover sin el compás y el consentimiento de las mandíbulas. Nunca vi armazón racional tan equívoca con los esqueletos que sirven en las escuelas de la anatomía para demostrar las lecciones de la osteología. Toqué aquel árido, marasmódico y extenuado cuerpo, y percibí en él un calor lento, sucesivo, que poco a poco iba acabando de consumir la humedad nativa. El pulso era parvo, céler, frecuente y rígido. Busqué el orinal, y examinadas las orinas las encontré rubras, gruesas y encendidas, y en la parte superior de ella nadaba una nube oleaginosa, y en los remates o periferia de su círculo manifestaba algún esplendor y diversidad de colores, señal fija de la reunión y frialdad de algunos sales extraños y colicuación de lo sólido. Padecía, según el informe de aquel vivo cadáver, sudores nocturnos, continuado flujo de vientre y un desmayo universal de todo el cuerpo. Finalmente vi en esta enferma cuasi todas las señales últimas de muerte, que noté en el tísico en la primera parte de estos desahuciados.

-Ese calor lento que está por minutos acabando de devorar la poca carne de ese miserable cuerpo -acudió mi diablo conociéndome ya instruido en las señales de la enfermedad- nace de la falta de azufre volátil de la sangre, pues el reencuentro y fricación violenta de sus partículas es la que produce la llama y calor excesivo de las demás calenturas, y el aparecerse y explicarse con más o menos mordacidad nace de las partes salinas que sobresalen en el azufre. Avívase el mortecino fuego de esta fiebre dos horas u hora y media después de comer y no tiene otro pábulo esta llama que la derivación o extracción de algunas partículas lácteas, que con prontitud se desprenden del alimento, y resolviéndose en lo filamentoso y membranoso, se mezclan y confunden con las partes del líquido sanguino, y peleando unas partículas con otras -esto es, las lácteas derivadas del alimento y las del azufre de la sangre- encienden mayor llama, y por fin queda vencido lo lácteo como parte menos poderosa, y se reduce a la extraña idea de la sangre. De la celeridad y parvidad del pulso es más conocida la causa, lo primero por el atraso y desmadejamiento de los espíritus, y lo segundo por las aceleradas contracciones del corazón, ordenadas e intentadas de las débiles y diminutas dilataciones de esta víscera, la que se esfuerza a duplicar las contracciones, porque no falte la vida del viviente. La causa de ser baja o pequeña la dilatación de esta víscera es porque la sangre no entra con ímpetu, hervor ni expansiva fermentación, y la masa sanguínea, ni se dilata ni rareface, y por esta razón en la héctica fermenta el líquido sanguino con confusión y disminución, sin levantar llama y como a escondidas, porque lo espeso y muerto de los azufres entorpece y ahoga las partículas de la substancia de este líquido. Siempre que la sangre no entre en el corazón con fuerza, hervor y tumulto, serán sus dilataciones descaídas, bajas y parvas, y a su tenor deben corresponder las contracciones más aceleradas y frecuentes, y aunque la sangre tenga viscosidad, también demuestra acritud y aridez, y

velicando con ella lo fibroso atrae espíritus continuados, que son los que dan la frecuencia y celeridad a las contracciones. El flujo de vientre y sudor nocturno, que por lo regular es colicuativo en los héticos, penden de que la sangre sacude de sí con suma facilidad el sucesivo alimento quiloso, como mal actuado y espúreo, y como lo glanduloso subcutáneo está abierto y desconsolado por la pobreza de los espíritus, que son los que dan la tensión a los filamentos de las glándulas, encuentran sin estorbo alguno la salida, ya por el sudor, ya por el flujo del vientre. De la orina no hay que hacer caso en este afecto, porque a los principios suele ser natural, así en la substancia como en el color y sedimento, y otras veces y en otros enfermos aparece tenue, encendida, rubra y de varios colores, y de esto es causa la reunión de extrañas sales; y cuando se deja ver natural, no hay que tener confianza, porque la viscosidad y ácido salino ahoga los azufres, e impide que se desprendan los sales extraños en el suero, y entonces se manifiesta natural, pero no por eso se deja de argüir por las demás señales la mala disposición y la malicia de este afecto.

Brevemente -prosiguió mi diablo- morirá esta infeliz, pues tiene sobre sí todas las señales de la segunda o tercera marasmódica especie de la hética, y todos los cuerpos en donde se agarra esta calentura son derribados sin remedio, y su pronóstico por lo regular es también funesto. La razón es porque esta calentura universalmente tiene su raíz y su nido, ya en úlcera de alguna parte principal, ya en la inflamación de esta u la otra entraña, ya porque es reliquia y rastro de la fiebre ardiente o de la calentura catarral, molesta, linfática y continua; finalmente porque suele nacer de fermentos gálicos, y como la hética tenga tan depravados principios -como siempre sucede- es irremediable, y no se concede consuelo, alivio ni esperanza con los más adelantados y examinados auxilios y socorros del arte y de la naturaleza. Las doctrinas, especulaciones y larguísimos sistemas que los médicos tienen en sus libros prácticos, ya proponiendo, ya esperando la curación de este achaque, todo es fabuloso y ordenado al fin de no dejar sin algún consuelo a los infelices acosados de este mal. Su poca llama es inextinguible, su raíz verdadera está escondida al conocimiento humano, y por consiguiente son inútiles cuantos medios y remedios pueda aplicar la diligencia del físico. Y si ha de proceder como católico, es preciso que solamente use de aquellas medicinas suaves y dulces, cuya virtud sea tan remisa, que no haga mucho mal, porque siempre va aventurada la celeridad de la vida con el uso de unas medicinas fuertes, aplicadas sin conocimiento de la causa, y que van contra un achaque irremediable. Se les debe ordenar una dieta medicinal y discreta, algunos baños de leche, y dejarlos que vivan lo poco que pueden durar sin las congojas y precipitaciones que producen las composiciones repetidas. El enfermo, sus connotados y familiares pelean con el médico, y le suelen argüir de ignorante y de poco inteligente en este afecto, y aun en otros, cuando no le ven disparar recetas, y llenar de botes, unguentos, polvos y aguas una mesa para embarrar el cuerpo, ensuciar y descomponer de hora en hora a los humores. Y créeme aunque te lo dice el diablo, que lo más es inútil como anteriormente te tengo advertido, y que el médico receta muchas veces en estos y otros casos por contentar a sus inquilinos y parroquianos, y por engañar a los familiares, cierto e instruido de que el vulgo no lo tiene por médico sabio al que no

toma la pluma muchas veces, y todos quieren pasar antes por las reprehensiones de su conciencia, que por el más leve ceño de la vulgaridad, porque en sus antojos y aceptaciones tiene esta profesión sus mayorazgos. Basta de signos, pronósticos y advertencias sobre ellos, atiende a las causas y raíces de este incurable y lastimoso afecto.

La causa próxima y radical de la fiebre héctica -prosiguió mi maestro- es la perversión y lo discraseado de la sangre y la linfa, pues ya uno, ya otro líquido pueden dar preparado cebo para echar sus raíces esta fiebre. Sea, pues, ocasionada de la úlcera y de la obstrucción, o de otra cualquiera de las causas antecedentes, siempre se ha de recurrir como a principio infalible a la perversión del rocío y bálsamo de la sangre. Los fermentos ulcerosos, los efluvios de obstrucción y las materias fermentadas en las vísceras, regularmente resultan de la especial inversión de estos líquidos, con que el recurrir a ellos para conocerlos por causas radicales y próximas es muy arreglado y conforme al buen juicio. Son muchas las raíces que producen esta calentura héctica; pero las más conocidas son la inflamatoria, cancerosa, ulcerosa, catarral, febriculosa y venérea, y así cualquiera inflamación radicada en las vísceras principales da cebo continuado para la fermentación héctica inflamatoria, y produce esta calentura llamada así por la inflamación. La cancerosa depende de las obstrucciones viejas y radicadas, atrabiliosas, o cancerosas en el mesenterio, hígado, bazo, útero u otra entraña, en la que refermentan sales extraños, y éstos envían a la sangre efluvios y partecillas que la destruyen y desnudan de su bálsamo y su dulzura. La ulcerosa nace de cualquiera fermentación ulcerosa, ya de los pulmones, ya de otras vísceras comunicada a la sangre. La catarral consiste en que difundidas, revertidas y disueltas muchas sales del líquido linfático en las glándulas conglomeradas se mezclan con la sangre, y constituyen esta calentura. La febriculosa es aquella que tuvo su raíz y fue consecutiva después de una fiebre continua, lenta o intermitente. La venérea tiene por cebo y raíz a los fermentos venéreos, que acedan y ponen en espesitud la sangre, y ésta y la febriculosa son las más comunes y las más regulares. Finalmente, todo lo que fuere oportuno y aparatado para mezclar e inducir en los dos líquidos de suero y sangre un extraño modo de substancia glutinosa, viscosa, áspera, rígida y otros resabios de esta naturaleza, debe concebirse y temerse como causa. Del mismo modo todo aquello que hiciese perder el azufre, bálsamo, dulzura y buena condición de este líquido. Los fermentos extraños, las pasiones del alma, la dilatada falta de nutrimento, las calenturas continuadas de cualquiera especie que sean, y el ejercicio continuado y violento, también deben numerarse por causas, porque estas todas inducen un extraño modo de substancia, sabor y resabio en la sangre, y la roban y la destruyen el azufre volátil balsámico y las partes mucilaginosas, albugíneas, balsámicas, dulces, que son las que riegan, nutren y mantienen la fábrica de la humanidad.

Tres grados se reconocen en los movimientos de esta fiebre, y arreglados a los pasos que lleva hasta la muerte cuentan los médicos su principio, aumento y estado. El principio o grado primero es cuando se resuelve y consume aquella substancia albugínea, mucilaginoso, balsámico que es lo más puro y acrisolado que debe tener la sangre para inmediato nutrimento de las partes. El estado o grado segundo es, cuando la

substancia albugínea balsámica ya intimada en el sólido, se licúa, disuelve, o resuelve. El estado o tercero grado es cuando la substancia balsámica, y lo filamentoso y fibroso de las partes sólidas se seca y enaridece, dejando el cuerpo enjuto y chupado de toda la humedad, como ves en esa moribunda, que expirará presto con las mismas señales últimas que acabó su vida el primer desahuciado tísico que puse a tus ojos en mi primera aparición.

Pareciéndole a mi diablo que quedaba ya instruido en el conocimiento de causas y raíces de este incurable afecto, empezó a historiar de la asistencia y de las medicinas con que quisieron curar a esta infeliz, y dijo:

-Es dificultosísimo al conocimiento humano, aun favorecido de las experiencias y el estudio, penetrar y conocer la raíz de este mal, y éste es uno de los motivos que lo hacen incurable. Porque si nace de fermentos venéreos, pide los auxilios mercuriales, y si éstos se aplican a quien no padece tal achaque, le quitarán la vida con más brevedad. Si nace de obstrucciones refermentadas en algunas de las vísceras, es necesario echar mano de los incisivos aperientes, de la sal amoníaca, tártaro mercurial, extracto de Marte, su tintura y otros. Si procede de úlcera en pulmones, es preciso acudir a todos los remedios que se dan contra la tisis, y como el enfermo no da señales algunas expresivas del nido fijo y raíz de su mal, ni el médico puede determinarse a creer que nace de la venus, ni de la llaga, ni de la obstrucción, con que solamente podrá por unas conjeturas muy remotas empezar su curación entregado a la fortuna, y a la cautela de ir rentando para ver si descubre la cueva de este salteador de las vidas. En esta mujer ya descubrió el arte médica, y la consideración prudencial del médico, causa y senda por donde seguir la curación, y con todo eso no ha podido excusarla de la muerte. Acometióle a esta mujer una terciana doble, y quedando de ella mal curada degeneró en continua y héctica. Empezaron los médicos a ministrarle digestivos acompañados con los polvos de la quina y algunos dulcificantes, como son los que entran en esta receta, que es el primer auxilio con que socorren a los hécticos, esto es, las perlas preparadas, los polvos de corazón de víbora. Con la determinada dosis de cada cosa de éstas, que se deslió en el cocimiento de rasuras de cuerno de ciervo y pasas, y por espacio de veinte y cuatro horas, tomó la enferma dos bebidas y algunas veces tres. Prosiguieron con la atención de reducir los líquidos a su textura dócil y flexible, a volatilizar los azufres, a dulcificar lo ácido acre de la sangre, y a renutrir y humedecer la sequedad y aridez de lo sólido, y para este fin eligieron los ojos de cangrejo, las perlas preparadas y el coral, el antihéctico de Poterio, la tierra sellada, azúcar de Saturno y simiente de adormideras; y con la cantidad que les parecía oportuna de cada cosa, formaron una mixtura, la que le daban por la tarde y por la noche; por la mañana la socorrían con la leche de burra. Finalmente se le recetó el caldo de la víbora con la corteza de pan, pasas sin grano, piñones y sándalos tubros; pero contra toda su actividad y poder, iba la héctica corriendo al estado deplorable de su último término. No se olvidaron de la conserva de las rosas rubras con los polvos de Poterio, el jarabe de violetas y claveles, dándola después de la comida y la cena; fueron también escogidas y aceptadas las jaletinas, substancias de pan, y

especialmente los caldos de pechugas de capón, de gallina, de perdiz, pollo, ternera, rana, cangrejo y víbora. Determinaron que el agua que hubiese de beber a todo pasto fuese cocida con las raeduras de los cuernos de ciervo, pasas sin granos y el cortezón de pan sin miga. Echáronle a cuestras todos los mucilaginosos blandos para humedecer y reblandecer la sequedad y aridez cutánea, y facilitar la distribución y paso del suco nutricional. Eligieron para satisfacer este aviso de la medicina la sangre del galápago caliente vertida sobre las espaldas. La untura de pulpa de caña de vaca con aceite de almendras dulces, y la de caracoles quebrantados y fritos en sartén con tocino gordo, manteca de vacas, agrio de limón, las que la aplicaban continuamente al cerro, espaldas y región renal.

Todo el cuidado del médico, toda la fuerza de las medicinas, y los conatos y diligencias del arte se perdieron, y sólo han servido de acelerar la muerte a esa mujer, la que ya concluyó miserablemente con la vida. Raro es el sujeto retocado de esta calentura, ya sea de la que llaman hética primaria los médicos, ya sea secundaria, que no muera consumida en los malignos hervores de su lento fuego. Las seguridades de la especulativa, los prometimientos de la práctica, y las confianzas del físico no han libertado todavía a un hético. El mayor poder de estas parlerías y promesas sólo han llegado a persuadir una vana consolación a la ignorancia de los asistentes, y a la ansia del enfermo. Es imposible aplacar la depravada fermentación de los líquidos, cuando se han exaltado con vehemencia las partes rígidas salino-fijas, uniéndose íntimamente con el azufre grueso viscido, que tiene predominada la sangre. Ésta es la esencial definición de la hética, y éste es el estado que la constituye irremediable.

Concluyó mi demonio la narrativa de la curación, y dio principio a la de la mala vida y desdichada muerte, de este modo:

-Largo tiempo, cautelosa atención y mucha paciencia -prosiguió mi diablo- pide la historia de la vida de esta condenada mujer. Pero por no gastar las horas en la sucia narración de sus torpezas, derramamientos y obscenidades, referiré solamente los enormes delitos de los últimos trozos de su edad, callándote la pesadumbre de sus circunstancias. Por dos razones quiero encubrir sus fealdades, la primera por no exponer tu fragilidad al peligro de los consentimientos y los escándalos, pues aunque soy demonio, no tengo permiso para tentarte ni afligirte; y la segunda, por no enseñar el nuevo arte de pecados, que dejó impreso esta maldita inventora en los corazones de la inocente juventud de su sexo. Fue este monstruo en el reino de los vivos una sima donde se abrigaba la torpeza, la sensualidad, la gula, la codicia, la escandalosa solicitud, la rabia, la ira, y todos los vicios rodeados de sus pésimas circunstancias. En toda la universidad de los demonios tentadores no se encontrará maestro tan graduado en culpas como lo era el corazón y espíritu de esta mujer. Crióse, desde que se le soltaron los pies para andar, libre, resuelta, y sin temor ni respeto, porque la pobreza y la ignominia de sus padres la dejó sin la clausura, crianza, recogimiento ni doctrina con que deben ser aleccionadas las vírgenes desde sus primeros pasos. Creció brevemente en cuerpo, en desgarrar y en vicios, de modo que de ocho años de edad sabía más desenvoltura, estribillos provocantes, gestos lascivos y picaradas,

que el soldado más perdido de conciencia, y más entregado a los horrores de la sensualidad. Las vecinas del barrio donde se criaba, unas por su ejercicio, otras por sus costumbres, y otras por su disolución, las más de ellas eran tan famosamente desvergonzadas y resueltas, que en sus bocas sólo sonaban cantares deshonestos, infames expresiones y malditas palabras, las que aprendió esta niña, y repetía por gracia en cualquiera parte donde le daban un cuarto o un ochavo. Llegó su cuerpo a la edad, consistencia y robustez donde lo membrudo y lo fuerte de su mecánica empieza a oponerse a las leyes del espíritu y la razón, y cuando debía esconderlo y retirarlo de los antojos de la ociosidad, de los empujones del deseo, de las libertades y prontitudes del propio y ajeno apetito, lo expuso y presentó a todas las inclemencias del mundo, del demonio y de la carne. Lo roto de su ropa, lo despreciable de su traza y lo abatido de su nacimiento sirvió de disimulo y de poco reparo a su estragada vida, y entraba en cualquiera sitio bueno, malo o indiferente y hablaba con todo linaje de gentes, sin miedo, sin susto, y aun sin peligro de las persecuciones de la justicia de la tierra. No obstante su perversa y escandalosa vida, encontró un sufrido que la recogió para mujer propia, y ella se hizo más ajena con la propiedad de este hombre. ¡Arbitrio perverso de infinitas mujeres, que sólo se abrazan con el matrimonio para ofenderlo, y proseguir sus desatinos con más libertad, más desahogo y menos susto! A la sombra del marido hacía con más descanso sus delitos, y logró de él los consentimientos, los apoyos y aun las solicitudes con que a pocos días lo volvió en bruto plagado de insolencias, cubierto de bubas, y hecho el escarnio y fisga de las gentes, tanto, que lo toreaban por el lugar. Vivieron algunos años juntos, sin otras tareas que la repetición de sus maldades, cuyos insolentes productos se consumían en las tabernas del vino, estancos del tabaco y otras boticas de la gula, tiendas de la destemplaza y puestos donde se pierde el juicio, el caudal, el tiempo y la opinión. Tuvo dos hijas esta mujer, las que bebiendo en la crianza los gusarapos del mal ejemplo de su madre crecían con la misma inmundicia de costumbres. Antes que sus delicados miembros llegasen a la maduración y la solidez, las vendió en verde a dos desalmados dragones, que cebándose en su delicadeza, las destroncaron y destruyeron, apareciéndolas a los ojos del mundo áridas, desojadas y abatidas. Antes de tocar en los años de la vejez se metió a trujimán de culpas, enflautadora de pecados, y a alcahueta tan astuta y desalmada, que no vivían retiradas de su maliciosa solicitud ni las doncellas que ocultaban las más escondidas y religiosas recolecciones. Murió el marido, y a pocos días de su muerte la asaltó una terciana doble, que la puso en este hospital; y habiendo logrado con el favor de la dieta y las medicinas la suspensión de las accesiones, se huyó a su casa a seguir la maldita derrota de sus costumbres. Volvió a fermentar y exaltarse el material tercianario, y habiendo adquirido con su movimiento una textura maliciosa la sangre, vino a parar en la héctica, que lentamente la ha despojado de la vida. Arrastrando, y ya con todas las señas de cadáver, la condujo la muerte a esta cama, a donde ha muerto impenitente, sacrílega y desesperada de la misericordia de Dios, y sin haber creído aun en los últimos esfuerzos de su respiración que se moría. Confesó por huir de las persuasiones del párroco, dejándose podrido en el asqueroso buche de su conciencia lo más grueso de la podre e inmundicia de

su alma. No quiero descubrirte más circunstancias ni escándalos de su perversa y última disposición, basta lo relatado para que vengas en conocimiento del pertinaz, horrible y descomulgado empleo de su vida.

-¡Válgame Dios -le decía yo a mi espíritu con lástima y desconsuelo-, qué vida tan pobre, tan penosa y tan memorable para los horrores y los escarmientos! ¡Y qué alma tan digna del llanto y el dolor! ¡No gozó esta infelicísima mujer en la breve detención que hizo en el mundo un suspiro de deleite ni seguridad! ¡No llegó a saborearse con el más leve de los mentidos y aparentes gustos de la tierra! Rota, hambrienta, desgarrada, sucia, despreciable por su hábito, su nacimiento y sus costumbres estuvo en el siglo, sin haberle dado los adulterios, las simples fornicaciones, las solicitudes y empeños malvados una comida regular, un vestido sin rasgones ni manchas, una casa medianamente cubierta, ni un falso aprecio. Su miserable corazón para proseguir la utilidad, más se movía al impulso de los vuelcos temerosos que a los ímpetus de su natural textura y formación. La vara de un alguacil la asustaba, un grito de la vecindad la oprimía, en cualquiera hora temía ser sobresaltada del cielo de la justicia, y finalmente sus pecados le tenían tan acosado y opreso el espíritu que nunca pudo respirar sin susto, ni hacer obra alguna, ni movimiento su naturaleza, sin el temor a las penas, las pesadumbres y los castigos que a cada momento le ponía delante de sus ojos su conciencia. Ésta sí que es vida llena de desventuras, infortunios, desgracias y miserias. Pues las penalidades y desdichas del mundo, que han conducido a muchas almas a la gloria, a esta infeliz mil veces la han servido de sogas que la han arrastrado brevemente a los infiernos. Innumerables son las malas hembras de esta casta que consiente Dios, siendo plenipotenciarios del demonio en las cortes del mundo. ¡Apenas hay población, por estrecha y reducida, que no esté plagada de este perniciosísimo linaje de solicitadoras! ¡Entre pocos hombres y pocas mujeres, jamás falta alguna que no esté tocada de esta ponzonia! ¡La sencillez e inocencia de los que viven o descuidados o prevenidos contra la sensualidad, nunca se libra de su

persuasión y solicitud! Mayor fuera el número de las mujeres honestas, recatadas y escondidas a los desenfadados y rapiñas de los hombres, si no entraran estas malditas hembras soltando los grillos de su honestidad y recogimiento, con la llave maestra de sus eficaces y malvados ruegos, promesas y engaños. En los pueblos numerosos las tiene el diablo de su inclinación repartidas por barrios; y es tan atrevida y tan insolente su audacia, que no suelen respetar lo más sagrado. Una vieja sola, abroquelada de un rosario, una demanda, una toca u otro de los disfraces con que se revisten los hipócritas para embobar a los incautos, basta para corromper a todas las sanas mujeres de un pueblo. A la vieja que gastó los años de moza en los desórdenes y retozos de la lujuria, importa mucho huir de ella. Es necesaria una cautelosa prevención para no dejarse prender de sus persuasiones. En mi juicio han hecho más estragos las alcahuetas que las tentaciones de los tres enemigos del alma, y nuestra carne no tiene contrario tan poderoso como el de sus palabras. Ellas son guadaña de las honras, red barredera del pudor, polilla de la vergüenza, desolación de la honestidad, y cisma descomulgada contra el recogimiento, el retiro, el recato y todas las buenas costumbres e inclinaciones de la santa doctrina

y la crianza. Llorando estaba yo con mi espíritu la perdición y abatimiento que introducen en las almas inocentes estas infames hembras, cuando retiró de mi discurso estas consideraciones un ruido extraordinario, que parecía salir de una de las camas de la pieza. Agarróme mi maestro por la mano, y me condujo a una que estaba enfrente, que para nuestro intento es la tercera, y en ella vi otra mujer que padecía las últimas congojas de la enfermedad que voy a escribir.

Cama III

La inflamada del hígado

Desamparada de las fuerzas y los espíritus, grave y dolorosa toda la humanidad, y entorpecidos y corrugados todos sus miembros, gemía y se lamentaba la lastimosísima doliente de la cama tercera, entre los brazos de las piadosas madres, las que con notable agrado y caridad acudían a su consuelo, asistencia y auxilio. Continuadamente entrometían pedazos de sábanas, arpilleras y otros retales de lino para enjugar su cuerpo y recibir sin tanta pena de las partes exteriores, los materiales colicuativos de unos cursos precipitados, que la quitaban con rigor espantoso la vida. Era el color del rostro de esta mujer pálido, icterico y ya semejante al de los difuntos. Los labios excarnes y pajizos; la lengua árida, corrugada y hendida; los ojos mustios, perezosos y sin esplendor en sus túnicas; las narices frías, aguzadas y abiertas. La respiración muy dificultosa y acompañada de una tos remisa, pero bastante frecuente. Yo me puse a distancia de poder tocarle el pulso, y a éste lo percibí duro, árido y con bastante movimiento y celeridad. La sed según su relación y los signos de la lengua era insufrible. Quejábase del hipocondrio derecho, en donde padecía un dolor molesto, continuado y gravativo con ardor y aridez notable. Toqué cuidadosamente toda aquella parte y se manifestó al tacto tumorosa, pesada y dolida, y por este signo y los antecedentes consentí luego en que padecía un tumor horrible en la substancia o en las porosidades del hígado, originado de la detención del flujo de sangre por los canales venosos. Actuado, pues, y certificado en la inflamación de esta víscera, pasé a examinar en cuál de las partes, cava o giba, estaba el material inflamatorio, e inmediatamente conocí ser la parte cava la más herida, porque rompió la enferma a quejarse del estómago y a dar señas el dolor cardíalógico con náuseas, vómitos y eructos; el tormento de la sed tomó mayor altura, y explicóse hasta lo sumo la inapetencia y horror a la comida. El alimento en vez de actuarlo y quilificarlo dulcemente, lo corrompía y alteraba con ruidoso tumulto.

-Estos síntomas -dijo mi diablo- son propios y manifestativos de la inflamación en la parte cava, porque es la más inmediata al estómago, y éste, impedido y estrechado, prorrumpe en vómitos y perversas decocciones, las que producen la sed, la calentura, el hastío, los cursos y otros accidentes mortales. Cuando la inflamación es en lo giboso, o parte giba del hígado, es más dificultosa la respiración, la tos más ruidosa y más continuada; la razón es porque de la parte giba sale el ligamento con el cual el hígado está cosido al diafragma, y el tumor es más elevado y perceptible. Los síntomas del dolor de costado suelen ser equívocos para

el que no se detiene en su reconocimiento, y pues ya te los advertí en uno de los primeros desahuciados, no quiero molestarte con su repetición. También puede el poco reparo o la ignorancia distinguir esta inflamación del hígado de la que suelen padecer los músculos del abdomen, y para no equivocarnos, es necesario tener presente que en la inflamación de los músculos no aparece la tos, y la respiración está muy libre, y aunque padecen los enfermos que tienen inflamados dichos músculos calentura, sed e inapetencia, no es tan rigurosa ni exaltada como la que acosa a los de la inflamación del hígado. Además de estos distintivos hay otro más visible y es la rectitud y orden que guarda dicha inflamación sobre los músculos, y la del hígado no es recta, antes bien, observa la figura de dicha parte, que es semicircular. El peso que sienten los que son molestados de este achaque sobre el hipocondrio derecho es producido del material inflamatorio, que hace rebalsa en esta víscera, la que es de más que mediana magnitud. El dolor y el ardor es ocasionado de los retoques y mala conformación de la túnica, ligamentos y demás partes de esta región. La calentura más o menos intensa es precisa en todas las inflamaciones internas, y la dureza que manifiesta en el pulso de la resaca y aridez, que participan por la inflamación los vasos arteriosos. Peligrosísimo y aun mortal es este achaque, cuando la inflamación llega a esta altura y a declararse con tan perversos síntomas, como son la calentura ardiente, náuseas, vómitos, sed insufrible, extremos y sudores fríos, inapetencia suma, y los cursos continuados producidos del grave incendio y colicuación; y como aparezcan estos signos siempre es mortal, ya sea la parte giba, ya la cava, la que padezca la inflamación. La resolución es muy dificultosa, y la supuración es sumamente sospechosa y terrible, porque si se rompe el absceso queda úlcera, y ésta no consiente remedio alguno; la materia que se revierte del absceso va a parar a la región del abdomen, y su impureza y acritud maligna, causa y suscita desmayos, delirios, sudores helados, gangrena, hipo y con él la muerte. Alguna vez se ha visto desguazarse estas materias rebalsadas en el hígado por orina, por salivación, cámara o vómito, buscando la naturaleza pródiga los canales y ductos secretos que ignoran todavía los hombres, o ya por los ductos féleos y colídoco, que terminan en el intestino duodeno, y se ha expelido y arrojado la inmundicia de los materiales con felicidad; pero en estos milagros no se puede fundar seguridad, y así en este caso y en otro cualquiera, como se expliquen con la crueldad dicha los síntomas, se debe reputar y temer por funesto este achaque. Ya sobran los signos precedentes para el discernimiento de este mal, y para saberlo distinguir de los otros con que puede equivocarse; oye ahora las causas que lo producen y crían en los cuerpos.

La sangre grumosa, estancada y coagulada en los alvéolos, poros, túnica o ligamentos del hígado es la causa próxima de esta inflamación. Cuando la sangre tiene algún pecado en la cantidad de su exceso, se sigue la retardación de su círculo, y se desordena el equilibrio natural, y revertida en esta víscera causa la inflamación. Cuando este líquido sanguino está alcalizado con alguna acritud o disuelto, y que procede tumultuoso movimiento, también es producente de este achaque, del mismo modo cuando la sangre padece alguna crudeza, viscosidad, u otro vicio ocasionado de corpúsculos ácidos que se han remezclado con su bálsamo. La

mala textura, templanza, o vicio del hígado produce también la estagnación; porque si es ardiente, la atracción es mucho mayor. Si padece obstrucciones, se constipan y tapan las porosidades y no puede la sangre colarse ni seguir su curso por los canales venosos. Todos los alimentos ardientes, acres, aromáticos, sulfúreos, biliosos, y las bebidas de esta naturaleza tan usadas en este tiempo, como los vinos extraños, rosolies, rataffas y otras quintas esencias que ha introducido la gula y la borrachera con el buen semblante de razón de estado y de moda son innegables y visibles causas que originan brevemente este mortal achaque. La intusión, golpe fuerte, o ventosa aplicada sobre dicha parte, también se establecen y numeran entre las causas y producentes. En el estado de la sanidad se manifiesta el ardor del hígado por varias señales exteriores, las que deben dar que temer al médico y al sujeto que las padece cuando se te ocultan. A unos se les declara el incendio de esta víscera por varios tubérculos, rosones y granos en el rostro, labios y narices; a otros les raja las palmas de las manos y de los pies, con un prurito o comezón molesta en ellas; a otros los castiga con frecuentes dolores de estómago y crudas digestiones, porque el hígado, como vecino del estómago, le arrebatara el calor y no puede celebrar sus cocimientos con toda la pureza necesaria para la buena condición del quilo; a otros los plaga de herpes, manchas y rosas todo el cuerpo, y especialmente en los tiempos de primavera y otoño; y siempre que tenga valor para sacudirse esta víscera a las partes exteriores de los cuerpecillos que la intentan molestar e introducirse en sus partes, se puede vivir con alguna seguridad en la salud; pero en dejándose sobrecoger, padecerá la inflamación y los síntomas que dejo referidos y acabas de ver en esa condenada enferma, que ya concluyó con la vida y con el mundo.

Volví a mirar a la cama, y ya era inmóvil terrón la que un momento antes gozaba vida y alma capaz de la gloria eterna.

Dijo mi diablo:

-Basta ya de signos y causas, escucha la curación que acostumbran hacer los médicos en este achaque, la que te explicaré con claridad, no para que confíes ni uses de sus aplicaciones, sino por seguir con el método que hasta aquí la historia de estos desahuciados.

Prometí serle atento, y él prosiguió con las siguientes palabras:

-Tres intenciones, que son las que previene la práctica, observó el médico en la curación de esta enferma. La primera miró a minorar el mal aparato incluso en la sangre; la segunda, a resolver y descoagular los materiales inflamatorios; y la tercera a templar el ardor y confortar la flaqueza del hígado. Cumplió con el precepto de la primera intención sangrando dos veces, persuadido a que así minoraba el vicio de la sangre y dejaba más flojos los vasos, y más descubiertos los canales, para que por ellos pudiese circular con más desahogo y proporción la sangre. Repitió las sangrías, porque en la edad, constitución y fuerzas de esta mujer encontró disposiciones de bastante resistencia. A la segunda intención satisfizo con los medicamentos absorbentes, diaforéticos, alcalinos y nitrados, para absorber el ácido y disolver la materia estancada y coagulada, para que así pudiese correr y circular con los líquidos, y ser arrojada en sudor por los poros, o por otros canales y vías. Echó la mano de los demás específicos para estos fines, los que redujo a una

proporcionada dosis, y son los siguientes: el cocimiento de agrimonia, chicoria y escorzonera, ojos de cangrejo y dientes de jabalí, perlas, esperma de ballena, nitro depurado y azúcar de Saturno, contrayerba, sal volátil de cuerno de ciervo, víboras, alcanfor, espíritu de nitro dulce, confección de jacintos y jarabe de escorzonera; pero de todas se burló la malicia del achaque. Pasó a poner en planta la tercera intención con los remedios tópicos exteriores, aplicados con paños mojados y tibios a la dolorida región del hígado, y con varios ingredientes hizo un emplasto con harina de cebada. Los más específicos para este fin son el zumo de las achicorias, vinagre rosado, sándalos rubros, nitro depurado, azúcar de Saturno, alcanfor, esperma de ballena y el unguento sandalino. Pasados los principios de la inflamación acudió con el linimento de la dialtea, esperma de ballena, bálsamo de calabaza, que ahora llaman de Curbo, aceite de ajenjos y manzanilla, nitro, sándalos y alcanfor. Aumentáronse a la enferma los dolores con desordenados rigores, la calentura tomó más elevación, el ardor era más intenso, y habiendo notado estas señales que eran distintivas de la supuración, ayudó el médico a perficionarla con el emplasto de la pulpa de la raíz de la dialtea, aceite de linaza y de ajenjos, esperma de ballena, tintura de azafrán, yema de huevo y levadura, con la que logró que se elevase el tumor y se distinguiese exteriormente. Mandó acudir a los cirujanos para que con los cauterios rompiesen la parte tumerosa, y según las prevenciones de este mecanismo, se dio lugar a la salida de las materias; pero nada aprovechó, porque en la operación quirúrgica acabó con la vida esa miserable mujer. Lo más regular en estos afectos tumorosos del hígado es romperse internamente el absceso, y entonces debe acudir el médico a ayudar a la naturaleza para que arroje el material purulento por aquel camino que suele señalar, ya sea por la orina, por cursos o por vómitos, valiéndose de los medicamentos suaves, vomitivos laxantes y diuréticos. Cuidará al mismo tiempo de templar y dulcificar la rabia y acrimonia de los materiales podridos, y finalmente limpiar y fortalecer la llaga del hígado, y puede sin duda alguna confiar la satisfacción de estos dos fines con el siguiente remedio, cuya dosis se debe dejar a su discreción: cocimiento de agrimonia, yedra terrestre, raíz de altea, flor de hipericón en suero de leche de cabras, ojos de cangrejo, cristal montano, azúcar de Saturno, bálsamo de azufre terebintinado y jarabe de violetas. Todos los medicamentos señalados en el primer desahuciado, que fue el tísico, pueden moderarse y servir también para estas úlceras del hígado y todas las de las vísceras internas, pero en todos va aventurada la esperanza; pero es uso y consuelo continuar con las medicinas y las visitas del cirujano y el médico. He querido revelarte el método de ocurrir a estos tumores, cuando se rompen interiormente, pues aunque no es del caso en esta enferma, puede servirte en alguna ocasión, y nunca puede dañarte la ciencia y conocimiento en orden a saberlos remediar, así cuando la rupción es interna, como cuando es externa.

Ésta fue la historia de la curación y muerte de la enferma de esta tercera cama, y antes de pasar a la cuarta me refirió mi etíope brevemente su vida y su condenación con las siguientes cláusulas.

-El vicio en que regularmente se atollan las mujeres en cualquiera clase o distinción que las coloque la política y gobierno de los hombres, es el cieno de la sensualidad, y en todos sus pantanos y lodazales se

revuelcan gustosas, sin llegar el caso de que se limpien y se sacudan de las manchas y porquerías que les imprime en el alma el pegajoso barro de esta torpeza. El tiempo y las enfermedades suele debilitarlas; pero pocas veces -siendo tan poderosas sus guadañas- logran raer sus inmundicias, sólo la muerte es la que consume sus borrones, pero es a costa de romper la tela de sus vidas. Derramadísima fue esta mujer por este vicio; pero tan cautelosa, que hubiera hecho disculpable su malicia a no dirigir su cautela a la ocultación, seguimiento y amistad con mayores delitos. Los más de los años de su vida los pasó sacrílegamente amancebada con un perdulario farandulero, que con ademanes de beato, arranques de virtuoso y oropeles de modesto, deslumbraba al mundo para que no pudiese penetrar con los ojos del desengaño sus malvadas obras. Con la amistad, las instrucciones y reglas de este picarón hipócrita, logró esta mujer una fama general de virtuosa, ejemplar y penitente, con que pudieron persuadir en el mundo por milagros sus maldades, y pasar plaza de especialísimos compañeros de la santidad y devoción, siendo peores que todos los condenados en las costumbres. Tenían tan rara similitud en los genios y las inclinaciones estos dos diablos vivientes, que sólo los distinguía el sexo y la figura. Eran sus caras melancólicas, sucias, descoloridas, macilentas y penitentes, en fuerza de la tintura del azafrán, el humo de las pajas y el continuo cuidado con que vivían de chuparse el gesto, torcer la cabeza y derribar los ojos. El traje era obscuro, basto y reducido; pero su conciencia más dilatada que los boquerones del infierno. Era la posada nocturna de esta mala hembra en un casarón antiguo, plagado de cicatrices, roturas, trapajos de telarañas, repellones de barro y bocanadas de hollín, y cubierto de llagas, sajaduras y rasguños que habían abierto en su desmesurada corpulencia los silenciosos, inevitables y porfiados golpes del tiempo. Sola, y sin más compañera ni criada que un enjambre de murciélagos, lechuzas, golondrinas, arañas, lombrices y otros asquerosos enjertos, que se producían y anidaban en sus inmundos suelos y techumbres, estaba esta maldita mujer, siendo viviente gusano en una de las entrañas de este destruido corpanchón. Era su sitio el más retirado arrabal del pueblo, que éste le pareció más oportuno para ser delincuente sin riesgos ni testigos. Tenía entre sus infinitas roturas y desgarrones una boca, cuyo hueco era salida al campo y a una ermita en donde habitaba el malvado mochiflón hipócrita, compañero en los hurtos y picardías de esta embustera y salteadora. Salían por la mañana el uno de su ermita, y la otra de su casulario a robar el pueblo por diferentes barriadas, haciendo estudio de no encontrarse y cuando la casualidad los juntaba, se hacían unas salutations extrañas, breves y misteriosas, afectando un temor y veneración estática, y un conocimiento de sus virtudes por el medio de las revelaciones y los influjos divinos. Embobando, pues, este par de penitentes del demonio con sus artes, fingimientos, demandas y afectaciones de virtud, a los tontos y boquirrubios, acarreaban para sus chozas los rollos de chocolate, los perniles, los tarugos de cecina, los talegos, y cuanto podían sacar a los mamarones, que creen en los juegos, trampantojos y ligerezas de estos perdularios y embelecadores.

-¡Yo no sé dónde tienen la vista y el juicio estas gentes del mundo!
-decía mi demonio, exclamando con admiraciones- ¡Yo no sé cómo se tragan unos huesos tan gordos sin atragantarse! Los más de estos santurrones que

viven, comercian y acuden al trato continuo con las gentes civiles son de la misma calaña que esta mujer. El sistema del verdadero virtuoso es el retiro, la abstracción y el poco trato con las gentes del mundo, y sobre todo la fuga de la ociosidad, de las conversaciones, visitas y novedades del pueblo. Los libros devotos, los discursos espirituales en la soledad de sus habitaciones, las oraciones vocales, y los cuidados de su moderada comida, sueño y limpieza le han de gastar las veinte y cuatro horas del día, y si desperdicia algún tiempo para visitar las casas, es perdido, y se debe hacer sospechoso. A sus bienhechores los sirven más los devotos en sus retiros que en sus casas, y su virtud peligra menos. ¿Quién se atreve a creer que puede ser tan altamente virtuosa una mujer que vive sin guardián, sin sujeción, ociosa, sin dedicarse aun a echar un remiendo, y que se anda muy fruncida de facciones de casa en casa, sangrando en una a los talegos, en otra pidiendo con el título de medicina los ladrillos de chocolate, orzas de dulce y otras golosinas, y en otras, como de limosna para remediar su necesidad y la de otros afligidos, los trozos de ternera, carnero, gallinas y hogazas, persuadiendo que lo reparte entre los menesterosos, siendo cierto que regularmente venden, o dan a sus galanes o encubridores lo que no les puede abarcar su estómago? ¿Cuántas veces ha descubierto la justísima cautela de la inquisición las traiciones y embustes de semejantes bribonas? ¿Cuántas veces las ha arremangado la justicia civil, y ha puesto a la vergüenza sus caras y sus mentiras? ¿Cuántas burlas, cuántos chascos han padecido los bobos del mundo -que son innumerables- con los suspiros, gestos, ademanes y figuradas de estas beatonas y faranduleros? Al mismo tiempo que su aparente devoción, traje melancólico y semblante penitente, se les descubre la ociosidad, el entrometimiento, la codicia y otros trastos diabólicos, y las gentes del mundo suelen ser ciegos tan admirables, que ven la perspectiva de la santidad, y no ven el bulto de su malicia y de sus perversos vicios. Cuántas bolsas han descerrajado, aun a los más miserables, estos picarones y bribonas vagabundas, santeras de pasta, y micos de la virtud, ya ofreciendo la gloria, como si la tuvieran en la mano, por un trago de vino o por dos reales? ¡A cuántos poderosos relajados de costumbres han persuadido que sus oraciones y estrechez con la corte celestial los ha de encaramar hasta el quinto cielo! ¡Cuántas madres, padres, tíos, hijos y sobrinos aseguran no haber residido en el purgatorio más que una hora, y ofrecen sacarlos de sus penas para el cielo, como si tuvieran arrendados los demonios y tizones, o estuvieran purgando en él por su cuenta! ¡Cuántas veces persuaden con palabras equívocas y misteriosas la conversación y trato familiar con sus almas, contando sus apariciones, arrobos y raptos sucesivos! ¡Cuántas sucesiones prometen! ¡Cuántos pleitos dan por ganados! Tanto número de bausanes hay en el mundo para creer y engordar a estos embusteros, como los que hay para dar crédito a los duendes, los hechizos, los espiritados y las brujas. Porque la permisión divina mantiene tal cual sujeto maleficiado de los espíritus, o tal cual diablillo suelto para crédito de su soberanía o poder, o para que tengan ejercicio las oraciones de la Iglesia, creen que están hechizados cuantos lo dicen y lo fingen por negociación, por burla o por otros fines. ¡Notables ignorancias padece el mundo! Y ésta es una de las más crasas y más perjudiciales a la fe. Los católicos deben atribuir más al poder de

Dios que al del diablo los sucesos prodigiosos, y lo hacen al revés, pues cualquiera enfermedad ignorada, cualquiera ruido extraño, o cualquiera movimiento preternatural de las criaturas, todo lo atribuyen al diablo, al duende, a los hechizos o a las brujas.

-Creen los hombres -proseguía mi etíope muy encolerizado- que nosotros valemos o podemos; pero nuestra desdicha es que estamos ligados a una cadena, ladramos, mas a nadie mordemos. Sus vicios son los poderosos y los que destruyen sus almas, no hay que arrempujarnos la culpa, que aunque padecemos las penas infernales, las padecemos por nosotros, y cada uno las padecerá por sí, y a ninguno le valdrá para librarse de ellas decir que le engañó el diablo. Ellos se engañan unos a otros, y a sí mismos, y a los pobres demonios nos quieren cargar con sus delitos.

En ninguno de los argumentos que nos ofrecían las frecuentes detenciones con los desahuciados y dolientes vi al etíope tan furioso como en este asunto. Tan colérico lo contemplaba, que a hallarme yo tizado de esta simple credulidad, creo que me arroja por uno de los balcones del soñado hospicio. Yo sólo creo en Dios omnipotente, y en los misterios de la Santísima Trinidad, y todo lo que cree y confiesa mi católica religión. En las obras naturales y preternaturales que puestas a mis ojos, no alcanzo con ellos ni con la consideración sus arcanos, imagino sólo y venero las permisiones y poder del Altísimo, y a otro espíritu o criatura jamás me he atrevido a confesar tanta virtud. De los diablos, los duendes, trasgos, genios infernales, espíritus, demonios y sus diferencias, que todos son unos, temo y no dudo de su existencia; pero no los creo tan entremetidos en nuestros cuerpos y casas, como lo asegura la ficción y miedo de la vulgaridad. Los hechizos son tan ciertos y tan visibles que apenas hay vegetable, bruto o mineral, de cuya extracción o mezcla no resulten venenos activos, remisos, fuertes, blandos, y de otra cualquiera especie de movimientos, mas esta composición, su fuerza y su uso la saben y practican solamente los doctos y prácticos en la medicina o en la física experimental, pero no las mujercillas o viejas a quien regularmente se les atribuye su aplicación. A cualquiera enfermedad ignorada, a la flaqueza, al perdimiento del color del rostro u a otro afecto irregular, como se ponga en algún mancebo rico, galán o bien hablado, lo capitulan de hechizos y andan echando la culpa a una manzana, a un dulce que le dio esta o la otra mujer enamorada o de mala vida, y piensan que cualquiera mujer deseosa de la venganza, o de los amores determinados, puede y logra arbitrios para meter los gusanos, las cucarachas y los solimanes en las frutas, y darles virtud contra el que quieren maleficionar solamente. De estas necedades está atragantada la gente sencilla, y los conjuradores que suelen hacer su negocio con el consentimiento en tales simplezas y manías. Los espiritados, y especialmente espiritadas, son infinitas, pero las más son tan falsas como esos bribones santeros y santeras. Comercian con diablos fingidos y con satanases de mala moneda, que sólo pueden pasar entre los que tienen el entendimiento a buenas noches, que no perciben las cosas sino es a tientas. Entre dos mil conjuradas puede haber una en quien recaigan legítimamente los exorcismos. De los beatones que viven entre los mundanos, queriendo encajar la virtud, y ser tenidos por gentes milagrosas, no hay uno que lo sea, porque esta afectación y este deseo de la vanagloria, acompañado de su ociosidad y codicia, es hijo de muchos y

muy malos padres. Yo no he sido tan temerario que a la primera oleada haya capitulado de mentirosa su virtud; pero he tenido a mi dictamen en suspensión, y después de un prolijo examen me quedo rodeado de dudas insolubles, así en el verdadero conocimiento de este vulgar beatismo, como en el de los hechizados y endemoniadas.

Serenó su horrible ceño el etíope, porque parecía que me estaba leyendo el corazón, y más pacífico y blando de miraduras y voces, prosiguió la historia de esta condenada.

-Después de gastar toda la luz del día -dijo- esta malvada y su perverso monigote en visitas, comilonas y conversaciones en las mejores y más rellenas casas del pueblo, se retiraban el uno y la otra a sus habitaciones, y favoreciéndose de la obscuridad de la noche, del silencio y de la soledad, se colaba el maldito ermitaño por el garguero de la cueva, hasta encontrar con la cama de la beatona. La noche la pasaban entreteniéndose con cantares lascivos, en contar los dineros que habían arrancado de los bolsones de los simples, que creen en arrebatamientos de cartón, y en éxtasis de perspectivas, en engullir copas de vino, sober tarazonas de puerco, pollos y otras aves del tiempo, y en murmurar de los mismos que socorrían y alimentaban sus vicios y sus desórdenes. En este derramamiento de vida tan ofensivo a las leyes católicas les permitió vivir la rara providencia de su Criador, hasta que se les cumplió al uno y a la otra el número de sus sucios pecados. Al picarón del monago lo quitó del mundo una apoplejía con un sueño profundísimo, y despertó entre nuestras hogueras y tizones. Y a esta obscena hipocritona se le encendieron los hígados con el fuego del mosto, y a pocos días ha venido a buscar a nuestras cavernas a su condenado compatriota, en donde estarán por toda la eternidad.

Así concluyó la historia de esta difunta mi cronista diablo, y yo sin dar lugar al juicio para que se escapase a las reflexiones y discursos, me fui a entretener y a estudiar con la cuarta cama, la que padecía el prolijo afecto que diré inmediatamente.

Cama IV

La epiléptica

Pálido el rostro, trillado de arrugas, cubierto de pecas y manchones, chupadas las mejillas, los ojos torpes y tristes, la boca ordeñada de su nativa humedad, y mostrando una timidez, tremor y debilidad común de todo su cuerpo, vi a una mujer vestida, sosteniendo a su derrengada estatura sobre un cayado, y asentada en uno de los ángulos de la cuarta cama. Quise pasar a reconocer otra enferma, persuadido a que ésta estaba convalenciendo de alguna enfermedad, y que el médico la había mandado arrancar de la cama para que cobrase fuerzas, para que impusiese a los pies en los olvidados movimientos, y para que acabara de sacudir con el esparcimiento las reliquias del mal. Detúvome mi diablo, y dijo:

-A esta pobre mujer ha días que la permiten vagar por estas piezas, porque es acosada de algunos raros accidentes. Actualmente está sufriendo la infeliz un gravísimo dolor de cabeza, ha padecido estas noches pasadas unos sueños turbados, rigurosos y crueles. La tiene cogida una torpeza y

gravedad universal en todo el cuerpo, de modo que instada de los platicantes de esta sala, lleva arrastrando a su humanidad, apoyada en aquel báculo o muleta. Siente un rumor en los oídos molesto, enfadoso y continuado, los ojos se le descubren pesados y somnolientos, y a la vista se le representan las imágenes borradas y de varios colores, la lengua balbuciente y torpísima, y además de tener el cuerpo tan trabajado, está cogido su espíritu de una tristeza, temor y horror inconsolables. Estos dolores y afectos son prólogos que están amenazando con una epilepsia, y son las frecuentes y anteriores señales que avisan la invasión de este accidente.

Atento estaba yo a la lección e informe de mi etíope, cuando repentinamente con estrépito prodigioso y una violencia rigurosa, vi rodar por el suelo a la infeliz enferma y, como si la hubiera levantado un barril de pólvora, fue arrancada de mis ojos más de seis pasos de la cama, adonde la vi detenida sobre su báculo. Los dientes se le estregaban unos con otros, produciendo su fortísima fricación un ruido descomunal y escandaloso; la boca se le trasplantó al cogote, las tónicas de los ojos perdieron su sitio, su rectitud y su esplendor; todas las partes y miembros de su humanidad padecieron una vibración y convulsión horrible. No le quedó sentido con uso, ni medio en ellos para ejercitar sus operaciones. Respiraba trabajosamente; ya la advertía sofocada, ya afligida de repetidos, violentos y pesados golpes en el pecho. Por la boca y por las narices brotaba una espuma pálida, blanquecina y hervorosa que al mismo tiempo causaba la lástima y el asco. Finalmente, todas sus partes externas aparecían violentamente convulsas, y las internas contraídas y opresas, y los sentidos notablemente dañados. Y todo discurría yo que sería originado de recrementos de diversas especies que velicaban y punzaban las membranas o nervios, desordenándose sus espíritus con riguroso tumulto y discordia. Acudieron lo platicantes a desnudarla, y con imponderable trabajo la pusieron en la cama.

-Aunque estos insultos epilépticos esconden algún peligro de la vida -prosiguió mi diablo-, regularmente los sabe vencer la naturaleza con una mediana lección y aplicación de la medicina, y aunque sea dificultoso cortar sus raíces, a lo menos se logra la quietud y suspensión por muchos días. Pero esta miserable mujer muere de este achaque, porque ha sido visitada y atropellada de su fuerza muchas veces, y cada vez de las que ha sido acometida, se le han desordenado con vehemencia terrible los túbulos de la substancia cerebral, y se han dilatado y extendido con los porrazos y vehementes concusiones, y esta dilatación y desorden ha servido para disponer y admitir en dicha substancia recrementos extraños y materias impuras. Asimismo los espíritus conturbados en su preternatural explosión se le han resuelto y ha perdido mucha copia de ellos, y cuantas veces le ha repetido el accidente, se le ha ido debilitando la substancia cerebral, y lo volátil y activo de los espíritus se le ha disminuido, y sólo le ha quedado ya la mayor parte de ellos fijos y fríos, y ha terminado en la apoplejía, que es el regular paradero de los que son insultados de este achaque. Siempre que sean frecuentemente repetidos estos accidentes, se seguirá la dilatación de los ventrículos o túbulos del cerebro, y éste así preparado, recibirá recrementos e impurezas enviadas de cualquiera de las vísceras generales de bazo, mesenterio, estómago y útero, los espíritus

perderán su volatilidad, y se disponen para la muerte, hociendo en una perlesía o apoplejía de las fuertes. Hasta los veinte y cinco años duran las esperanzas de la curación de este afecto, porque hasta la pubertad se experimentan dos mutaciones en la naturaleza, y por ellas puede sacudirse y exterminar este afecto u otro cualquiera de los radicados y rebeldes; pero si pasada esta edad y vigor no se regula o desaloja este seminario morboso, queda indómito y tenaz hasta que quita la vida a los pacientes. En los niños es regulamente mortal este achaque, cuando acomete al mes después de su nacimiento, porque abundan en mucha humedad, y la substancia del cerebro está poco firme, y los nervios muy flojos. Al tiempo de la dentición son también acometidos, porque al romper los dientes, con la fuerza de los dolores se conturba la sangre, y se extraen de ella algunas partículas acres serosas, y éstas pican y lancinan en los nervios del quinto par, que terminan en las raíces de los dientes, y de esta lancinación se sigue la conmoción de espíritus y dilatación de la membrana y fibras a uno y otro lado, y desordenados los poros de la circunferencia, se revierte y extravasa la sangre, a que se sigue el tumor, y comprimiendo éste los nervios se comunican las partículas acres, espasmódicas, al cerebro, que es la causa de la epilepsia. Ya has visto en esta mujer los signos inminentes y actuales de este achaque, oye ahora las varias causas que lo producen.

-Son tan varios los modos de afligir de este accidente -prosiguió mi maestro- que muchas veces han recurrido los vulgares, y aun los profesores a buscar sus causas y sus raíces en los demonios, capitulando de maleficiados a los que son sobrecogidos de este mal. Unas veces los acomete y hace cantar, otras reír, llorar, hacer visajes, gestos y figuras ridículas, rompiendo en voces y expresiones disparatadas; ya los hace correr intrépidamente, saltando hacia atrás y ejecutando otras acciones extraordinarias y pasmosas. Todos son efectos de la privación del juicio, cuya rectitud de operaciones y movimientos nubla y desordena el tumulto y motín de los espíritus. Dos diferencias dan los médicos de epilepsia, las que sacan del nido y lugar donde se esconden los materiales epilépticos. Cuando la raíz de la epilepsia la contemplan en el cerebro o sus meninges, la llaman idiopática; y a la que tiene su asiento o raíz en otra cualquiera parte externa del cuerpo, la nombran simpática. La causa general y material de una y otra son los recrementos impuros, ácidos volátiles y corrosivos, que destilados de la sangre o linfa, y conducidos a los túbulos o ventrículos de la sustancia del cerebro, muerden y pican en sus membranas o en el origen de los nervios, y de estas mordeduras y picadas se sigue la violenta agitación, desorden y motín de los espíritus. Estregándose, pues, unos con otros, y contra otras partículas heterogéneas, se encrespan, dilatan y encienden, y corren con desordenada fuga, y sin tino por unos y otros nervios, y heridos de su actividad y fuego causan tan varios y tan extraños movimientos y figuras en el rostro y las demás partes de la humanidad. Los recrementos de varias especies, y singularmente los ácidos que suelen anidarse en el mesenterio, bazo, útero y estómago, son productores de este achaque, del mismo modo que el ácido pancreático transfundido de los intestinos. De cualquiera parte del cuerpo donde se escondan recrementos, que en preternatural y putrefactiva fermentación exhalen de sí átomos, vapores o partículas deleteriosas

espasmódicas comunicadas al cerebro o sus membranas, ya por las venas o por vasos linfáticos, procede sin duda alguna también este accidente epiléptico. La sangre o suero detenido, o estancado en los poros de la substancia cerebral en fuerza de algún ácido coagulante u otra causa, induce también este afecto. Las pasiones del ánimo son asimismo causa muy poderosa, porque estas ansias conmueven los espíritus, y movidos violentamente se ponen en fermentación algunas impurezas o materias frías espasmódicas, las que despiden de sí partículas y vapores muy circunstanciados para producir la epilepsia. Estas pasiones y congojas del espíritu suelen también encender la sangre, y ella con este incendio y agitación espuma, y despiden de su substancia partículas muy varias y maliciosas, y si caen en las meninges o substancia cerebral, causan y ejercitan este violentísimo accidente. Por último se pueden tener y numerar por causas cualesquiera cuerpos extraños introducidos y fermentados en los ventrículos, membranas o túbulos de la cabeza, o en el origen de los nervios, ya sean sacudidos de la sangre o la linfa, o enviados en partecillas, átomos o vapores desde las entrañas de estómago, bazo, páncreas, útero u otra de las que tienen posibilidad para la refermentación de recrementos o impurezas, y todos los alimentos y bebidas capaces de fomentar esta malicia. Éstas, pues, son las causas de este achaque, atiende a la curación con que fue asistida esta desdichada mujer.

Y prosiguió mi diablo:

-Medroso el médico de una supresión mensal que padecía esta mujer al tiempo que la agarró el accidente, y cautelándose de una imaginada plenitud, la sangró inmediatamente, y la acudió con ayudas de vino emético, friegas y garrotes. Vista la poca obediencia que tuvo el mal a estos pronto remedios, la socorrió con un vomitorio, el que recibió trabajosamente, porque los músculos temporales estaban convulsos, y fue preciso abrirle la boca palancándole las mandíbulas con una espátula. Ni a la fuerza de este medicamento, ni a la actividad de los más de los anti-apoplécticos, que le han administrado en nuestra presencia, ha cedido ni cederá la horrible y desenfrenada furia de este mal. Y así déjala morir, que mientras acaba la vida entre los martirios de la medicina te referiré toda la historia de su enfermedad y curación.

Desde los principios de su generación ha estado cargada esta mujer con este fomes epiléptico, y desde la edad ternísima de la infancia ha lidiado con esta cruel pasión, y con los rigurosos tormentos que la medicina tiene determinados para su exterminio. Siendo muy niña la horadaron el cuerpo con tres fuentes, dos en los brazos y una en el pescuezo. De cauterios, ventosas en la sutura coronal, y emplastos de cantáridas ha padecido tantos cuantos han sido los insultos y golpes del accidente. En las primaveras y otoños la prevenían con varios purgantes superiores e inferiores, a fin de preservarla o minorar la fortaleza del accidente. Todo el cuidado del médico se dirigió a evacuar el material espasmódico, y capitulando de idiopática a esta epilepsia, intentó su destierro con vomitorios para desalojar del estómago, bazo o útero las rebeldes materias que producen en el cerebro tan horrorosos síntomas. Usó, pues, del vino emético, el agua benedicta, los polvos de Quintilio y el tártaro emético, que son los auxilios más celebrados para el vómito. Sospechando otras veces de simpática a la epilepsia, y que su vicio podía

estar en primeras vías, echó mano de los purgantes suaves y benignos, repitiendo muchas veces las siguientes píldoras compuestas del extracto católico, mercurio dulce, rasina de jalapa, sal de ajénjos, simiente de peonía, cráneo humano, tintura de castóreo y jarabe de peonía. Hizo después las sangrías de brazo, de la vena común y las leónicas, y pareciéndole que había satisfecho a la primera intención de regular y deponer los recrementos heterogéneos estancados en las entrañas generales y en la sangre, pasó a dulzorar, fijar y resolver las reliquias salino-ácidas, que son las que irritan los nervios y escaldan e inflan los espíritus, y a confortar las substancias del cerebro, y oprimir y cerrar lo laxo y abierto de sus poros. Para cumplir con esta segunda intención, se valió de los anti-epilépticos, y entre la clase de ellos eligió a los que incluyen sales volátiles descoagulantes, a los que constan de sales alcalinas fijas absorbentes, y a los que están compuestos de partículas sulfúreas anodinas. Pensó encontrar en los polvos siguientes, toda la virtud y pujanza para satisfacer a sus deseos, y formó la receta de los polvos de sangre de golondrina, polvos de hígado de ranas cogidas en la menguante de la luna y secos al sol, cráneo humano de muerte violenta, uña de la gran bestia, polvos de raíz de peonía negra, polvos de lombrices ahogadas en vino, cenizas de topo calcinado sin entrañas ni piel, estiércol de pavo, corazones e hígados de víboras, visco quercino, raíz de valeriana, contrahierba, polvos de secundinas, cinabrio nativo, flor de tilia, lilio convalio, simiente de ruda, polvos de cardo santo, perlas, sal volátil de cuerno de ciervo, nuez moscada, y panes de oro. De estos polvos -cuya receta más parece chanza, o zumba contra la medicina, que uso aprobado de ella- le dio a beber ocho días por tarde y mañana en diferentes tiempos, mandando hacer su disolución en el cocimiento de hisopo y flor de tilia, con el jarabe de claveles, el aceite de boj, el espíritu de cerezas, confección de jacintos, el láudano líquido de Sydenam, y otros ingredientes; pero de todo se burló el rebelde achaque. Acudíale frecuentemente con ayudas, sudores, aguas acídulas en baños y confortantes exteriores en la cabeza, y entre los famosos contra este mal, usó del de gálbano, opopónaco, goma amoníaco, goma de enebro y tacamaca, succino blanco, simiente de peonía macho, almástiga, incienso, nuez moscada, estoraque y visco quercino; pero ni a los confortantes, las sajas, las ayudas, los vomitorios, las fuentes, los sedales, ni las continuadas fricciones, sangrías, baños y purgas quiso ceder, ni dio la más leve señal de obediencia este heredado afecto. Comiéronle los médicos y los boticarios, y otra casta de empíricos embusteros, que andan vagos por el mundo vendiendo sus salvajadas por recetas prodigiosas, un crecido caudal que había heredado de sus padres, y después de treinta años de cura vino a parar pobre y más estragada de salud y fuerzas a este hospital, adonde la ha despojado de la vida su viejo achaque. Ahora acaba de morir sin juicio, sin sentimiento, y devoradas sus carnes de la voracidad de las medicinas.

Volví el rostro, y vi a su miserable cadáver cubierto de sajaduras, cauterios y llagas, y empapado entre trapajos costrosos, rellenos de sangre, materia y otras asquerosas porquerías. Apartóme mi diablo para conducirme a la quinta Cama, y antes que me refiriese la historia de la condenación de esta mujer, le dije:

-He reparado que no te han debido la más breve atención las enfermas y enfermos crónicos de aquestas crujías, y que me haces salvar camas despreciando los afectos de las tercianas, cuartanas, manías, estangurrias, y a otros sujetos mortificados y heridos de las destilaciones, ya en el todo, ya en varias partes de sus cuerpos. El conato principal de tu aparición y tus visitas, ya conozco que se ordena solamente a manifestarme los insensibles pasos y ocultos caminos por donde se acerca sin rodeos la muerte a derribar nuestras máquinas, y la brevedad y precipitación con que somos asaltados de sus irremisibles golpes; el culpable descuido de nuestra conciencia, la poca fe de la religión, y el horrendo fin de nuestras desconsideraciones y defectos. Pero ya que me has instruido de paso de las causas, modos e instrumentos de que se vale la muerte para cogernos descuidados, y me has manifestado las sospechosas y débiles defensas contra sus invasiones, quisiera que me aleccionaras en el conocimiento, el alivio y la cautela contra los pequeños achaques de nuestra humanidad. Poco adelantamos con la ciencia y noticia de los insultos que por rigor y por su naturaleza son mortales, pues éstos han de cumplir sus términos sin que se los pueda cortar toda la medicina del mundo; y la vida se suele lograr en estos casos, o por una desesperación de la naturaleza, o por un milagro, porque hallándose cargada de la pesadumbre de los accidentes, procura furiosamente sacudirse, y la diligencia y contacto suyo es tan violento que o los arroja de sí, o queda vencida, y todo esto es el vuelco de un dado. Aunque el médico va y viene, entra y sale, y dispone sus purgas, sangrías y otros remedios, ya sé yo que procede regularmente ciego, lidiando con muchas confusiones, dudas y engaños en los días de su aplicación en el conocimiento de la idea y modos de partir del mal, con que los triunfos de estos enemigos más se le deben sin duda alguna al valor y enojo de la naturaleza oprimida o a la pacífica operación del milagro, que no al arte, ni al artífice. La noticia de las enfermedades leves y sufribles será sin duda menos obscura y más practicable, y su debilidad y su poca fuerza será más obediente y más esclava de la medicina, y así débete yo que me asegures y hagas docto en sus principios, causas, movimientos y curaciones.

-Las más de las enfermedades que padece el cuerpo humano las cura el doctor prodigioso de la naturaleza -dijo mi etíope-, y hasta que ella las consume, las gasta o las despide no hay fuerza que baste para desarraigarlas de los cuerpos. ¿Cuántas veces has visto menudear las purgas, las sangrías y la quina en los tercianarios y cuartanarios? Y finalmente has visto durar estos achaques un año, y dos, y aun más, y se están burlando del médico, del arte y de las composiciones, y hasta que la naturaleza los sacude, se están escondidos y haciendo gestos al doliente y a sus curanderos desde sus rincones. Las correrías y brincos de la destilación, o la reúma ¿quién las ha sabido detener? La ceática, la lumbago reumática, y otros dolores en piernas, brazos y otros miembros se detienen meses, años y vidas enteras; y los emplastos, los baños, las sangrías y los demás auxilios, cuando no les aumenten la mordacidad, no sirven de alivio alguno. ¿Quién te ha curado una leve destilación a las muelas? ¿No te has sufrido los dolores en presencia de los enjuagatorios, sahumeros, apósitos, raíces y aun sangrías y ventosas? Pues si tienes innegable experiencia de la poca utilidad de los remedios y de la

dificultad en la penetración de estos males y sus causas, ¿para qué me consultas y pides imposibles? Una indigestión, una mudanza del aire, una alteración del espíritu, una entrada de las estaciones del año producen estas afecciones breves, y el mejor medio de curarlas es sufrirlas, y esperar en el mismo tiempo y la naturaleza su cura y su desolación. El poco sufrimiento, la falta de conformidad y la continua impaciencia os obliga a llamar el médico, y éste por adularos o por manifestar su ciencia os carga de vegetales, aguas, minerales y varios pegotes y destilados, que las más veces impiden y cierran los caminos que la naturaleza quería romper para arrojar su pesadumbre y sus dolores. Vuélvete a tu juicio, y acuérdate de las dolencias que te han acometido y de su duración, no obstante la continua tarea de los remedios y juzga que poco o ninguno ha sido el consuelo que lograste con su cacareada virtud. Vuelve los ojos a tantos enfermos de esta casta, que están en el mundo asistidos y embarrados y con sus males a costas. Deja locuras y piensa que los cuerpos continuamente han de padecer estas impresiones hasta su muerte, que estas dolencias son elementos de su organización y materia, y que su cura y su prevención no está conocida ni revelada a ninguno, y oye la condenación de esta mujer, que ya nos da priesa otra enferma.

Cubierta del fomes epiléptico -prosiguió mi diablo-, que recibió en el primer podre de su generación, llegó a beber el viciado ambiente del mundo esta infelicísima condenada, llena de riquezas terrestres, veneraciones regulares y rodeada de un cuerpo hermoso, aunque delicado y expuesto a las groserías de sus accidentes. Vivió con ellos sin especial molestia del espíritu hasta los doce años, porque como recién venida al mundo, ni gustaba con distinción sus deleites, ni aprehendía con vehemencia sus infortunios. Empezó a saborearse con los objetos, halagos y deleites del siglo, y al mismo tiempo a sentir con ira impaciente los groseros insultos del achaque. Mirábalo como enemigo de sus felicidades, como contrario a las ideas y devaneos con que la adulaba la edad y la fortuna, y tomó una ojeriza contra sí propia y un desesperado rencor contra el supremo Artífice de su vida. La memoria de su débil salud, la fealdad que le ponía en el rostro la repetición de estos accidentes y la larga distancia adonde contemplaba a los galanes, los maridos y otras mundanas consideraciones, la oprimieron el ánimo y conturbaron el espíritu, y estas angustias y turbaciones añadieron más abundante causa y nuevo rigor a los achaques. Llamó a médicos que aplacasen el daño, y no consiguiendo el alivio por el método regular de su práctica, se entregó a los faranduleros saltimbanquis, que viven vagos por la tierra, descerrajando bolsas con la ganzúa de sus secretos, sus mentiras y ponderaciones y destruyendo del todo las saludes a medio quebrantar. Quedó con las vanas diligencias de los unos y los otros más afligida, más rabiosa y más rebelde a las regulares curaciones. Consultó astrólogos falsos, viejas mentirosas, supersticiosos necios y agoreros malvados, y a otros perdularios vagantes, que consiente y estima el mundo con el carácter de famosos, sabios y penetrativos en las obras preternaturales de la naturaleza, y entre todos no hicieron más oficio que desollarle de los bienes de fortuna, y dejar más arraigado y soberbio su mal. Tuvo noticia de un conjurador, de los que esgrimen a un mismo tiempo las milagrosas espadas de la Iglesia y los alfanjes de la medicina, sin reparar en que le

está prohibido por derecho montante con tales armas, y después de haberla mortificado con conjuros y brebajes, la hizo parar en un tabardillo tan furioso, que estuvo ya en los brazos de la muerte. Convalecida de él, volvió a proseguir las intenciones de la curación de sus epilepsias, persuadida de algunos físicos vanos e ignorantes, que creían que la virtud de sus recetones haría los efectos deseados, una vez que por la enfermedad aguda se logró una evacuación tan general. Rodeáronla de unturas, pegotes, baños, sahumeros y otras embarraduras, con que vivía lastimada y hedionda. Cayó finalmente por lograr sus inmoderados deseos en el más torpe y maldiciente delito que puede ejecutar la criatura católica, que fue sacrificarse al demonio de una vejancona, a quien por lo arrugado de su cara, lo torcido de su talle, y lo escabroso de su condición, la tenían marcada por la bruja en todo el pueblo, y se atrevió por su conducta a querer pacto implícito con alguno de nuestros demonios, ofreciéndole el alma porque le pusiese sano el cuerpo. La vieja no tenía de bruja más que los accidentes aprehensivos de la vulgaridad, mala cara, muchos años, ruin estatura, condición rabiosa, asqueroso ropaje, anteojos y muleta, el miedo de los niños, y la voz de la vecindad; pero de embustera embaidora la sobran muchísimas habilidades. Ésta, pues, la tuvo consigo algunos años engañándola con falsos untos, largas promesas y cautelosas palabras, y en el poder de esta ladrona se dejó mondar de todo cuanto la había quedado de sus muchos y ricos bienes. Hallóse esta infeliz pobre, burlada, aburrida y más enferma y rabiosa que nunca. Volvíase contra la providencia divina considerando culpable su pureza, blasfemaba contra el demonio, se irritaba contra sí, y jamás pensó en arrepentirse de esta execrable abominación, ni de conformarse con las disposiciones del cielo, y aumentado con su furia esta escandalosa desesperación, la agarró el mal, que la ha borrado del libro de los vivientes. Este pecado ha sido el que la tiene en los infiernos. Dejo la relación de otros muchos que cometió su malicia, porque no hacen al caso para nuestro intento ni tu enseñanza, y ahora sígueme que ya nos espera otra desahuciada, cuyas costumbres son tan perversas como las que acabas de oír.

Seguí a mi diablo, bien pesaroso de que no me concediese algún tiempo para hacer alguna disertación y discurso sobre la inadvertencia, o malicia, de muchos conjuradores que se meten a administrar recetas sin temor a la irregularidad, y con desprecio de las prevenciones canónicas, sin reparar que el poder comunicado por Cristo no necesita más ayudas ni más arte que la milagrosa virtud de su comunicación. Sobre los enfermos les mandan poner las manos, no las hierbas ni las varias composiciones que suelen administrar; la sanidad se ha de introducir en los cuerpos adornados de la fe sin otro instrumento que el de sus manos, sus palabras y su devoción. Sobre la credulidad, temor y existencia de las brujas se me ofrecían muchísimas objeciones; pero todas me las desbarató la prontitud de mi diablo, que me empujó con demasiado aire hasta la quinta cama, en la que padecía otra mujer el afecto que diré.

El aborto

Era una muchacha de bellísimo parecer, dulce semblante y floridas facciones la que ocupaba esta cama quinta. Sus ojos, aunque algo cobardes y mustios con la impresión del mal, conservaban alegres espíritus, agradable esplendor, y donosa travesura en el movimiento. No manifestaba el color de su rostro grave queja, ni descompostura demasiada en los humores; pues aunque aparecía un poco melancólico y huérfano de la rubicundez, estaba despejado, limpio y con un esparcimiento y altanería bien cercana del estado de la sanidad.

-Esta moza -acudió mi diablo- está preñada, y aunque por este motivo no debía ocupar este hospicio, el leve acometimiento de unas calenturas diarias la obligaron a tomar esta cama. Con los rigores de la fiebre, aunque bastante blandos, se le invertieron los líquidos, y esta inversión e impureza emporcó también al líquido lácteo, que es el que nutre y alimenta al feto en el vientre, y por esta causa y la de otros vicios que le ha comunicado lo perverso y sucio de la sangre alterada de las calenturas, está amenazándole un mal parto. Mírala bien y actúate en las señales del futuro aborto.

Reparé en ella cuidadosamente, y vi en su rostro notables mutaciones; ya le advertía rubicundo, ya pálido, ya sudado, ya frío y acosado de vapores y bochornos molestos. Sobrecogíanla unos rigores repentinos, quejándose al mismo tiempo de dolores vagos que se le paseaban por toda su humanidad. Manifestaba en su inquietud una flaccidez universal, y un desabrimiento y deliquio absoluto en toda la naturaleza. Los pechos repentinamente se aflojaron y extenuaron, instilando de sus pezones algunas gotas de la leche. Quejábase de una pesadez y dolor gravativo especial en los lomos y en las piernas. Llegué a preguntarle que cuál de las partes de su cuerpo tenía más mortificada y dolorida. Y me respondió que los riñones, lomos, caderas y hueso pubis, y que en todos estos sitios sentía un dolor molesto, insistente y sin intermisión terrible. En el hueso pubis manifestó sentir una gravedad y peso profundo con inclinación y conato a contraer los músculos del abdomen finalmente, que a estos dolores y pesadez se había seguido una copiosa excreción de sangre y de agua. Empezaron a tomar mayor altura los accidentes, de modo que se desentonó toda la naturaleza, el despeño de la sangre fue copiosísimo, las fatigas, congojas y desmayos frecuentes y espantosas. Cogióla un síncope y una convulsión tan horrible, que acabó de capitular de funesto el aborto. De la violenta conmoción del útero se remontó un material tan acre y furioso, que lo inflamó, desgarró y puso en la última desolación y ruina.

-Este acto del aborto -dijo mi diablo- es en un todo violento al orden de la naturaleza, y cuando se siguen los irreparables despeños, síncope y convulsiones, no solamente es peligroso, sino mortal. Cuando el feto verde o inmaduro es ya grande, como de cuatro, cinco y seis meses, son más violentos, rigurosos, insufribles e irremediables los accidentes y síntomas, y los sacudimientos y conatos de la naturaleza para su excreción más reiterados e iracundos, y de esta conmoción e irritación nacen los mayores peligros. Esa infeliz joven acabará breve la vida, porque los auxilios con que la socorrerán para detener el flujo de la sangre y reparar los destrozos del síncope no pueden contener la violencia escandalosa de la naturaleza, y así mientras expira, escucha las causas

que regularmente ocasionan los abortos.

-Todo cuanto sea capaz de introducir algún desorden o violencia al útero o al feto -prosiguió mi maestro-, de modo que le haga perder su natural constitución, equilibrio y textura, puede ser causa y motivo del aborto. La abundancia o malicia de la sangre es una de las causas internas regulares, que ocasionan esta violenta conmoción. Lo primero, porque cuando es abundante la cantidad de este líquido, se revierte a los vasos umbilicales, y desde ellos al feto, y como sus vasos y su corazón no es proporcionado, ni capaz de recibir tanta copia, le conmueve para huir, y queda sofocado y encharcado en la abundancia de este líquido. Suele también la sangre revertida estancarse, o hacer algún remanso en los vasos del útero, y éstos se extienden con el embarazo y comprimen al útero, y éste, opreso, arroja o sofoca el feto, como no le deja sitio dilatado para su extensión y movimiento. Lo segundo, porque la malicia de la sangre con sus impurezas no puede dar alimento saludable al feto, y así cuando abunda la sangre en partecillas salino-ácidas, se excede y precipita en el movimiento, y produce más fermentaciones extrañas, opuestas a la conservación del infante, y las partes salino-ácidas punzan y velican lo membranoso del útero, y lo irritan a las contracciones, de modo que se ve obligado a sacudir lo contenido del feto. La linfa abundante, u otros zumos, reblandecen y laxan las membranas del útero, y una vez que se ablanden y humedezcan demasiado sus fibras, no pueden sostener el peso del feto, y lo deja caer. Últimamente, la sangre que no consta de bálsamos felices para nutrir, o que sobre, se irrite y se mueva con demasiada alteración o pereza, inducirá el aborto. La inversión substantífica del útero, ya traiga su origen del espíritu seminal, ya sea adquirida, es poderosa e irremediable causa de esta expulsión. Regularmente suele ser adquirida la inversión y debilidad del espíritu de esta entraña, ya por úlcera, ya por inflamación, ya por tumor, ya por obstrucciones mohosas y viejas, ya por cáncer, ya por otras raras porquerías fermentadas en dicha parte; y éstas no sólo producen el aborto haciendo débil, flaco o hinchado al feto, sino que también son causas de la esterilidad. Las calenturas, el dolor cólico, el nefrítico, y otras enfermedades que pueden irritar al útero, o hacerle consentir en las convulsiones por la trabazón y especial enlace de nervios, o viciar el líquido lácteo que alimenta al infante son causas muy poderosas y frecuentes. La copiosa evacuación de la sangre, cuando se sigue de ella falta o atraso en los espíritus, ocasiona también el aborto; las pasiones del alma y los movimientos del espíritu, como la ira, el pavor, la tristeza, los deseos inmoderados y los antojos no cumplidos; son también causa los golpes y movimientos desordenados y rigurosos del cuerpo, porque éstos despegan aquella unión y coherencia de la placenta con el útero, y así se exponen al aborto las mujeres que cargan con algún peso grave, las que saltan, las que caen de golpe y con intrepidez, y las que andan a caballo o ejercitan otro cualquiera linaje de operaciones fuertes y violentas; la tos vehemente, el estornudo, el vómito, y cualquiera otro accidente extrínseco, es capaz de herir, o comunicar al útero por la inspiración algunas partículas o vapores ácido-acres, o sulfúreos coagulantes, o de otra mala casta, y seguirse el aborto; los humos del vino en el tiempo de su decocción, los vapores del azufre encendido, el pábilo recién muerto de las velas o velón, y otro

cualquiera humo que exhale efluvios o cuerpecillos que contengan sales volátiles, pueden conmovier y disolver los líquidos, dilatar o abrir algunas bocas de vasos, y seguirse el aborto; los simples que implican y abrazan algún azufre inmaturo, narcótico, que puede fijar los espíritus, y emperezar el círculo de la sangre, son también productores de esta conmoción y afecto, y de esta clase es el castóreo, el asafétida, mirra, acíbar y otros de esta casta narcótica. Basta de causas, pasemos a manifestarte las medicinas con que fue auxiliada.

Con todo cuidado y solicitud atendieron los platicantes a precaver el aborto, en vista de los dolores y los demás síntomas, acudiendo con remedios, así interiores como exteriores. Los unos dirigidos a dulcificar los sales ácidos de la sangre o de la linfa; otros a resolver y atenuar los efluvios y exhalaciones acres, que por lo común nacen de la fermentación de sucos extraños; otros a animar los espíritus; otros a confortar y reducir a su natural y proporcionada tensión lo filamentoso de las tunicas del útero, y todo les pareció que lo conseguirían con la famosa mixtura del cocimiento de las rosas rubras, la verbena, el jarabe de claveles, el agua de canela, la grana de quermes y polvos de cangrejo calcinado, el coral, la tierra sellada, la confección de jacintos, y unas gotas del aceite de almástiga; pero después de administrada crecieron los accidentes y los síntomas. Aplicáronle al ombligo un emplasto extendido en estopas de incienso macho, claras de huevo, agua de canela y terebentina, y no cesaron las congojas, las fatigas, ni los dolores. Sangraron repetidas veces, y todo sirvió de ayudarla a morir con más anticipación, porque el feto estaba despegado, y como imposibilitado de recibir la vitalidad, se siguió la corrupción y putrefacción de las tunicas y del mismo feto, y los hálitos y exhalaciones de la curación acrecentaron los dolores, la convulsión, el síncope y los demás accidentes que la despojaron de la vida.

Aquí llegaba mi etíope con el informe de la cura de esta infeliz mujer, cuando de repente me vi sobresaltado de las repetidas y altas voces de «¡Hermano, tío, señor!» Desperté pavoroso, y recogiendo mis potencias, que me las había despachado el insomnio dos mil leguas de mi cuerpo, vi que era mi hermana, mi sobrina y un criado, que persuadidos a que ya picaba en letargo o en modorra la duración de mi sueño, entraban a librarme de su pesadez, y a salir de sus aprehensiones. Refregué la frente, extendí los brazos, desenredé las piernas, y revolcándome dos veces sobre mi escaño, acabé de despachar las legañas y los mocos, que tenían sucias, negras y entrapadas las luces de mi poca razón.

Éste, amigo mío, fue el sueño que tuvo ocupada y entretenida a mi imaginación esta siesta. Vd. si ha podido llegar hasta aquí con su lectura, perdone la molestia que le habrán dado a su atención las importunas expresiones de mi ingenio, y estime la voluntad, la memoria y la intención con que he deseado complacerle. Consuélese Vd. con que éste es el último de mis sueños, que ya es hora de despertar y aprovecharme de las pocas vigiliass que me quedan en mayores utilidades, y es tiempo de dejarle a Vd. libre la paciencia y descansando la tolerancia de mis impertinentes consultas. Viva Vd. felizmente y mucho, que así se lo ruego a Dios en Salamanca, donde acabé este discurso a primeros del año de 1737. El Dr. D. Diego de Torres Villarroel

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

